

ANTONIA ROMAGNOLI

Traducción:
María Angela Maraschi



*El Libertino
de
Hidden Brook*

El libertino de Hidden Brook

Antonia Romagnoli

Traducido por María Angela Maraschi

“El libertino de Hidden Brook”

Escrito por Antonia Romagnoli

Copyright © 2018 Antonia Romagnoli

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por María Angela Maraschi

Diseño de portada © 2018 Antonia Romagnoli

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[El libertino de Hidden Brook](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

17

18

19

20

21

22

La vida es demasiado importante como para tomársela en serio.
Oscar Wilde

1

Si había una pareja que podía encarnar todas las mejores y más nobles cualidades humanas, era la formada por Lord y Lady Killmore.

No había en Inglaterra esposos más unidos, más felices, más elegantes y señoriles que ellos: lo bastante ricos como para no tener preocupaciones de ningún tipo, pero no demasiado como para dar fastidio a sus amistades más cercanas; bellos de una belleza refinada pero no exagerada.

Sobre todo podían vanagloriarse, junto a los títulos de nobleza, de los cuales no tenían gran mérito, de todas aquellas características de decoro y comportamiento que los volvían estimados y apreciados en sus círculos y fuera de ellos.

Pero si un defecto se podía encontrar en ambos, era el personificado por sus respectivos hermanos.

El hermano menor de Lord Killmore, en efecto, se encontraba entre los más conocidos libertinos que frecuentaban la alta sociedad londinense, y salvaba su propia respetabilidad sólo gracias a un abultado patrimonio, que había podido incrementar más allá de cualquier expectativa y no obstante su joven edad.

Jared era uno de los solteros más temidos por las madres de jóvenes en edad casadera, porque unía a su propio aspecto de rico una buena dosis de seducción, que sabía utilizar para sus propios beneficios malvados con una habilidad casi diabólica.

Muchas jóvenes mujeres caían en su red, porque además de la seducción natural de la cual estaba dotado, sus propiedades no eran menos ricas que atractivas: difícil ignorar que la mujer capaz de conquistarlo habría conquistado también casas, tierras y posesiones. Tantas lo intentaban, todas fallaban. Las más afortunadas salvaban, al menos, la reputación.

En Londres, entre las madres más modernas, Jared había obtenido el conocido sobrenombre de "*demonio*". Entre las más tradicionalistas ni siquiera era nombrado, aterradas de que solo hablando de él las jóvenes debutantes pudieran terminar mal.

Más que demoníaco, el terrible hermano de Lord Killmore se preciaba de un aspecto angelical, y era éste el que le procuraba tanto éxito entre el gentil sexo: su rostro, delineado por trazos finos, no estaba desprovisto de esas

asperezas que lo volvían masculino; los cabellos, de un castaño claro, un poco largos y naturalmente movidos, le conferían el aire de un muchachito que acaba de hacer una travesura. El físico delgado, quizás demasiado para la altura, se mantenía elástico y ágil por las numerosas horas que Jared transcurría sobre el caballo y en la sala de esgrima de su club, y era resaltado por las chaquetas adherentes a la última moda. Pero lo que le daba la victoria definitiva en el corazón de las jovencitas era la mirada, oculta lo suficiente por pobladas cejas bien diseñadas, iluminada por el gris azul de las pupilas y con el aire intrigante de una expresión que se podía definir enigmática, pero que en realidad era, más que nada, de descontento.

Esa bella pieza de juventud intercalaba su estancia entre Londres, donde transcurría la mayor parte del año, y la espléndida residencia de Hidden Brook, en Surrey: sus caminos se cruzaban escasamente con los del hermano mayor, Lord Killmore, que había heredado los títulos y, a juicio de Jared, también todo el *aburrimiento* de la familia.

En ocasiones se cruzaban en la ciudad debido a algún evento mundano, pero usualmente los dos se detenían lo justo y necesario para ser corteses: demasiado diferentes eran sus intereses y las amistades como para intercambiar más que un saludo obligado.

Por su parte, Lady Killmore tenía un defecto igualmente grave, dotado de piernas y brazos, en la persona de la segunda de sus hermanas. Esta pésima criatura se llamaba Victoria y había constituido desde la infancia una espina en el costado de la familia a causa de su vivacidad incontenible. Los padres, impotentes de frente a su intemperancia, se habían visto obligados a enviarla al colegio, tratando de hacerle obtener esa educación que ellos no podían darle y, especialmente, para tener un poco de alivio de sus travesuras. Pero Victoria se había arriesgado varias veces a ser expulsada de la escuela a causa de su temperamento y de las provocaciones que ideaba para diversión de sus compañeras.

La familia alimentaba un serio terror ante el pensamiento de que en poco tiempo, una vez terminados los estudios, ese concentrado de extravagancia regresaría a los muros domésticos.

Todo en ella gritaba exageración: las hermanas tenían los ojos de un tranquilo azul, ella, verde musgo; todas poseían una cabellera del color que recordaba a la miel, ella, fogosos cabellos rojos heredados, por equivocación, de la abuela irlandesa. Lamentablemente, su personalidad era tan impetuosa como su aspecto.

Dicho esto, no hay dudas en afirmar que la peor pesadilla de Lord y Lady Killmore se volvió realidad cuando recibieron, con breve distancia la una de la otra, sendas misivas que anunciaban la llegada a la serena residencia de dos huéspedes no invitados y no esperados. *Esos huéspedes*.

La primera carta llegó a Lady Killmore y se trataba de un desesperado pedido de ayuda, que en realidad terminaba con una comunicación concisa: *«por lo tanto, la única solución es que tu hermana Victoria vaya a quedarse un tiempo contigo, esperando que tu ejemplo la ayude a mejorar. Saludos afectuosos, etc. Tu madre»*.

El resto del texto se podía resumir con facilidad: a un paso de la terminación de los estudios, Victoria había orquestado una magnífica broma teniendo a la directora de la escuela como objetivo, ganándose de esta manera la expulsión. La madre, temiendo que la joven trajera consigo el desorden e influenciara negativamente en las hermanas menores, se negaba a recibirla: la marginada sería enviada, como un paquete, derecho a Killmore Court sin pasar por la casa paterna.

La segunda carta, mucho más preocupante, había llegado a Lord Killmore desde Londres, por parte del ayuda de cámara de Jared, que le advertía de la llegada inminente del joven luego de una escaramuza en la que había sido protagonista. Herido en un duelo, y por ello incapaz de escribir de su propio puño la carta, Jared necesitaba *alejarse por un tiempo de los lugares donde podía ser encontrado*, y, vistas las relaciones entre los dos hermanos, su casa era el mejor lugar donde recuperar la salud y la tranquilidad.

A pesar de todo el amor que marido y mujer se profesaban, cuando Lord Killmore refirió a su consorte sobre la inminente llegada de Jared, hubo entre ellos un momento de gran tensión.

En breve, Victoria llegaría para quedarse, ¿cómo podía Lord Killmore aceptar entre los mismos muros al disoluto de su hermano? ¿Cómo no se daba cuenta del peligro en el que colocaría a la pobre joven?

Por su parte, a Lord Killmore no le entusiasmaba para nada pensar en tener en la residencia a aquella calamidad de cuñada que le había tocado: ¿por qué no la acogían aquellos que la habían puesto en el mundo? A pesar de que tampoco la llegada del hermano le fuera particularmente agradable, había que recordar que Jared gozaba de los mismos derechos de ser alojado, quizás todavía más, dado que, a falta de hijos propios, se perfilaba por el momento, como el heredero del título y de la residencia.

Por casi una hora los Killmore habían discutido; ella se había enojado, él se había irritado. Luego, siendo ambos de carácter complaciente, hicieron las paces prometiéndose sustento recíproco en los duros días que habrían debido afrontar a causa de sus parientes. Y todo fue reenviado al momento de la llegada.

2

El pobre Jared descendió del carruaje con dificultad. Tenía la mano izquierda vendada y el brazo derecho colgando del cuello. Sobre el rostro, un profundo rasguño atravesaba la mejilla roja e hinchada, pero al menos no parecía lo bastante profundo como para dejar secuelas.

En la cara de Lord Killmore, por primera vez desde que Jared podía recordar, apareció una expresión de sincera pena frente a sus condiciones. El semblante de la cuñada, por el contrario, prometía batalla y ásperos retos.

«¡No digas nada, querida hermana!» exclamó él en un tono chistosamente dramático. «Leo en tus ojos toda la pena que sientes».

«No lees bien» murmuró Lady Killmore.

«Y tú, Roger... ¿has engordado?» preguntó a Lord Killmore, sonriendo al ver desaparecer en sus ojos ese brillo de buena disponibilidad.

Le había bastado poner pie en el sagrado suelo de Killmore Court para enemistarse con todo lo que le quedaba de la familia. Esa era la residencia en donde había crecido, pero extrañamente todos eran felices solamente cuando se encontraba lejos. También en tiempos de su padre, el severo conde Richard, había sido así: simplemente, Jared era incompatible con sus familiares.

Sin esperar que los dueños de casa lo invitaran a entrar, los precedió en la antigua escalera de piedra blanca que conducía al atrio.

A su espalda sintió los pasos apresurados de los dos, que lo seguían detrás.

«¡Una cosa importante, Jared!» El tono de Roger era insólitamente imperativo. ¿Era posible que se hubiera convertido en un déspota como su padre?

El joven estaba cansado del viaje, y, aunque le costara admitirlo, triste por la fría bienvenida. Y no, no estaba bien: le dolía todo el cuerpo, pero no les habría dado la satisfacción a su cuñada y a su hermano de propinarle la enésima exhortación sobre las consecuencias de las culpas con las cuales él, a juicio de ellos, se manchaba con empeño y constancia. Se dio vuelta, sacando del bolsillo la mejor sonrisa de su vida.

«Hemos aceptado de buen grado alojarte por un tiempo, pero... quisiéramos que te limitases a quedarte en tus habitaciones lo más posible. Ya

que ahora estás *convaleciente*, no creo que te sea difícil. Luego veremos» añadió Lord Killmore.

Jared enarcó las cejas, sinceramente sorprendido por el pedido. «¿Me pones en castigo?» se le escapó de los labios. «¿Los incomoda tanto tenerme aquí por unos días?» se corrigió.

«Se trata de mi hermana Victoria» explicó de mala gana Lady Killmore. «Será nuestra huésped desde mañana y quisiera evitar accidentes. A costa de encerrarla en su cuarto también a ella, quisiera evitar interacciones entre ustedes dos».

Jared hizo mente local. Victoria. La segunda de las hermanas Arden. Niñita con trencitas y pecas; odiosa, petulante más allá de lo soportable.

«¡Haré ciertamente lo posible para contentarlos!» replicó él, sinceramente. «Escuchen» siguió, «no estoy aquí para darles fastidio: no se darán cuenta siquiera de mi presencia. Apenas las heridas me lo consientan, dejaré la casa y arreglaré mis asuntos sin darles otra molestia».

Se dejó conducir al cuarto que le habían destinado, que era, después de todo, su vieja habitación, y se retiró con la intención de quedarse realmente la mayor parte del tiempo posible allí.

Victoria había descubierto el significado del término *libertino* de una compañera más grande en el primer año de colegio, y había quedado literalmente fascinada con la idea de que existieran hombres dedicados a la seducción y a la perdición. Desde ese momento había deseado encontrar uno, imaginándose infinitas veces las más increíbles características que habría poseído una criatura similar.

Sus lecturas, que consistían sobre todo en esos volúmenes consumidos que las muchachas de la escuela, enrojeciendo, se pasaban a escondidas, le habían enseñado muchas cosas sobre la vida: una de ellas era que la seducción era excitante, la perdición apasionante. En resumen, un libertino era para ella la cosa más deliciosa que pudiera sucederle en su joven vida.

Inicialmente, su llegada a Killmore Court fue, justo como había esperado, señalada por el mal humor de todos. Suyo principalmente; de su hermana, con la cual nunca había andado de acuerdo; del tedioso cuñado que siempre la había mirado como si fuera un animalito fastidioso.

Había, sin embargo, algo extraño en el comportamiento de sus anfitriones. Se había esperado solemnes llamadas de atención, quizás alguna lágrima por parte de su hermana Harriet pensando en el dolor infligido a sus padres; había esperado que Roger desplegara su mejor repertorio de sermones y

advertencias... en lugar de eso, los dos le habían preguntado apenas el motivo de su expulsión, como si tuvieran apuro en liquidar el asunto.

Pudo descubrir bastante rápido la causa de tanta extrañeza, le bastó insistir un poco cuando se encontró a solas con la hermana bebiendo una taza de té.

Su atención fue inmediatamente atraída por la noticia.

«¿Tu cuñado aquí, en Killmore?»

La profunda desaprobación hacia aquel particular miembro de la familia era conocida también a ella, gracias a las cartas de la madre y a ciertos discursitos hechos de medias palabras que había oído en casa durante las vacaciones.

Algunos comentarios no podían ciertamente pasar inadvertidos a una muchacha con sus cualidades para los problemas, tanto, que Victoria recordaba perfectamente hasta las frases de la madre: Jared Lennox habría arrastrado por el fango el buen nombre de los Killmore. ¡Habría arruinado la reputación de la pobre Harriet y de su marido con ese comportamiento de canalla! Nadie se merecía tal oveja negra en la familia, un ser tan despreciable que...

Bien, con precisión los motivos por los cuales era despreciable y canalla no había podido saberlos nunca. Victoria había pescado aquí y allá partes de conversaciones y había hecho sus conjeturas. Jared Lennox era un verdadero libertino, uno de esos que habían seducido decenas y decenas de jovencitas, y quién sabe qué otras cosas había combinado a costa del género femenino.

Lamentablemente, nunca había tenido el placer de conocerlo, porque la única ocasión había sido cinco años antes, en el matrimonio de sus respectivos hermanos, y en esa época ella había sido demasiado pequeña como para notar el *libertinaje* del sujeto o para llamar su atención.

Aquella breve y concisa pregunta había hecho agitar a Harriet, y la agitación le había soltado la lengua, llevándola a decir mucho más de lo que se le había preguntado; así, sin querer, le expuso toda una serie de detallados e interesantes datos.

Buscando desviar su atención de Jared, había logrado exactamente lo contrario.

Por su parte, Victoria dejó de escuchar a su hermana y se dedicó a una meditación personal sobre los hechos, agregando color y fabulosas conjeturas a la información recibida. Con el fondo de la charla de Harriet, que finalmente había logrado cambiar argumento, la muchacha se encontró fantaseando con el hombre, llegado el día antes a esa misma residencia, herido en un duelo. La

causa de la contienda no podía ser más que una tórrida historia de amor y de pasión, que había puesto en el camino de Jared alguna dama fascinante y un marido celoso e implacable. Ahora, el pobre debía luchar entre la vida y la muerte, segregado en un cuarto del ala sur, donde su cruel hermano lo había encerrado para evitar que sus gritos de dolor, en el delirio, llegasen hasta ella. En Londres había, estaba segura, decenas de nobles damas que temblaban y lloraban esperando saber la suerte de su amado.

Victoria trató varias veces de saber algo más, pero no hubo caso. Probablemente en ese momento Roger debía estar en la cabecera del moribundo, y esto explicaba por qué había renunciado al té en su compañía.

Luego del breve refresco, Victoria fue conducida por su hermana hacia la habitación que ocuparía durante su permanencia, y sólo entonces, cuando vio sus propios baúles depositados en orden al lado del lecho, fue que se dio cuenta de que era en su propia suerte en la que debía pensar.

No sabía ni cuánto tiempo se quedaría ni por qué. No sabía dónde iría luego ni qué sería de su vida.

Harriet nunca había sido particularmente dulce con ella: la diferencia de edad y de índole no les había permitido instaurar un lazo más afectuoso.

¿Cómo sería vivir bajo el mismo techo nuevamente de adultas?

Victoria nunca había sido del tipo ansioso, pero esta vez sentía todo el peso de sus propias equivocaciones. Si hubiera podido volver atrás, no habría repetido el error de exasperar a la directora hasta el punto de hacerse expulsar. Habría bastado tan poco para terminar la escuela y volver a casa, lista para ser introducida en la sociedad.

«¿Qué va a pasar ahora?» preguntó a la hermana, que la estaba ayudando a arreglar los baúles junto a una de las domésticas.

Lady Killmore movió su cabeza rubia. «No lo sé con exactitud. Estarás aquí hasta que te quieran nuevamente en casa, creo».

Victoria se encogió de hombros. «Nunca, entonces. ¡No me querían antes tampoco! Harriet, te tocará mentir: espera algunos días, luego di a mamá que me ves cambiada, arrepentida, madura... verás que te creará y a lo mejor te liberas de mí».

Harriet miró a la hermana desconcertada. «¡No es cuestión de liberarse de ti!» exclamó. «Se trata de ayudarte a encontrar tu camino en la vida. Todos nosotros nos preocupamos por ti...»

Victoria le sonrió tomándole la mano. Eran palabras como esas las que la ponían infinitamente triste, como si entre ella y ese “todos” hubiera un abismo

infranqueable de bondad, de decoro, de afectos: *todos* estaban allá abajo, en un mundo diferente, separado, con reglas que ella no entendía, y hablaban un idioma que no era el suyo; vivían sentimientos que no eran los suyos, daban valor a cosas que ella no alcanzaba a ver.

«Gracias, Harriet. Estoy verdaderamente desolada por el alboroto que armé» dijo. ¿Era eso, no, que se esperaba? «Verdaderamente, verdaderamente desolada. Y te prometo que no te daré ningún fastidio».

Tomado este camino, a Victoria le bastó poco para entender que era el justo. Tantas garantías, disculpas, remordimiento y arrepentimiento le valieron, luego de un cierto tiempo, un abrazo y una sonrisa aliviada de la hermana.

No pasó mucho rato hasta que Harriet se desplazó hacia otros lugares, para ocuparse de sus misteriosas cuestiones de mujer casada, dejándola sola junto a la sirvienta para ocuparse del equipaje.

Era la primera vez que se encontraba viviendo en el mundo real de los adultos: bien o mal, desde que entró en el colegio estuvo siempre ocupadísima entre estudios y relaciones personales. Ser la díscola de la escuela constituía una dedicación no indiferente; mantener alto el propio buen nombre requería dedicación constante y una buena dosis de preparación. Durante sus breves visitas a casa, siempre estaba envuelta en una marea de actividades; casi no existía el tiempo material para colocarse en un rincón a bordar inútiles pañuelos. Tenía terror de que ahora, en casa de Harriet, no pudiera escapar a ello. Harían de ella una verdadera señora a golpe de aguja e hilo.

3

La primera pregunta que se hizo cuando la sirvienta hubo terminado el trabajo y la dejó sola, fue si la biblioteca de su cuñado contenía algún título interesante. Victoria se respondió: a menos que hubiera terminado allí por equivocación, no. Podía contar con la ignorancia de Roger en materia literaria y en su voluntad de ser docto sin serlo. Quizás, con un poco de fortuna, encontraría una copia de “Vathek” o “El Monje”, pero nada más. Y habría sido una empresa escapar a las atenciones de Harriet para leer en paz.

Victoria sonrió para sí misma. Probablemente ni su hermana ni su cuñado podían siquiera concebir la existencia de ese género de literatura que hacía estragos en el colegio. Y por lo que había podido entender, las páginas que habían caído en sus manos no eran nada respecto a otros libros... y a la realidad.

Esta reflexión la hizo volver al placentero pensamiento de que, bajo el mismo techo, justo en ese momento, se encontraba un *verdadero* libertino. Quién sabe cuántas aventuras maravillosas habría podido contarle si...

Enrojeció. Ni siquiera aunque hubiera sido realmente desfachatada habría podido jamás pedirle a un hombre información de ese tipo. Pero visto que tanto le gustaba fantasear, se encontró perdida en miles de imaginarias y divertidas situaciones en las cuales, su estadía en Killmore Court era movida por el encuentro con Jared Lennox.

De hecho, la realidad enseguida la desilusionó: en la cena, el tan esperado libertino ni siquiera se presentó y la comida fue una experiencia muy triste. No había visto una tal tristeza ni cuando en la escuela se comía en castigo silencioso.

A sus preguntas sobre Jared, Roger respondió con monosílabos. No estaba bien y no había podido honrarlos con su presencia.

¿Se presentaría al día siguiente? Quizás.

Victoria decidió, en base a las respuestas del cuñado, que Jared debía estar muriéndose. Y la cosa le pareció completamente e incondicionalmente romántica.

Visto que la conversación languidecía, la mente fervorosa de Victoria se puso, como a menudo sucedía, a trabajar sola. Y dio a luz la idea más audaz y temeraria de su vida.

Harriet hablaba con voz monótona de los trabajos de restauración de los jardines, dándole el fondo ideal a grandes vuelos de fantasía: por momentos, como traídas por el viento, a Victoria le llegaban palabras sueltas tipo “pinos” “arbustos” “estanque”, a lo cual respondía asintiendo de forma automática, mientras en el secreto de sus pensamientos la joven agregaba particulares al plan para la noche. La Gran Aventura.

La idea era casi estremecedora por su simplicidad: encontrar a hurtadillas el cuarto donde Jared yacía moribundo y echar un vistazo, lo justo como para ver cómo estaba hecho un libertino, para entender si de los lineamientos del rostro podía llegar a comprender el libertinaje del ánimo. Una mirada rápida, y luego volvería a su propia habitación para escribir a las compañeras de escuela; para mantener su propia fama entre los muros del colegio.

Nunca había deseado tanto la llegada de la hora de retirarse, y solo cuando pudo finalmente desear las buenas noches a la aburrida pareja, sintió que el día comenzaba a tener sentido.

Jamás como en esa noche le pareció que se necesitase una eternidad en prepararse para ir a dormir. Aunque había insistido con la doméstica sobre el hecho de que podía arreglarse sola, se vio obligada a aceptar ayuda para cambiarse y peinarse. Inútil explicar que nunca había tenido doncella personal y que no estaba acostumbrada a hacerse vestir; ahora le tocaba comportarse como una señora y someterse a las reglas de la casa.

En la organización de la Gran Aventura, en efecto, no había previsto llevar camión: meterse en el cuarto de un libertino en ese estado indecoroso, quizás no era una buena idea. Por un breve segundo reflexionó si no era el caso de renunciar, pero la curiosidad era mucha y la opción fue descartada. Volver a vestirse era otra posibilidad, pero ¿si la sorprendían en el corredor? Al menos en bata habría llamado menos la atención; si se encontraba con la servidumbre habría preguntado por la ubicación de la biblioteca, fingiendo insomnio. O ser sonámbula ¿por qué no?

En todo caso, Jared, herido y moribundo no la habría notado, se dijo, mientras esperaba con impaciencia a que los rumores de la casa cesaran.

No tenía la más mínima idea de dónde estaba la habitación en la cual él se alojaba, sabía solamente que estaba en el ala sur, diametralmente opuesta a donde se encontraba ella, hospedada en las cercanías de los cuartos de los dueños de casa.

Victoria estaba electrizada con la idea de lo que estaba por hacer. No era tan tonta como para no comprender el riesgo que corría, ¡al contrario! Era que

no podía dejar de hacerlo; una vez que su mente había dado vida al pensamiento, no podía renunciar al encanto de la aventura, al escalofrío, a la emoción. Sabía muy bien cuán mal estaba salir de su cuarto en plena noche, y mucho más si iba a buscar a un hombre, pero el impulso de la aventura era más fuerte que su sentido común; el deseo de sentirse viva y especial, más grande que el del decoro. Vagar por la casa de noche, por otra parte, no habría sido fácil, especialmente no conociendo la colocación de las habitaciones, pero era éste el aspecto divertido de sus empresas, de la primera a la última. No le resultaba que hubiera, además de ella y Jared, otros huéspedes, a menos que su hermana no los hubiera encerrado a todos en sus cuartos, y eso, por lo menos, le habría impedido encontrarse con otros que no fueran de la casa.

Cuando se aseguró de que el corredor estaba libre, se colocó las pantuflas y la bata y salió, atenta a no hacer ruido con la puerta.

El corredor estaba oscuro; la única luz era la de su vela, que ondulaba y temblaba detrás de los finos dedos que trataban de protegerla.

Debería ser bastante fácil llegar al ala sur de la construcción, un edificio con forma de “ele” en dos plantas. Victoria prosiguió en puntas de pie por todo el corredor y dobló, siguiendo el recorrido. Pasando la curva, se le presentó un corredor idéntico, sobre el cual se asomaban al menos una media docena de puertas, todas iguales y todas sobre el mismo lado, con sobrios muebles entre ellas. Sobre el lado opuesto, las ventanas que daban a la fachada de la casa hacían entrar una leve luminosidad dada por la luna, que volvía el conjunto bastante espectral.

Largas alfombras recubrían los pisos, silenciando los pasos de Victoria; la joven se relajó ante la idea de que la habitación de su hermana ya estaba lo suficientemente lejos y que, superada la curva del corredor, la luz de su vela no iba a ser más visible desde el otro lado de la galería.

Al inicio aquella aventura le había parecido terriblemente excitante, pero con el pasar de los minutos las dudas volvieron a asaltarla. Pegándose a las puertas, trataba de entender si los cuartos estaban habitados, pero no le llegaba ningún rumor. Y aunque hubiera sentido algo ¿cómo habría hecho para entender que se trataba a ciencia cierta de Jared?

Y... si fuera Jared, ¿con qué coraje se habría acercado?

Victoria se detuvo en la mitad del corredor.

Comenzaba a sentirse estúpida. Era absolutamente estúpido meterse de noche en el cuarto de un hombre, especialmente si pertenecía a esa categoría de seres disolutos y misteriosos que arruinaban a las mujeres.

Pero apenas terminó de formular este sabio pensamiento, un escalofrío le recorrió la espalda. Sería increíble poder contar a sus compañeras de escuela una aventura como esa. Sin contar el hecho de poder satisfacer una curiosidad tan viva en un modo tan divertido.

Nunca sería la misma cosa encontrarse con él para tomar el té, o pasar el tiempo en el mismo cuarto, quizás bajo la mirada ansiosa de los Killmore. Si alguna vez sucedía: Jared estaba herido, a lo mejor moribundo. Y cuando él hubiera pasado el mal trance, Harriet había ya expuesto con mucha claridad su intención de mantenerlos a debida y prudente distancia.

Victoria decidió concederse una sola posibilidad: elegiría una puerta y probaría fortuna. Si la habitación se revelaba vacía, se concedería otra oportunidad, o tal vez dos, y luego volvería a dormir.

Escuchando bien, con la oreja apoyada en el umbral, optó por una de las habitaciones centrales, en la cual le parecía sentir crepitar el fuego.

Con cautela, se deslizó dentro, esperando con todas sus fuerzas que la puerta no hiciera rumor.

A primera vista comprendió que había hecho una buena elección: el fuego estaba encendido y en el lecho, circundado por un suntuoso dosel, se adivinaba una figura humana acostada bajo las mantas.

La joven exultó, pero nuevamente el temor la frenó. Acercarse a la cama con la luz podía ser riesgoso: para estar segura de no ser notada, con un soplo decidido apagó la vela, cierta de que a la vuelta, la luz lunar le bastaría para conducirla sana y salva a su propio cuarto.

Finalmente pudo dejarse ir en la ansiedad de la empresa.

¿Jared tendría un aspecto consumido por los vicios y el pecado, o una belleza luminosa como el ángel caído? ¿Lo encontraría en agonía y delirante? ¿Escucharía de sus labios el nombre una mujer, susurrado y repetido, o, Dios no quisiera, habría recibido de él la última, pecaminosa confesión? De puntillas, se acercó al dosel, ansiosa y excitada, pero cuando la cercanía fue suficiente, descubrió que la persona en el lecho estaba completamente escondida por las mantas.

«Caramba» murmuró, perdiendo por la desilusión un pétalo de la prudencia con la cual se había rodeado al inicio. No le quedaban más que dos soluciones, renunciar o aprovechar la única gran ocasión de su vida para realizar algo verdaderamente grandioso.

La respuesta era una sola, y Victoria hizo otro pasito hasta identificar, en la trémula luz de las últimas llamas del hogar, un mechón de cabellos oscuros, de

verdadero libertino, sobresalir entre las cándidas sábanas.

Bastaba tirar un poco la manta y todas sus curiosidades se verían satisfechas.

Victoria inclinó la cabeza hacia el cobertor para sentir la respiración. ¿Y si su aventura terminaba, además, con ella que salvaba la vida a Jared, que había sido dejado a merced de su destino y empeoraba repentinamente?

Pero la respiración regular de él rompió esa esperanza: dormía.

La trenza se le deslizó de la espalda y cayó sobre las mantas con un ruido sordo, pero por fortuna pareció no molestarlo. Victoria comenzó, despacio, a retirar las mantas. Un pedacito de frente, las cejas disolutas, los párpados bajos, las largas pestañas oscuras...

Jared abrió los ojos bruscamente. Lo habían despertado extraños ruidos provenientes del cuarto, luego, la sensación de que alguien había entrado y se estaba moviendo sigilosamente hacia la cama.

Se quedó inmóvil, esperando acertar la intrusión; estuvo a punto de incorporarse cuando algo suave golpeó las mantas, recordándole el salto de un pequeño animal, pero cuando se dio cuenta de que el intruso había comenzado a tirar de la sábana, no pudo fingir más que estaba durmiendo.

Con un movimiento rápido, el que las heridas le permitían, se sentó en el lecho, contando con el efecto sorpresa, y lo obtuvo, para sí mismo y para el presunto agresor.

Lanzaron un grito en el mismo momento. El de ella agudo y vagamente asustado, el de él una exclamación bastante colorida.

Jared pensó que sufría una alucinación debida a la fiebre, porque la figurita en camión que había saltado asustada hacia atrás, no podía ser verdadera. El sobresalto fue tan repentino que la muchacha se enredó en el ruedo de la enagua y rodó al suelo, mostrándole, en la penumbra de la habitación, una rápida visión de tobillos y piernas bien formados, que en un segundo volvieron a meterse bajo la modesta protección de la tela.

Desde lo alto de la cama, Jared observó por un momento a la joven sentada en el piso. Estaban los dos tan maravillados que no sabían qué decir.

Fue Jared el que se recompuso primero, sintiéndose de la parte de la razón. «¿Y tú quién eres?» preguntó. Trató de levantarse de la cama para ayudarla, pero se acordó de que estaba demasiado falto de ropas para mostrarse y desistió, temiendo que ella aprovechara para escapar.

«¿Una sirvienta?» respondió ella en un tono tan interrogativo que no dejaba lugar a dudas sobre el hecho de que estaba mintiendo.

El joven asintió «¿Y por cuál motivo estás aquí?»

«¡Para asistirlo!»

Habría explotado de risa si no hubiera decidido amoldarse al juego. Ahora que se había despertado del todo, comenzaba a sospechar quién era la desconocida. Sería interesante descubrir por qué la hermana de Harriet se había metido en su cuarto. La situación era intrigante y quería gozársela. Trató de observarla mejor, aunque la penumbra no lo ayudaba.

«Atiza el fuego» ordenó, haciéndose el irritado.

Ella se levantó y se apretó la bata al cuerpo, con un aire mitad ofendido y mitad aterrizado. No era buena actuando, pensó Jared, siguiendo con los ojos la deliciosa silueta de ella que se acercaba al hogar. Un momento después las llamas diseñaron su perfil en la oscuridad.

No se le escaparon las formas agraciadas y sensuales de la muchacha, que no se conciliaban con el vago recuerdo que tenía. Esa ya no era la niña insípida que había conocido, pero por otra parte habían pasado... ¿cuántos? Cinco años. Era lógico que aquella criatura hubiera dado lugar a una joven mujer. La verdadera (y agradable) sorpresa era reencontrarla tan graciosa.

Cuando la joven se volvió, quedó maravillado por su vivaz expresión. Había esperado que se mostrara asustada o incómoda, en su lugar lo miraba con el aire de querer estudiarlo. Otra que sirvienta, pensó divertido.

«Acércate» le dijo, y se dio cuenta de que esa extraña situación lo estaba excitando, en más de un sentido, sobre todo cuando ella, con paso algo renuente, se acercó al lecho.

Era muy diferente a la hermana mayor, que nunca había despertado en él el menor interés. Esa muchacha trasudaba pasión y vitalidad por todos los poros. La atención que le daba, cargada de curiosidad, tuvo el poder de encenderle la sangre, pero Jared echó mano de su auto control para que ella no se diera cuenta.

«Te llamas Victoria, ¿correcto?» preguntó, poniendo fin a la pequeña mentira. No pudo evitar una sonrisa notando su contrariedad. ¿Creía de verdad que lo iba a engañar?

La joven se llevó las manos al rostro, volviendo a parecer una niña, como si de repente hubiera recobrado la razón y se diera cuenta de la situación absurda en la cual se había metido.

«Señor, discúlpeme... ¡soy imperdonable!» comenzó a balbucear enrojándose.

Jared explotó en una carcajada, incapaz de contenerse más. Victoria se achicó en la bata e hizo ademán de irse inmediatamente, pero él no le dio modo para alejarse. Tenía mucha curiosidad, en este punto, por entender qué era lo que la había llevado allí, y le aferró el pulso para retenerla. La mano herida le dio una punzada de dolor, pero la soportó estoico.

«No, señorita» la intimó, esperando que el modo imperativo la obligase a obedecerlo. «¡Ahora me dices qué haces aquí!» habría tenido que usar tonos más respetuosos, lo sabía, pero quería ser persuasivo.

Victoria se sacudió para liberarse, pero sin mucha convicción. Con un suspiro cedió. «Quería solamente verlo».

Jared esperó a que continuase. No le molestaba tener esa fina muñeca entre los dedos. No obstante su pésima fama, no era costumbre suya importunar a jóvenes debutantes: eran damas más experimentadas las que calentaban sus noches, no inhibidas y virginales jovencitas. En todo caso, había sido obligado en más de una oportunidad a escapar de los anhelos de muchachas en busca de marido, que habían terminado por arruinarse con sus propias manos colocándose en ridículo mientras trataban de seducirlo.

Pero esta vez era diferente. Victoria no parecía que estuviera allí con algún segundo fin, aunque se le escapaban las motivaciones.

La joven evitaba mirarlo a los ojos y fijaba con obstinación la punta de sus pies.

«Verme» la alentó él.

Finalmente ella alzó la mirada con una expresión divertida más allá de cualquier decir. «No a usted en particular... verá...» otra respiración profunda que le recordó cuando en la escuela, no preparada, se disponía a disparar una grande. «Tenía curiosidad por ver a un verdadero libertino» dijo en un solo aliento.

Esta Jared no se la esperaba. La carcajada le salió más sonora de lo que quería.

«¡Muchas gracias!» exclamó. «¿Y te parece lógico hacerlo en el corazón de la noche?»

Ella se ensombreció. «Harriet me dijo que está herido. Pensaba darle una miradita e irme».

La lógica de esa muchacha era tan absurda que no atinó a preguntarle otra cosa. Todo era tan insensato que lo dejaba incapacitado.

«¿Estás satisfecha al menos? ¿Satisfago lo suficiente tus expectativas?» preguntó entre serio y chistoso.

«En realidad no. Me parece un hombre bastante común».

«Quizás debería sentirme ofendido, pero creo que tu descortesía depende del hecho de que eres inexperta. Di la verdad: ¿no tienes ni idea de qué es un libertino!» le tomó el pelo.

Luego de haberse soltado de su agarre, Victoria cruzó los brazos sobre el pecho. «¡Por el contrario, sé bastante!» replicó, «aunque nunca haya visto uno, en efecto» admitió.

«Y yo te he desilusionado cruelmente con mi aspecto ordinario» concluyó él. Jared se abandonó entre las sábanas, comenzaba a resentir el cansancio y las heridas le dolían. «Como disculpa puedo decir que no estoy en forma. Es plena noche, es verdad que no estoy bien y además dejé en Londres a todas las mujeres que podrían asegurar mis capacidades amorosas. La única alternativa sería demostrarte qué cosa sé hacer...» le lanzó una mirada y encontró muy hilarante la expresión de ella, una mezcla de horror, interés y confusión. «Pero estoy incapacitado, como ya te dije» concluyó, disfrazando una sonrisa.

Victoria asintió, haciendo ondear los rizos que le circundaban el rostro, demasiado cortos como para quedarse en la trenza. «Quizás sea mejor que lo deje reposar» dijo.

«Quizás» concordó él, divertido. Cuando decidió retirarse a Killmore Court no imaginó que la estadía podía ser tan motivadora.

Sería divertido, al día siguiente, desafiar la voluntad de Harriet y unirse a la familia para el desayuno: ya podía saborear las expresiones de las dos hermanas.

Victoria dibujó una sonrisa e hizo ademán de irse, cuando ambos saltaron al oír un ligero toque en la puerta.

4

Los dos intercambiaron una mirada aterrorizada.

Jared tuvo apenas el tiempo de indicarle dónde esconderse y verla tirarse al lado del lecho sobre la parte oculta a la vista de quien entraba, antes de que Roger se asomara por la puerta.

«¿Todo bien?» le preguntó alzando una luz hacia él. «Sentí ruidos extraños y pensé que estabas mal».

Jared mantuvo la voz firme. «Más que bien, tengo la costumbre de hablar solo cuando no puedo dormir. Me hago compañía».

A Roger no se lo veía muy convencido, y parecía intencionado a quedarse en el cuarto. Si hubiera hecho algunos pasos, habría podido ver a Victoria, que se aplastaba como podía al suelo, tratando de meterse debajo de la cama. Pero debía haber algo que se lo impedía, porque por el rabillo del ojo Jared la veía sacudirse y moverse sin resultado.

«¿Quieres que te haga compañía?» preguntó Roger. «Estaba yendo a dormir, pero...»

«Ve, entonces, justo estaba tratando de volver a dormir yo también, ahora que pasó el dolor del brazo».

La fortuna le sonrió: Roger no se hizo rogar mucho y dejó la habitación luego de que volviera a insistir.

La cabeza de Victoria, cuya trenza se había desarmado en el tentativo de meterse debajo de la cama, se asomó por la cabecera.

Soplando para sacarse un mechón de la cara, la muchacha le mostró una sonrisa radiante. Jared se sentía envejecido quince años y no compartía en absoluto su alegría.

«Había una maldita madera que me bloqueaba el paso» le explicó. «Pero salió bien, ¿no?»

«¿Arriesgarte a quedar comprometida por un libertino entra en tu concepto de *bien*?» ladró él.

La carita de Victoria se puso seria e interrogativa. ¿Pero era estúpida? «¿Y si Lord Killmore te hubiera visto?!» le preguntó exasperado.

Si se hubiera sentido bien habría bajado del lecho y la habría enviado fuera de su puerta sin agregar nada más, pero con el brazo fuera de uso no le era posible ni siquiera un mínimo acto de fuerza.

Ella abrió grandes los ojos. Y Jared, no obstante la penumbra, se dio cuenta de que debían ser claros, pero no cerúleos como los de Harriet.

«Vamos, es su hermano... ¡mi cuñado! ¡No habría sido un gran drama!» minimizó ella.

Era oficialmente la joven más tonta que hubiera conocido. Y también una de las más fascinantes, tenía que añadir. Los cabellos sueltos eran una nube en la cual habría sumergido de buen grado las manos.

Sin querer, se encontró examinándola, ahora que la tenía tan cerca y podía verla bien. También ella, por su parte, parecía aprovechar la ocasión para mirarlo mejor, quizás buscando los lineamientos de libertino en su rostro. No tenía nada en común con Harriet, desde ese modo descarado de observarlo, que tenía el poder de hacerlo sentir extraño, vulnerable. Era joven, pero ya no tenía nada de niña.

Se dio cuenta de que la conversación, ya precaria, estaba languideciendo mientras ambos se perdían examinándose mutuamente. Tratando de recuperar el control hizo un movimiento brusco que le provocó una puntada en el brazo herido. Victoria, que estaba cerca, se inclinó inmediatamente sobre él, preocupada por el gemido de sufrimiento que se le había escapado.

«¿Está mal? ¿Volvió a abrirse la herida?» preguntó, inundándolo con su masa de cabellos rojos, que lo envolvieron en un delicado aroma floral.

«Nada, no es nada» trató de alejarla Jared, pero no pudo parecer fastidiado como hubiera querido. El toque de sus manos frescas sobre la piel, que quizás quemaba debido a la fiebre causada por el viaje, le estaba dando un festín al cual no quería renunciar.

«Arde» observó ella en efecto, ayudándolo a acostarse. «¿Es verdad que fue herido en un duelo? ¿Por una mujer, verdad? Oh, sí, ¡puesto a que fue una cuestión de amor!»

«Lamento desilusionarte: se trató, sí, de un duelo, pero nada romántico. La causa fue un caballo. Me fue vendido un rocín en lugar del pura sangre que pagué perfumadamente y la discusión con el propietario fue más allá de lo previsto».

Mientras le explicaba la prosaica verdad sobre el duelo, Victoria, experta enfermera, se ocupaba de arreglarlo lo mejor posible en la cama. Parecía que sabía lo que tenía que hacer, e inmediatamente Jared se encontró contento de tenerla allí en ese momento. Era verdad que su condición estaba empeorando, había comenzado a temblar por los escalofríos y se sentía confundido. Era

confortable tener a esa extraña chica a su lado, aunque nunca lo hubiera admitido.

Victoria tomó la jarra del tocador y humedeció una toalla, con la cual le refrescó la frente y las sienes. Siguió pasándole paños, regalándole un bienvenido bienestar.

«Eres hábil» le dijo un momento después, mientras lo ayudaba a tomar unos sorbos de agua.

«En la escuela me ocupaba a menudo de las pequeñas enfermas, y un par de veces también de mis hermanitas en casa. Ninguna que hubiera participado en un duelo».

Jared sonrió. Sentía los párpados pesados, pero no tenía apuro en mandarla a la seguridad de su cuarto. Y Victoria no parecía tener la intención de irse.

Cuando él entrecerró los ojos, casi vencido por el sueño, sintió a su lado el peso leve de ella posarse en el lecho. Se había sentado sobre las mantas. Cuando la mano de la muchacha le tocó la frente, venció el peso del cansancio y se dio vuelta para mirarla.

La caricia de ella era una sensación extraña. No tenía nada de sensual, y sin embargo tuvo sobre Jared un efecto explosivo que superó el agotamiento debido a la fiebre. O a lo mejor era justo la fiebre la que alteraba todas sus percepciones.

Victoria se había visto lanzada a una situación imprevista.

La que había nacido como madre de todas las aventuras, estaba asumiendo connotaciones inesperadas a las cuales trataba de hacer frente como podía.

La llegada de Roger no la había asustado tanto como descubrir a Jared en condiciones más graves de lo que le había parecido en un primer momento. Desde que se había dado cuenta, tocando su frente, que quemaba de fiebre, había dejado de tomar a la ligera aquella aventura: si tenían suerte, se trataba solo del cansancio por el viaje, pero también podía tratarse de una infección, y en ese caso habría servido un médico.

Bajo todo punto de vista se había metido en un buen lío: si avisaba a alguien de la condición de Jared, habría tenido que justificar su presencia en el cuarto. Si se quedaba a cuidarlo, se habría arriesgado lo mismo a ser descubierta, y además, temía haber hecho todo lo que estaba en sus manos en cuestión de cuidados. No sabía qué más hacer.

Acariciarle la frente fue un gesto impulsivo. Le vino espontáneo, lo hacía a menudo con las niñas enfermas, sin embargo, se dio cuenta inmediatamente de

cuan íntimo era acariciar en ese modo a un hombre. Ese hombre.

Jared, que parecía adormentado, abrió los ojos para mirarla, y algo se encendió en ella.

Antes había mentido diciendo que lo encontraba ordinario: cierto, no había encontrado en él los vestigios del libertinaje que se había imaginado, pero habría podido afirmar todo menos que tenía un aspecto común. Ahora, tan cerca, comprendía plenamente el peligro de su seducción. La mirada de Jared tenía algo magnético, no obstante estuviera ofuscada por la fiebre: esos ojos parecían capaces de imponerle su voluntad. Había en ellos un dejo imperioso, pero también una inesperada vulnerabilidad, como si le estuviera suplicando que se quedara a su lado y al mismo tiempo le ordenara hacerlo.

Victoria dejó de respirar por un instante, sintiendo una turbación que le era nueva, algo visceral y totalizador.

«Está empeorando». La emoción era tan fuerte que le había temblado la voz: el susurro que le salió la hizo avergonzar, y para contenerse hizo ademán de retirarse del contacto con su piel, pero Jared la retuvo con la mano vendada, colocando los dedos en su mejilla.

«Quizás» la voz de Jared también era un susurro, pero caliente e invitante como una taza de chocolate.

Listo. Ahora Victoria tenía la percepción perfecta de lo insidioso de un libertino. Se sentía atraída por él como una polilla por el fuego. ¿Eso podía ser un intento de seducción? Si lo era, la muchacha se dio cuenta de que era totalmente vulnerable e incapaz de resistirse.

¿Tan poco se necesitaba para caer entre los brazos de un seductor?

Le parecía que estaba en un sueño, uno de esos de los cuales se despertaba confundida y en ansia, y de los cuales recordaba vagas imágenes de besos y caricias, de heroicos caballeros e indomables palpitaciones.

El corazón, en efecto, parecía a punto de saltarle fuera del pecho y era una suerte no llevar el corsé, que la habría sofocado.

Tenía que retirar la mano de la suya, lo sabía. Pero en el sueño no lo habría hecho.

No lo hizo tampoco en la realidad; al contrario, siguiendo un impulso absurdo e impulsivo, se inclinó, y tímidamente posó sus labios sobre los ardientes de él.

Ese contacto desencadenó en ella una tempestad que la tomó desprevenida. El calor de los labios de Jared pareció transmitirse por todo su cuerpo; una ola de lava ardiente se volcó en sus venas.

Era su primer beso y no tenía siquiera idea de cómo se hacía: de los libros prohibidos que había leído en la escuela nunca había sacado datos realmente útiles.

Retomando una pizca de control trató de levantarse, pero Jared no se lo permitió, deslizando la mano vendada entre sus cabellos, detrás de la nuca, reteniéndola consigo.

El contacto leve de sus labios cambió, cuando los de él comenzaron a moverse apenas tocando los suyos, primero, en una caricia delicada, luego, en una rítmica y sensual danza que le provocó una placentera languidez. Se dejó guiar por él, dejando prevalecer el instinto. Ahora le parecía que era ella la afebrada, le daba vueltas la cabeza, mientras todas sus sensaciones se concentraban en el contacto de sus bocas, como si en el mundo no existiese nada más. Cuando la lengua de Jared tocó sus labios le pareció que nada nunca le había provocado una exaltación similar. Aceptó la silenciosa invitación de abrir los labios y dejó que él la explorara, la provocara, le buscara la lengua con la suya.

Delicadamente, luego de un tiempo infinito, Jared se retiró, y Victoria se esforzó por recobrar el dominio de sí misma. Abrió los ojos y encontró los de él, en los cuales leyó una divertida exaltación.

Se levantó bruscamente, tratando de recomponerse, pero sabía que se encontraba en una condición deplorable: sentía los labios hinchados, todavía húmedos por los besos, y la cabellera debía tener un aspecto terrible. Se apretó la bata alrededor del cuerpo, enderezándose como para escapar.

¿Entonces, los libertinos poseían el poder oculto de engañar a las jóvenes con esa facilidad? Bastaba una mirada, un ligero contacto y las mujeres se perdían. Pero ella se iba a mostrar más fuerte.

«Me besó» observó Jared con una lógica incontestable y una sonrisita que le hacía merecer una cachetada. «Interesante noche...» murmuró. Luego hizo un movimiento fastidiado mientras sobre el rostro le aparecía una mueca de dolor. Emitió un murmullo incoherente y perdió los sentidos.

En un primer momento Victoria creyó que estaba simulando, aunque no comprendía el chiste, luego se dio cuenta de que Jared realmente se había desmayado.

Esta vez fue sorprendida por una ola de pánico: el hombre no respondió a su llamada y no reaccionó cuando le dio unas cachetaditas sobre la cara. Mirándose aterrada alrededor, vio el cordón para llamar a la servidumbre y lo tiró varias veces.

Para salvar la reputación, llegada a ese punto, tendría que haberse precipitado al corredor, para esconderse en un rincón oscuro y esperar a que el mayordomo no la notase. ¿Pero podía dejarlo solo en ese estado?

No tuvo tiempo para tomar una decisión: ni que hubiera estado detrás de la puerta, el mayordomo llegó, antes de que Victoria pudiera siquiera pensar en algo plausible para decir.

Estaba tan agitada que no hizo caso si el hombre, viéndola allí, había reaccionado de alguna manera. Se limitó a informarlo sobre la salud de Jared en el modo menos confuso posible: tenía fiebre alta, se había desmayado, a lo mejor la herida se había infectado...

El sirviente empleó menos tiempo en decidir qué hacer de lo que ella tardó en explicarlo. Se acercó a su vez al llamador y pidió ayuda luego de haber tomado nota de las condiciones de Jared.

Victoria, atontada, se puso a un lado sin tener el coraje de irse, cuando un segundo sirviente, algo agitado y con el uniforme mal puesto, ingresó en la habitación.

El mayordomo, que mientras tanto se había colocado al lado de la cama del herido y estaba controlando su estado, ordenó al recién llegado que avisara al patrón y le preguntara si quería llamar un médico.

Todos estaban muy calmos, a excepción de Victoria, que sentía el corazón en la garganta. Era su culpa si Jared había empeorado. Si solo se hubiera ido en el momento adecuado; si solo hubiese llamado antes, cuando había notado que la fiebre subía; si solo...

Roger, en bata, se precipitó en el cuarto justo cuando Jared estaba recobrando los sentidos gracias a la intervención del mayordomo. Su expresión fue de pura sorpresa, luego, de total desaprobación cuando enfocó a Victoria en su rincón, enroscada sobre sí misma tratando de parecer invisible. Por un segundo pareció que iba a decir algo, o que iba a colapsar también, cuando Jared comenzó a recobrase, emitiendo un murmullo que llamó su atención.

«¿Qué diablos sucede aquí?» tronó entonces Lord Killmore.

«Vuestra Gracia» respondió con rapidez y calma envidiable el mayordomo, «Temo que la salud de Mr. Lennox ha empeorado. Quisiera sugerirle llamar al doctor Chester».

«Estoy bien» protestó débilmente Jared.

«Acaba de desmayarse, señor» comentó impasible el mayordomo «Y tiene la fiebre muy alta».

Jared dejó de protestar y Roger hizo una señal de asentimiento; luego, sacudiendo la cabeza como si sirviera para poner orden a sus pensamientos, despidió al mayordomo.

Victoria lo encontraba insólitamente gracioso: el cabello, siempre impecable, semejaba un nido de tordos; los bigotes colgaban tristes debajo de la nariz. Tenía las manos apoyadas a los lados, estaba rígido, pero la vestimenta era algo totalmente distinto a una cosa digna y todo el conjunto tenía un qué de cómico y trágico al mismo tiempo.

Se acercó al lecho del hermano sin quitar los ojos de Victoria, encendidos por la indignación. Sin mucha gracia tocó la frente del joven y pareció que el resultado del examen lo tranquilizaba algo.

«Tengo miedo de pedirte explicaciones» dijo, lanzando una rápida mirada a la muchacha, que se sintió acalorada.

«¡Y yo tengo miedo de responderte!»

Lord Killmore alzó los ojos al cielo. «Sanders... mi mayordomo... ¿los encontró aquí?»

«Lo llamé yo».

«¡Mi Dios!» exclamó Roger.

Victoria, que se había enderezado esperando el reto, cuando se dio cuenta de la expresión trastornada del cuñado recibió un golpe al comprender plenamente cuál era su pensamiento.

Inmediatamente se lanzó hacia adelante decidida a defenderse. «No es lo que piensas, ¡maldición!»

Jared, medio atontado en la cama, alzó la única mano que podía mover para agarrar al hermano. «Roger, sé serio...»

Lord Killmore se enderezó en toda su estatura, y Victoria se dio cuenta por primera vez de que se trataba de un hombre muy alto. «Victoria, vuelve a tu cuarto, enseguida. Vístete, ya casi es de mañana».

Con estupor, Victoria miró hacia la ventana y se dio cuenta de que estaba amaneciendo. Había pasado casi toda la noche haciendo paños y asistiendo a un enfermo, y no tenía ganas de sentirse culpable por eso. O por haber besado a Jared... o por haberse metido en su cuarto... quizás algo de culpa sentía, debía admitirlo.

Sin agregar nada más, pero emitiendo un ruidoso suspiro, obedeció, no encontrando el coraje para mirar a Jared una última vez antes de dejarlo.

5

La casa ya se había despertado con todo su bullicio, y en el camino a su propio cuarto Victoria chocó, sumamente avergonzada, con una de las domésticas que estaba subiendo la escalera para dirigirse hacia las habitaciones.

Le faltaba solamente chocarse con Harriet en la puerta, y luego, su vida podía dejar de existir.

Estaba cansada; se dio cuenta de ello solamente cuando cerró la puerta a su espalda. No era extraño, ya que había pasado la noche en pie, entre emociones y aventuras.

Esta vez, lo sentía, no saldría bien parada. La expulsión de la escuela no era nada comparado con lo que la esperaba ahora. ¿Pero qué, exactamente? En las novelas las muchachas eran encerradas en un convento, pero ella no era católica. ¿Le habrían hecho cambiar credo?

Renunció a llamar a la criada y se dispuso a vestirse como podía. El agua en la jarra estaba fría. Mejor así, la ayudaría a despertarse, se dijo, mientras se refregaba vigorosamente el rostro. Se sentía hinchada y a pedazos: el espejo confirmó su impresión, y agregó el adjetivo “despeinada”. Podía solo imaginar el efecto que había tenido que producir su aspecto sobre Roger. Pero le parecía absurdo cómo podía haber pensado que Jared, en sus condiciones, se hubiera aprovechado de ella.

«¡Es *absurdo* que tú pienses una cosa de ese tipo!» Jared había tratado de replicar a las ignominiosas acusaciones del hermano con fuerza, pero estaba débil, muy atontado para entender la magnitud de las imputaciones.

Habían encontrado a Victoria en su habitación. Era casi el alba.

Para decir la verdad, Jared tenía recuerdos fragmentarios de lo que había pasado realmente: Victoria se había metido en su cuarto. Le había confesado que quería ver un libertino en carne y hueso. Luego, tanto la carne como los huesos del libertino habían comenzado a quemarse entre las llamas del infierno y todo se había vuelto confuso.

Recordaba que ella le ponía paños fríos, le quitaba el sudor y le daba agua, y poco más. Además de eso que debería haber sido puro delirio, es decir, una imagen de la joven que descendía sobre él como un ángel, en una cortina de rizada seda roja, lo envolvía en el perfume limpio y regenerador de

su piel y le regalaba uno de los besos más sensuales, totalizadores y excitantes que nunca hubiera recibido antes.

No podía haber sido más que un sueño debido a la fiebre; era imposible que hubiera sucedido en realidad. La realidad eran solamente punzadas dolorosas en el hombro y el peor dolor de cabeza de siempre.

No tenía la fuerza para reaccionar a esas malditas acusaciones. Ya era un milagro que pudiera tener los ojos abiertos, ¿cómo hacía Roger para no entenderlo?

«El honor de Miss Arden está intacto» replicó.

Roger se paró al lado de la cama donde Jared no tenía la fuerza siquiera para sentarse. «Eso lo puedo creer» dijo, examinándolo de la cabeza a los pies casi con disgusto. «¡Eres una piltrafa! ¡Pero el punto no es lo que *sucedio*, sino lo que *parece* que sucedió!»

«Tu mayordomo me encontró desmayado: podría parecer que tu cuñada me planchó con un golpe en la cabeza».

Roger apoyó los puños sobre el cobertor y afrontó al hermano con una actitud resuelta. «¡No hay nada para reír en esto! Tendré que decirle algo a Harriet. Toda la servidumbre debe estar murmurando a vuestras espaldas. ¿Entiendes que la situación es seria? En Londres puedes hacer lo que quieras de tu vida, pero lo que pasa en mi casa, es problema mío... y Victoria es parte de mi familia».

Jared sentía que le faltaban las fuerzas. No alcanzaba a dar un exacto significado a ese discurso; se sentía ensordecido y confundido. Quizás estaba por volver a desmayarse y no era el momento para hacerlo. Apeló a sus últimas fuerzas.

«Yo también, si es por eso. Y por ahora no puedo pedirte más que una tregua, hasta que mejore».

Roger debió haberlo visto verdaderamente mal, porque se calmó un poco. Quizás no le parecía bien enojarse con un moribundo. Incapaz de resistirse más al cansancio que lo estaba envolviendo en su manto, Jared cerró los ojos, preguntándose qué habría sido de él cuando se hubiera recuperado. *Si* se hubiera recuperado.

Victoria trató de parecer inocente con todas sus fuerzas. Se colocó un vestido de un blanco deslumbrante, con minúsculas flores rosas bordadas en el borde del cuello redondo. Cubrió el escote, que ya era bastante recatado, con un velo. Forzó a la doncella para que estirara sus rizos hasta componerlos en un peinado severo y serio, quedando tan tirantes que los ojos se le achinaron.

El conjunto se completó con un chal muy austero de un rosa pálido, que tenía que significar la inocencia, la delicadeza, la amabilidad.

Tenía la impresión de que iba a enfrentar al tribunal de la inquisición. El tiempo pasado había sido suficiente como para que Harriet fuera informada, se hubiera desmayado dos veces, y, junto al marido, hubiera decidido a qué convento enviarla. O qué madera utilizar para la pira. Victoria esperó en vano que la hicieran llamar antes de decidirse a bajar.

Se imaginaba de todo, que los Killmore estuvieran discutiendo todavía su destino, o escribiendo cartas a casa para preguntar qué hacer con ella...

O a lo mejor no la habían hecho llamar porque, mientras tanto, el pobre Jared había comenzado a agonizar, volviendo realidad sus primeras, fantasiosas, especulaciones.

No encontraba nada romántico en los sufrimientos del hombre ahora que lo había conocido. Victoria se sentía terriblemente tonta, pensando con cuánta superficialidad había considerado la situación hasta ese momento.

El tiempo que separó la última escena del drama nocturno hasta el desayuno fue, para la joven, el momento del arrepentimiento y de la contrición. Cuando salió de su cuarto era una mujer diferente, llena de consciencia y madurez.

El comedor de Killmore Court era un luminoso y amplio salón, bastante moderno como para pertenecer a una estructura tan vieja. Tres grandes ventanas que se alzaban hasta el techo daban luz al ambiente, junto a las paredes decoradas con estucos blancos y dorados. La chimenea, lo bastante grande como para alojar al menos a tres personas, decorada con volutas y bucles dorados, estaba coronada por el retrato adusto y algo cómico debido a la vestimenta del siglo precedente, de un antepasado de la familia.

Sobre la larga mesa de la estancia se apoyaba una elaborada composición de flores frescas que iba casi de una punta a la otra.

La cosa menos vivaz, consideró Victoria, eran justamente los dueños de casa, sentados inmóviles en las dos extremidades de la mesa. Ambos mostraban rostros tan fúnebres que, a primera vista, la joven pensó que Jared había muerto en las últimas horas.

Apenas Harriet se dio cuenta de su llegada perdió la compostura, y con un gesto algo teatral, apoyó la frente en la palma de la mano, como queriendo esconder la cara.

De lágrimas, notó aliviada Victoria, no había sombras: después de todo, a lo mejor no era para tanto. La expresión de su hermana era lo más ultrajado,

abatido, desilusionado que se pudiera imaginar, pero no era una novedad que Harriet manifestase de forma tan teatral su propia decepción: la muchacha estaba convencida de que había sido justamente esa actitud de reina ofendida la que se había abierto camino en Lord Killmore, el cual debía haberla interpretado como sensibilidad.

Pero en ese momento también él, desde el otro lado del universo, miraba con hostilidad a Victoria. Estaban de acuerdo en condenarla, ¿pero cuál habría sido la pena?

«Coraje, Victoria» murmuró Harriet con la voz rota. «Ahora dime tu versión».

Victoria abrió la boca para responder, pero la manito pálida de Harriet dejó súbitamente su frente para colocarse adelante, como un obstáculo.

«¡No! ¡No quiero saber! Dime, quizás... anoche no podías dormir, imagino. Y te levantaste para dar un paseo. Y paseando llegaste delante de la puerta de Jared, ¿correcto? Sentiste un rumor, te preocupaste, entraste, lo encontraste desmayado y llamaste *enseguida* a Sanders».

Victoria se quedó sin saber qué decir. Siempre había estado convencida de ser la más imaginativa de la familia, pero tendría que repensarlo.

«No...» comenzó, pero la mirada que le llegó de parte de su cuñado la hizo volver a plantearse la respuesta. «Es decir, sí. Justo como dijiste, ¡mi inocencia es cierta!»

«Bien, porque eso es lo que se dijo a la servidumbre. Sanders mantendrá el secreto, es un hombre de confianza».

Victoria frunció el ceño y miró a Roger, que estaba muy satisfecho rompiendo su huevo alla coque con precisión quirúrgica.

Sólo entonces se dio cuenta de que ningún empleado estaba sirviendo la mesa: esa reunión de familia, en la intimidad del inmenso salón, estaba decidiendo su destino. Nerviosa, ignoró el gesto de la hermana que la invitaba a sentarse.

«No hay ningún secreto escabroso, Roger. Sí, cometí el error de ir a buscar a Mr. Lennox, pero lo encontré en condiciones lamentables. Me quedé a ayudarlo y cuando comprendí que la situación era grave, pedí ayuda. ¿Qué hay de malo en eso?»

«¡Todo, querida!» gimió Harriet. Tenía el aire sorprendido de quien no entendía lo que había oído. «Olvida esa versión de los hechos. ¡Dios no quiera que te veas obligada a casarte con ese ser abyecto!»

Victoria dio un salto hacia atrás. «¿Por qué debería casarme con él?!» exclamó, reteniendo difícilmente una carcajada, pero no bien enfocó las expresiones de los dos, se le pasó inmediatamente cualquier señal de hilaridad.

«Pasaste la noche en su cuarto» remarcó Harriet.

«¿Con un hombre desmayado, hermana!» especificó ella. Parecía un chiste horrible, pero un rayo de sol salió de entre las nubes. «Al menos estaba desmayado los pocos minutos que me entretuve allí. Porque entré sintiendo un extraño rumor y enseguida llamé a...» ¿cómo diablos se llamaba ese seco del mayordomo?

«Sanders» completó Harriet asintiendo, visiblemente satisfecha.

Victoria, por el contrario, sentía que su mal humor crecía, y así siguió cuando se sentó y en silencio se sirvió el desayuno, tomando los platos de viandas desparramados en la vegetación de la mesa. ¿Habrían realmente llegado a obligar a ese pobrecito a casarse con ella por culpa de una aventura si no hubiera confirmado esa ridícula versión de los hechos?

¿Y cómo era posible que esos dos estuvieran más preocupados por su honor que por la suerte de Jared?

«¿Cómo está él?» murmuró, sintiendo caer sobre ella toda la angustia de esa larga noche. Pero Harriet hizo como que no sentía.

«¿Cómo está tu hermano?» repitió en voz alta e irritada, para alcanzar a Roger en la otra punta de la mesa.

«El médico es optimista, salvará el brazo. Gracias, querida, por el interés».

Gélido, como si hubiera hablado del tiempo. Victoria se sentía explotar y abandonó la sala, sin cuidarse de las buenas maneras.

Estaba cansada y tensa, quizás más confundida de lo que quería admitir: necesitaba un buen sueño o un poco de aire.

Tuvo que optar por la segunda opción, porque sabía bien que en la casa de su hermana no habría sido admitido dedicarse a la ociosidad en horas diurnas.

No podía más... y todavía no había pasado ni siquiera un día completo allí.

El aire primaveral de la mañana era fresco, y Victoria se colocó con apuro la chaqueta corta que se había puesto sobre los hombros. Recorrió el camino de ingreso de la casa y giró alrededor del perímetro para llegar al parque que se abría detrás de la propiedad.

De Killmore Court siempre había tenido un pésimo juicio: era una propiedad muy antigua, que algún incompetente había remodelado en épocas

recientes, privándola de fascinación y atractivo. Por todos lados se encontraban estucos dorados y espirales insulsas, mientras el jardín, que había sufrido las mismas mejorías bárbaras, era un mosaico de parterres ordenados, colocados entre setos bajos y muy cuidados, árboles arreglados en forma simétrica a lo largo de senderitos, arbustos torcidos y podados hasta tomar formas grotescas y no naturales.

Los caminos de grava agilizaban los paseos, pero en ese momento Victoria tenía necesidad de sentir el contacto de la hierba, de la naturaleza, admitiendo que esa especie de salón vegetal pudiera ser considerada “naturaleza”, e inmediatamente abandonó el recorrido seguro para poder pisar el césped. Los escarpines de raso se empaparon de rocío en pocos pasos, y rápidamente la joven sintió el frío que le subía a las piernas, luego a todo el cuerpo.

Se dio vuelta para mirar la casa, un monótono bloque de piedra y ventanas, no muy diferente al colegio que había dejado, y, quizás, a una prisión.

Ésa, lo sentía, sería su prisión: luego de lo que había sucedido esa noche, Harriet se transformaría en una carcelera, Roger en un guardián rabioso. Sabía que no le gustaba a su cuñado: no habría sido posible, ya que su misma hermana no la encontraba simpática. Quizás era por eso que su madre la había mandado allí, como una especie de tortuosa venganza. Ciertamente su estancia en Killmore Court sería el castigo adecuado para sus peores fechorías.

Con un escalofrío, Victoria decidió renunciar a ulteriores exploraciones del parque. Quieta al lado de una estatua de mármol, una falsa obra clásica hasta en sus espacios vacíos, trató de darse cuenta si la habitación de Jared daba a ese lado de la casa.

Era probable, si el corredor mostraba el camino de ingreso. Intentó contar las ventanas, pero perdió la cuenta en un instante.

Salvar el brazo, había dicho Roger. Entonces la infección era seria. Al menos en una cosa toda esa horrible situación había tenido como lado positivo la tempestiva intervención en la salud de Mr. Lennox, que no era algo de poca importancia.

La muchacha sonrió para sí misma por su ligereza: ¿cómo había podido pensar que ese pobre hombre tuviera un aspecto singular sólo por sus malas costumbres?

Tuvo que reconocer que, en los últimos tiempos, cómplices las lecturas, la recíproca incitación entre compañeras de estudios y una buena dosis de predisposición personal, la imaginación la había conducido a menudo por el camino equivocado. Un duelo, entre las páginas de un libro, podía ser

fascinante, pero en la realidad no era gran cosa si podía conducir a un hombre fuerte al punto de perder un brazo: la vida de un libertino, quizás, estaba llena de aventuras maravillosas para contar, pero si el resultado de tal empresa era el de terminar febril y no deseado en la casa de un familiar, entonces no era tan extraordinaria.

Sintiéndose fuerte con este nuevo entendimiento, Victoria comenzó a salir del prado, preocupándose por el estado del vestido y de los escarpines. No era el mejor camino para volver a gozar del favor de su familia.

Este pensamiento abrió la puerta a toda una serie de nuevas y desoladoras consideraciones.

El rumor de la grava movida por sus pasos era agradable y la empujó a seguir el paseo no obstante el frío que subía de los pies mojados.

Había transcurrido fuera de casa casi diez años, si excluía las breves vacaciones de verano. Sus padres y hermanas eran casi extraños para ella, como ella lo era para ellos.

Nadie había pensado en ver algo más que la fama de muchacha terrible que le habían impuesto en la escuela; fama que, por un errado sentido del honor, ella había nutrido y llevado orgullosamente adelante en cada ocasión. Había sido una niña vivaz, una jovencita excéntrica, y ahora se asomaba a la edad adulta con más incógnitas que respuestas.

Si no hubiera sido por la escaramuza que la había hecho expulsar, en pocos meses habría terminado los estudios regularmente y, quizás, hubiera sido recibida en casa con mayor afecto. En cambio, su madre no había querido saber nada de ella: la había mandado con Harriet para no encontrársela entre los pies, y esto, aunque le disgustaba admitirlo, la había herido.

Terminar la escuela, en el fondo, era algo más que una formalidad, ya que la única utilidad de los estudios era aumentar la posibilidad de encontrar un buen partido: ciertamente no era por su cultura que todos se preocupaban, sino porque temían que su índole le habría impedido dar una buena impresión en la sociedad. Había llegado, para Victoria, el momento que todas sus coetáneas habían soñado, hablando hasta morir en las horas libres: el debut en la temporada.

Algunas habían sido retiradas con anticipación en el curso de los años, porque se las consideraba listas para vivir ese mágico momento: de todas las debutantes de éxito habían llegado al colegio noticias triunfales, que las maestras habían difundido con orgullo: una se había casado con el heredero de un Lord; otra con tal Vizconde, otra, con un prometedor y riquísimo abogado.

Victoria se consolaba notando, al menos, que ninguna entre sus conocidas había llegado derecho a la familia real.

Victoria era demasiado vieja ya para ser enviada a una nueva escuela y era considerada inadecuada para ser presentada en sociedad. ¿Qué sería de ella? Cuando los ecos de su última proeza hubieran sido acallados antes de nacer entre los muros de Killmore Court, temía que, Harriet primero, y su madre después, la encerrarían en casa, a menos que la perspectiva de liberarse definitivamente de ella prevaleciera sobre la prudencia y decidieran mandarla a la boca del lobo. Pero no eran del tipo que razonaba así: había otras dos hermanas para colocar y un paso en falso de Victoria significaría la ruina para todas.

Mal asunto.

La joven vio un banco de piedra, y sin mucha ceremonia se sentó, pensando solamente luego de haberse acomodado que, si el prado estaba mojado, también la piedra estaría mojada, por lo tanto, el resto del vestido, y no solo el ruedo, se arruinaría. La delicada muselina blanca luciría como un campo de batalla cuando volviera.

No podía hacerlo, pensó desalentada. Las reglas, en fondo, las sabía todas: en la escuela no habían hecho otra cosa que repetirlas hasta la obsesión. Cómo sentarse, cómo pararse; cómo comer, cómo beber; de qué hablar y cuándo callar; qué cantar y qué tocar; por qué cosas reír y por qué cosas escandalizarse. Pero saber no significaba poder llevar a cabo. Era más fuerte que ella, como un impulso irrefrenable: tenía que descubrir qué había en el lado oscuro de la luna.

Si pudiera comportarse lo suficientemente bien como para llegar al debut, quizás las cosas serían mejores: quizás, una vez que hubiera atrapado un novio sería libre, y, siempre *quizás*, habría sido más fácil volver a la normalidad una vez que hubiera encontrado la forma de administrar la vida a su modo, junto a un marido en una casa de su propiedad.

¿Pero qué hombre apreciaría a una mujer como ella? Estaba claro, en base a todos los ilustres ejemplos que había podido evaluar, que los hombres buscaban en las esposas cualidades precisas. Que ella no poseía.

Miró desconsolada el vestido reducido a una piltrafa. Peinó con los dedos la delicada tela que hasta su salida había sido vaporosa, suave y de un blanco ennegecedor. Ahora estaba aplastada y arrugada en proximidad de lo que habían sido refinados bordados. Todo el ruedo estaba cubierto de fango y de manchas de hierba. Podía sólo imaginar las condiciones de la parte de atrás

del vestido, del cual le llegaba la fuerte humedad del banco. Un enorme desastre.

Justamente: ¿qué hombre habría elegido, voluntariamente, comprometerse con una criatura tan profundamente equivocada?

Y fue entonces, por culpa de un banco mojado y gélido, de un vestido arruinado y de un momento de desaliento, que Victoria tuvo una de sus más geniales revelaciones: no tenía ninguna necesidad de buscar marido, porque en efecto, ya lo había encontrado.

Miró hacia la propiedad, hacia la fila de ventanas del primer piso; detrás de una de ellas, ignorante de todo, reposaba su futuro marido.

Jared constituía la perfecta solución a todos sus problemas: habría bastado un pequeño paso, una última imprudencia, y Roger se vería obligado a forzar al hermano para proteger su honor.

Victoria, con las energías renovadas, se puso de pie. En una fracción de segundo le pasó por la mente que “obligar a alguien a forzar a otro para que se casara con ella” no era justamente el camino a la felicidad, pero se deshizo del molesto pensamiento: habría sido una cosa buena para ella, y también para Jared, que adquiriría con el matrimonio una nueva respetabilidad.

En ese punto, el vestido arruinado pasó a un segundo plano y la joven volvió velozmente a la mansión, esperando con mayor interés que Jared superase la crisis.

6

Jared era un hombre joven, de fuerte y robusta constitución: como era de esperar se recuperó bastante rápidamente, salvando el brazo. La fiebre alta lo abandonó luego de un par de días, dejándolo agotado, atontado y dolorido, pero vivo.

Gracias a la intervención de una anciana doméstica, se le suministró una mezcla realizada con algunas plantas medicinales, de pésimo sabor pero estupenda para la fiebre y los dolores, que le fue de gran ayuda, y que al amanecer del tercer día le permitió por primera vez, sentir que volvía a la vida.

En los días en que había sido asaltado por la fiebre recibió visitas alternadas de Roger y de Harriet, quien, quizás al verlo moribundo, se había arrepentido de haber sido tan hosca con él en los momentos más críticos de la convalecencia y le había mostrado una insólita dulzura.

Jared tuvo que agradecer su buena suerte y la rapidez de su ayuda de cámara, si había ido a parar allí y no a otro lugar: quizás con atenciones menos celosas no le habría ido tan bien.

El asunto “hermana comprometida” fue dejado de lado hasta la tercera mañana, esa en la cual el hombre, sostenido por un sirviente, se empeñó en levantarse del lecho y retomar un aspecto vagamente humano, afeitándose hasta donde lo permitía la herida sobre la mejilla.

Lavado, con ropa limpia y peinado, Jared estaba comenzando a degustar el sabor de la convalecencia, cuando la primera visita de la mañana volvió a traer algunas nubes a su renovado cielo sereno.

Roger, luego de haber manifestado su satisfacción al ver a su hermano en buenas, o al menos, aceptables condiciones, decidió que era el momento de poner fin a la tregua concedida al joven herido.

Jared, que había consumido su desayuno en el sillón ayudado por el sirviente a causa de la mano y del brazo vendados, se mantenía lejos de la cama, no obstante los mareos que todavía lo atormentaban, convencido de que cuanto menos se comportara como enfermo, antes habría dejado de serlo.

Tenía que ser convincente, ya que su hermano, sin tantos preámbulos, lo atropelló con sus propias consideraciones.

«Ahora que estás mejor» empezó, poniéndose frente a él con las piernas abiertas en una posición vagamente amenazadora que le recordó al padre en sus tiempos mejores, «sería el caso de que hablemos unas palabras sobre cierto asunto».

Jared esperó sin replicar, un poco porque todavía estaba algo atontado como para tener lista una respuesta, otro poco, porque podían ser miles los temas que podían poner nervioso a su hermano.

«Victoria Arden» resopló Roger, irritado por el aire evidentemente interrogativo del joven.

«Victoria Arden. Como has podido darte cuenta, esa noche estaba muy mal como para poder atentar contra su virtud. Dudo que sea necesario decir algo más».

«Lo que sucedió esa noche ha sido acallado. He tenido que recompensar muy bien a un par de sirvientes, pero no habrá chismes. Sin embargo, debo pedirte que dejes esta casa apenas tus condiciones te lo permitan, dado que Victoria será nuestra huésped por un largo tiempo, y por lo que parece constituyes un serio peligro para ella».

Jared se recostó mejor sobre el sillón. «De acuerdo. Un par de días. Manda a llamar a Maters, mi ayuda de cámara, y apenas me organice dejaré tu casa con mucho gusto».

Era mejor ser expulsado que sentirse decir que tenía que casarse con ella, como había temido en un primer momento. Ya le había sucedido una vez eso de ser casi obligado a casarse con una señorita: se había salvado por un pelo y había aprendido a esquivar a las debutantes como si estuvieran apestadas. No podía comprender el motivo por el cual, más eran jóvenes las muchachas, más aguerridas se demostraban en el intento de llevarlo al altar.

Dirigió su mirada hacia la ventana, olvidado por un segundo de la presencia de su hermano. No obstante tuviera nada más que veintisiete años, a veces se sentía como si tuviera el doble.

No era solamente por las heridas. No era tampoco a causa de los excesos: no era parte de esa juventud londinense que había hecho del vicio una virtud; al contrario, si no hubiera sido por su debilidad por las mujeres, quizás habría tenido fama de hombre aburrido, no muy diferente a su hermano.

Nunca bebía mucho; no apostaba casi nunca, y cuando lo hacía se trataba de cifras seguras. Había hecho rendir y crecer concienzudamente el modesto patrimonio que la familia le había puesto a disposición y no tenía ganas de

verlo esfumarse en alguna ligereza, por lo cual, había adoptado una actitud prudente y sobria.

Lamentablemente las mujeres eran su punto débil, junto a la pasión por el arte. No encontraba una gran diferencia entre una obra de arte y una bella mujer y, si podía, hacía lo adecuado para rodearse de ambas, costumbres que le habían valido la fama de libertino (merecida solamente en parte) y de dilapidador (totalmente inmerecida).

Jared, fundamentalmente, se sentía incomprendido, pero ya se había acostumbrado, habiéndose vuelto bastante cerrado y esquivo a hablar de sí mismo.

Fuera de la ventana, el cielo nublado regalaba rápidas pinceladas de sol, engullidas también velozmente por los nubarrones que amenazaban lluvia. Era como si también el tiempo viviera estados de ánimo cambiantes, incierto entre el dolor y la esperanza.

Jared volvió a mirar a su hermano, que todavía no le había respondido. ¿Sería capaz de echarlo de la casa de familia, todavía convaleciente, solamente por su propia tranquilidad?

Roger parecía preguntarse lo mismo, pero cuando los ojos de Jared enfocaron los suyos, expresando toda su desaprobación por el pésimo trato recibido hasta ese momento, el hombre bajó la cabeza. «Claro que puedes quedarte. También es tu casa».

No era que la última frase hubiera sido expresada en forma convincente, pero había sido dicha. Jared agradeció y se permitió expresar todo el cansancio. Roger lo dejó casi enseguida para permitirle reposar, y el hombre se dijo a sí mismo que tenía que hacer lo posible para mejorar rápidamente y volver a ocuparse de sus cosas lejos de allí.

Cuando se quedó solo, y sin ganas de volver a la cama, se acomodó mejor sobre el sillón, que le regalaba una bella vista del parque. Algunas gotas de lluvia, gruesas y pesadas, habían comenzado a mojar los caminitos de grava. Las hojas de los árboles se doblaban, como teclas de piano, con el toque de las gotas que caían.

La puerta de su cuarto fue abierta y vuelta a cerrar. Pero nadie golpeó.

Jared se volvió hacia la entrada y se encontró delante una figura que se había vuelto muy conocida, porque había llenado sus sueños agitados por la fiebre. La imagen que recordaba era la de una criatura casi irreal: una dama que vestía una larga y blanca túnica, envuelta como en un manto, por un aura de cabellos escarlata. Una especie de sacerdotisa de antiguas religiones que,

con sus manos ligeras, le aliviaba el dolor, lo refrescaba del infierno que lo atormentaba y con los labios le regalaba la emoción de besos ardientes.

La muchacha que tenía delante era más ordinaria en su vestimenta y en el peinado, pero no por eso trivial: los cabellos rojos estaban recogidos en una larga trenza; la túnica blanca, que la imaginación afiebrada había inventado cambiándola por un normal camión, había sido reemplazada por un vestido de color rosado. La joven mujer estaba un poco agitada, como si hubiera corrido, y estaba, para estupor de Jared, sola.

Este particular, no obstante el embotamiento que todavía albergaba en su mente, le sugirió que Victoria se encontraba allí escapando del control, que Jared imaginó más fuerte, de su hermana Harriet.

Y esto, en vista de los precedentes, lo ponía en peligro a él.

Su primera impresión se reveló correcta cuando Victoria se llevó un dedo a los labios pidiéndole silencio mientras avanzaba por el cuarto.

«¡Tengo poco tiempo!» le susurró, cuando estuvo lo bastante cerca. «Mi hermana no me permite verlo, por lo cual he tenido que venir a escondidas. ¿Cómo está?»

Jared le sonrió, no sabiendo si sentirse halagado por la atención o preocupado por las consecuencias si alguien la hubiera encontrado allí. ¿No podía, la tonta de Harriet, llevársela consigo en una de sus visitas? Tenía que imaginarse que ese ciclón de muchacha no se habría contentado con noticias de segunda mano.

«Mucho mejor, gracias» respondió en guardia. Luego le volvió a la mente esa noche. «Creo que te debo mucho. Sin tu intervención las cosas habrían sido mucho peores».

Victoria se acercó más al sillón y finalmente, a la luz del día, él pudo admirarla de cerca, para quitar de su mente esa idea casi mística que la fiebre había creado sobre ella. Habría preferido que se tratara de una muchacha como otras, pero no era posible. Su rostro le inspiraba una simpatía instantánea a causa de la expresión vivaz y pícaro que le iluminaba la mirada.

Era bella, pero de una belleza que no tenía nada de clásico. Como de la nada, se delineó el recuerdo de su silueta, envuelta en la tela casi transparente gracias a la luz de la chimenea cuando avivaba las llamas.

Jared tomó aire, mientras ella, sorprendiéndolo, se inclinó para tocarle la frente con el aire profesional de una enfermera.

«La fiebre desapareció del todo» le comunicó, como si él tuviera necesidad de su parecer. «Y no está más pálido como la muerte. ¡Muy bien!»

lo felicitó.

«Gracias» alcanzó a replicar él, justo a tiempo antes de que la muchacha se acurrucase a sus pies y le tomase confidencialmente la mano. De nuevo los recuerdos de la noche de su llegada le volvieron a la mente. Las manos frescas de Victoria sobre la frente, sus caricias tan restauradoras... esos dedos increíblemente largos y finos para una mano tan pequeña. Las manos de una pianista.

«Creo que necesita una esposa».

Jared creyó haber entendido mal. «¿Perdón?» preguntó, esperando unos segundos por una respuesta que no vino. La carita de la joven ostentaba una calma olímpica y una sonrisa deslumbrante. Parecía tener la intención de no decir nada más, como si bastase su expresión para decirlo todo. Y Jared sintió que su preocupación crecía.

«¡Discúlpeme!» rió ella luego de un largo, dramático instante. «Le hice tantas veces este discurso en mi mente que olvidé hacérselo de verdad. Quiero decir, que he reflexionado mucho sobre nosotros...»

Jared se agitó, como si de repente el sillón hubiera prendido fuego. «¡Calma, no existe ningún nosotros! ¡Ni siquiera te conozco!» Una punzada en el brazo herido lo obligó a calmarse, al menos físicamente.

«Lo sé» concedió la muchacha imperturbable, ayudándolo a volver a acomodarse. «Pero déjeme terminar».

Jared no pudo más que esperar, mientras Victoria se ponía de pie, como si fuera a declamar una poesía, y comenzaba a caminar delante de él buscando inspiración.

«He tenido tiempo de pensar mucho en lo que sucedió en estos últimos días, en usted, en mí... en...»

«¡No digas *nosotros*, eh!» interrumpió él, anticipándose preocupado. Victoria lo miró de mala manera, pero no pronunció esa palabra.

«Quiero decir que su situación particular, según lo que yo creo, requiere un cambio veloz de estado: el duelo, pero no solamente... toda su vida sin reglas, privada de verdaderos afectos, privada del consuelo de un hogar, necesita un cambio radical».

«¡Privada de nada!» dijo bruscamente. «¿Qué has inventado? ¿Estás loca?»

«No, de verdad. Sé todo sobre usted: Harriet me contó muchas cosas para ponerme en guardia, pero también entendí aquello que no me dijo».

Si Jared hubiera podido en ese mismo instante ensillar un caballo e irse al galope, lo habría hecho. No era la primera vez que alguna muchachita se metía ideas como esa en la cabeza: su redención, igual que su patrimonio, eran interés de muchas señoritas de sanos principios. Pero ninguna se había revelado nunca tan peligrosa como esa furia de joven, fuera sólo por el hecho de que ya lo había metido en problemas con sus comportamientos desconsiderados.

Tragó en seco. ¿Desde cuándo eran las mujeres las que arriesgaban comprometerlo a él y no al contrario?

«Escucha» comenzó, buscando una manera de ser claro pero no excesivamente ofensivo. «Creo entender lo que quieres decirme, pero te aseguro que no tengo ninguna necesidad de ser salvado, ni por ti ni por otras damiselas. Has sido providencial la otra noche, te estaré agradecido eternamente, pero todo termina aquí».

Victoria se inclinó sobre él, colocando las manos sobre los apoyabrazos del sillón. Tenía algo de amenazador, pero al mismo tiempo Jared advirtió que esa cercanía le era familiar. El beso que había vuelto todavía más ardiente su delirio quizás había sido un sueño, o quizás... no.

En ese momento la muchacha estaba tan cerca como la noche de su empeoramiento, y no obstante no hubiera una maravillosa cortina de cabellos rojos, advirtió nuevamente cómo su propio cuerpo reaccionaba con prepotencia, no pudiendo evitar mirar su boca, una flor escarlata que le sugería pensamientos ardientes. Su posición ponía en evidencia el seno exuberante que se asomaba por el escote del vestido, aunque fuera recatado y no ciertamente el que las mujeres usaban para seducir.

Sin querer, Jared se encontró mirando fijamente las blandas curvas de ella, que parecían pedirle que las liberara de la tela y las acariciara. Pero los ojazos de Victoria llamaron de nuevo su atención.

Estaban a pocos centímetros el uno de la otra y ella lo miraba con atención, recordándole, no supo ni siquiera por qué, a esas adivinas de las ferias que sacaban información de los clientes gracias a su propia agudeza, con una sola mirada.

«Jared» le dijo, ignorante de la atención que él, en cambio, había perdido del todo a causa de su belleza física. «¿Está tan ciego en relación a su situación?»

De nuevo los ojos de Jared vagaron inciertos entre el escote y los labios de ella. No, no estaba ciego, pero habría querido estarlo, porque esa joven lo

estaba provocando involuntariamente más allá de cualquier palabra. Sobre todo cuando se inclinó un poco más, para mirarlo directo a los ojos, que probablemente a su juicio, vagaban mucho. Y así, él se encontró delante dos esmeraldas que le quitaron la respiración.

«Necesita una esposa que lo vuelva a poner en camino, o que por lo menos, este...» bajó la voz, un poco incómoda, «que cubra con su respetabilidad vuestras pequeñas faltas. Que sepa... hum... perdonar, comprender, aceptar».

El discursito lo volvió bruscamente a la realidad y, aunque no tenía el poder de apagar su ardor, tuvo al menos la capacidad de restituirle un poco de lucidez.

Con la mano vendada la alejó de sí, enojado porque no podía usar los dos brazos para parecer más enérgico. «¡Es terrible lo que estás diciendo!» exclamó. «¿Cómo puede una joven como tú concebir un pensamiento de ese tipo? ¿Un *matrimonio* como ese?»

Fue como si Victoria se sacara la máscara. De repente se puso triste, desolada, y Jared se sintió furioso consigo mismo, porque en vez de alegrarse de esa pequeña victoria, sintió una sensación de desilusión, como si alejándose, ella se hubiera llevado también la luz.

«No es una idea equivocada» replicó la muchacha con un suspiro.

«Oh, claro que no. Pero creía que las señoritas eran un poco más románticas. Al menos en palabras» se corrigió. En las debutantes que habían tratado de atraparle, en el fondo no había encontrado romanticismo. Pero ninguna había tomado en cuenta, según él, un futuro matrimonial tan desolador como el que se figuraba Victoria, y verla triste lo trastornaba.

Ella cruzó los brazos, haciendo resaltar otra vez, desgraciadamente, el espléndido escote. «¿Y según usted, tendría que alimentar mi romanticismo sabiendo cómo funciona la vida de verdad? No sea tonto, Jared. Yo ciertamente no lo soy: temeraria y un poco loca, sí, pero no me falta lucidez cuando se necesita».

Jared se maldijo, porque cada segundo que pasaba, esa joven y extraña muchacha le provocaba mayor curiosidad y lo atraía cada vez más. Se maldijo todavía más cuando, en lugar de escuchar a esa parte de su cabeza que le sugería cerrar el discurso y enviarla fuera, de su boca salió una invitación para que siguiera explicándose. Y, maldición, esa estúpida mano envuelta en las vendas le hizo seña para que se acercara de nuevo.

También Victoria se maravilló, porque dio solamente un paso intimidado hacia él.

El estruendo de un trueno los distrajo a ambos. Sobre los vidrios, traída por una ráfaga de viento, la lluvia comenzó a golpear violentamente. Victoria se movió hacia la ventana, desde la cual ahora entraba una luz grisácea y oscura, para mirar a través de los vidrios, rayados por la lluvia, el temporal rabioso.

En cualquier momento entraría alguna sirvienta para controlar que las ventanas estuvieran bien cerradas, pero Jared alejó ese pensamiento molesto.

«¿Quiere la verdad? Sé que usted no tiene necesidad de una esposa. Aunque estoy convencida de lo que le dije. Digamos que quizás soy yo la que tiene necesidad de un marido».

¿Era posible que se hubiera ruborizado? No le parecía el tipo. El momento de incomodidad fue breve: un segundo después ella le plantó de nuevo en la cara esos ojos agudos, como desafiándolo. «¿Sabe cómo he pasado los últimos dos días? Bordando rositas en un pañuelo, ¡maldición!»

Jared trató de ocultar la sonrisa que le subía a los labios de frente a tan exagerada indignación. Nuevamente por un argumento sin conexión lógica con el anterior.

Victoria se señaló el pecho con uno de sus finos dedos, como si Jared hubiera tenido necesidad de una invitación para ser atraído hacia allí. «¡Detesto trabajar con la aguja! Háganme dibujar, tocar el piano, estudiar latín, francés, alemán, también griego; háganme lavar ropa, mejor: ¡pero bordar! ¡No! Harriet lo sabe, diablos de una hermana, y lo hace a propósito para castigarme. Dos días cosiendo con ella, en un saloncito iluminado para un muerto. ¡Voy a perder los ojos!»

«Perdón, pero se me escapa el nexo entre todo esto y un marido».

«El nexo es usted. Ya estaba en problemas por el asuntito de la directora que causó mi expulsión, y usted empeoró la situación».

«Querrás decir que tú empeoraste la situación viniendo hasta mí» corrigió él.

Ella asintió distraídamente, como si la diferencia fuera algo de poco valor.

«Igual, creo que Harriet no puede decidirse: de ella depende mi ingreso a la sociedad, y temo que eso no sucederá hasta que no me crean inofensiva. Algo que podría no suceder nunca. Y más me tienen bajo observación, más hago tonterías, no puedo evitarlo».

«¿Algo así como querer convencerme para que me case contigo? ¿O hacerte una escapada a mi cuarto en el corazón de la noche, o caer a escondidas durante el día?» enumeró él. «¿Podrías, por favor, comenzar a hacer tonterías que no tengan que ver conmigo?»

No obstante su intención fuera retarla, el tono le salió divertido. Victoria se dio cuenta, porque sonrió a su vez y Jared la encontró totalmente deliciosa, justamente por su espontaneidad, pero enseguida se puso ceñudo para no mostrarle su diversión. Como consecuencia, también ella se puso seria y asumió un aire de desolación.

«Entonces, ¿no se casará conmigo?»

«¡Claro que no!»

Jared sacudió la cabeza, incrédulo. Había pensado que ella estaba jugando, pero en cambio... La genuina desilusión que se le pintó sobre el rostro lo hizo sentir culpable. «Escucha, Victoria» dijo, dándose cuenta muy tarde del tono confidencial que había usado, «eres una maravillosa, joven e interesante muchacha: encontrarás seguramente alguien que se casará contigo por tus méritos y no para cubrir sus actividades de libertino: resiste un poco, compórtate bien con Harriet y verás que en pocos meses estarás libre de la opresión de tu familia».

La joven bajó la mirada, desilusionada. «¿Y si el hombre que me elija se revela una prisión peor?»

Jared fue golpeado por esa frase. Quizás era el único que podía comprender plenamente lo que significaban esas palabras.

Había visto a sus propios padres, dos extraños que compartían de mala gana alguna comida; había visto muchas parejas de amigos hacerse mutuamente infelices, pero mientras los hombres podían encontrar satisfacciones e intereses múltiples fuera de los muros de la casa sin tanto escándalo, para las mujeres era muy diferente. ¿Cuántas veces también él había pensado en el matrimonio como en una prisión, capaz de matar cualquier interés, cualquier vivacidad de espíritu, hasta... cualquier sentimiento?

Tenía la impresión de que Victoria, bajo muchos puntos de vista, era similar a él: poco comprendida por su familia porque era diferente, poseía un espíritu libre que sentía afin al suyo. ¿Habría encontrado un hombre que la valorase, o habría terminado como algunas de sus amantes, mujeres que junto a él se abrían como flores nocturnas, criaturas que no terminaban de sorprenderlo, sin embargo, incomprendidas y no amadas, que tomaban de sus atenciones la linfa vital para sobrevivir a una existencia sin significado?

Era penoso pensar que Victoria pudiera tener un destino parecido a esas mujeres infelices, cuyo único rayo de sol en la vida estaba constituido por raros, veloces encuentros clandestinos. Y si había comprendido un poco a esa joven, su naturaleza vivaz la habría llevado a meterse en problemas.

«Ven acá» le dijo en voz baja.

Esta vez Victoria obedeció, temerosa, pero en el modo con que lo había mirado, por un breve instante, él vio pasar la emoción. La misma que, como un río desbordante, lo dominó a él cuando ella se le puso delante.

¿Cómo era posible desearla así? ¿Por su simple cercanía, sin seducciones y sin artificios?

Jared no era un muchachito y sabía dominarse, pero lo maravillaba cada vez más el extraño poder que ella ejercía sobre sus sentidos.

Lo miraba fijo, esperando que él dijera algo, pero le fue difícil encontrar las palabras justas. Casi sin darse cuenta le extendió la mano y ella se quedó incierta por un segundo. Tenía miedo de lastimarlo, o quizás se daba cuenta de cuán íntimo e inapropiado era ese gesto. Sin embargo, aunque titubeante, la aceptó.

«Nadie te podrá aprisionar si no se lo permites» le dijo. «Te hablo como un hermano...» esa frase le pareció tan absurda que se interrumpió. En su cabeza los pensamientos eran cualquier cosa menos fraternos: si Victoria hubiera podido espiar dentro de ella, habría huido corriendo del cuarto, evitándolo por el resto de su vida.

El rumor de la lluvia cubrió por un largo instante cualquier otro sonido.

Jared no se decidía a dejarle la mano. Ese beso, que había revivido decenas y decenas de veces en los sueños causados por la fiebre, volvió a abrirse camino en sus recuerdos, acrecentando su deseo hasta volverlo doloroso.

Si ese beso había sido real, y no solo parte de su fantasía, también Victoria tendría que recordarlo. Tenía que haber pensado en él. Quizás en ese mismo momento lo estaba pensando como él. Alzó los ojos hacia la joven y se dio cuenta de que sí.

«No pienso en usted como en un hermano» admitió en efecto, con una voz baja que casi le hizo perder el control. Tuvo que agradecer a las heridas si no tenía forma de acercarla a sí. La única arma que le quedaba era la sinceridad. Mostrarle su verdadera naturaleza la habría asustado y alejado una vez por todas.

«Y eso está bien: sería todavía más peligroso para ti si te fiaras de mí. Soy lo que soy, Victoria. ¿Quieres que sea sincero también? Si tuviera las fuerzas, en este mismo momento te llevaría a mi cama».

Ella se deshizo de su contacto, como Jared esperaba, pero no huyó. Lo miraba, con aire ausente, como si tratase de comprender si le estaba tomando el pelo.

«Entendiste bien, si» No le quedaba más que seguir siendo grosero, tenía que aterrorizarla y los habría liberado a los dos de esa absurda relación que estaba naciendo entre ellos. Trató de ser frío, desapegado, como había aprendido a hacer hacía mucho tiempo.

«¿Te escandaliza saber que te deseo? Y sin embargo es así. Lamentablemente mis apetitos pasan rápido... tendría ganas de saborearte, pero no tantas como para hacer de ti mi única comida».

En un par de ocasiones frases de ese tipo lo habían liberado de molestas e inesperadas seductoras, pero Victoria, habría tenido que imaginarlo, no era como las otras: luego de un segundo de gran incertidumbre en el cual él vio alternarse varias expresiones en su rostro, emitió una risita.

«¿Lo leyó en algún libro?» le preguntó. «¡Este discursito es tan escabroso que parece casi ridículo!»

Jared no pudo responder, porque en parte era verdad. La rapidez de espíritu de la joven le gustó, y eso lo determinó más a alejarla de él.

Con un esfuerzo se puso en pie, sabiendo que lo que estaba por hacer lo habría herido más a él que a Victoria. Tenía que recitar bien su parte si quería hacerle comprender exactamente con quién se estaba metiendo.

Ya que ella no se movió, la dominó enseguida con su altura, obligándola a alzar la cabeza para mirarlo. Pequeña, valiente muchacha, que desafiaba con el coraje de la inocencia las mareas de su pasión, sin comprender cuánto más difícil le hacía resistir sus propios impulsos segundo a segundo.

7

Jared quería darle una pequeña prueba de su inmoralidad. Habría bastado poco para que ella finalmente lo dejara en paz; esperaba no asustarla mucho porque, vagamente, comprendía que si ella lo hubiera odiado no se lo habría perdonado nunca.

Se dio cuenta enseguida de que Victoria no era indiferente a su cercanía: el seno, apretado por el corsé cerca del escote del vestido, comenzó a subir y bajar a un ritmo acelerado, y sin embargo la joven no se movió un paso.

«Regálame otro beso» le susurró, odiándose por el hecho de estar emocionado igual que ella y temiendo darlo a conocer.

Victoria lo miró, todavía con esa mirada seria y un poco triste, por un largo instante, luego se alzó en puntas de pie y apoyó las manos sobre su pecho para ofrecerle los labios, que él acometió con su boca ávida por la espera. Luchando consigo mismo, presa de sentimientos encontrados, Jared se impuso satisfacer en el peor modo posible su propio ardor: no dejándole casi tiempo para comprender lo que estaba sucediendo, le agredió la boca con la lengua, se posesionó con determinación y sin poner freno a su lujuria, todo para abandonarla luego de un breve, casi violento interludio, para recorrerle el cuello con los labios hasta alcanzar los puntos que sabía, estaban sensibles y temblorosos, y en los cuales se detuvo. El pequeño gemido de sorpresa y placer que le salió de la garganta le hizo comprender cuán subyugada y cautiva del mismo deseo estaba Victoria.

No era el resultado que deseaba obtener: habría deseado que la vehemencia de la agresión la hubiera hecho huir de él, no que se abandonase de esa manera a su abrazo.

La estaba abrazando con el único brazo libre de vendaje, y ni siquiera se había dado cuenta. Se dijo que quizás, si se pasaba del límite con los avances, lograría ahuyentarla. Se mentía a sí mismo, y lo sabía: sus senos palpitantes, tan cercanos, eran muy invitantes como para que él no se dedicase a ellos. Advertía el perfume de su piel, saboreaba el gusto con una voluptuosidad nunca antes experimentada. Cuando empujó sus besos sobre la tierna pendiente del escote, temió no poder sobrevivir a la emoción, sobre todo en el momento en que nuevamente la muchacha emitió un suspiro cargado de placer.

La alejó bruscamente, tanto, que las heridas le provocaron un dolor lacerante. En lugar de ahuyentarla con la vehemencia que se había imaginado, Jared volvió a sentarse sobre el sillón, cansado y dolorido.

«Vete. Este no es lugar para una niña como tú» le dijo, tratando de ocultar su respiración afanosa por la pasión, por el esfuerzo, y por el sufrimiento de las heridas. Habría querido sonar despreciativo, por lo menos lo suficiente como para ofenderla, pero le pareció que no lo había logrado, porque ella no salió corriendo como habría tenido que hacerlo.

Tratando de dirigirle una mirada gélida, alzó los ojos hacia la joven. Se le retorció el corazón cuando se dio cuenta de la expresión desconsolada de Victoria. Lo golpeó como una cachetada ver su turbación, que no era la de un pudor virginal ofendido, sino la de una mujer rechazada. Jared trató de

convencerse de que eso era mucho mejor: sabía bien que herir a las mujeres era el mejor modo para librarse de ellas.

Si hubiera podido hacerse abofetear habría resuelto todos sus problemas. «Vuelve a jugar con tus muñecas. Tendrías que haber entendido que uno como yo consume y no paga».

Victoria estaba muy conmocionada como para poder decir algo. Los besos de Jared habían desencadenado en ella una tempestad de sensaciones de la cual no podía salir.

Si su primer beso había despertado sentidos desconocidos, el segundo los había vuelto más visibles, haciéndolos vívidos y receptivos.

No alcanzaba siquiera a darle un nombre a lo que había sentido cuando él tomó una posesión tan feroz de su boca: habría tenido que experimentar horror, vergüenza, y en cambio, pensar tan solo en el momento tenía el poder de hacerla sentir a merced de una emoción ingobernable. Cada instante de esa excitante intimidad la había empujado a desear más, aunque su mente fuera incapaz de entender lo que realmente quería. Cada gesto de Jared, cada beso, la había vuelto más sensible, más preparada para recibir el siguiente.

Ahora que él se había alejado, sentía su corazón golpear tan fuerte que le latía en las orejas, en las vísceras, mientras un calor desconocido se abría paso en todo su cuerpo, como si quisiera disolverlo.

Se quedó mirándolo atontada, mientras él le decía una maldad detrás de otra, transformado de repente en una persona diferente, extraña.

Esta vez estaba muy confundida como para responderle en el mismo tono. La actitud de Jared la hería, pero no podía eliminar el puro placer de sus besos, la sensación de que realmente él, en esos momentos, había estado tan cerca de ella con el cuerpo y con el espíritu.

Entonces, era ése el verdadero poder de un libertino, la capacidad de engañar e ilusionar a sus propias víctimas. Era la única explicación para la gran cantidad de conquistas perpetuadas por esta infame categoría. Tenía que tener un corazón helado y una mente calculadora para doblegar a sus propios apetitos a las mujeres sin estar nunca involucrado sentimentalmente.

Pero Victoria sentía que Jared no era así. Quizás no era la primera ni la última en creer poder encontrar en un libertino una riqueza humana totalmente inexistente, pero algo instintivo le decía que ese hombre era más fama que hechos. Que las palabras no correspondían en nada con su sentir.

Le pasó por la mente la absurda idea de que el objetivo de esa crueldad fuera protegerla de la atracción que no podía esconderle. La única movida

inteligente le pareció la de no darle satisfacción. Alzó el mentón y afrontó sus iris azules y burlones.

«Me pediste un beso y lo tuviste. El comportamiento de niño no es ciertamente el mío. Y no soy yo la que no puede estar de pie» observó, tratando de parecer calma, serena y para nada agitada. Debió haber sido convincente, porque por los ojos de Jared pasó, por una fracción de segundo, sincera admiración.

«De acuerdo» le dijo con una expresión seria que trataba de esconder una sonrisa. «Quédate. Hazte encontrar aquí de nuevo: podría ser una forma para llevar a término tu proyecto matrimonial. Pero si es eso lo que estás buscando, te lo digo enseguida con claridad: ninguna presión, de ningún tipo, podría obligarme a llevar al altar a una mujer que no quiera como esposa. Ni siquiera si tengo que enfrentar a Roger en un duelo por tu causa. Y así va a terminar si te haces sorprender nuevamente en este cuarto».

Victoria se horrorizó pensando que podía llegar a ser la causa de un duelo entre los dos hermanos. Desde esa noche tremenda, su opinión romántica sobre esa anticuada forma de arreglar controversias había cambiado drásticamente: lo veía nada más que como una barbaridad usada para arreglar asuntos para los cuales las palabras, o al máximo un juez, habrían sido más que suficientes.

La idea de que un hombre joven arriesgara morir por una cuestión de honor, de dinero o de amor le resultaba estúpida hasta lo inverosímil; era inconcebible que su cuñado llegara a combatir contra su propio hermano por una tontería.

Bajó la cabeza. No le interesaba ver la sonrisita burlona que seguramente se estaba dibujando en el rostro de Jared.

Sin agregar nada más, dejó la habitación y todas las esperanzas que había alimentado en relación a ese encuentro.

Escabulléndose por el corredor hasta su cuarto, donde habría tenido que ir desde el inicio, al menos porque era lo que había asegurado a Harriet, trató de poner orden a la confusión que el encuentro con Jared le había generado. Llamarla confusión era un eufemismo: no había una sola parte en ella que no hubiera sido atravesada por una suerte de huracán emocional.

En los días anteriores se había convencido de que el hombre tenía necesidad de una esposa y que su propuesta le habría, por lo menos, dado motivos para reflexionar.

Nada, en ese breve coloquio, había sucedido como se esperaba, y había sido culpa suya. No fue capaz de ponerlo al corriente en forma comprensible

del sabio razonamiento que la había conducido a ofrecerse como esposa: ¿cómo habría podido Jared recibir con benevolencia la propuesta?

Victoria, una vez que cerró la puerta a su espalda, tuvo que enfrentar la mirada interrogativa que el espejo del tocador le devolvió: una Victoria con las mejillas ruborizadas, jadeante, trastornada por la marea absurda y apremiante de los hechos. La larga trenza dejaba escapar rizos rebeldes que le daban el aire de una niña frenética.

La doncella, siguiendo las órdenes de Harriet, continuaba peinándola como a una escolar: ¡arreglada así era lógico que Jared no le quisiera dar crédito en el ámbito matrimonial! Ya tenía dieciocho años, y sin embargo todos la trataban como si tuviera doce.

El rostro en el espejo se encendió cuando la mente rememoró el beso apenas recibido.

Jared no la había tratado como a una niña, aunque con las palabras había querido hacerle creer lo opuesto.

La joven se recostó en el espejo mientras seguía mirando su propia imagen. Los ojos estaban brillantes, casi febriles; la cara enrojecida le daba un aire lleno de vitalidad. Se pasó, casi sin darse cuenta, un dedo sobre los labios, sobre los cuales le parecía, todavía, sentir los de él.

Antes de eso, antes de encontrar a Jared, no había sido besada nunca.

Había leído sobre los besos, en los libros, en las poesías; había sentido las confesiones de algunas compañeras más experimentadas, pero nada la había preparado para lo que los labios de Jared le habían transmitido. Se encontró preguntándose si esa absurda, excitante experiencia no era algo totalmente fuera de lo común. No podía siquiera imaginarse a un Roger Killmore arrojarse en un asalto similar sobre Harriet.

Ese pensamiento le arrancó una sonrisa divertida. No, Jared era diferente, como ella era diferente: de eso estaba segura como de pocas otras cosas. Mejor dicho, estaba segura como de nada más, dado que en su vida todo eran nubes y dudas.

Si solamente hubiera podido hablar con él de forma más coherente, en lugar de dejarse llevar por su manía de concluir todo rápidamente, a lo mejor habría podido convencerlo. Su problema era siempre el mismo: cada vez que se sentía en dificultad, o perseguida por los acontecimientos, le daba una especie de frenesí que la hacía equivocarse en algo, especialmente cuando tenía que relacionarse con otras personas. Era su peor defecto, y más de una vez había amenazado, y estaba amenazando, arruinarle la vida.

Ella sabía bien que en el fondo no existía nada más lógico que un matrimonio entre ellos: habrían tranquilizado a sus respectivas familias, se habrían asegurado una vida serena y libre, habrían tenido al lado una persona que respetaría plenamente los espacios del otro. El único precio a pagar habría sido compartir el lecho lo suficiente como para crear un niño, y luego...

La Victoria del espejo le lanzó una mirada triste, como si le estuviera pidiendo un trocito más de sinceridad.

Jared le había dado respuestas sensatas, objetando sus proyectos hasta hacerlos aparecer absurdos. Él no tenía ninguna intención de casarse con ella. No podría alcanzar su objetivo ni siquiera a través de un escándalo, y la única que resultaría perjudicada sería ella, porque, como él había claramente subrayado, habría preferido enfrentar a Roger en un duelo que terminar atado a un matrimonio reparador. ¿Qué clase de marido habría sido un hombre obligado?

Con un suspiro se sentó delante del tocador, del cual tomó, para ocupar las manos, un cepillo.

El verdadero drama era que los besos de Jared le habían gustado inmensamente, tanto, que le hacían retumbar el corazón cada vez que se acordaba. Y no podía dejar de hacerlo.

Ahora que lo había visto otra vez, en condiciones mejores respecto a su primer encuentro, tenía que admitir que toda su persona le gustaba. No era solo el hecho de encontrarlo bello, eso no era tan emocionante: también Roger, que guardaba un parecido, lo era.

Estaba esa mirada, ese modo de sonreír, ese modo de hacer, que tenía sobre ella un efecto... a Victoria le vino a la mente la palabra *paralizante*, porque de hecho, era el efecto que Jared tenía sobre ella, como si ese hombre tuviera el poder de bloquear sus facultades mentales y pudiera apoderarse de sus pensamientos.

Esa idea le dio un fuerte sentido de rebelión.

Nadie, nunca, había podido provocarle algo similar: si de algo había estado siempre orgullosa, era de su propia independencia de mente y corazón. ¿Quién era Jared Lennox para robarle la única buena cualidad que poseía?

Victoria se sentó bien derecha sobre el asiento, alzando el mentón como mil veces le habían repetido en el colegio.

Se saldría de todos esos problemas. Se lo debía a sí misma. Las soluciones eran dos, o evitar otros peligrosos encuentros con Jared, o

seducirlo para hacerle pagar todos los sufrimientos que había infligido al género femenino.

La muchacha en el espejo asintió satisfecha. Seguiría la primera opción, hasta que no hubiera entendido cómo conseguir la segunda. Y si Jared se hubiera ido antes de que pudiera lograrlo, tendría que dedicarse dolorosamente al bordado, esperando una mejor ocasión.

La primera cosa por hacer era ponerse de acuerdo con la doncella de Harriet, que no podía seguir peinándola como a una lactante.

La ocasión para aclarar las cosas se presentó rápidamente, cuando llegó el momento de prepararse para el té: en lugar de aceptar sin discutir las propuestas de la mujer, fue ella la que eligió del armario lo que se iba a poner, y optó por un rodete en lugar de las acostumbradas, más prácticas, trenzas con las cuales solía atar el cabello. Ya no era una colegiala y era hora de que todos se dieran cuenta.

Harriet y Roger apreciaron el cambio, con gran satisfacción para ella, poniendo énfasis en el hecho de que finalmente comenzaba a tener el aspecto de una debutante.

La pequeña satisfacción le dio coraje y la empujó a tratar, para cambiar, de seguir las reglas aprendidas en cambio de hacer lo opuesto.

Funcionó. Más Victoria se esforzaba por mantener la compostura señorial que se le había enseñado en la escuela, más notaba la sorpresa de hermana y cuñado. A medida que pasaba la tarde, sobre sus rostros pasaron muchas expresiones, primero de sorpresa, luego de sospecha, y finalmente de maravillada satisfacción.

Hasta pudo pedir información sobre la salud de Jared sin causar un desmayo a su hermana. Entonces, era verdad: buen comportamiento equivalía a mayor tranquilidad; tranquilidad significaba confianza; confianza podía significar libertad. Que era la única cosa que le importaba de verdad.

Jared, le dijeron, estaba mejorando, y Roger esperaba que próximamente pudiera volver a su casa.

La muchacha no dudaba de que lo fueran a echar de la casa apenas pudiera mantenerse en pie y subir a un carruaje. ¿De esa manera habría desaparecido para siempre de su vida igual que había entrado, dejándole solamente pocos, absurdos, recuerdos incandescentes?

Los días siguientes transcurrieron con una lentitud exasperante.

Victoria, lamentándose un poco, comprendió que no habría bastado comportarse bien algunos días para recuperar la libertad deseada. La misma

conducta intachable que le era solicitada era, en sí misma, una prisión sin barreras. Se dio cuenta de que la única salida era la que pasaba por un matrimonio y, específicamente, un matrimonio con Jared. La revelación que siguió a ésa fue la de descubrir que, a parte de ella misma, en la casa no había nadie que viera con buen ojo una unión entre ellos.

Se había hecho una vaga idea el primer día y lo confirmó en los siguientes, en las palabras cargadas de alivio de Harriet cuando hablaba del *peligro del que había escapado*, a propósito de un noviazgo reparador seguido a esa Gran Aventura, si no hubieran acallado el escándalo antes de que naciera.

La joven, por su parte, trató de seguir el consejo de Jared, dejando de lado los proyectos de matrimonio y tratando con todas sus fuerzas de demostrar que esos años de colegio habían tenido una cierta utilidad. Lo que para ella fue una especie de juego, de espectáculo teatral, en el cual trataba de personificar a una muchacha de conducta perfecta, a los ojos de su hermana fue, probablemente, un milagro de verdad: la transformación de Victoria, la Temeraria, en una verdadera señorita.

No era fácil evitar malas respuestas, quedarse en su lugar, no irritar a Roger haciendo algún lío, pero la dedicación valía el resultado si sus carceleros bajaban un poco la guardia.

Pudo evitar hacerse encontrar curioseando por la casa, reaccionar de mala manera con respecto a las pequeñas cuestiones domésticas a las cuales la obligaban; pudo no colocar sus manos en objetos preciosos y fragilísimos, pudo fingir nostalgia por los ejercicios de piano, interés por el bordado, por los aburridos asuntos del cuñado, y por los todavía más aburridos discursos de la hermana: un modelo de virtud no esperado se volcó sobre Killmore Court y contó con las aprobaciones de los dueños de casa, primero con alguna perplejidad y seguidamente con la convicción de que el feo encuentro con Jared, el riesgo de encontrarse comprometida con un hombre de ese tipo, habían logrado el benéfico efecto que años de escuela no habían podido producir.

Victoria Arden, el patito feo y malo, se había transformado en un cisne, en una cándida, delicada y elegante joven que parecía sólo esperar el debut adecuado para tomar el puesto de honor en la sociedad.

Naturalmente, Victoria sabía que estaba todavía bajo constante examen y que no habrían bastado unos días para obtener plena confianza por parte de los Killmore, pero se daba cuenta de que, con la práctica, la conducta que había asumido se le hacía cada vez más natural y menos difícil de mantener.

Cada vez que salía por un breve paseo en el parque, sin embargo, no podía evitar a sus propios ojos correr inquietos hacia las ventanas de Jared, hacia el cuarto en el cual el hombre todavía estaba aislado. Y a hacerse preguntas.

Sabía que él ya estaba en condiciones de levantarse y consumir los alimentos con ellos, pero una orden de Roger se lo había impedido: en cualquier momento Harriet le daría la noticia de su partida.

Victoria no sabía qué pensar. No entendía ya nada de sus propios sentimientos; desde que había dejado a Jared, esa mañana, su cabeza había proyectado todo y el contrario de todo. En ciertos momentos estuvo tentada de ir a verlo para seguir hablándole; otras veces, acarició las ideas más locas para hacerle admitir que se sentía atraído por ella y hacerlo volver a la idea del matrimonio; otras, se juró a sí misma que nunca más se habría dejado arrastrar por la imaginación en situaciones tan peligrosas.

Durante el día, cuando la charla de su hermana se volvía un rumor indistinto que hacía de fondo a sus pensamientos, a veces le parecía odiarlo por la afrenta que le había hecho. De noche, cuando el sueño no venía, el sabor de esos besos y la emoción de sus caricias le incendiaban la sangre, haciéndola vacilar en todos sus buenos propósitos y haciéndola soñar otras locuras y otros pasos incautos que el deseo de Jared le sugería.

Pero había sido muy buena. No había cedido a ese demoníaco libertino: ahora sí sabía también ella cuánto esas voces, esos apelativos que Jared se había merecido y que Harriet se había preocupado de hacerle conocer, calzaban con el personaje. Comenzaba a creer que los Killmore tenían razón, y que la paz volvería cuando Jared hubiera dejado esos muros y ese lugar.

La estación, por fortuna, comenzaba a alargarse, prometiendo mayores posibilidades de salir con respecto a los primeros, lluviosos días. Luego de tanta lluvia, llegaron finalmente los primeros tibios rayos de sol, que inundaron el parque de Killmore Court y el campo que lo rodeaba.

También Harriet debería estar cansada de coser y bordar, porque apenas tuvo la suficiente certeza de que los caminitos estuvieran en condiciones, propuso a Victoria un paseo alrededor de la propiedad.

Luego de algunos días encerrada, casi recluida, la joven aceptó con la misma alegría que habría mostrado si la hubieran invitado a un gran baile: el mal tiempo la había obligado a excursiones rápidas y deprimentes, solamente por el perímetro de la casa, y esperaba que con el sol habría tenido modo de explorar mejor el amplio parque.

No tuvo en cuenta a su hermana, que tenía el paso más lento que una vieja comadre.

Agarrada de su brazo como un náufrago a una madera de salvación, Harriet parecía tener que seleccionar con cuidado maniaca el grupo de piedritas que recibiría su suela. No levantaba nunca los ojos y comentaba el estado de humedad de cada una de ellas.

Victoria, luego de pocos metros, se había arrepentido de haber aceptado acompañarla en esa caminata flemática. Para ella, que amaba marchar a buen paso, ese ritmo lento era peor que la lluvia.

«Estoy bastante débil en estos días» comentaba Harriet, estrechándose a la hermana menor. «Siento que mi salud vacila».

Victoria, como acostumbraba, una vez que dieron vuelta en la esquina que le permitía la vista de las ventanas de Jared, lanzó una mirada a los cuartos del primer piso.

«Estás muy bien» respondió distraídamente. Quizás no era la primera vez que Harriet se lamentaba, pero Victoria la escuchaba raramente con atención. En todo caso, había aprendido que las respuestas vagas funcionaban siempre bien; mejor dicho, eran preferidas, porque no se arriesgaba a enfrentar opiniones o permitir a los discursos molestos continuar su curso.

«Espero que pase pronto...» replicó Harriet, pero el desinterés de Vic era tan evidente que dejó de hablar del tema. No quedando otra cosa de qué hablar, volvió a lamentarse de cuánto el sendero estaba mojado.

Estaban justo por dar vuelta en el ángulo para llegar al parque de detrás de la mansión, cuando el ruido de un carruaje que se deslizaba por el camino de ingreso, atrajo su atención.

Harriet se paró inmediatamente y, curiosa como la hermana, aceleró, volviendo sobre sus pasos hacia la entrada de la casa. Victoria agradeció al cielo por las renovadas energías de su compañera, considerando que con el paso de antes habrían podido ver quién llegaba, quizás, hacia la hora de la cena.

«No esperamos visitas. ¿Jared habrá hecho venir a su ayuda de cámara a buscarlo? Me parece prematuro...» reflexionaba Harriet en voz alta. «Y ese no es un carruaje de Lennox».

Victoria se alegró por la distracción. Cualquier cosa que pudiera mover un poco la vida en Killmore Court era más que bienvenida, y, cuando de la abertura vio bajar un elegante zapato femenino y vaporosos vestidos, tuvo la certeza de que algo verdaderamente interesante estaba por ocurrir.

Los escarpines de seda roja desaparecieron en pocos segundos escondidos por las ricas vestiduras de una mujer que, con aire agitado, miraba alrededor rápidamente.

Victoria y Harriet no pudieron intercambiar una palabra, ambas ocupadas en observar a la recién llegada antes de que ella las notase. Era ciertamente una dama de gran clase, en vista de los encajes refinados y los delicados terciopelos de su vestido. La falda era de un carmesí caliente que retomaba el color del cuello y de los puños de la chaquetita apoyada sobre los hombros. El sombrerito, negro como la chaqueta, hacía pensar que era mayor, pero su rostro, aunque no fresquísimo de juventud, era muy placentero. También su figura era grácil y flexible, más que la de Harriet, que tenía, como mínimo, diez años menos.

«¿La conoces?» preguntó en voz baja Victoria, que por la expresión de su hermana adivinaba una cierta perplejidad hacia la recién llegada.

«No» respondió ella. Y ese intercambio de frases, o el rumor de sus pasos, hicieron volver a la desconocida hacia ellas. Con paso rápido, Victoria habría dicho *trágico*, fue a su encuentro.

8

«Buen día, *mesdames*».

Las saludó con una graciosa inclinación que las dos devolvieron.

«¿Pueden decirme si esta propiedad es Killmore Court?»

«Si, señora. ¿Puedo ayudarla de alguna forma?» respondió circunspecta Harriet.

La otra encuadró a ambas con curiosidad. Ciertamente se estaba preguntando quiénes eran, y para evaluarlas podía solamente basarse en sus aspectos.

Era evidente que no se trataba de sirvientas, por eso el modo en que se presentó fue deferente. Dijo su nombre, Susan Warren, como si se esperase una reacción por parte de ellas, pero Harriet no dio señal de reconocer ni su nombre ni su persona.

Se presentaron a su vez, y fue la señora Warren quien abrió desmesuradamente los ojos castaños con sorpresa cuando supo que estaba frente a la dueña de casa.

Volvió a inclinarse, se excusó ampliamente por la visita no anunciada, enrojeció, tartamudeó.

Victoria estaba en el séptimo cielo, porque la situación prometía nuevos e interesantes detalles que no tardaron en venir.

«Ciertamente, señora, sabe quién soy. Y no sé cómo disculparme por todos los problemas que he traído a su familia».

Victoria intercambió una mirada interrogativa con la hermana, pero se abstuvo de decir nada: tuvo que morderse la lengua, pero logró mantener un decoroso silencio y dejar el tema de las preguntas a Harriet.

«Disculpe usted, pero no tengo idea de lo que me está diciendo» replicó Harriet.

No era la forma adecuada, notó Victoria, porque sólo obtuvo de la visita un incómodo silencio. Era la clase de situación que requería preguntas simples y directas, pero Lady Killmore no era el tipo de las que se ponían a interrogar a una desconocida.

Si Harriet no la conocía, pero ella sostenía que debía ser conocida a la familia, tenía que estar relacionada con Roger... o con Jared.

La segunda hipótesis hizo saltar algo en la muchacha, que fijó a la mujer con viva curiosidad y un poco de mala disposición. La sospecha que se le cruzaba por la mente la hacía mirar a esa mujer bajo una luz muy distinta, haciendo mucho menos grata su presencia en Killmore Court.

«Lady Killmore, dígame solamente... ¿él está vivo?» soltó la señora Warren en tono apenado, llevándose las manos al pecho.

Fue Harriet la que, primero enrojeció, luego se puso pálida, quizás por la inesperada comprensión de lo que Victoria ya había adivinado: la mujer estaba relacionada con Jared, probablemente en forma... íntima.

«Señora, puedo tranquilizarla si está preguntando por mi cuñado».

«¡Por favor!» la mujer se inclinó hacia adelante y tomó las manos de Harriet con una dolorosa súplica en la voz y en los modos. «¡Dígame dónde se encuentra! ¡Es cuestión de vida o muerte que pueda verlo!»

No pasó más que un instante, y Victoria y Harriet se encontraron sosteniendo a la mujer, que casi se desmayaba, pero que estaba lo bastante bien como para caminar entre ellas hasta la entrada, luego al saloncito, donde alcanzó un sofá sobre el cual cayó presa de un ataque de nervios.

Las dos hermanas se ocuparon de acercarle algo para beber, en hacerle oler agua de lavanda, en tranquilizarla como podían, pero ambas se encontraban en serias dificultades.

Por primera vez, Victoria deseó con todas sus fuerzas que Roger estuviera cerca, pero justamente esa mañana había partido a Londres por negocios y no regresaría hasta la noche: Harriet parecía que estaba por desmayarse también, y de forma más convincente que la señora Warren.

La llegada providencial del mayordomo, que inmediatamente puso a la mujer en las manos expertas de una doméstica, les quitó el peso de atender a la señora, y Victoria pudo ocuparse de su hermana, que necesitaba sentarse y recuperarse un poco de los eventos. Victoria la notó pálida. A lo mejor a sus quejas sobre la salud no les faltaba fundamento.

Mientras tanto, la señora Warren se había recobrado del todo, no obstante su forma de hacer demostrara todavía dolor y drama. Se disculpó muchas veces, manifestó que se encontraba preocupada por lo que había sucedido, pero si las señoras hubieran tenido idea de los hechos...

Allí comenzó una explicación difícil, que quizás no quería hacer entender bien.

«Conocí a vuestro cuñado hace algo más de seis meses, cuando mi marido, el señor Warren, tuvo una entrevista por ciertos caballos que Jared, Mr.

Lennox, deseaba comprar. Saben, mi marido cría estupendos pura sangre, son su orgullo y...» tomó un sorbo de agua, como si pensar en el marido le causara nuevas emociones. «En resumen, Mr. Lennox fue nuestro huésped a menudo».

La pausa de silencio que siguió estuvo cargada de expectación, pero mientras Harriet tenía la expresión de quien espera una aclaración sobre algo que se le escapa, Victoria había completado el cuadro sin dificultad: recordaba bien que Jared había mencionado la causa del duelo que lo había llevado allí. Un caballo, había dicho, un rocín vendido por pura sangre. Que el *Galeotto* fuera un caballo ahora no lo dudaba, pero que el motivo del duelo hubiera sido solamente ese, Victoria ya no lo creía. No tenía ninguna dificultad para colocar las piezas en su lugar.

La señora Warren estaba por retomar el discurso cuando la puerta del saloncito se abrió completamente y Jared entró, hermoso como un dios griego no obstante el vendaje.

Vestía una camisa blanca y pantalones oscuros, largos hasta las rodillas, y llevaba una chaqueta sobre la espalda, dado que no podía colocársela. Alguien lo debería haber ayudado a ponerse las botas y a bajar la escalera, porque claramente estaba muy débil para haberlo hecho solo. En efecto, detrás de él, Victoria vio a Sanders, el mayordomo, con su acostumbrada expresión indescifrable.

Detrás de ellos, en el corredor, una pobre sirvienta maniobraba una bandeja cargada entre las manos, incierta si seguir al hombre dentro del saloncito o si esperar un momento para llevar el té.

«¿Señora Warren?» exclamó Jared cuando enfocó a la mujer. Estaba sorprendido, casi incrédulo.

Ella se levantó inmediatamente, iluminándose.

«¡Mi querido!» gritó abalanzándose hacia él, con el riesgo de hacerlo caer. Si Sanders no lo hubiera sostenido, habría caído sobre el suelo en forma poco digna. La agresión de la mujer, porque eso fue lo que le pareció a Victoria, no parecía gustarle para nada a Jared, que trató de esquivar, molesto, las manos de ella que se alargaban ansiosas hacia su camisa.

«¡Qué mal estás!» sollozó la señora Warren ya sin retenerse.

«¡Señora!» soltó él, irritado.

Victoria, que en esos pocos segundos se había hecho, como probablemente todos los otros presentes, una impresión precisa de las relaciones entre esos dos y estaba viviendo un momento de profunda incomodidad, se sorprendió por el tono fastidiado y frío de Jared. Él, dirigiendo a la mujer una mirada

glacial, con el brazo sano la tenía a distancia, como si la sola cercanía fuera irritante.

¿Así era que trataba a sus amantes cuando las dejaba? Victoria no tuvo el tiempo de profundizar en sus propios sentimientos sobre el tema, porque todo se desarrolló con una rapidez sorprendente.

El más sorprendido era Jared.

Cuando el mayordomo había corrido hasta él, le había explicado en forma confusa que había llegado a Killmore Court una visita, y que a pesar de no estar completamente seguro, tenía la sospecha de que la señora estaba allí por él. A Jared le pareció extraño que alguien hubiera ido hasta allí para buscarlo; que se tratara de una mujer, mucho más, pero, imaginando la incomodidad que podía provocar a su cuñada una *visita femenina* para él, se había esforzado en bajar para controlar de quién se trataba.

Se hubiera esperado de todo menos encontrarse delante a la esposa del hombre que lo había herido en el duelo.

Cómo lo había encontrado era un misterio, y un misterio alarmante: por el momento, vista su condición de salud, consideraba que lo mejor era estar lejos de Warren y de todas sus locuras.

Sin embargo, la cosa verdaderamente extraña era el comportamiento de la mujer, con la cual había hablado poco un par de veces. Entrando, había esperado encontrar, quizás, a una de las bailarinas del West End, o a una actriz de *Drury Lane*, no ciertamente a esa mujer que para él era una benemérita desconocida, y que por el contrario, se mostraba como una amante preocupada.

«Jared, ¿cómo puedes tratarme así?» sollozó en efecto la señora Warren.

«¿¿Cómo puedo?! ¡Conténgase, santo cielo!» exclamó el hombre lanzando una mirada a Harriet y a Victoria, esperando que entendiesen su extrañeza ante ese comportamiento absurdo.

«¡Eres un ingrato! ¡Y yo, que vine hasta acá para avisarte! Mi marido sabe todo».

Jared tuvo un escalofrío ante ese *todo*, no estando siquiera él al corriente de su significado. «¿Sabe que estoy aquí?» preguntó con calma, más aparente que sincera.

Ella sonrió tranquilizadora. «No, pero si llegué yo, él también se dará cuenta: te está buscando por toda Londres».

Jared había imaginado que ese loco habría seguido adelante con su furia obstinada, aunque esperaba que luego de un tiempo razonable se hubiera dado

cuenta de la exageración de todo su comportamiento. Pero la conducta exaltada del marido le pareció nada con respecto a la de su esposa.

El hecho de que hubiera llegado hasta Killmore Court para buscarlo podía significar que Warren se había vuelto completamente loco y que ella se hubiera sentido en el deber de poner en guardia a Jared, pero habiendo visto la actitud insensata de ella, le pareció que la situación estaba empeorando: si su instinto no lo engañaba, esa mujer se había encaprichado con él y en nombre de su “amor” se había puesto en campaña para ayudarlo.

Pero la actitud de espera ansiosa de ella lo puso más alarmado y disgustado.

«Señora Warren, le agradezco por la consideración que me ha demostrado. Sostengo que estoy completamente seguro aquí, en la propiedad de mi hermano. Ahora, si me disculpa, necesito reposo y mi cuñada está ciertamente, muy ocupada: permita a Sanders que la acompañe al carruaje».

La señora movió la cabeza con fuerza. «¡Oh, no! No puedo volver, estoy aquí para quedarme. Me ocuparé de ti».

Esas palabras fueron seguidas por un sobresalto de las otras dos mujeres presentes en el saloncito. Jared miró a Victoria, que lo miraba fijo con los ojos muy abiertos y el rostro inexpresivo. De ella se hubiera esperado una actitud más divertida: le hizo mal encontrar en los ojos de la joven esa expresión casi de horror, como si igual que los demás, viera en él a una persona detestable y sin moral.

Una ola de irritación le dio la energía que le faltaba para reaccionar como debía.

«Madame» comenzó, frunciendo el ceño y tratando de parecer severo y firme, «no prosigamos con este discurso equivocado, no existe ningún motivo por el cual usted tenga que ocuparse de mi salud. Tiene que volver a su casa inmediatamente».

Los ojos de la señora Warren se llenaron de lágrimas, pero Jared ya había encuadrado el personaje y no se dejó conmovir; temía que Harriet y Victoria no fueran lo suficientemente hábiles como para clasificarla.

«Dejé a mi marido... ¡por ti!» La mujer vaciló y Victoria se abalanzó para tomarla antes de que cayera. Pero, como Jared imaginaba, no se cayó.

El joven emitió un suspiro, preguntándose qué había hecho mal como para merecerse una situación de ese tipo.

Entre mil mujeres, la señora Warren era la última a la que habría mirado con interés. Tenía negocios con su marido, y la ética le habría impedido

igualmente conquistarla. En las pocas ocasiones en que le había hablado, además, la había encontrado demasiado nerviosa, demasiado agitada, como para ver en ella algo de fascinación: le había parecido ese tipo de persona inclinada a sufrir de los nervios que siempre lo ponía en dificultad. Y no se había equivocado, en vista de lo que estaba sucediendo.

Las miradas acusadoras de Victoria y Harriet, que asistían mudas a la escena, lo hicieron sentir malísimo, y eso tuvo el efecto de hacerlo montar en cólera. Su peor desgracia había sido encontrar a Warren, sus caballos, la locura que parecía reinar en su familia.

«Señora, no comprendo de ninguna manera este gesto suyo, ¡apenas la conozco!» gritó enojado.

Notó que las miradas de las dos espectadoras (y de la sirvienta, que luego de haber servido el té se había metido en una esquina del saloncito junto al mayordomo) iban de uno a la otra, curiosas y ansiosas.

Susan Warren se llevó una mano temblorosa a la frente. «¿Cómo puedes decir algo así? No puedo haber entendido mal, tus miradas, tus palabras han sido inequívocas».

Jared hizo memoria. En su presencia habían hablado de caballos. Solamente de caballos. De dónde le venían esas certezas era un misterio.

Luego, la iluminación. Recordó con precisión que durante su segundo encuentro, gran parte de la discusión con Warren había sido una *yegua hermosa* que él habría querido comprar y que no estaba en venta. ¿Era posible que la mujer hubiera entendido un doble sentido en esa discusión? Si no hubiera sido trágico, Jared habría reído del error, pero era increíble que esa señora se hubiera expuesto a una situación tan comprometedora siguiendo la huella de una fantasía tan extraordinaria.

Ahora el hombre comenzaba a entender que quizás no era el señor Warren el que tenía problemas, sino su mujer: si el pobre había intuido alguna cosa de las fantasías de ella, o si había sido puesto al corriente, no era tan extraño que alimentase tal animosidad con respecto a Jared. No de caballos y honor era la cuestión, sino de una esposa tan encaprichada que hasta se había inventado palabras nunca dichas y había huido de su casa. Quizás Warren estaba menos loco de lo que le había parecido.

El problema era enorme, y esta vez sí, si ese hombre le pedía un duelo a muerte, no habría podido decir que estaba mal. Tenía que liberarse de ella antes de que fuera demasiado tarde.

Tenía que encontrar un escape y, si el instinto no lo engañaba, no habría habido palabras o afirmaciones suficientes para hacerla cambiar idea. A menos que...

«Señora Warren, verdaderamente se ha engañado. Quizás ha sentido en la charla que hemos tenido su marido y yo palabras que ha comprendido mal. Y en relación a las miradas, quizás... lo que leyó en ellas es verdad, pero solamente porque hace un tiempo que mi corazón profesa un profundo afecto por una persona. Que está siempre presente en mis pensamientos y que hace, ay, que mi mirada se vuelva ausente».

Tratando de mantenerse derecho, no obstante la debilidad, dirigió una mirada a Victoria, que dio un respingo. Le sonrió, sintiéndose culpable como nunca en su vida. «Esa joven mujer es la que me ha hechizado el corazón. Estamos comprometidos secretamente desde hace un tiempo».

«¿Qué?» dijeron a coro las tres mujeres, y quizás también la sirvienta y el mayordomo, aunque Jared no estaba seguro.

Esta vez la señora Warren tuvo que sentarse, imitada por Harriet.

Victoria se quedó de pie, y Jared sintió un gran alivio cuando, luego de la primera sorpresa, vio volver sobre su rostro esa luz maliciosa y llena de vivacidad que él conocía: la joven había comprendido. Quedaba el riesgo de que explotara en carcajadas y le arruinara el juego, pero ella, apretando los labios y bajando con falsa modestia la cabeza, probablemente para enmascarar su risa, asintió.

«Vic, dime que no es verdad» murmuró Harriet.

«No puedo decirlo» tergiversó ella. «Pero puedo decirte que...» se aclaró la voz, «sí, entre Mr. Lennox y yo se ha hablado de matrimonio».

Harriet, tan pálida que daba miedo, estaba casi comenzando a sollozar, y Victoria se dedicó a ella con el agua de lavanda que todavía tenía cerca, mientras la señora Warren se preparaba para su mejor escena. Se agarró de Jared amenazando con tirarlo al suelo, y lo sacudió.

«¡No puedo creerte!»

«Si no a mí, créale a ella. Y le aseguro que esta revelación nos pondrá tanto a mí como a mi prometida en problemas».

En ese momento, la señora Warren sorprendió a todos tirándose sobre Jared, desmayada. Verdadero o no, el desmayo lo hizo vacilar lo bastante como para hacerlo caer al suelo, y fue solamente la intervención de Sanders la que trajo un poco de orden al caos que siguió. Junto a Victoria levantó a la mujer, la llevó al divancito y, mientras la sirvienta se ocupaba de hacerla

volver en sí, con la muchacha se dedicó a hacer levantar a Jared, muy dolorido. Harriet, petrificada, no había tenido ni siquiera la fuerza para levantarse del silloncito y había seguido mirando alrededor como si se hubiera visto envuelta en una inesperada pieza teatral.

También Jared fue colocado en un asiento. No habría soportado un minuto más. El brazo le dolía, a causa de la señora que se había colgado a él mientras caía, pero sobre todo, le dolía la cabeza por el desarrollo de los eventos, todo muy rápido para alguien que había logrado, con mucho esfuerzo, vestirse y bajar la escalera. Estaba exhausto y temía ser el próximo en desmayarse.

«Es lindo encontrar a alguien que sepa ocasionar problemas peores que los míos» le susurró Victoria antes de alejarse. A Jared no le quedó otra cosa que mirarla, mientras se ocupaba de su hermana, que estaba totalmente fuera de sí misma.

Solo en ese momento él se dio cuenta de la magnitud de lo que acababa de suceder: para librarse de la señora Warren había declarado, delante de varios testigos, que estaba comprometido. Y Victoria había confirmado. ¿Habría bastado, una vez libres de la inoportuna visita explicar la naturaleza del engaño? O...

De repente Jared sintió que le ardía la garganta. Victoria había obtenido lo que deseaba y él se había colocado solito la cuerda al cuello. Un momento antes le había parecido la única solución posible, ahora la pequeña mentira podía volverse una espantosa realidad.

Victoria estaba muy confundida. En pocos minutos se había visto en el medio de un ciclón totalmente inesperado.

Y con un prometido, aunque fuera falso.

Miró alrededor, tratando de entender qué era lo más urgente por resolver: Harriet, pálida y con los ojos abiertos de par en par, la miraba muda, pasando la mirada de ella a Jared, como si fueran reos de alta traición; Jared, por su parte, sentado sobre una silla, con el rostro casi deformado por el dolor, se estaba recuperando de la caída: la señora que había causado toda la conmoción, recostada sobre el divancito, comenzaba a recuperar el conocimiento en ese momento.

Por lo que parecía, ella era la única que estaba en pie y con capacidad de usar la cabeza. En efecto, Sanders se le acercó. «Señorita» le sugirió en voz baja, «creo que debería ocuparse de la señora, en vista de *su estado*».

Victoria miró mejor a la señora Warren, tomada por una especie de desvarío. Sanders era muy agudo, pensó: ella no había considerado que toda

esa agitación dependiera de un *estado*. ¡Interesante! La joven enrojeció, cuando finalmente comprendió las oscuras palabras del mayordomo. ¡¿Entonces su huésped estaba embarazada?!

«¡Cielos!» exclamó, dándose cuenta de que su hermana estaba tan sorprendida que no había proferido una sola palabra. Le tocaba a ella, entonces, tomar en sus manos la situación. «Sanders, hágase cargo de que coloquen a la señora en uno de los cuartos, de manera que pueda descansar un poco» ordenó. «Yo pienso en mi hermana».

Sanders frunció el ceño pero no dijo nada, limitándose a cumplir, pasando las órdenes como un general durante la batalla. Un momento después, la señora Warren fue acompañada fuera del salón, lamentándose mucho por sus nervios alterados, pero sin poner resistencia.

Pasando al lado de Jared se paró un instante. «¿Cómo has podido hacerme esto?» gimió, mientras la sirvienta, con delicadeza pero con decisión, la llevaba hacia afuera.

Victoria intercambió una mirada significativa con el hombre y levantó los hombros para hacerle comprender cuánto toda esa escena le había parecido una exageración.

Mientras tanto, la fría mano de Harriet tomó con fuerza la suya. «¿Cómo has podido *tú* hacerme esto?» gimió a su vez.

La muchacha se acuclilló para ponerse a la altura de su hermana sentada. «Tranquilízate, querida: nada es verdad. Creo que Jared... Mr. Lennox, ha tratado de liberarse de la señora usando mi persona como excusa, pero puedo asegurarte que no hay ningún compromiso secreto».

El rostro de la mujer se quedó por algunos segundos inexpresivo, como si no pudiera entender. Una luz de feliz esperanza la iluminó, sólo por una fracción de segundo, y finalmente su cara volvió a ponerse triste hasta devenir una expresión de evidente lamento. Entonces, finalmente, Harriet pudo reaccionar, poniéndose de pie para dirigirse rápida hacia Jared. Que recibió una sonora cachetada en el rostro.

El salto de Victoria hizo eco al gemido de dolor y sorpresa del hombre, que se llevó la mano menos herida a la cara.

«¡Tontos! Son dos...» la mujer buscaba evidentemente una palabra adecuada en su vocabulario, pero la buena educación la privaba de cualquier expresión lo suficientemente colorida. «¡Mi Dios, son dos niños tontos!» repitió llevándose las manos al pecho.

En ese momento Sanders volvió al saloncito, insólitamente agitado.

«Madame, un cierto señor Warren pregunta por... hum... su esposa y por Mr. Lennox. Y está muy agitado».

Jared utilizó la expresión que Harriet hubiera querido conocer para maldecir como se debía y sus ojos corrieron hacia los de la falsa prometida, que devolvió la mirada con la misma aprensión.

«¿Dónde...»

«Me tomé la libertad de conducirlo al saloncito amarillo, pidiéndole que esperara». Sanders, serio y mesurado, había entendido quizás mejor que todos ellos juntos lo que había que hacer. Victoria, con una rápida mirada comprendió que su hermana estaba totalmente fuera de juego. La joven se sintió culpable, porque si Harriet estaba en ese estado, dependía de todas las preocupaciones que ella le había causado. La pobre, sin embargo, parecía incapaz de soportar más de esa confusión, y sobre todo, un encuentro con ese hombre, que debía ser más que nada un personaje difícil de tratar. Lo mínimo que Vic podía hacer era un acto de coraje y de responsabilidad.

«Yo me ocupo» exclamó, descubriéndose menos valiente de lo que quería mostrar. Tenía la impresión de que debía tratar con una especie de bruto y que su única salvación consistía en el hecho de ser mujer. El señor Warren no se atrevería a usar la fuerza contra una señora para sacarle información, especialmente en esa casa noble y segura.

Cuando, poco después se presentó en el saloncito donde el hombre esperaba, tuvo enseguida la satisfacción, relativa, de descubrirse buena conocedora del ánimo humano.

Warren era un individuo que inmediatamente le dio una pésima impresión. Alto, robusto, llevaba una vestimenta elegante que sobre él daba la idea de ser grosera. Tenía entradas en las sienes, pero llevaba los pocos cabellos recogidos en una colita grasienta. El chaleco que sobresalía de debajo de la chaqueta abierta sobre el abdomen, era de un color chillón casi fastidioso; los calzones, adherentes casi hasta estallar, eran de una seda brillante también llamativa. Raramente había visto un conjunto de tan mal gusto en una sola persona.

El hombre estaba jugueteando con un globo terráqueo exhibido junto al diván, pero cuando Victoria entró, volvió hacia ella el rostro rubicundo y alterado por la rabia, tanto, que la joven dio un paso hacia atrás. Se habría ido si la expresión de él no se hubiera ablandado mientras la estudiaba de forma mal educada, pero, por lo menos, no amenazadora.

«¡Joven, ésta Lady Killmore!» comentó burlón.

El tonó la irritó y le hizo volver el coraje perdido.

«Soy *Miss* Victoria Arden. Lady Killmore es mi hermana y no puede recibirlo» respondió glacial. «¿Puedo serle de ayuda?»

«Tengo motivos para pensar que mi esposa se encuentra aquí, y en compañía de un hombre con el cual tengo una cuenta que saldar: Mr. Lennox. El...» reflexionó por un momento, teniendo dificultad para completar el pensamiento. «hermano de vuestro cuñado». La miró como si esa parentela fuera casi una culpa.

Victoria apretó los labios. No había preparado un plan de acción y no tenía idea de lo que tenía que decir en esa situación. ¿Negar? ¿Decir la verdad? ¿Cubrir con una media mentira?

Ganó tiempo, indicándole con gracia el diván, y se movió para sentarse con lenta compostura sobre un silloncito de chintz amarillo que estaba a un lado del diván del mismo color. Reacia, pero deseosa de no responder todavía, le ofreció una taza de té, que fue rechazada igual que la invitación a sentarse.

Los ojos del hombre la miraban fijos, atentos y rapaces. A ella sí le habría servido un sorbo de té para refrescar la garganta, que inesperadamente se había secado.

«Señorita, no busque excusas inútiles: mi carruaje está afuera y sé ciertamente que mi esposa no tiene otro tipo de relaciones con vuestra familia, a excepción de la sórdida relación con Lennox».

Victoria se llenó los pulmones de aire, indignada. «Mr. Lennox no mantiene ninguna *sórdida relación* con su esposa, ¡puedo asegurárselo!» siseó. Sentía una rabia indefinida contra esa loca que se había metido en la casa, creando a todos una gran cantidad de problemas, aunque insultarla delante del marido no habría resuelto nada. Pero la pregunta era: ¿cómo justificar la presencia de ella en la casa?

Él, como toda respuesta, rió.

«Un hombre sórdido no puede tener más que relaciones sórdidas, Miss. No le conviene protegerlo: por el contrario, ayudarme a volverlo inofensivo de una vez para siempre será una buena acción de vuestra parte».

Victoria se levantó de un salto, furiosa. «¿Y si vuestra esposa hubiera venido aquí con el único objetivo de ponerlo en guardia sobre usted y vuestra estúpida furia?» preguntó ácida.

Estaba por agregar una segunda respuesta, pero la mirada de él fue hacia la puerta del saloncito, que había quedado abierta, y hacia alguien que se estaba

acercando.

Jared, no obstante vacilara y se mantuviera a gatas en pie, se recortaba sobre la puerta en toda su imponente altura.

«No debo esconderme detrás de las faldas de una mujer, Warren. Si tengo que enfrentarte, lo hago abiertamente».

Victoria admiró la sangre fría que Jared mostraba, si bien estaba sufriendo en forma visible. Warren se lanzó hacia él, pero la muchacha estaba preparada para pararlo con una fuerza que sorprendió a ambos.

El hombre reclamó en voz alta: «¿Dónde está Susan, cobarde?»

«¡Señor!» exclamó Victoria ya enfurecida, obligada a parar al energúmeno por un brazo. «Vuestra esposa se está reponiendo de un pequeño desmayo, por suerte lejos de todo el rumor que está provocando. Y ya que mi hermana no se siente muy bien, si no desea ser expulsado a la calle, le aconsejo que se modere enseguida».

Warren se sacudió de encima la mano de ella, pero se recompuso.

«Por respeto a la señorita y a los dueños de casa no te trato como mereces» farfulló, dirigido a Jared.

«Quisiera saber de qué acusa a mi prometido» fue la repentina respuesta de Victoria, que tuvo el poder de desestabilizar a Warren, el cual se quedó sin palabras por unos segundos.

«Estoy al corriente de las acusaciones que ha hecho sobre Mr. Lennox» prosiguió ella, esperando no empeorar la situación, «pero puedo asegurarle que vuestras sospechas carecen de fundamento. Quédese con la satisfacción del modo en que ha reducido a mi prometido con su... arreglo de cuentas, y espero que nos deje en paz».

Victoria advirtió la mano de Jared que se posaba con delicadeza sobre su hombro. Se volvió, encontrando al hombre junto a ella que la miraba con una expresión insólitamente dulce y agradecida. «Vic, no es necesario...» le susurró.

Quería evitarle posteriores complicaciones, pero ya era tarde. La joven sabía que sin ese «golpe de efecto», nada habría podido aplacar la rabia de un hombre que creía, había sido traicionado de forma tan clamorosa.

Absurda la esposa y su teatral espectáculo de mujer abandonada, absurdo el marido listo para retar a un nuevo duelo al hombre que hacía poco había herido para salvaguardar su honor. Menos se relacionaban con esa familia, mejor era, para todos ellos.

Desde el corredor llegó un sonido indistinto de voces, como si hubieran llegado más invitados. Le pareció extraño: en Killmore Court reinaba soberano el aburrimiento, era el lugar menos frecuentado en absoluto por amigos y parientes, e inesperadamente se volvía peor que Bath durante la estación invernal. Esperó solamente que, fuera quien fuera, se mantuviera bien lejos de ese saloncito.

«¡Jared Lennox comprometido! ¿De verdad?» sonrió Warren, todavía no persuadido del todo. Llevó la mano debajo de la chaqueta, y Victoria notó con horror que estaba armado. No había llegado allí para un nuevo desafío a duelo, se dio cuenta ella, sino para terminar con el asunto.

Se apretó a Jared. No dispararía si ella se mantenía muy cerca.

«¿Qué lo asombra, señor? ¿Pone en duda mi palabra?» protestó escondiendo el miedo detrás de un aire indignado. «Puedo asegurarle que la cuestión está más que definida».

«Esto, Miss, desgraciadamente para usted, no excluye que...» comenzó Warren, aludiendo a las presuntas relaciones con su esposa.

«¡Lo excluyo yo!» interrumpió Jared, y esta vez Victoria sintió el brazo de él que la apretaba con mayor decisión. «Puede decir de todo sobre mí, pero no que soy un hombre al que le falta palabra. ¡Ha sido usted, y sólo usted el que no mantuvo el acuerdo en nuestros negocios! Y mi palabra de caballero nunca ha sido puesta en discusión por nadie, de ninguna manera. Miss Arden merece todo el respeto. Si me comprometí con ella pienso honrar la palabra dada completamente».

Warren retiró la mano de la funda, con alivio de Victoria. Estaba pensativo, finalmente advertía alguna sana duda sobre su conducta, pero la muchacha no se alejó de Jared, por temor a un cambio de parecer de ese loco.

«Puedo asegurarle que no hay ninguna relación entre la señora Warren y yo» dijo cansadamente Jared. «Y nunca la hubo. Si la señora se encuentra todavía aquí, es, como le ha dicho Miss Arden, porque no se sintió bien. Nada grave, pero mi cuñada ha preferido hacerla reposar un poco en un cuarto tranquilo».

«Quiero verla».

«¡No!» exclamó Victoria, atrayendo una mirada cargada de sorpresa y rabia del hombre. «La señora Warren necesita descanso y no me parece que usted pueda garantizarle tranquilidad. Debo pedirle que deje la casa y que postergue las aclaraciones con su esposa para otro momento y otro lugar».

Warren la desafió con una mirada venenosa, pero con una rígida inclinación y balbuceando algo del tipo *conozco el camino*, dejó el saloncito, yendo literalmente a chocar con Lord Killmore y otros dos hombres que, desde el corredor, habían asistido a la escena.

Victoria cruzó los ojos de Roger, abiertos igual que los de Harriet cuando se había inventado delante de ella la historia del compromiso secreto. Comprendió enseguida que no había sido solamente la escena de Warren la que había dejado al grupo de inesperados espectadores estupefactos.

El brazo de Jared, en lugar de dejarla como se había esperado, le envolvió la cintura.

«¿Qué diablos está sucediendo aquí?!» exclamó Lord Killmore, conmocionado.

Jared dio una rápida mirada a Victoria, y la muchacha habría jurado ver que le guiñaba un ojo, si no hubiera tenido la certeza de lo inoportuno del gesto.

«¡Querido hermano!» empezó el hombre con una sonrisa ancha y vagamente perdida, arrastrando a la muchacha. Se apoyaba en ella y la retenía en un abrazo no conveniente, que llamó más la atención del trío. «Llegaste justo a tiempo. Lamento que el anuncio llegue de manera tan informal, hubiéramos querido presentar el tema en otros términos, pero... creo que no queda otra cosa que felicitarnos. Como habrás intuido, hemos encontrado el modo de resolver una enorme cantidad de problemas de un solo golpe. Qué cosa singular, en efecto: dentro de poco tu cuñada se volverá tu cuñada».

Lord Killmore, mostrando una admirable sangre fría se esforzó, antes que nada, en hacer las presentaciones de los *prometidos* a sus invitados, que se revelaron ser dos altisonantes nombre de la alta sociedad londinense. Hasta Victoria, que no se interesaba en política, los conocía por su fama.

La joven, dándose cuenta de lo que habían sido testigos, enrojeció, pero saludó con una inclinación perfecta y aceptó las maravilladas y un poco sonrientes felicitaciones por parte de los nobles.

Era todo tan grotesco que parecía una pesadilla.

Roger, no sin otro par de miradas que amenazaban mal tiempo, tuvo que retirarse: tenía cuestiones urgentes e importantes que tratar con sus invitados, por las cuales había vuelto con anticipación de Londres, y no podía entretenerse en el festejo del compromiso.

A lo largo del corredor, sin embargo, Victoria lo vio girarse varias veces en su dirección, hasta que desapareció en un cuarto más hacia el fondo.

Parecía que no podía creer en todo lo que había visto y sentido. En efecto, ella también estaba confundida sobre todo.

Alzó la mirada hacia Jared con aire interrogativo, dándose cuenta de que no podía articular una frase coherente.

Se enfrentaron por un largo instante.

«Bien» dijo él, apretando los labios en una especie de sonrisa, quizás culpable, quizás divertida.

«Bien» repitió ella, cruzando los brazos. «¿Y ahora?»

«Bien» comenzó Jared, «creo que tendríamos que aprovechar este momento para hablar, antes de que todos nos salten al cuello. Te debo explicaciones, excusas,... agradecimientos. Esta vez fui yo el que te dañó y no sé verdaderamente cómo pedirte disculpas». Miró alrededor. «Si me encontrara mejor podríamos salir a pasear para hablar libremente, pero en este estado no llego ni siquiera a la puerta de entrada».

Victoria retuvo una risita nerviosa. «Creo que podemos permitirnos un coloquio privado entre los muros de casa, vista la situación» replicó indicándole el saloncito que habían apenas dejado. «Dejaremos la puerta abierta como corresponde, pero no veo la necesidad de otras precauciones. Ya...»

Jared no agregó nada más y la siguió al interior, donde se acomodó, cansado, sobre el divancito amarillo.

La joven se apresuró en arreglarle un almohadón para hacerlo estar más cómodo, preocupada por el aspecto cansado de él, luego se le sentó de frente. Probablemente lo que ella había interpretado como un abrazo había sido solamente la necesidad de Jared de ser sostenido para no caer.

«¿Sabes que ya no podremos escapar a un compromiso?» preguntó Jared.

Victoria lo observó tratando de comprender cuál era su opinión sobre el asunto, pero el hombre se mostraba impasible y no le fue posible entenderlo. Se preguntó, seriamente por primera vez, cómo evaluar la cuestión.

Había pasado muy poco tiempo desde que ella se le había propuesto en calidad de esposa, pero ahora que la eventualidad se había vuelto todo lo contrario a remota, se hallaba presa de un temblor y un temor que nunca había sufrido. Había mil implicaciones para una unión de ese tipo y Jared había sido muy bueno en mostrarle todos los pliegues escuálidos y negativos: un destino de no amor, de humillación, de progresiva insensibilidad a los sentimientos para no ser vencida por el sufrimiento que, estaba segura, habría sentido como causa del comportamiento de un hombre como él.

¿Estaba preparada para una vida de ese tipo? Sobre todo, ¿podía desearla verdaderamente?

Sintió un nudo en la garganta y bajó los ojos, para no mostrarle cuánto se sentía descorazonada. Atrapada. ¿Había algo peor que estar atada a un hombre que no la quería a su lado?

«Lo sé. Imagino cuán desagradable puede ser para ti» murmuró.

«No te pregunté lo que pensaba yo, sino qué piensas *tú*. Vic, me salvaste la vida hoy».

Victoria levantó los ojos hacia los de él, maravillada por la inédita dulzura que vestía su voz. También la expresión de su rostro había cambiado, podía leer una admiración, una ternura que no se había esperado. Parecía ocupado en sondear con atención nueva las reacciones de ella, como si estuviera tratando de comprender eso que ella no podía decir con palabras.

El corazón comenzó a latirle más rápido, y Victoria maldijo otra vez el poder que Jared tenía sobre ella, porque bastaba una sola mirada para hacerla sentir paralizada y a merced de una verdadera tormenta interior.

El viento impetuoso de su cercanía levantaba en su espíritu mareas tan altas que mezclaban sentimientos y razón, volviendo inciertos los límites hasta confundir los unos con la otra.

Jared siguió, sin liberarla de ese examen, tierno y brutal al mismo tiempo. «No sé por qué, pero parece que salvarme es lo que te sale mejor. Quizás tenías razón, para mí, casarme contigo sería un buen negocio. Pero... ¿para *ti*, Victoria? ¿Crees todavía que sería un buen negocio luego de lo que has visto de mí?»

La respuesta de la lógica habría sido negativa: si tanto Harriet como Roger habían puesto caras falsas para impedirlo, un motivo debía haber. Y no necesitaba mucha imaginación para comprenderlo. No había ningún buen motivo para casarse con Jared Lennox, si no era la estupidez que la había llevado varias veces a ser imprudente y a arriesgar la reputación y el futuro por su propia ligereza.

Otra vez, Victoria advirtió toda la distancia que la separaba de lo que era justo, al menos en apariencia, y lo que su corazón creía justo. En guardia, estudió el rostro de él.

No obstante estuviera alterado por el cansancio y el sufrimiento, la joven no pudo evitar considerar esos trazos de una belleza única. En los ojos de él había quedado la pregunta que había expresado antes: ¿habría podido apostar

a una unión tan mal barajada, sobre un compañero que la sociedad había marcado como de dudosa moralidad?

La muchacha sostuvo la mirada de Jared, meditabunda. No tenía ya la audacia con la cual le había propuesto casarse unos días antes, ni la misma inconsciencia complaciente.

Había pensado que casarse con Jared le otorgaría una ráfaga de libertad a la opresión familiar que la esperaba, pero quizás no había sido sincera consigo misma creyendo eso.

De repente sintió la garganta seca. De mala gana se puso de pie, tropezando con el estúpido chal que se encontraba siempre enredado en su cuerpo como una boa.

La tardanza de su respuesta provocó dolor en Jared. Lo vio claramente, porque una sombra ofuscó por un momento el rostro de él.

Victoria, en ese breve segundo, comprendió que había algo que más que nada la unía a ese hombre: ambos tenían una desesperada necesidad de ser amados por lo que eran, más allá de las apariencias y las convenciones.

Las palabras recién pronunciadas por Jared la golpearon. *Luego de lo que has visto de mí*, había dicho. Pero en realidad, ¿qué había visto, de qué podía estar segura? Lo que había visto era sólo un hombre joven herido en un duelo por un marido celoso, probablemente sin un real motivo.

La muchacha reflexionó en las palabras que él había usado. No temía ser rechazado por lo que era, sino por lo que parecía. Un juicio, terrible y sin apelación, había alejado a Jared del afecto de sus queridos, pero quién era verdaderamente el hombre que tenía delante no lo sabía. Se acercó al hombre sentado sobre el divancito, y se inclinó, para tomar entre las suyas su pobre mano vendada. Sonrió.

«Cierto que no me ofreces tu mano en las mejores condiciones».

«No soy capaz de hacerlo mejor» fue la respuesta sentida. «Tenías que esperarlo».

«De acuerdo» replicó ella, que comenzaba a enojarse. «Quiere decir que aceptaré con la misma gracia: este negocio es bueno también para mí. Si me dejas la misma libertad de la que gozarás tú».

Si Jared se hubiera mostrado un poco más cercano, habría encontrado en ella más entusiasmo del que, en cambio, estaba obligada a manifestar. La verdad era que le gustaba: tanto, mucho. Esa noche pasada cuidándolo, ese beso febril, habían creado entre ellos una unión que Victoria sentía profundamente, y estaba segura que él también lo percibía. Antes o después

habría encontrado el modo de hacérselo admitir, pero por ahora, Mr. Lennox constituía todavía un misterio difícil de descifrar y ella no podía más que rendirse a la evidencia.

Sus palabras ácidas surtieron efecto, porque notó su sorpresa. Lo había descolocado y eso era ya un buen resultado.

Con esas premisas absurdas, pensó angustiada, tendrían necesidad de tiempo. Tiempo para conocerse, para aprender a confiar el uno en la otra, para bajar la guardia. Ese breve y necesario coloquio había sido recortado de forma fortuita; sería un trabajo tener ocasiones que les permitieran vencer esa desconfianza y esa distancia que el hombre había colocado entre él y los otros; entre él y los propios sentimientos. Tenía que encontrar el modo de hacer que Jared abriera su corazón. Pero él, ¿deseaba hacerlo? ¿Desearía alguna vez que Victoria abriera el suyo?

«Perfecto» comentó seco, pero cuando Victoria quiso retirar la mano de la suya, el agarre se hizo más fuerte. Fue entonces que Jared alzó sobre ella los ojos, devolviéndole una mirada descarada, imperiosa, sensual, que otra vez le impidió reaccionar con prontitud. Lentamente, el hombre se llevó su mano a los labios y con la misma lentitud depositó, primero un leve y galante beso sobre el dorso, luego, sin quitar los ojos de los suyos, dándola vuelta, se dedicó a la palma, al pulso, haciendo fluir en sus venas una impetuosa excitación.

Victoria no tuvo la fuerza para escapar, aunque comprendía que ese gesto intencional y seductor revestía una miríada de implicaciones. Sentía su rostro enrojecer, regalándole la enésima victoria: ésa era la primera libertad que Jared se estaba tomando, colocándola de frente a su propia inexperiencia, a su propia impotencia en relación a las emociones que él, con sus expertos besos, sabía desencadenar.

Aunque sabía todo eso, Victoria no pudo resistirse a la deliciosa tortura de esos labios concedores. Porque ella misma anhelaba el contacto con cada fibra de su ser.

Sentía, al mismo tiempo, placer y vergüenza: un placer que no hubiera nunca creído que pudiera derivar de un contacto tan leve, y vergüenza porque la mirada de él mostraba cuán consciente era de las sensaciones que suscitaba. Pero no era solamente eso lo que la perturbaba, era el fuego, violento e incontrolable, que Jared encendía en ella, haciéndola anhelar más. La trastornaba darse cuenta de que gran parte de la emoción que sentía no se

debía al beso, sino al modo en que él la miraba. Lo que habría tenido que hacerla escapar, la atraía. Y no podía perdonárselo.

Fue esa inesperada consciencia la que le dio la fuerza de tirar de su mano para sustraerse de Jared, esperando no hacerle notar todo lo que le costaba.

«¿Ya me tomé mucha libertad?» bromeó él con un tono, en parte malicioso, en parte acre. No se había equivocado sobre la intención de ese beso, y decidió al instante que no se la habría dado por ganada, ni esa vez ni nunca.

«Eso es seguro» lo amonestó, tratando de imitar a su hermana cuando afrontaba los inconvenientes de los otros. «Pero acepto tus disculpas». Sería, ofendida, fría. Así quería parecer, sin embargo la segunda frase le salió blanda por la sonrisa que no podía dejar pasar.

Un rayo divertido le iluminó la mirada. «Te estoy agradecido, mi querida. Haré lo posible para no perturbarte más. Al menos hasta cuando no sea del todo lícito y conveniente que lo haga».

Victoria se ruborizó por esa referencia explícita y desfachatada sobre su futuro matrimonial. Jared, levantándose con dificultad, rió despacio y le pellizó la mejilla. Ya no parecía resentido, pero ella no pudo interpretar sus emociones con claridad.

«Lo siento, Vic. Lo siento porque sé que te haré infeliz: por más que me esfuerce para que no suceda, sucederá».

Y sin darle tiempo para replicar, con paso lento dejó la estancia.

9

Se sentía cansado y abatido mientras iba hacia su cuarto casi arrastrándose. Subir la escalera sin ayuda fue desgastante, pero Jared tuvo la satisfacción de poder hacerlo, aunque el esfuerzo le quitara las últimas energías.

Parecía que todos habían desaparecido, Harriet, Roger, Sanders, los invitados, la servidumbre... Se metió en la cama con la sensación de ser la única persona viva en la casa.

Además de la joven mujer que había dejado en el saloncito, se corrigió, mientras colocaba con inmenso alivio la cabeza sobre la almohada blanda y fresca.

Al despertarse esa mañana se sentía contento de estar mejor: las fuerzas comenzaban a volver; le pareció poder mirar con positividad el futuro.

No se imaginaba lejanamente que el día le habría traído tal embrollo. Pensándolo, le parecía increíble que hubiera sucedido de verdad. Primero, la llegada de Sanders con la noticia de la visita femenina, luego, la locura romántica de la señora Warren, y al final, la homicida del marido. ¡Era todo tan absurdo!

Más que nada, no podía comprenderse a sí mismo ni a Victoria.

La salida del falso compromiso en un primer momento le pareció una idea genial, aunque arriesgada. Una pequeña mentira, de la cual habría sido fácil salir: mentir a una mujer en las condiciones de esa señora era aceptable, también por la mentalidad restringida de Harriet; la cuestión se habría resuelto con algún reproche e indignación. Pero lo que había sucedido luego hizo precipitar de forma inesperada la situación, y ahora Jared tenía claro que toda la comprensión de Harriet no bastaría, porque la llegada de Warren y lo que había seguido, hizo irreparable la mentira.

Mientras se retorció en las sábanas, buscando una posición que le diera un poco de alivio, se dio cuenta de que estaba más confundido de lo acostumbrado con respecto a sus propios sentimientos.

Hasta hacía muy poco tiempo le disgustaba la idea de casarse. No sabía decir cuándo comenzó a cambiar de opinión; quizás cuando rechazó de forma categórica aceptar el compromiso que Victoria le había ofrecido. Pero de algo estaba convencido, y era de que Victoria no sacaría ninguna ventaja uniéndose a él: todo su dinero no compensaría la pésima reputación que se había ganado

en la sociedad; aunque se mostrara el más devoto de los maridos, podría ofrecerle solamente una vaga imitación del matrimonio que una jovencita como ella se merecía.

Jared se conocía bastante bien y sabía cuánto lo dominaba la pasión, atropellando cada aspecto de su vida. Por eso había obtenido la fama de hombre implacable en los negocios, de desvergonzado don Juan en la sociedad, y de persona inestable en los afectos domésticos. ¿Qué podía ofrecerle a una mujer? La respuesta que siempre daba a esa pregunta era: nada más que un fogoso encuentro amoroso.

Incapaz de encontrar tranquilidad, Jared se revolvía en el lecho, dolorido por las heridas, por la caída y por la conmoción que lo había agotado, pero más que nada, presa de una angustia terrible cuando pensaba en Victoria.

Podía verla, mientras valientemente desafiaba a Warren para salvarlo. Se había dado cuenta de que el hombre estaba armado, y sin embargo no había dudado en ponerse como escudo entre él y la ira del otro. Victoria, que había puesto en juego su reputación dos veces en pocos días por su causa.

¿Cómo interpretar tal comportamiento? ¿Se trataba de inconsciencia o de ligereza? ¿O de una fuerza de carácter capaz de ir más allá de las convenciones?

Jared no podía decidirlo, pero una parte de él, que ni siquiera comprendía, deseaba con ardor que la última hipótesis fuera la adecuada.

Ardor. Colocando la frente otra vez caliente por la fiebre sobre la benéfica frescura de la funda, Jared tuvo la percepción de cuánto Victoria podía encender su pasión. Volver a pensar en ella era suficiente para excitarlo, para hacerlo desear... que el matrimonio tuviese verdaderamente lugar.

Nunca le había pasado hasta ese momento sentir tal deseo. Siempre se había sentido atraído por mujeres que él sabía, podía tener sin demasiados compromisos; había sabido direccionar sus intereses hacia damas no muy difíciles.

Nunca había amado, nunca había sido amado; nunca había pedido ni dado más. Él era incapaz de amar, y no habría, ciertamente, pretendido amor de una esposa, pero, si no se equivocaba sobre Victoria, su unión podía contar con la atracción recíproca que entre ellos no faltaba, a pesar de un inicio tan inseguro.

Mientras su cuerpo cansado cedía al aturdimiento y al sueño, Jared se abandonó a reflexiones confusas, y todas le parecieron negativas.

Un pésimo negocio, Miss Arden, fue uno de los últimos pensamientos que dirigió a la muchacha antes de derrumbarse. *Y sólo Dios sabe quién te obligó a hacerlo.*

Victoria respiró profundo antes de reunirse con Harriet en el salón grande.

La encontró de pie, al lado de la ventana que daba al jardín. Frotaba un pañuelo, más encaje que tela, entre las manos.

A su llamada, la mujer se volvió hacia ella, ceñuda. No se entendía si estaba más preocupada o dolorida, y a Victoria se le estrujó el corazón, porque no había tenido intención de crearle tanta angustia a su hermana. Era verdad que nada le salía bien, ni siquiera cuando hacía todo lo posible para ello.

Volvió a pensar un instante en la escena que había tenido lugar en esa estancia; luego pensó en Warren con la mano en la funda del arma en el otro saloncito y, por una vez, dejó que su consciencia la absolviera. Aunque pudiera costarle toda la felicidad futura, hizo lo que era justo hacer.

«Victoria...» comenzó Harriet, desolada y un poco agitada, «necesito que me expliques *por qué*. Aunque me esfuerzo no puedo comprender. ¿Qué le voy a decir a mamá?»

Pensar en su madre, más que hacerla sentir culpable, la irritó. La señora Arden, que aprovechaba cada ocasión disponible para deshacerse de ella, no habría tenido, a su modo de ver, objeción en el matrimonio, ni siquiera si Victoria se hubiera comprometido con Barba Roja.

La evidente aprensión de la hermana, sin embargo, la hizo calmar.

Se alisó la falda y se sentó derecha sobre un silloncito, pensando en lo difícil, complicado, odioso, que era todo. Harriet era la imagen de la ansiedad y la miraba fijo, esperando, como si de sus palabras pudiera venir quién sabe qué consuelo.

«Escribe a mamá que debe preparar mi ajuar. Creo que vamos a tener que celebrar lo más pronto posible el matrimonio».

Harriet se puso más pálida. «¡Qué horrible canalla!» exclamó con la voz rota, y solo luego de un momento Victoria comprendió el malentendido.

«¡No, Harriet! Jared no me ha faltado el respeto. ¡No hay ningún *motivo* para apurar las cosas!» Hizo una incómoda pausa. «Quería decir que ya hay muchas personas al corriente del compromiso, y no hay forma de volver sobre nuestros pasos, por lo que tendremos que iniciar los preparativos. Será mejor para todos si fingen que este evento ha sido buscado por la familia. Hagan de cuenta que están felices por nosotros, al menos». La amarga ironía de esas

palabras le estrujó el corazón: no había nadie que pudiera alegrarse con el compromiso, mucho menos los directos interesados, en vista del modo con el que Jared se había despedido de ella.

La hermana suspiró aliviada, aunque no parecía convencida del todo, y Victoria, para animarla, le contó lo que todavía no sabía: de las amenazas del señor Warren, de la renovada necesidad de fingirse prometida de Jared, del arma que había vislumbrado y que la había empujado a ser más convincente en su farsa, de la inesperada llegada de Roger y de sus amigos, que había vuelto oficial aquello que todavía podía haber sido deshecho.

Cuando terminaron las aclaraciones, Harriet estaba indignada. «¡Ese hombre horrible!» exclamó. «¡Quisiera que nunca hubiera venido aquí!»

La joven asintió. «Siento una cierta inquietud pensando que podría encontrarse todavía aquí afuera. No veo la hora de que también su mujer salga de nuestra vida».

«¿Qué mujer?»

La joven frunció el ceño. «¿Te referías a Jared?» preguntó incrédula. Podía entender que la pésima reputación del pobre hombre repercutiese sobre ellas, pero tanta acritud le parecía exagerada y le dolió.

Harriet la miró con renovadas sospechas. «De todas formas, me parece que entre ustedes dos hay una cierta intimidad, puesto que lo llamas por el nombre. ¿Cómo es eso?»

No lo había pensado, pero era verdad, Mr. Lennox había desaparecido de su pensamiento, suplantado por Jared. Un nombre que le hacía acelerar los latidos del corazón.

«Tengo que acostumbrarme» respondió, prometiéndose no caer más en el error. En el fondo, cuando su madre hablaba del marido, invariablemente se refería a él como Mr. Arden. Y Harriet raramente, aunque estuviera presente, llamaba a Roger por su nombre de bautismo. No era decoroso hacer lo contrario y Harriet ya tenía una opinión bastante baja de ella, de Jared y de su próxima unión como para darle motivos de ulteriores faltas a las normas.

La respuesta fue satisfactoria. Pero a Victoria le quedó la desagradable sensación de que su futuro marido era tratado injustamente.

«No es culpa de Mr. Lennox lo que sucedió» remarcó.

«¡No sabes nada de la vida, mi pequeña!» exclamó Harriet dura, mientras se sentaba tan bruscamente delante de ella, que hizo crujir el divancito. «Tú has querido protegerlo, y eso te honra, de verdad. Pero él se aprovechó de ti, de tu disponibilidad... del accidente que ocurrió hace unos días entre ustedes.

No se le habría ocurrido nunca presentarte como su prometida si no hubiera estado en riesgo, y felizmente evitó una unión contigo en esa ocasión: ya había escapado una vez y esperaba hacerlo de nuevo».

No se le hubiera ocurrido si yo misma no le hubiera ofrecido mi mano como una tonta, agregó Victoria mentalmente enrojeciendo.

Harriet asintió, interpretando el rubor como indignación. Estaba meditabunda y dolida. «No sé cómo sacarte de esto, Vic. Estoy segura de que esos horribles Warren divulgarán por toda Londres la noticia, y, aunque así no fuera, ahora que Lord Hereford y Lord Clifford tienen esta jugosa noticia para difundir, te aseguro que pasará de boca en boca: ¡ustedes dos son un argumento de gran interés, como puedes imaginarte!»

«Ya acepté la idea de unirme a Mr. Lennox. No me parece peor que los tantos otros que habría podido encontrar». Harriet abrió la boca, pero Victoria continuó. «Ya está hecho, y creo que es mejor evitar comentarios negativos. Ahora tenemos que ocuparnos de la señora Warren: sus desmayos, según Sanders, se deben a un estado interesante, tenemos que ser cautas con ella».

Harriet se puso de pie trastornada. «¡Santo cielo!»

Otra vez Victoria tardó algún tiempo en comprender el pensamiento de su hermana. «¡Es una mujer casada, Harriet! No hay motivo para creer en una paternidad ilegítima... además, Mr. Lennox me ha asegurado que desconoce a esa mujer».

Lady Killmore atormentaba su pañuelo. «¿Y tú le crees? Has visto lo desesperada que estaba la pobre: qué otra cosa la habría llevado a abandonar el techo conyugal, más que un hecho tan grave como...»

Esta vez también Victoria comenzó a sentir un vago disgusto. Había creído en Jared, pero el razonamiento de Harriet tenía una cierta lógica.

«Mr. Lennox me dio su palabra».

Pero también le había anticipado que casarse con él la habría hecho infeliz. Quizás le había mentado, la había usado para protegerse de una responsabilidad tan grave y de las consecuencias derivadas. Un divorcio, un hijo ilegítimo. El fin de la respetabilidad en cualquier lugar.

Sin embargo, él mismo tendría que haber sabido que un compromiso respetable no habría bastado para cubrir el escándalo de una culpa como esa.

«Vic, es difícil hablar, pero tengo que ponerte sobre aviso. Los hombres como Lennox...» bajó los ojos, «hacen este tipo de cosas. Lamento hablar así, pero hubo más de un escándalo en el que apareció su nombre. Nada tan

abyecto como esta posible... *implicancia*, pero su fama es la de un libertino empedernido».

«Ya lo sabía. Han hablado tan mal de él en todos estos años, que casi me esperaba que fuera un sátiro».

Harriet estaba en dificultad. «Temo que debo ser más clara. Si solo fuera un jovencito al que le gusta enamorar a las mujeres, no podría más que ponerme de su lado y rechazar las maquinaciones, pero sabiendo lo que sé...»

«¿Qué, por el amor de Dios?!» soltó Victoria exasperada por tantas inútiles reticencias.

«A menudo alimenta interés por respetables señoras casadas. La señora Warren no sería la primera».

«¿En tener hijos de él?» preguntó Victoria congelada.

«En tener relaciones indebidas con él. Tesoro, un libertino es un hombre que no se limita a inocentes escaramuzas, es un ser corrupto, presa de los más bajos instintos, sin moral. Eso es Jared Lennox» fue la dolorosa respuesta. «Un hombre conocido por haber mantenido relaciones licenciosas con algunas estimadas e irreprochables esposas... nunca he dado crédito a las voces que lo hacían también corruptor de jovencitas, pero en lo que atañe a sus conquistas entre las señoras de la alta sociedad, lamentablemente he tenido confirmaciones de confianza».

La joven se llevó un dedo a los labios, inesperadamente necesitada de comerse una uña. No lo hacía desde que tenía doce años. ¿Era posible que Jared fuera de verdad un monstruo? ¿Era posible que hubiera actuado de esa forma tan execrable?

La señora Warren podía estar menos loca de lo previsto, y también la rabia ciega de su marido frente a un hijo ilegítimo le parecía más justificada. El único que podía poner fin a todas las dudas era Jared, pero Victoria se preguntó angustiada cómo habría podido hacerle preguntas sobre un argumento de ese tipo.

Sanders fue llamado y dio noticias positivas sobre la huésped: la señora Warren estaba mejor y descansaba.

Ninguna de las dos mujeres tuvo el coraje de preguntar o agregar algo, dejando que el silencio descendiera, cargado con toda la tensión y todos sus pensamientos, hasta que el mayordomo volvió luego de un tiempo. Sanders venía seguido por la señora que tanto alboroto había traído a sus vidas, la cual entró rígida, pero con una expresión más incierta e intimidada de lo que su actitud quería hacer creer.

Más que nada tenía un aire arrepentido, que enseguida acompañó con una profusión de disculpas dirigidas a Harriet por su comportamiento, por la confusión que había originado, por los equívocos que había causado. Era de índole nerviosa, se justificó, y la particularidad de la situación la había hecho agitarse más de lo que su educación le consentía.

Harriet aceptó las excusas y, mientras Victoria hubiera querido sondear el terreno y entender mejor qué relaciones unían a la mujer con Jared, como buena dueña de casa desvió el discurso de asuntos que podían volverse escabrosos o poco agradables.

La señora Warren estaba tan ansiosa por irse como ellas de liberarse de su presencia, luego de un intercambio de frases de apropiada duración, la mujer se retiró. Victoria había notado dos cosas: que de Jared no había preguntado nada, y que había hecho lo posible para ignorarla a ella, como si no hubiera estado en la habitación. Le dirigió alguna que otra mirada cuando se inclinó para retirarse.

Había algo sospechoso en esa actitud, y en efecto, cuando la mujer estaba a un paso de la puerta, se volvió y le obsequió una mirada venenosa, que desentonaba fuertemente con la cortesía que había demostrado al retirarse.

«Toda esta agitación me impidió felicitarla como se debe». La sonrisa que acompañaba las palabras no mitigaba la hostil curiosidad de su mirada, que había recorrido a Victoria de la cabeza a los pies. «Una meta notable: me dicen que Mr. Lennox es el soltero más codiciado de la sociedad».

«Un bienvenido matrimonio en la familia» respondió seca Harriet. «Todos esperábamos que sucediera».

Victoria se maravilló fugazmente por la capacidad de mentir de la hermana y de la prontitud con la cual había reaccionado; se dio cuenta de que había llegado el momento propicio: tenía que pensar rápidamente, porque con la respuesta justa, quizás podría sacar en limpio alguna información sobre la verdad de la relación entre esa mujer y Jared, pero justo cuando sus capacidades mentales debían sostenerla, se descubrió incapaz de formular una frase sensata.

La señora Warren bajó los ojos, mientras una sonrisita impertinente le plegaba los labios. «Estoy convencida» dijo, con la intención evidente de expresar lo contrario. «Y no puedo más que desearle toda la felicidad a la joven pareja».

Victoria esperó que su voz no desentonara y se inclinó levemente, más un movimiento de la cabeza que del cuerpo. «Y yo no puedo más que agradecerle.

Su intervención nos empujó a dar el paso que todavía no habíamos tenido el coraje de dar y a hacer partícipe a la familia de nuestra felicidad».

«Me alegra haber sido útil. Espero que la utilidad de este encuentro le sirva. Imagino, señorita Arden, que ha entendido bajo cuáles auspicios comenzará vuestra vida matrimonial».

Era el pie que Victoria había esperado, pero la mujer, luego de esas palabras, presa de un apuro inesperado, las dejó.

A la muchacha no le quedó otra cosa que atormentarse, reviviendo toda esa serie de increíbles eventos, tratando de tomar de los recuerdos cada particular que pudiera serle útil para llegar a la verdad, que ahora le parecía incierta, combatida como estaba entre la confianza en Jared y la sensatez de las conclusiones de la hermana.

No podía creer que Mr. Lennox pudiera llegar a renegar de conocer a una mujer que esperaba un hijo suyo. Pero Victoria no tenía suficiente confianza en su juicio como para sentirse cierta. Muchas veces había creído en las personas, para luego encontrarse desilusionada de las elecciones ajenas, muchas veces había sido confiada y había sido traicionada: esta vez estaba en juego su corazón, no podía permitirse arriesgarlo con ligereza.

Inmersa en tan oscuros pensamientos como estaba, el tiempo que faltaba para la cena voló literalmente, y cuando Harriet decretó que había llegado el momento de prepararse, se maravilló al ver que el sol estaba, efectivamente, poniéndose.

Esa noche sería agobiante. Los dos invitados de Roger se quedarían hasta el día siguiente, en que volverían a Londres, por lo cual, durante la cena Victoria debería soportar también la curiosidad y las preguntas de los caballeros, en lo que habría sido una especie de improvisado festejo de compromiso.

Harriet, que se había tomado la tarea de comunicar a la familia el próximo matrimonio, estaba tan agitada como Victoria. Sabiendo que los dos se habían inventado todo en el momento, sugirió a la hermana preparar una versión plausible para contar si los Lores solicitaban mayores particulares. Era improbable, pero existía el riesgo de levantar dudas en grado de dañarla más.

10

Cuando Victoria llegó al salón comedor, pensó que su hermana merecía un marido de tanto prestigio como Lord Killmore.

La estancia, iluminada por una profusión de velas, estaba magnífica. Composiciones de flores, fruta y luces decoraban el centro de la mesa, embellecida con platería tan esplendorosa que aportaba más luz al lugar. Había cristales y cándidas porcelanas colocados sobre el mantel de lino finamente bordado, a la espera de que la cena comenzara y fueran presentados los varios platos. Un triunfo de candor que a continuación daría lugar a los colores y a los perfumes de las viandas colocadas para ser degustadas.

Cómo había hecho Harriet para recomponerse luego de la perturbadora jornada para ocuparse de esa principesca preparación de la noche, era un misterio, sin embargo, su hermana, perfectamente vestida y envuelta en seda color azafrán, estaba entreteniéndolo a los huéspedes con una amabilidad que Victoria casi no le conocía.

A su lado, Roger estaba tan impecable como los dos invitados que charlaban con ellos junto la gran chimenea encendida que el fresco de la noche había vuelto necesaria. Victoria se alegró de haber insistido con la doncella para ponerse sus mejores galas, un vestido formado por una pieza de seda azul y una falda de finísimo encaje. El escote cuadrado y el corte estilo imperio exaltaban su figura esbelta, y el florido decolleté atrajo la atención admirada de los hombres en la sala. La mirada de Roger fue la menos admirada de todas, porque, igual que la de Harriet, se demostró preocupada.

Fue él el que salió a su encuentro para darle la bienvenida en el grupo, lo justo como para intercambiar dos palabras en voz baja. Victoria supo enseguida que había sido puesto al corriente de la realidad de los hechos por parte de su esposa, y que estaba desconcertado, sorprendido, aturdido.

Más no pudo agregar, porque estaban muy cerca de los otros para permitirse algún otro comentario.

Inmediatamente después de las reverencias de rigor, la joven tuvo el placer de recibir nuevamente las más sentidas felicitaciones y comenzó a preguntarse si Jared se habría hecho ver o si la habría dejado sola para domar a las fieras.

La duda duró poco, porque acompañado por un hombre que Victoria nunca había visto, hizo su ingreso en el salón.

No obstante la chaqueta oscura estuviera puesta sobre los hombros y no colocada debido al vendaje, su elegancia no era inferior a la de los otros; al contrario, los pantalones adherentes y de línea perfecta, parecían cosidos para diseñar el físico alargado y ágil. La corbata, anudada con estudiado descuido, se asomaba por el cándido chaleco de seda damascada, haciendo resaltar los perfectos lineamientos, un poco caprichosos, del rostro. O quizás, lo que le daba ese aspecto de pirata eran los cabellos, que llevaba sueltos y algo despeinados.

Victoria se recuperó de ese atento examen cuando Jared se excusó por la tardanza y despidió al hombre que se reveló como su ayuda de cámara, llegado a Killmore Court a su pedido.

Además de las dificultades debidas a la indisposición, explicó, se había tardado para dictar algunas cartas urgentes a su empleado: una, en particular, había solicitado toda su atención, puesto que había tenido que manifestar cuánto lamentaba haber colocado su propia felicidad por delante de las buenas maneras.

«Ha escrito a mi padre» comentó fríamente Harriet.

Victoria, sorprendida, pasó la mirada de una a otro, viéndolo asentir.

Con una tranquilidad que ella no compartía para nada, vio al hombre sonreír y explicar a los invitados lo que ninguno de ellos se atrevían a preguntar. Acercándose a ella, le tomó galantemente una mano.

«Los eventos se sucedieron a un ritmo tal, que me impidieron pedir oficialmente la mano de Miss Arden antes de que nuestro mutuo interés se volviera de dominio público, pero en vista de la unión de nuestras familias, no dudo que obtendré la bendición de su padre» comentó sonriendo.

El argumento fue interrumpido por Lady Killmore, que hizo señas a la servidumbre para comenzar a servir la sopa. La distracción funcionó, y unos momentos después ya se hablaba de otros temas alrededor de la principesca mesa.

Victoria tenía dificultad para tomar parte en la conversación, mejor dicho, hasta para levantar los ojos del plato. Lanzaba cada tanto una mirada hacia Jared, que estaba sentado frente a ella y charlaba amablemente con los otros comensales.

Se daba cuenta de que estaba confundida e incómoda más de lo que habría pensado: ahora que la excitación de la tarde había menguado, le quedaban las

incógnitas hacia el futuro.

«Tiene que decirme, Miss Arden, si vuestra madre ama las rosas».

A Victoria le tomó unos instantes comprender que Jared estaba hablando con ella, y él, sonriendo sardónicamente, le repitió la pregunta.

«No particularmente, ¿por qué?» preguntó a su vez.

«Quisiera llevarle un presente de Hidden Brook, y pensaba en un gajo del jardín de rosas. Mi jardinero me asegura que son rosas rarísimas y muy valiosas».

Victoria sacudió la cabeza. «No es el presente adecuado: hizo extirpar todos los rosales del jardín. Decía que atraían muchos insectos».

«En ese caso tendré que inventarme otra cosa. Me parecía romántico llevarle como presente algo de la futura casa de su hija».

Hidden Brook era el nombre de la propiedad de Jared en Surrey. Victoria había sentido hablar a su hermana, pero por primera vez consideró ese lugar con vivo interés: iba a ser su futura casa, y con toda probabilidad, la vería solamente luego del matrimonio. ¿Cómo sería entrar en ella?

Un sorbo bien meditado del delicioso vino blanco de Killmore Court alivió la sensación de incomodidad que tenía, pero le hizo comprender con algo de demora el resto del discurso de Jared.

«... tan poco tiempo».

«Me parece una idea excelente. ¿No crees, Vic?» había apenas respondido Harriet.

Cuando levantó la mirada de la copa, se encontró a Jared que la miraba fijo con esa sonrisa burlona que lo volvía todavía más bello, pero que significaba siempre problemas.

La luz trémula de las velas sobre la mesa, el alcohol que le hacía más trémula la visión, le daban el aire de esas divinidades griegas que estaban tan de moda en ciertos cuadros y en los afrescos de las casas señoriles.

Por un segundo, Victoria se lo imaginó envuelto en paños de cándidos linos y con una corona de laurel en la cabeza. Una belleza que dejaba sin respiración, pero más que un dios griego, en ese momento parecía Nerón mientras observaba a Roma inmersa en las llamas.

La imaginación duró solamente un segundo, luego, los paños de la toga volvieron a ser los de las vendas que sujetaban su brazo, la corona de laurel el fruto de haber bebido muy velozmente un vino muy fuerte. Le quedó la impresión de que los ojos de él eran llamas capaces de penetrar en el fondo de su corazón y que desencadenaban llamaradas de fuego.

«Disculpen, estaba distraída» balbuceó, mientras el rubor le subía hasta las orejas, pero podía ser perfectamente efecto del vino.

«Hablábamos» volvió a tomar la palabra Harriet algo ceñuda, y Victoria se dio cuenta de que la hermana había presentado los motivos de su distracción, «hablábamos de la posibilidad de una visita a Hidden Brook. Mr. Lennox ha tenido la gentileza de invitarte a visitar la propiedad junto a mamá y a papá».

Se había perdido una parte no indiferente de la charla. ¿Pero cuánto vino había tomado?

«Y a ustedes, obviamente. Hidden Brook está siempre abierta para ustedes» agregó Jared alzando apenas la copa en dirección a Harriet. Tenía dificultad en comer con una sola mano, pero igual era elegante en los movimientos, más que ella, que, ahora lo admitía, al menos para sí misma, estaba un poco borracha.

Jared debía haberlo entendido, porque parecía cada vez más risueño mientras la observaba.

«Mañana por la mañana tengo intención de aliviarlos de mi presencia» prosiguió, dirigido siempre a los Killmore, pero mirándola a ella, «ya me siento lo suficientemente bien como para viajar en carruaje. Tengo suma urgencia en ver a algunas personas en Londres antes de dirigirme a Surrey a organizar la casa para los huéspedes. Ahora que Maters, mi ayuda de cámara, ha llegado, puedo arreglarme admirablemente».

Mientras Harriet cumplía con sus deberes de dueña de casa, insistiendo para que Jared se quedase un poco más, pero sin esa convicción que la habría hecho más creíble, Victoria asimiló toda la información, un poco en cámara lenta. Jared partía. Lo iba a ver sólo si sus padres aceptaban la invitación a Hidden Brook, de lo contrario, quizás, lo vería en ocasión del matrimonio. ¿Tendría que escribirle? ¿O esperar antes una carta suya?

Hubo una compañera de escuela que se había comprometido en el último año de estudio y recibía muchísimas cartas, pero ése había sido un compromiso de verdad: ¿ella qué argumentos habría podido compartir con Jared?

La cena transcurrió velozmente: apreció muy poco el segundo plato y ni siquiera tocó los dulces, de los cuales siempre había sido golosa. Sentía sobre sí misma la mirada de Jared y la inundaba un sentimiento de frustración al cual no encontraba una explicación concreta.

Fue solamente cuando Harriet se levantó de la mesa para dejar el salón a los hombres y a sus charlas, que Victoria fue plenamente consciente de que le quedaba muy poco tiempo para conocer a Jared antes de casarse con él. Mejor dicho, se dio cuenta de que ya no tenía tiempo para conocerlo.

Harriet, apenas se acomodaron en el saloncito, tomó lugar en su sillón favorito, al lado del cual había hecho traer, como era su costumbre, una luz: todas las noches, y aquella no era la excepción, Lady Killmore controlaba el progreso del bordado realizado durante el día y guardaba con cuidado sus labores.

Mientras tomaba en sus manos el pequeño telar de madera, se puso a charlar como si nada. Usaba el tono pacato de siempre, sin las notas ansiosas que esa tarde habían vuelto aguda su voz. Calma, plácida, perfectamente dueña de sí misma, Harriet hablaba del próximo matrimonio de Victoria.

Pero la muchacha, como siempre inmersa en sus propios pensamientos, y todavía atontada por el vino, ya había perdido toda la introducción. Anotó mentalmente que tenía que parar con esa cosa de no escuchar a los demás porque comenzaba a ser pernicioso.

Dejó que su hermana siguiera por su camino, esperando entender algo: Harriet pensaba que la visita a Hidden Brook era algo positivo, que habría hecho oficial la unión y demostrado el favor de la familia.

Hablaba y hablaba como si verdaderamente el matrimonio hubiera sido esperado, auspiciado, querido y... nacido en circunstancias normales. Victoria la miraba atónita.

«¿Qué pasa?» preguntó la mujer, un poco molesta, cuando vio la expresión perpleja de la hermana.

Victoria se arrastró hasta el diván, pero no pudo sentarse, agitada.

«Hablas como si...» no pudo siquiera darle una definición.

«¿Como si viera con buenos ojos este absurdo compromiso?» replicó la otra, entrecerrando los ojos y, por un segundo, Victoria tuvo la sospecha de que todo había sido arquitectado para llegar a ese resultado, sabiendo que eso era imposible. «Escucha, Vic, afrontemos la realidad: no creo de ninguna manera que Mr. Lennox pueda ser un buen marido, y eso me duele profundamente por ti, pero eso no quita que sea un buen partido, que te permitirá vivir con comodidad, y, si tu conducta es mejor que la suya, de forma honorable. Si quieres toda mi sinceridad, tu *actual* conducta no es un buen inicio para un matrimonio mejor. Papá no tenía intención de hacerte debutar en Londres, tenía mucho miedo de que hicieras un escándalo,

arruinando a Jane y a Milly. Por lo tanto, dime: ¿qué perspectivas habrías tenido escondida en el campo? El señor Fraser y sus vacas, ¡o peor!»

El señor Fraser, su vecino en Ashford, era un sólido joven con una excelente renta, una madre viuda e invasora, y un interés desmesurado por su ganado, una joya de vanguardia que absorbía toda su atención. Las palabras de Harriet eran sabias, fruto de una meditación más profunda de lo que hubiera hecho ella misma en todos esos días. Victoria sospechó de un intercambio de cartas entre la hermana y su madre del cual ella no había sido puesta al corriente, y un escalofrío la recorrió, pensando que quizás sus padres estaban meditando hacerla volver para encerrarla en la casa de campo esperando que llamase la atención del señor Fraser como una de sus vacas... o casi.

«¡Cielos, Arthur Fraser no!» exclamó conmovida. La imagen del vecino, con el chaleco fuera de lugar y el rostro perennemente cubierto por un velo de sudor, la hizo en ese momento, sudar frío a ella.

«Peligro evitado» respondió Harriet con sorna. «Ya está decidido».

«¿Entonces crees que todos estarán felices con este matrimonio?» preguntó Victoria, sintiendo la necesidad de sentarse sobre el diván. Esa misma estancia, que solo horas atrás había sido teatro de la escena que había cambiado su vida. Comenzaba a desear que ese largo día terminara, quería dejar ese cuarto y no verlo nunca más. Le parecía que el espíritu de la señora Warren todavía andaba por ahí, con su estridente voz y el perfume penetrante y barato.

«Creo que luego de un primer momento de consternación, verán las grandes ventajas de esta unión».

Palabras sabias y prudentes, notó Victoria. Mucho más que las suyas, que salieron espontáneas.

«A mamá y a papá no les importa para nada, a ellos les basta liberarse del problema que constituyo».

Harriet, al contrario de cuanto la joven imaginaba, en lugar de gritarle, bajó los ojos con dolor, y no replicó.

Entonces, era verdad.

Realmente había habido un intercambio de cartas del cual el desinterés de la familia había emergido con claridad y en modo tan desagradable, que había turbado hasta a Lady Killmore, no obstante la relación con su hermana menor no fuera particularmente afectuosa.

Victoria trató de ignorar el nudo que inesperadamente le obstruía la garganta. La sensación de ser no amada, no comprendida, no querida que

siempre la acompañaba, le provocó una gran desolación. Se había dicho a menudo que quizás era una impresión suya. Había tantas muchachitas vivaces, hasta en el colegio había conocido varias. Algunos retos, para decir la verdad, los había compartido con las otras jóvenes exuberantes como ella; algunos castigos habían sido impartidos en varias ocasiones a las otras educandas, pero la diferencia entre ella y las otras le había saltado a los ojos cuando se dio cuenta de que los padres de sus amigas se ocupaban de enviarles cartas amenazadoras que aumentaban la dosis, mientras ella de los suyos no recibía nada. En un primer momento fueron las hermanas, en sus misivas, las que señalaban que su madre estaba indignada por su comportamiento, pero luego, con el pasar del tiempo, también esas reacciones habían ido perdiéndose, hasta que el desinterés había cubierto cualquier otro sentimiento.

Ser enviada a casa de Harriet no la sorprendió demasiado, pero había esperado que por una vez la familia se hubiera enojado tanto que no quisiera verla. En cambio, se habían liberado de ella y del problema que habría constituido una vez en casa.

Quizás pensaban que la indiferencia curaría con el tiempo su temperamento fogoso más que los retos, pero Vic, al contrario, casi sin darse cuenta iba empeorando su propia conducta, con la esperanza de suscitar una reacción en los padres que le demostrara, si no su afecto, al menos un mínimo de implicancia emocional.

«Bien» suspiró la joven, tratando de recuperar un tono alegre, «no te queda más que decirme algo de Hidden Brook y de... ¿qué otra cosa debo saber de Mr. Lennox? En realidad sé muy poco, además de que tiene decenas de mujeres y algunas de ellas están locas».

Harriet cerró el cesto en el cual tenía las labores de costura y le sonrió tristemente. «Hidden Brook es una deliciosa propiedad. Te gustará mucho. Creo que te convendrá vivir allí cuando se casen. Mr. Lennox tiene también una casa en Londres, pero te aconsejo vivamente que no lo sigas a la ciudad».

«¿Y por qué?» se maravilló Victoria. El colegio que había frecuentado estaba en una villa no distante de Londres; la misma Killmore Court estaba a pocas horas de viaje, pero nadie le había dado nunca ocasión de ir a la capital y su curiosidad era natural. Saber que su futuro marido poseía una casa en la ciudad, por un segundo la alegró, pero la incomodidad de su hermana cortó enseguida el entusiasmo.

Harriet suspiró, todavía incómoda. «Querida, puedo decirte esto... no está bien, para una esposa, verás...» se mojó los labios, y Victoria todavía no

entendía qué estaba mal en seguir a un marido a Londres. «Verás, nosotros no frecuentamos a Mr. Lennox en la ciudad porque no apreciamos las compañías de las que se rodea. No en general, digamos... las femeninas. No estaría bien, para ti, seguirlo y, eh, ver. Si te quedas en el campo salvarás las apariencias, pero viviendo en la ciudad con él darías la impresión de *aprobar*».

Una voz masculina, irritada y gélida las hizo saltar a ambas.

«La sugerencia es clara, Harriet, pero a lo mejor *ella* es muy inocente como para entenderlo».

Jared estaba en la puerta, que había quedado abierta, y había escuchado probablemente una parte de su charla.

Esta vez fue Harriet la que se ruborizó, balbuceando excusas. El hombre prosiguió, dirigido a Victoria, mientras avanzaba en el saloncito. «Tu hermana te está aconsejando enterrarte en el campo, fingiendo no saber algo que todos saben, es decir, que tengo muchas amantes con las cuales me entretengo a menudo en Londres. Por lo que parece, una esposa puede aceptar la existencia de dichas amantes, mientras se mantengan a distancia y sean frecuentadas con discreción».

Los ojos de Jared no se detuvieron mucho tiempo sobre la cuñada, anclándose en los de Victoria. La expresión tempestuosa hacía ver toda su irritación por lo que había sentido, pero había más: transmitía una tormenta interior que la joven no supo interpretar.

«Ven conmigo mañana por la mañana, Vic» le dijo, extendiéndole la mano todavía vendada.

«¿Te volviste loco?» exclamó Harriet, poniéndose de pie con un grito.

Jared le dirigió una mirada distraída. «No viajaremos solos. Estará mi ayuda, y también una doncella, si fueras tan gentil de mandarla con nosotros. Creo que para Victoria es hora de tener una doncella personal, pero me temo que voy a tener que proveerla yo».

Jared, no obstante el tono irritado, estaba cansado. Lo demostró sentándose pesadamente al lado de Victoria, que tuvo que controlar su respiración para que su cercanía no la afectara.

«Harriet, somos hermano y hermana desde hace varios años» prosiguió cansado Jared, «podemos hablar sin tapujos, y será mejor que lo hagamos ahora, antes de que los otros lleguen. A todos ustedes esta muchacha les importa menos que a mí. Déjenmela. Yo me ocuparé seriamente: tengo una deuda con ella».

«Nunca te permitiré llevar a mi hermana, y menos sin chaperona, a una casa conocida casi como un... ¡prostíbulo!» gritó Harriet escandalizada.

Victoria escuchaba enmudecida. La mano de Jared estaba sobre la suya, advertía el calor a través de la venda. Posó los ojos sobre esa mano, que cubría la suya colocada sobre el vientre. Por algún motivo oscuro, ese hombre se preocupaba por ella.

No sabía por qué ni desde cuando, pero lo sentía. Sentía que en esa frase, aparentemente ofensiva, había una gran verdad: a nadie le importaba verdaderamente ella. Pero entre todos, su instinto le decía que Jared era diferente. Que podía confiar en él.

A su vez, tímidamente, posó la otra mano sobre la de él, encerrándola entre las suyas.

El gesto no le pasó desapercibido a Harriet, que frunció las rubias cejas. Luego, comprendiendo que la estrategia no era la adecuada, pareció enfriarse.

«Son dos personas jóvenes y espero con todo el corazón que encuentren el modo de ser felices juntos, pero tienen que entender que esta idea es loca: no tienen todavía la bendición de papá, y hasta que no se las dé, no les será posible frecuentarse como legítimos prometidos. Se verán en Hidden Brook dentro de unos días. Tendrán forma de conocerse mejor en ese momento, en la tranquilidad del campo, donde la etiqueta presiona menos. Pero un viaje a Londres... así... ¡no!»

«De acuerdo» cedió él con tono más sumiso. «Pero quiero que sea Vic la que decida. No puedo comprometerla más de lo que ya he hecho. Ni ella puede comprometerme a mí, efectivamente». La sonrisa que le dirigió fue pura electricidad entre ellos. Una sensación tan inesperada y violenta, que Victoria dio un respingo y asintió, no pudiendo articular una palabra.

«¿Quieres venir a Londres conmigo?» le preguntó con un tono bajo, sensual, y a ella le pareció que le estaba diciendo que fuera con él al jardín del Edén. La respuesta afirmativa ya estaba sobre sus labios, sobrevolaba como una brisa sobre las aguas de un arroyito.

«¡No!» La respuesta la dio Harriet por ella, y sobre Victoria cayeron, como una roca, todas las reglas de la sociedad que le impedían, junto a la sensatez, llevar a cabo esa locura.

«Mi hermana tiene razón, no puedo» susurró cabizbaja. «Pero eso no quiere decir que no lo quiera» agregó entonces, más bajo, de forma que Jared no la sintió.

Él le sonrió, y parecía entristecido, desilusionado. Se levantó del diván e hizo una elegante inclinación a las señoras.

«Pido disculpas por mi momentánea locura. Pasé por aquí para saludar: mañana parto muy temprano y estoy bastante cansado, por lo cual me retiro enseguida».

Unos minutos y Jared se había ido, luego de un saludo y un intercambio de convencionalismos más que formales.

Harriet tuvo el tiempo para lamentarse un poco sobre las extravagancias del cuñado, recriminaciones a las cuales Victoria no prestó atención; luego, los hombres se reunieron con ellas para concluir la noche con té, café y algo de charla.

Victoria fue obligada a tocar una pieza en el piano, luego de lo cual se despidió, con la firme intención de levantarse a tiempo al día siguiente para saludar a Jared.

Para lograr su objetivo terminó por no cerrar los ojos.

Cuando el piar de los primeros, mañaneros pájaros del parque comenzó a llenar el cielo todavía inmerso en las tinieblas, Victoria se levantó de la cama, reducida a un montón de sábanas desordenadas por su continuo moverse de la noche. Tenía miedo de que Jared partiera con el canto del gallo, no tenía idea de qué significaba “mañana temprano” para un hombre como él: su padre no se levantaba nunca antes de las nueve, pero Roger se levantaba muy temprano y la joven temía que fuera una costumbre de familia, por lo cual se colocó la bata y salió a buscar algún indicio de dónde encontrarlo.

Cuando alcanzó una ventana que daba sobre la fachada, trató de ver si ya estaba el carruaje listo para esperarlo, y en efecto, justo delante del ingreso iluminado por dos antorchas, el vehículo estacionado esperaba, pero no había huellas, ni de Jared, ni de su ayuda.

Para mirar afuera llegó hasta la galería donde se encontraba el cuarto de él y, quizás, también los puestos a disposición para los otros dos huéspedes, por lo cual Victoria se sugirió a sí misma no curiosear más, escabullirse a su habitación y vestirse de forma más adecuada para bajar rápidamente a desayunar, pero cuando se dio vuelta atropelló literalmente a una persona que se le había acercado en silencio por la espalda.

Ella se sacudió por el susto, el otro por el dolor.

«Jared, ¡por el amor del cielo!» susurró, alejándose de él aterrorizada con la idea de haberle hecho daño. Pero Jared, con el brazo sano la retuvo cerca.

«¡Qué estás haciendo tú, mejor dicho!» le dijo. El corredor estaba oscuro, pero estaban lo suficientemente cerca como para permitirle notar la satisfacción que oscilaba en su rostro. Estaba contento de verla, pensó exultante, y le sonrió.

«Creo que es lícito saludar a un prometido que parte» respondió.

«No en camión, temo. Estaba convencido de que te habría vuelto a ver vestida así sólo en *nuestras* habitaciones, pero al parecer me equivocaba» bromeó él. «¿No estarás por meterte en el cuarto de algún otro? Podría no gustarme, sabes».

Ahora Victoria estaba segura: algo en él había cambiado. No conocía esa levedad en su voz, en su modo de hacer, pero le gustaba mucho. Más de lo que le había gustado cuando le había mostrado sus propias artes de seductor.

Mientras tanto, Jared había comenzado a empujarla a lo largo del corredor, hacia la zona de la que había venido en la escalera principal.

«Ningún otro cuarto. Aunque en efecto nunca vi a un Lord dormido».

«A veces Roger se duerme en el sillón: tendrá que bastarte verlo a él». Habían llegado a la puerta de su habitación, que Victoria había dejado abierta de par en par. Allí, Jared se paró. «Ahora vuelve a dormir, ¡todavía es de noche!»

Victoria trató de convencerlo para que le permitiera bajar a tomar el desayuno con él, pero el hombre fue inamovible, prefería saludarla allí.

Hasta un segundo antes la joven había estado convencida de que habría abrumado a Jared con un río de palabras. Quería saber mil cosas de él, preguntarle por Hidden Brook, por Londres, por lo que haría. Quería pedirle que le escribiera; quería, quería... pero se quedó muda frente a él.

También él, luego de haber calmado sus protestas, se quedó en silencio.

Desde el cuarto de ella llegaba la luz floja de las velas encendidas; de las ventanas, la primera claridad de la mañana incipiente. Victoria frunció los labios, mientras una confusión de emociones y pensamientos le impedía actuar en modo sensato.

«Te agradezco que te hayas levantado para saludarme» le susurró él. Con la mano vendada le tocó ligeramente el rostro en una caricia delicada.

«¿Puedo escribirte?» ¿Qué era ese temblor que había vuelto su voz tan insegura? Victoria se maravilló de sí misma, de la tristeza que sentía.

«No me pareces el tipo de las que escriben cartas» le respondió divertido, pero enseguida un pensamiento le hizo oscurecer la cara, y Jared siguió hablando acalorado. «Este viaje a Londres es por ti, Victoria. Quiero

prometerte una cosa: en Hidden Brook, en Londres, donde quiera que decidas vivir, podrás caminar con la cabeza alta. Quizás un día me conozcas lo bastante bien y...» se interrumpió, los labios plegados en una sonrisa amarga. «Hasta pronto, mi pequeña Miss Arden».

Hizo ademán de alejarse y Victoria no se dio tiempo para pensar. «¡Jared, espera!» lo llamó ansiosa, y su susurro debió ser convincente, porque el hombre recuperó la breve distancia entre ellos y capturó sus labios en un beso apasionado. Le puso los brazos alrededor del cuello, sumergiendo las manos en los suaves cabellos de él, reteniéndolo consigo, mientras Jared, con el brazo sano, la adhería a su propio cuerpo; la joven, a través de las finas telas de la camisa y de la bata, advertía la aspereza de la vestimenta de él, los botones del chaleco, los dobladillos de la pesada chaqueta de viaje, pero sobre todo, se abandonó a la languidez que la boca de Jared, ávida de la suya, le provocaba.

«Debo irme» le susurró sobre los labios, excitándola más con su respiración agitada. «Debo irme o te pediré que entremos en tu cuarto».

Victoria se dio cuenta de que estaba temblando. Todos sus sentidos estaban en alerta, todo su cuerpo estaba sensible a cada movimiento de él, a su perfume de jabón y cuero, a su sabor. Comprendió que había perdido la batalla y que no tenía más defensa contra la pasión.

Le faltó la voz para responderle , pero fue su mirada la que respondió por ella. Jared se inclinó de nuevo y volvió a besarla, pero con una ternura que la tomó desprevenida.

Fue un beso diferente, breve, dulce, y Victoria entendió que esta vez era una despedida. No entraría en el cuarto, no seguiría los pasos de su locura

En efecto, sin agregar nada más, Jared se fue, y no se dio vuelta para mirarla ni siquiera antes que la curva de la escalera la escondiera de su mirada.

Tuvo que apretarse en la bata, inesperadamente atrapada por un escalofrío. No le quedaba otra cosa más que volver a su cuarto y calmarse, esperando que saliera el sol sobre ese día que había comenzado de forma tan extraña. Su primer día sin Jared.

11

El carruaje que lo apartaba de Killmore Court procedía sobre la ruta a un ritmo sostenido. Jared, sentado junto a su joven ayuda de cámara Maters, espiaba por la ventanilla hacia la antigua propiedad que se hacía cada vez más pequeña hasta que desapareció entre los árboles del parque. Maters esperó hasta que los ojos inquietos de Jared se volvieron al interior del carruaje para comenzar a darle charla, tratando de entender la gravedad de lo que le había sucedido a su patrón, y que lo había llevado a desbaratar sus consolidadas costumbres. Hasta el momento Jared no le había explicado mucho, pero ciertamente a la servidumbre de los Killmore no le había costado mucho poner al joven al corriente sobre los inesperados cambios en la visita de su patrón.

Una esposa, en poco tiempo.

Habría sido difícil de explicar, en efecto, cómo, justo él, sin previo aviso, había decidido someterse a las reglas y comprometerse.

Jared había sido enviado a Killmore Court justamente por ese clarividente joven, que para salvarlo de la ira de Warren había creído que lo mejor era mandarlo a la casa de su familia: el último lugar al que iría por voluntad propia.

Maters se había quedado en Londres para ocuparse de los asuntos urgentes de Jared, algunos de los cuales habrían tenido que salvaguardarlo de las maniobras de ese hombre absurdo.

No había funcionado, en vista de que Warren y su esposa habían invadido la ancestral propiedad.

Maters, como era obvio, no hizo preguntas directas, y Jared acarició la idea de no darle explicaciones, pero ya que en gran parte era culpa suya si todo se había desbaratado de esa manera, finalmente decidió hacérselo notar.

No era fácil decidir qué contarle y qué no: de la primera noche Jared no dijo nada más de lo que el mayordomo de los Killmore habría podido contar. Para otros, ese ya habría sido suficiente motivo para encontrarse con la soga al cuello del matrimonio. Pero Jared había escapado.

«Entonces, ¿cómo terminó comprometido con la joven Miss Arden?» prorrumpió Maters, que era algo más joven que Jared y estaba acostumbrado a conocer los particulares de la turbulenta vida amorosa de él.

Pero esta vez Mr. Lennox se resistía a profundizar en los eventos. Le bastó una versión bastante sintética como para generar en su compañero de viaje una genuina sorpresa. La llegada de los Warren, el argumento utilizado para calmar a la señora algo frenética, la llegada de Lord Killmore y de sus amigos, que había vuelto real un compromiso falso: más contaba, más le parecía increíble lo que había sucedido ese día. Pocos, simples, paradójales ingredientes que habían llevado al resultado actual: Jared estaba por casarse de verdad con Miss Arden, y no quedaban más que dos cosas por hacer, despedirse de un par de señoras en la ciudad, y organizar la casa para recibir de la mejor manera posible, a la nueva señora Lennox.

«¿Han fijado ya una fecha?» preguntó Maters.

Jared se acomodó sobre los almohadones del carruaje. No había apuro, podían esperar cómodamente hasta Navidad y preocuparse por las publicaciones en octubre. Tenía intención de tomarse el tiempo suficiente para conocer mejor a la mujer que el destino se había empeñado en colocarle al lado.

Victoria Arden.

Muy a su pesar, ya sentía una aguda nostalgia por ese duende de cabellos rojos, capaz de encender su pasión como ninguna otra mujer. Sentía todavía el sabor de sus labios y ese pensamiento le bastó para encenderle la sangre. En Hidden Brook sería difícil estar lejos de ella, sobre todo sabiendo que en poco tiempo ese esplendor de muchacha sería su compañera para toda la vida.

No estaba enamorado de ella, era imposible para un hombre como él ceder en tan breve tiempo al sentimentalismo, pero que Victoria lo atraía como pocas otras mujeres, era un hecho. No se trataba solamente de la belleza salvaje e inmadura de la cual estaba dotada y de la que parecía no darse cuenta: se trataba de su carácter, de su vivacidad, que podían sorprenderlo y alivianar su espíritu.

En el carruaje, luego de las escasas respuestas que el hombre dio para aplacar la curiosidad de su ayuda, reinó el silencio.

Jared necesitaba descansar para ponerse en forma, y tenía que dosificar las fuerzas si deseaba volver a Hidden Brook lo antes posible. Como había señalado a Victoria, el motivo principal de su viaje a Londres era cerrar definitivamente las relaciones que todavía tenía con un par de señoras. Ninguna de nombre Warren: una de ellas hasta acompañaba un título de nobleza al nombre.

Jared había madurado la decisión casi enseguida, luego de su desastroso coloquio con Victoria. No le faltaba sentido del honor, y mucho menos gratitud: la mujer que por él había arriesgado su reputación merecía que él hiciera todo tipo de esfuerzos para permitirle conservarla. *Todo tipo de esfuerzo* significaba hacer de ella una esposa honrada, no solo una esposa, y eso había estado claro desde el inicio.

Jared no estaba seguro de poder prometerle fidelidad eterna, pero al menos quería empezar con el pie adecuado. Nuevamente se le pasó por la cabeza, como se le había aparecido la noche en que la había conocido, una figura sagrada, casi una antigua sacerdotisa que bajaba del altar para salvarlo. Para seducirlo.

«Parece un hombre enamorado» sentenció Maters rompiendo el silencio. «Esa sonrisa no lo abandona desde hace rato».

Jared se oscureció enseguida, para luego transformar su expresión en una mueca defensiva. «Enamorado de la vida, como siempre» replicó, mientras una decisión que él sabía estúpida, se abrió espacio en su mente. «No estoy unido oficialmente todavía a Victoria Arden. Este viaje para decir adiós a las señoras que me esperan, será, sin dudas, placentero».

Maters sonrió a su vez, volviendo a reconocer el acostumbrado espíritu de su patrón. «No tengo dudas: serán muchas las que lloren por vuestra decisión».

No obstante el cansancio del viaje, volver a los acogedores muros de Grosvenor Street fue un gran alivio. Jared podía imaginar que nada de ese interludio en el campo había realmente tenido lugar.

Bastó un buen paseo en carruaje junto a Maters, hacer proyectos, discutir los negocios que días antes había dejado en suspenso, y ya las desagradables aventuras en Kent habían asumido una connotación más matizada. También Victoria, con sus cabellos rojos y sus sonrisas, sus blandas y elegantes curvas, eran parte de algo dejado atrás.

En casa lo habían recibido los olores familiares de los muros domésticos: sentía el aroma de su cigarro en la biblioteca junto al de la pólvora y los libros.

Eso era lo que faltaba en Killmore Court: todo era tan prolijo y limpio que hacía incómodo hasta moverse por la mansión; se tenía siempre la impresión de ser un sacrílego pasante en el templo de la perfección. Hasta en tiempos de su padre el edificio había tenido un aspecto más *vivido*. El reino de Roger y Harriet era un marco adecuado para un cuadro inmóvil, no para la vida.

El mayordomo y el ama de llaves de la propiedad londinense acogieron su vuelta con una alegría sincera que le entibió el corazón: habían visto al patrón dejar la casa en condiciones preocupantes; habían temido verdaderamente por él.

Jared, acomodándose sobre su sillón preferido, volvió la mirada satisfecha hacia la chimenea encendida, comprendiendo qué era lo que más le había faltado: el calor humano.

La única que le había demostrado un poco había sido Victoria y él se encontraba en una condición de vulnerabilidad; había sido natural agarrarse de ella, sentir atracción, gratitud, algo similar al afecto.

En el giro de pocas horas, Jared casi se convenció a sí mismo de que las inquietudes suscitadas por Victoria Arden eran algo más que una consecuencia de su propio estado de salud: se habría curado de unas y de otro.

Mientras descansaba del viaje, los ojos perdidos en las llamas de la chimenea, volvió a pensar en la propuesta de seguirlo a Londres que había hecho a la joven, y agradeció al cielo que su tonta idea de llevarla consigo a la ciudad hubiera sido desaprobada. ¿Qué habría hecho con esa muchacha en su casa?

La pregunta suscitó en él una respuesta inmediata, también física, cuando se figuró a Victoria a su lado, en ese mismo estudio, y sus antiguas costumbres no tardaron en volver las imágenes de esa fantasía vívidas y licenciosas.

Maters se reunió con él un momento después para asegurarse de que todo estuviera bien, con mil preguntas de parte del ama de llaves que esperaba ser útil con alimentos, bebidas y demás. Jared quería estar solo y despidió al joven, rechazando también la oferta de alimento, no obstante el hambre. Almorzaría más tarde, cuando hubiera descansado un poco.

Fuera de la ciudad la primavera ya se había adentrado, pero en medio de los tristes muros ciudadanos, los largos dedos del invierno todavía acariciaban las calles, llevando frío y oscuridad: la llama de la chimenea era todavía necesaria para aportar algo de calor a la habitación. En Hidden Brook, pensó Jared, en ese momento ya habría una explosión de sol y vegetación.

No obstante amara tanto la propiedad, él había siempre preferido la casa de la ciudad. Sin embargo esa residencia tenía un gran significado para él, porque representaba la verdadera demostración de su éxito. Como segundo hijo, sus medios habían sido limitados y él se había construido su propia fortuna. Hidden Brook no era grande y prestigiosa como Killmore Court, pero era suya; se había ganado cada uno de sus ladrillos, cada uno de los acres de

tierra, cada árbol y cada sendero. Iba allí cuando podía y la había dejado en manos de un administrador capaz, quien se sorprendería mucho cuando recibiera la carta que el hombre meditaba en su cabeza, en la cual preanunciaría su llegada y la llegada de una nutrida compañía.

Sus mujeres, así como sus amigos, siempre habían sido recibidas solamente en Grosvenor Street. Esa casa constituía una residencia prestigiosa, era un departamento señorial en el corazón de la Londres más elegante, y él se sentía tan orgulloso de ella como de sus propias posesiones del interior; estaba, además, más cerca de todas las fuentes de diversión a las cuales Jared estaba acostumbrado: El club, los teatros, las salas de concierto, los prestigiosos salones en los cuales era recibido.

Hidden Brook, en cambio, era el refugio al cual se acercaba cuando la vida mundana lo aburría; era un lugar solamente suyo, que nunca había querido compartir con nadie. Mostró la propiedad al hermano cuando se había concretado la compra, un poco para pedirle consejo, otro poco por la gloria de mostrarle cuánto había podido conquistar en la vida; pero luego de eso, la casa se había transformado para él en una especie de ermita en la cual no admitía casi a nadie. Quién sabe qué le había pasado por la cabeza cuando invitó a Victoria y a su familia.

El fuego de la chimenea languidecía y Jared, hambriento, llamó con la campanilla para que le prepararan la comida, que consumió bajo los ojos vigilantes y ansiosos de la señora Barry, la anciana ama de llaves.

En un momento dado, cansado de ese silencioso y fastidioso examen, Jared dejó el tenedor nervioso.

«¡Dígame qué la angustia!» exclamó exasperado.

La mujer se acercó, dándole la impresión de que no esperaba otra cosa.

«Nos llegaron noticias de que estuvo muy mal» comenzó.

«Sobreviví, de otra manera estaría en presencia de un espectro. Y no podría apreciar su óptima sopa».

«No es la única noticia que nos llegó».

Jared levantó la mirada hacia la de ella. Los cabellos grises estaban recogidos con cuidado en la cofia, una telaraña de arrugas le surcaba el rostro. Era una mujer menuda, pero dotada de gran energía: la había tomado porque le recordaba un poco a su madre. Estaba a su servicio desde hacía muchos años y ahora Jared se encontraba notando cuánto pesaba el paso del tiempo sobre esos hombros delgados. Fugazmente se preguntó cómo sería su madre si todavía viviera.

El ama de llaves esperaba una respuesta y Jared alzó las cejas.

«Noticias verdaderamente veloces, en vista de que los hechos se remontan nada más que a ayer».

La señora Barry se acercó todavía más, haciendo un rumor con la falda de lino gris y el cándido delantal almidonado. «¡No bromea como siempre! ¿Le parece que el señor Maters podía tener para sí mismo una noticia como su *compromiso*?» preguntó, acentuando la última palabra con el mismo énfasis incrédulo.

Jared sonrió. «Imagino que no». Y siguió comiendo, divirtiéndose en imaginar cuánta ansia sufría la pobrecita.

«Si, señora Barry» respondió luego de un tiempo que juzgó lo bastante efectivo. «Me caso con la segunda de las hermanas Arden. Parece que en esa familia hay una interesante crianza de muchachas para dar en matrimonio. Si tuviera otro hermano, ciertamente lo mandaría con ellos para casarse».

«¡Sea serio! Comprenderá que la novedad ha traído bastante agitación...»

Jared suspiró. «Ha soportado que esta casa fuera considerada, como me ha hecho ver mi cuñada, un prostíbulo. Soportará mucho mejor una señora gentil que la transformará en un pequeño palacio».

Ante esas palabras el ama de llaves enrojeció, y habiendo entendido que ese día no recabaría mayor información de su patrón, se alejó refunfuñando.

Que las mujeres iban y venían era bien sabido, pero la pobre señora Barry había hecho lo imposible para que todo sucediese con la mayor discreción. Llegaban y salían carruajes en el medio de la noche para que las señoras se hicieran encontrar en casa por sus maridos todavía más noctámbulos; habían pasado actrices ruidosas y sin ningún tipo de finura, damas asustadas de sus propios sentimientos que se escurrían como sombras entre los muros y las sábanas. Lo que temía la servidumbre era esto: que Jared, para recibir a la esposa, se liberase de quien había visto y sentido demasiado. Hasta aquel momento no se le había pasado por la mente que temieran un cambio de personal.

Quizás habría sido una señal de respeto hacia Victoria evitarle el contacto con aquellos que habían sido testigos de su vida de libertino, pero le disgustaba que los que pagaran sus intemperancias fueran personas inocentes. Además, algo le decía que a Victoria no le gustaría ser la causa, aunque indirecta, del despido de esas personas. Jared se dio cuenta de que, aunque su pasado comenzara a parecerle un peso, no temía el juicio de ella: no tenía miedo de que alguna charla fuera de lugar de la servidumbre lo hiciera caer

ante los ojos de ella, como si esa muchacha fuera la única mujer en mirarlo por lo que era realmente.

El aire de la casa y los atentos cuidados de la señora Barry lo pusieron en forma en poco tiempo.

El médico, unos días después, alabando lo hecho por los colegas de Kent y de quien lo había cuidado, lo declaró convaleciente.

Jared tenía profundas cicatrices, que ni siquiera el tiempo habría podido hacer desaparecer, pero finalmente había recuperado el uso del brazo y de la mano.

Los movimientos no eran fluidos como antes; por un buen tiempo no podría dedicarse a la esgrima o al boxeo, pero podría volver a las cabalgatas, mientras que no exagerara con los esfuerzos, y teniendo en cuenta que el dolor lo acompañaría en los meses siguientes.

«Warren me hizo un buen regalo» comentó, hablando con el joven Maters, mientras se dirigían juntos a *White's*, donde Jared tenía que encontrar a algunos caballeros por negocios. «¡Estoy reducido al nivel de un viejo!»

«No se debe preocupar mucho: en poco tiempo tendrá una esposa por la cual hacerse cuidar» bromeó el ayuda, al cual el inminente matrimonio del patrón le seguía sonando absurdo como un caballo que volaba y no perdía ocasión para manifestar su propia opinión.

Jared pensó fugazmente en la carta de Victoria que le había llegado antes de salir, y que él ni siquiera había mirado, molesto con la idea de parecer muy ansioso por leerla.

«Todavía no tengo una esposa» replicó seco. Creía que de su parte era una debilidad el hecho de sentir la ausencia de Victoria y, a su vez, hacía de todo para no mostrar sus propios sentimientos al respecto.

En el poco tiempo que habían tenido, quizás por haber compartido situaciones de mucha presión, su presencia había iluminado la existencia del hombre, y ahora, lejos de ella, de sus sonrisas y de sus discursos sin fundamento, el gris de la vida diaria le parecía todavía más triste y sin perspectivas; pero admitir algo así, también para sí mismo, era muy difícil.

«¡En poco tiempo tendrá una esposa! El lazo ya está alrededor de su cuello como la bella corbata que lleva».

Frases como esa, con las cuales Maters seguía pinchándolo en los días de su recuperación, habían creado en él la determinación de no mostrar su lado sentimental. Ya desde el día de su regreso a Londres Jared había recibido tarjetas de varias señoras que le pedían seguridad: los chismes sobre los

eventos en Kent lo habían precedido, colocando a sus conocidos en ansiosas esperas de noticias más directas, y empujando a sus amantes a una espera igualmente impaciente. Toda esa atención, desgraciadamente, lo había halagado y había hecho aflorar en él la peor parte, ésa que se había prometido renegar por Victoria.

Su ingreso a *White's* fue saludado por sus muchos conocidos con gran curiosidad: se sabía del duelo, ahora se sabía también las consecuencias que había tenido.

Jared, determinado a no dar ninguna satisfacción, procedió con sus negocios, respondió en forma ligera a preguntas también ligeras con las cuales muchos trataban de sacarle información, y se fue, renunciando por la exasperación, a almorzar allí.

Esa semana era densa en compromisos y volver a la tranquilidad de la casa no le disgustó.

Había retomado, aunque con moderación, la vida mundana: esa noche tenía programada una salida al teatro. Un vago sentimiento de culpa lo sorprendió cuando comenzó a aceptar invitaciones, sabiendo que su sanación habría tenido que coincidir con la partida hacia Hidden Brook y no con fiestas y cenas, pero las presiones de amigos y conocidos lo indujeron a una especie de rebelión, empujándolo a demostrar que ninguna mujer estaba en condiciones de enlazarlo o de debilitarlo.

Maters lo tenía al corriente de lo que se decía por ahí: los dos amigos de Roger habían difundido la noticia del compromiso conocida en Killmore Court, y ante la imposibilidad de conocer los particulares, todos estaban convencidos de que había comprometido a la joven y que, dada la parentela, no había podido evitar sus responsabilidades.

Jared, fastidiado, pensó que todo correspondía bastante a la verdad, salvo el hecho de que no había siquiera sacado de la situación el placer de haber comprometido verdaderamente a la muchacha en cuestión.

De esta manera, decidió no prestar oído a posteriores chismes sobre su persona, retomando, en la medida de lo posible, sus habituales costumbres, convencido de que un hombre obligado a casarse actuaría en forma diferente, saltando a las órdenes del jefe de familia y manifestando la urgencia de sus propias decisiones, en apurar el matrimonio.

Una semana más en Londres, mostrando absoluta tranquilidad, sería saludable para todos.

Con este espíritu, e irritado por la creciente curiosidad de la cual se sentía objeto, volvió a casa del club, recordando solamente en ese momento que Victoria le había escrito. Pero la lectura de la misiva fue ulteriormente postergada, porque la señora Barry lo recibió agitada y un poco escandalizada.

«Hay una señora para usted» se dirigió a él apenas puso un pie en la casa. La noticia lo maravilló, porque durante el día nunca ninguna mujer había ido a su casa. Era un soltero, y la luz del sol revelaba muchas cosas.

«Hice de todo, pero no quiso irse» continuó el ama de llaves, tomando el sombrero y el bastón de paseo de su patrón. «Tuve que hacerla entrar al salón. Pero, señor... yo creo que...»

Jared suspiró irritado por el titubeo de la mujer. «¿Dijo su nombre?»

El ama de llaves le dirigió una mirada de desaprobación. «No era necesario».

El hombre le mostró la mirada más severa y exasperada que le salió. «Entonces, ya conocemos a esta señora» la instó.

«La señora Turner, señor». Resopló con desdén por la nariz. «La señora Turner lo espera en el salón».

Sacudiendo la cabeza y sin siquiera dignarse a responder al ama de llaves, se dirigió hacia la visitante. No le gustaba cuando la señora Barry expresaba tan abiertamente su propio juicio sobre sus amigos, pero no podía ponerla en su lugar con actitud autoritaria. Siempre había estado convencido de que, con mucha probabilidad, también su madre habría tenido las mismas opiniones sobre esas personas y, ya que ésta última no se encontraba más en condiciones de expresar su propio juicio, de alguna manera le parecía justo dar al ama de llaves un poco de voz al respecto.

La puerta del salón se abrió sobre la deliciosa espalda de su huésped. Una exótica nube de sedas verde esmeralda y oro envolvía las formas perfectas que se adivinaban bajo la rica tela. El chal color oro de encaje, estaba apoyado de forma descuidada sobre los blancos antebrazos.

La mujer miraba hacia afuera por la ventana que asomaba al jardín, mostrando la soberbia cabellera castaña, una brillante cascada de rizos coronados por un minúsculo sombrero de plumas, cuyos cálidos matices hacían juego con el vestido.

Deliciosa: no podía definir de otra manera esa visión. La señora todavía no se había dado cuenta de su presencia, y se dio vuelta sólo cuando Jared, entrando, cerró la puerta a su espalda.

«Te hiciste esperar, querido» le dijo, frunciendo la nariz. Su rostro también era el triunfo de la perfección, una boquita rosada y seductora, los ojos de corte oriental, las mejillas un poco pronunciadas pero armoniosas.

«No esperaba una visita tuya» replicó él, adelantándose en una elegante inclinación. Ella le extendió la mano, que el hombre tomó con galantería.

«Tenías que esperarla, en cambio: todo lo que se dice sobre ti... ¡y ni siquiera un mensaje para desmentirlo!» La había hecho acomodar en el diván, sobre el cual tomó lugar a su vez.

Jared sentía una leve irritación. «No te escribí porque ambos sabemos que no puedo hacerlo. ¿O tu marido ha cambiado idea sobre el hecho de compartir tu cama con otros?»

Ella miró hacia otro lado. «No seas desagradable».

«Soy realista. Y me sorprende que hayas venido aquí en pleno día, corriendo el riesgo de ser vista».

La mujer le extendió una mano, acercándose a él jadeante. «Me dijeron que estabas casi muerto. Luego, que te comprometiste en Kent con una muchachita. Dime, querido, ¿cómo podía soportar toda esta incertidumbre?»

«Como ves, mi salud ha mejorado mucho. En lo que respecta al compromiso, en cambio, no tengo palabras de consuelo: todo es verdad».

La dama levantó el rostro hacia arriba con los ojos brillantes.

«Entonces no te importa nada de nosotros. Tuve que enterarme de todo por chismes de segunda mano».

El humor de Jared estaba empeorando. Verónica Turner era la primera de las mujeres a las que tenía que decir adiós, con la que tenía una relación más estrecha: la frecuentaba desde hacía unos seis meses y su relación había apuntado, desde el inicio, a la más alegre libertad de los sentidos. Era una unión puramente física, por lo cual ninguno de los dos se había hecho grandes ilusiones: ella, con poco más de veinte años, estaba casada con un hombre ya anciano y sin vitalidad; había encontrado en Jared el compañero ideal con el cual desahogar toda la exuberancia de un cuerpo y de una mente jóvenes y llenos de vida. Él, en cambio, había encontrado en la mujer lo que buscaba: Verónica era desinhibida, sin preocupaciones, curiosa por naturaleza, deseosa de tomar de Jared todo el placer que el marido no se encontraba en condiciones de darle.

Pero había llegado el momento de decir basta, como se había prometido cuando el compromiso se volvió realidad. En esos días de recuperación a menudo había cambiado sus propias convicciones en relación a las mujeres,

desde la más absoluta determinación a cortar toda unión ilícita, con la cual había partido desde Killmore Court, había llegado a acariciar la idea de mantener al menos una, de manera absolutamente discreta. Ésta, en verdad, había sido una sugerencia de Maters, que muchas veces se quedaba desconcertado frente a su idea de una especie de redención. En una sociedad como la que frecuentaba, era aceptado, era normal. ¿Qué le debía verdaderamente a Victoria, si no una respetabilidad formal, como formal sería su unión?

Al final Jared casi se había convencido de que el sacrificio que se había propuesto era exagerado. Que la devoción a la cual se estaba volcando habría dado una impresión de debilidad que no tenía intención alguna de transmitir, ni a sus subordinados, ni a las personas con las cuales tenía tratos.

Mantener una *liaison* reservada no haría mal a nadie, al contrario, le daría a él ese género de tranquilidad que una esposa no podía más que esperar de un marido.

Sin embargo, Jared, frente a la mejor candidata para tal *liaison* se sentía cada vez más molesto, más deseoso de liberarse. Y dándose cuenta de su estado de ánimo, sentía crecer la irritación hacia sí mismo y hacia la situación.

Más su consciencia le sugería cerrar la relación, más su espíritu rebelde se proponía seguirla. Y viceversa, más trataba de convencerse de mantener la unión, más el malestar lo atormentaba.

No se sentía listo para tomar una decisión definitiva con respecto a Verónica; estaba luchando entre una y otra elección como nunca en su vida.

Decidió cambiar la dirección de su propio nerviosismo hacia algo más constructivo y se acercó a la dama, pasándole un brazo alrededor de la cintura. Conocía las debilidades de la mujer, y cuando estuvo seguro de que no iba a ser rechazado, acercó el rostro a la oreja de ella, para susurrar entre sus blandos rizos con voz persuasiva.

No importaba mucho lo que le decía: le bastaba ablandarla, alcanzar con los labios el cuello que ella ya le ofrecía, lista para ceder a su deseo. Jared comprendió que ella estaba ahí para eso y no trataba de disimularlo: bastaron pocas atenciones bien equilibradas para que la mano de ella, sin timidez alguna, excitase sus partes íntimas con impaciencia.

La dejó hacer, ella también conocía bien sus puntos débiles y sabía cómo moverse, cómo tocarlo, cómo encender sus sentidos sin concederle mucho.

Ese maldito vestido sería difícil de sacar, pensó irritado Jared, pero no había necesidad de hacerlo: le habría gustado tener una visión del cuerpo de

estatua de Verónica, pero no tenía necesidad. Mientras ella le ofrecía la boca, la mano del hombre alzó la tela de la falda hasta tocar la piel desnuda de los muslos de la mujer, suaves y calientes, que se movieron bajo sus dedos como para invitarlo a una mayor intimidad.

«Victoria...» susurró presa de la pasión. Un hielo le bajó sobre el ánimo, mucho antes de que su compañera, capturada por el mismo deseo, se diera cuenta del error. Abrió mucho los ojos, se inmobilizó. Un segundo después advirtió que la mujer se ponía rígida bajo su mano, que él retiró mientras ella, veloz y ofendida, se deshacía bruscamente de su agarre, apurándose en arreglarse, para luego ponerse de pie.

Verónica se esperaba una disculpa por su parte, alguna palabra, que tratara de levantarse y acercarse a ella, pero Jared se quedó sentado, como idiotizado, incapaz de explicarse a sí mismo lo que había pasado.

Su compañera se recuperó mucho más rápidamente que él y se volvió a mirarlo desde arriba, con los ojos almendrados entrecerrados en dos hendiduras relampagueantes de ira. Jared sabía por experiencia que una mujer ofendida en su amor propio podía volverse la peor desgracia, y se preparó para recibir las justas flechas de su rabia.

«¿Cómo... cómo es posible?»

Jared la miró con aire interrogativo. Se había esperado un ataque de ira, conociendo el carácter encendido de ella, y en cambio, luego de la primera palabra pronunciada con furia, el resto de la pregunta había sido casi... divertido.

Verónica se cruzó de brazos y lo escrutó con atención.

«Estoy desolado. No sé lo que me pasó» murmuró Jared.

«En cambio, ¡yo sí lo sé!» exclamó la mujer. «Pobre Jared. Te compadezco».

El hombre, molesto por esas palabras crípticas, se levantó a su vez. «Francamente no te entiendo» replicó seco. De la atmósfera romántica de un momento antes no quedaba nada, salvo la desagradable sensación de que todo estaba mal.

12

Verónica tomó su chal y se lo colocó sobre los hombros con gestos lentos.

«Justamente: por eso te compadezco». Se arregló el cabello, lista para salir de ese cuarto. «Uno como tú no puede amar, puede solamente tomar: esa será tu ruina. Atención a lo que haces, quizás por una vez tienes algo bueno entre las manos y lo dejarás pasar».

Envolviéndose mejor en el chal hizo ademán de irse, pero él la retuvo, cada vez más enojado. «¿Qué estás queriendo decir, maldición?»

Ella le sonrió con un dejo de tristeza. «No tienes necesidad de que te responda. Adiós, mi querido».

Con un movimiento decidido se liberó y se fue, sin dignarse a decirle una palabra, dejándolo perdido y enojado. Para desahogar la frustración, no encontró nada mejor que propinar un puño sobre el respaldo del diván, pero obtuvo una punzada lacerante en la mano, lo cual le recordó que no estaba todavía en plena forma. Que no era más el de antes.

Incapaz de quedarse quieto, dejó el salón cerrando con un portazo las puertas de la estancia a su espalda. Había entendido perfectamente lo que Verónica quiso decir. También ella pensaba, equivocadamente, que él se había enamorado de Victoria.

Caminando veloz pasó delante del ama de llaves que, atónita, primero había visto salir a la señora, y luego había observado a Jared a través de la puerta abierta durante su desahogo infantil. El hombre se detuvo delante de la mujer lo justo para dirigirle una mirada con la cual le quería decir que no se metiera, y luego siguió hacia la biblioteca. Su impulso era el de salir de la casa para apaciguar el enojo, pero sabía que estaba muy agitado e impresentable: si hubiera encontrado a algún conocido habría sido un desastre. Estaba tan agitado que no le dio siquiera tiempo a la sirvienta para abrir la boca. Por el rabillo del ojo vio que la señora Barry había alzado una mano hacia él como para llamarlo, pero la ignoró, despidiéndola con un gesto de fastidio.

Las paredes nunca le habían parecido tan aplastantes, los cuartos tan húmedos, oscuros y faltos de aire. Era como si por todas partes se respirase el perfume de Victoria.

«Bruja» gruñó. ¡Una maldita bruja! ¿Qué podía esperarse de una muchacha con esos cabellos de fuego, con ese rostro de duende? Victoria, esa criaturita irritante, no habría hecho un papelón al lado de Puck en ‘Sueño de una noche de verano’, ocupada en hacer daños y picardías a los pobres mortales.

«Jared...»

Por un segundo Jared pensó que tenía alucinaciones auditivas, pero una segunda voz, más anciana e imperativa, proveniente de su sillón, lo obligó a volverse con el corazón en la garganta.

«¡Mr. Lennox!»

No creía a sus propios ojos: en su amada biblioteca, despatarrada sobre su sillón preferido, había una señora de mediana edad. Elegante, con un improbable vestido de viaje de colores brillantes y con la expresión indignada; la señora lo seguía con la mirada sin mover un solo músculo, dándole casi la impresión de ser una inquietante pintura del siglo XVII. A un lado de la ceñuda desconocida se encontraba Victoria, de pie, con una mano enguantada posada sobre el respaldo y el aire perdido de quien no puede creer lo que está viendo. Jared pasó su mirada de las dos mujeres al ama de llaves, la cual, desde el vano de la puerta le hacía señales que, en otras ocasiones, habría considerado muy graciosas.

Se inmovilizó. Miró a Victoria. Miró a la señora. Miró al ama de llaves.

Se dio cuenta de su propio estado. No sólo había dejado la chaqueta en el salón presentándose en la biblioteca en mangas de camisa, sino que además, ésta se había salido de su lugar dentro de los pantalones por la mitad, colgando toda de un lado, y la abertura del cuello donde Verónica había metido las manos para acariciarlo estaba abierta, poniendo al descubierto buena parte del pecho.

«Disculpen» dijo con una formal inclinación y, consciente de lo indecoroso de su vestimenta, dejó el lugar tratando de mantener una actitud digna, esperando compensar con eso su escandaloso estado. Los ojos de la misteriosa señora lo siguieron, cargados de antipatía y animosidad hasta que estuvo fuera de su vista, pero ninguna palabra le fue dirigida, ni por parte de ella, ni por parte de Victoria, la última muy perdida como para poder hablar.

Sin siquiera entender lo que estaba haciendo, arrastró la puerta a su espalda, encerrándolas en la biblioteca.

«¿Qué hacen aquí?» susurró a la señora Barry.

«Llegaron un momento después que usted. ¿Qué podía hacer?» murmuró a su vez la pobre doméstica, atormentándose las manos. «¿Ni siquiera sintió el

llamador?»

«¡Claro que no!» Pudo levantar la voz también susurrando. Una terrible duda lo asaltó. ¿Cuánto habían visto? ¿Cuánto habían *sentido*? Cuando se reunió con Verónica al menos cerró la puerta del salón, de otra manera se hubiera visto perfectamente lo que sucedía desde el ingreso. Ante esa idea Jared se puso blanco.

Le salió una palabra muy vulgar, que hizo sacudir al ama de llaves.

«¿Qué les dijo? ¿Qué saben?» la instó. «¡Apúrese, que debo reunirme con ellas!»

«Les dije que estaba ocupado con unos *negocios*. La señorita lo creyó, pero la señora...» la mujer sacudió la cabeza blanca, con el aire de quien, por lo bajo, estaba de lado del enemigo.

Una segunda palabrota se le escapó de los labios, y antes de volver, miró su propia imagen. Entre volutas doradas, el espejo del corredor que llevaba a las distintas salas le mostró un hombre despeinado, con la camisa abierta, indecente: el libertino empedernido que era.

Negocios. Ni siquiera Victoria en ese momento podía tener dudas sobre el tipo de negocios que había apenas tenido.

Trató de recomponerse como podía, mientras la señora Barry corría hacia él con chaleco y chaqueta para darle al menos una segunda oportunidad de respetabilidad.

Cuando volvió a entrar en la biblioteca no era una flor, pero estaba presentable.

Las encontró exactamente donde las había dejado: la anciana, antipática señora sentada como una reina ofendida y la joven señorita a su lado de pie.

Victoria llevaba un traje de viaje de un verde oliva apagado sobre el cual se veía una chaquetita corta del mismo color. La cabellera llameante había sido sacrificada debajo de una cofia amarillo pálido, el mismo triste color de los bordados sobre la falda. Seria, recatada, con el rostro cansado y ensombrecido por las dudas que, con razón, nutría hacia él, parecía la copia descolorida de la mujer que se había ido hacía un momento.

Jared se sentía tironeado entre la tensión de lo sucedido, la cólera por la visita inesperada, la vergüenza por el estado en el cual había sido encontrado, y un sentimiento que trataba de apaciguar con todas sus fuerzas: con mayor honestidad hacia sí mismo, lo habría llamado *alegría de volver a verla*.

«Perdonen, pero no las esperaba». La mejor táctica que se le vino a la mente fue esa: ninguna explicación, ninguna culpa. Estaba en su casa y esa era

una visita no anunciada, no le correspondía a él disculparse.

Además, sobre su amado sillón ahora se sentaba una desconocida con cara de limón exprimido. Miró con mayor curiosidad a la señora. No era la madre de Victoria, la cual conocía de haber visto y tenía un aspecto pacífico y alegre. La dama lo miró con la misma animosa curiosidad. No se gustaban. Y la opinión de ella le era totalmente indiferente.

«Te escribí dos veces, pero nunca respondiste» comentó Victoria sin moverse de su lugar.

«Imposible: recibí una carta tuya solamente esta mañana y todavía no he tenido el placer de leerla».

«¡Estás en Londres desde hace diez días y no me has dado ninguna noticia!» protestó la joven, pero el tono triste fue inmediatamente interrumpido por un gesto de la más anciana, que alzó el índice con ademán perentorio y la hizo callar.

«Creo que mi sobrina ha tratado de informarlo sin éxito: lo actualizo yo». La señora se levantó del sillón y fue como si a su alrededor el aire se congelase. Era alta y bastante delgada, el tipo de mujer que no habría hecho mala figura a la cabeza de un ejército, con armadura y actitud de guerra.

A pesar de que su vestimenta era caprichosa, a Jared no se le pasó el extremo refinamiento. Lo dejaba perplejo, o mejor dicho, atemorizado, la imponente composición de plumas sobre su tocado.

El primer pensamiento del hombre fue que las plumas cumplían, sobre esa mujer, su función original: ahuyentar a los rivales, poner en fuga a los enemigos, agregar al físico la prestancia que faltaba. Sería un hueso duro, sí.

Se le acercó con paso mesurado, como para estudiarlo. Esos ojitos pinchaban como agujas.

«Victoria, tesoro, tendrías que presentarnos» ordenó a la joven, que solo en ese momento se estremeció y se apuró a obedecer.

«Mi tía, Lady Weird. Será ella la...»

«Gracias» la interrumpió la otra. Victoria estaba excluida de la conversación, era evidente. Y en parte también él, porque no se le dio modo de replicar. «Seré yo la chaperona de mi sobrina en Londres y en vuestra propiedad del campo» explicó, y Jared advirtió todo el significado ofensivo que había querido insertar en la palabra *campo*. El hombre frunció más el ceño.

La dama hizo una pausa, para pasar la mirada de él a la estancia.

«Creo que tengo que hablar con usted, joven. Vuestra ama de llaves podría mostrar a Victoria la casa, si no tiene otras mujeres escondidas por ahí».

Esta vez Jared sintió que su propio rostro enrojecía por la rabia y la incomodidad.

«No tengo nada que esconderle a Victoria, y ésta, en breve, será su casa, pero no es así que pretendo hacerla entrar en confianza con la propiedad».

«En tal caso, salude a su prometida, que me esperará en el carruaje: estoy bastante cansada por el viaje y quisiera llegar a casa lo antes posible. Pero no antes de haber intercambiado dos palabras con usted, a solas».

Jared renunció a ese enfrentamiento no declarado y llamó. Victoria demostró una sumisión que no le conocía y que le pareció inexplicable: no reconocía, en la joven muda y de ojos bajos que tenía adelante, a la ninfa que lo había saludado en Killmore Court diez días antes.

Mientras él, dócil por el sentimiento de culpa, obedecía a la matrona y pedía al ama de llaves que acompañara a Victoria a la puerta, fue la mirada que la muchacha le dirigió la que le hizo entender: herida, dolida, desilusionada; le comunicó todo el sufrimiento que él le había proporcionado con su silencio en los largos días que los separaron, con ese recibimiento incómodo, con su comportamiento inmoral.

Victoria tenía toda la razón y Jared se sintió un gusano. Había fallado, una detrás de la otra, en todas las buenas intenciones con respecto a ella. Se había hecho encontrar en flagrante con una mujer, y Vic había entendido todo como su tía.

Jared se sintió perdido.

«Bien, mi querido joven...» La voz de Lady Weird le recordó que no solamente a su prometida tenía que rendirle cuentas de su pésima conducta. «¿Por dónde quiere comenzar?»

Jared la miró perplejo. «¿Tengo elección?»

La dama sonrió, pero solamente con los finos labios rodeados de arrugas, mientras recuperaba el bastón de paseo que había dejado al lado del sillón. «No, en efecto. Comenzaremos desde el final, es decir, de lo que hemos encontrado *aquí*».

Un ligero golpe del bastón sobre el suelo de madera subrayó la última, remarcada palabra.

Jared respiró profundo y asintió.

«El discurso es breve, ya que tengo la magnífica impresión de que nosotros dos nos entenderemos siempre velozmente. Es de una gran simpleza,

y también: *no volverá a suceder*. En un sentido tan amplio que solamente usted y yo podemos comprender su grandeza. ¿Correcto?»

«Ciertamente».

¿Qué podía decir? ¿Que ya había tenido la intención de dejar a sus espaldas el pasado de libertino? ¿Que tenía toda la intención de honrar a Victoria? Que... que... que... todas esas decisiones justas que había tomado en Killmore Court no habían llegado siquiera a las puertas de Londres, y que él sabía que no podía justificarse. Pero tenía tiempo para enderezar el sendero.

«Muy bien. Y ahora hagamos juntos un pequeño paso para atrás. Nunca aprobé cómo mi hermana ha conducido a sus hijas. Siempre pensé que la pequeña Vic era víctima de una profunda injusticia». Comenzó a pasear por la estancia, tomando con libertad algunos libros de los estantes, que examinaba mientras hablaba y luego volvía a dejar en otro estante.

«Nunca me metí: soy una mujer sin hijos, no me creía con derecho a aconsejar a la madre de cuatro muchachas. Pero ahora las cosas cambiaron, porque mi hermana me ha enviado a *mí* a ocuparme de los intereses de mi sobrina. Otra pequeña injusticia: la señora Arden entiende que no tiene tiempo para dedicarse al matrimonio de Victoria, ya que debe estar detrás del debut de una de las jóvenes y de la recuperación de la otra. En buena sustancia, mi querido muchacho, todos se lavan muy a menudo las manos con respecto a la pequeña Vic. Ahora es asunto nuestro: mío y suyo».

Algo agitó el pecho de Jared, conocía bien la situación de Victoria. Había sido, y seguía siendo, la suya. Y nuevamente fue asaltado por el fuerte deseo de cambiar su suerte, así como le había sucedido en Killmore Court, cuando de casualidad había escuchado un diálogo entre Victoria y Harriet, del cual surgió todo el desinterés de la familia por esa hija acusada de ser incapaz de obedecer las reglas. De ser diferente a las otras.

No obstante la antipatía instintiva hacia Lady Weird y sus modos de comandante, la miró con curiosidad. ¿Era posible que al menos ella estuviera de parte de Victoria?

Pero la dama le devolvió la mirada con evidente odio. «Yo le impediré hacerle daño, Mr. Lennox. Lo obligaré a romper el compromiso si sólo tengo la más mínima duda sobre su conducta. Sé muchas cosas sobre usted. Ninguna que me guste».

«Puedo imaginar».

El severo rostro se hizo todavía más serio. Las arrugas se profundizaron hasta formar surcos oscuros en toda la cara, que recordaron a Jared ciertas

representaciones de los indios americanos en actitud de guerra.

«No me tome por estúpida. Cuando llegamos la casa estaba invadida por el perfume dulzón y penetrante de una mujer. Usted estaba encerrado con alguien en el salón, donde su ama de llaves no quiso hacernos entrar, presa de una incomodidad sin igual. Y se presentó en una condición...» se interrumpió para gruñir indignada. Otro golpecito de ira del bastón.

«No fueron anunciadas, no creía que iba a encontrar aquí...» comenzó a protestar, interrumpido inmediatamente por Lady Weird con un gesto de la mano que casi lo hace dar un paso para atrás.

«¡No tiene excusas!» soltó glacial, remarcando las sílabas.

«Tiene razón». De dónde le había salido ese tono contrito, y esa profunda mortificación, no lo sabía. Había empezado con la idea de presentar batalla por sus propios derechos y ahora quería volver atrás en el tiempo, echar a Verónica y sus seducciones de la casa y correr hacia Victoria.

No soportaba la idea de ser él el que hiriera a la joven. Habría agarrado el muro a las trompadas. La mujer lo miró con atención por un largo instante.

«Así está mejor» comentó. Autoritaria, le hizo señas para que se sentara, y Jared, reprendiéndose por su propia docilidad, se encontró obedeciendo. Le parecía que había vuelto a ser un niño, cuando su gobernanta alemana lo retaba por alguna broma. Y aunque pareciera increíble, comenzó a divertirse, sobre todo cuando, algo más increíble todavía, sospechó que también Lady Weird se estaba divirtiendo. La siguió con los ojos, mientras volvía a acomodarse sobre su mejor sillón totalmente satisfecha.

«Tengo una última cosa para aclarar a solas con usted» dijo grave. «Estoy dispuesta a darle una sola posibilidad. Al contrario de mi hermana Arden, yo no le temo a los escándalos: si algo sale mal, me llevaré a Victoria conmigo a Europa, y lo dejaré juntando los pedazos. Está en usted decidir si quiere aprovechar esta ocasión y tratar de merecer a mi muchacha, o si prefiere resbalar en el fango que está empastando con sus propias manos».

Jared se quedó en silencio. «Le interesa mucho su sobrina» consideró luego de un momento, incapaz de dar forma a cualquier otro de los pensamientos que le atormentaban la mente.

Lady Weird se acomodó mejor sobre el sillón, para hablarle con tono casi de salón. «La preferida de mis sobrinas. Las otras parecen miniaturas de mi hermana Arden y las encuentro aburridas. Victoria, en cambio, ha heredado los rasgos irlandeses de la familia. Si hubiera vivido, creo que mi hermana Sophia sería como ella». Por un segundo una triste sonrisa se le pasó por el rostro.

«Murió a los doce años. Era una pequeña peste de cabellos rojos y llena de pecas. La adoraba».

«Lo lamento» replicó Jared comprendiendo. «¿Era la mayor?»

«Yo era la mayor de las tres. Pero el pasado pasado es, y sobre todo, no tiene que ver con usted» concluyó, nuevamente gélida y presente. «Bien, no me queda más que decidir cómo llevar adelante los intereses de Vic: estoy evaluando la posibilidad de silenciar cualquier escándalo haciéndola debutar. Todavía no han sido hechas las publicaciones. Creo que todavía estoy a tiempo de encontrarle un marido mejor que usted. Y no se necesita mucho, en efecto».

Lady Weird lo escrutó con intención. Luego se levantó con calma y clase.

«Y ahora, ya tengo bastante. Quiero salir de esta casa: es muy fría, muy húmeda y muy oscura. Tendría que pensar en una zona un poco más elegante y con casas más sanas. Este barrio es terriblemente barato»

Con su paso plácido se volvió a acercarse a la biblioteca, deslizó el índice sobre los lomos de los volúmenes y tomó un libro.

«Al menos tiene una interesante biblioteca. He buscado en vano esta edición por meses».

«Tómelo» murmuró Jared entre dientes, y la dama, satisfecha, se apropió del volumen.

Un momento después subió al carruaje. Jared pudo ver a Victoria de pasada, para recoger de su rostro los signos inequívocos del cansancio y la tensión, antes de que la señora, imperiosa y nerviosa, ordenase partir al conductor.

La joven, efectivamente, había llegado al extremo de lo soportable. Los diez días que había transcurrido en Killmore Court sin Jared habían sido una pesadilla. Las cartas que llegaban habían sido, una detrás de la otra, la dramática confirmación de cuánto a sus padres no interesaba para nada su suerte. Harriet había hecho lo posible para dorarle la píldora, pero el imperdonable descuido que los Arden habían demostrado rayaba en lo escandaloso: si no hubiera sido por la intervención de la tía, les habría tocado a los Killmore ocuparse de todo, porque por lo que parecía, la familia Arden *no tenía tiempo*.

Y Jared, con su silencio postergado, no demostraba un mayor interés.

La buena suerte de Victoria, o quizás su desgracia, había sido la visita de Lady Weird a los Arden, justo cuando llegó la noticia del compromiso.

La mujer, indignada por la decisión de la hermana y el cuñado, había dejado inmediatamente su casa para ir a Killmore Court, con una misiva en la mano en la cual los dos delegaban en ella el asunto, y el deseo de resolver a su modo toda la cuestión.

¿Victoria realmente deseaba casarse con ese hombre horrible? ¿No había una forma para disuadirla? ¿Habían intentado todo? ¿Tenía un ajuar? ¿Había fijado una fecha? ¿Había sido dado anuncio oficial? ¿Se habían hecho las publicaciones? ¿Y los diarios?

En menos de veinticuatro horas, Victoria se había encontrado sobre un carruaje en dirección a Londres, junto a una tía determinada a enderezar cualquier camino deformado, allanar colinas y desviar ríos. Para comenzar, el Támesis.

La casa de Lady Weird estaba a pocos pasos de donde habían salido, en un edificio casi idéntico al de Jared, sólo en apariencia más espacioso. Era la casa de la esquina, quizás la más elegante de la calle.

Apenas bajó del vehículo, Lady Weird comenzó a lamentarse copiosamente por la falta de rapidez de la servidumbre.

La mujer, que no había sufrido por esas pocas horas de viaje ni por el coloquio con Mr. Lennox, una vez superado el ingreso entró en plena actividad: ordenó el almuerzo, sin preocuparse por el terror en la mirada de la servidumbre, que no estaba preparada para el regreso de la patrona.

Victoria lo entendió también por el hecho de que los divanes y los otros muebles todavía estaban cubiertos con telas blancas, signo de que la dama no se había tomado la molestia de enviar una nota para anunciar su llegada.

Pero Lady Weird no se preocupó frente a la casa completamente desarmada: se limitó a hacer una señal a la doncella que las había seguido al salón y se hizo liberar un diván Chippendale de vistosa fantasía floreal, sobre el cual se recostó con satisfacción.

Victoria pensó que nunca como en ese momento le parecía más adecuado el apodo que ella y sus hermanas le habían otorgado de niñas. Lady Weird, que, por una concesión totalmente especial, para ellas había sido siempre tía Irene, se había vuelto *tía Erinia* a causa de su carácter fogoso. Y en efecto, nada ni nadie escapaba a su furia cuando se enojaba, ni a su energía cuando se movilizaba en una empresa.

Mientras la servidumbre se apuraba corriendo para todos lados para abrir la casa, generando una conmoción digna de un escenario de guerra, la dama dictaba órdenes a Victoria, que se había quedado de pie en ausencia de un

lugar donde sentarse, ya que la tía se había acomodado sobre todo el largo del diván y los otros muebles estaban todavía cubiertos.

«Temo que para un debut sea tarde. A más tardar pasado mañana se hará el anuncio del compromiso en el diario».

Cuándo había mandado el anuncio era un misterio. «Espero que Mr. Lennox nos mande para la hora del té una invitación para mañana: voy a tener que convencerme de que no debutarás, y me impondrá una fiesta para vuestro compromiso. Pero antes, mi querida, tenemos que pensar en tu guardarropa y en tu ajuar. Con una dote de treinta mil esterlinas tienes que presentarte mejor que eso».

«No tengo treinta mil esterlinas, tía» respondió Vic.

«Las tienes. Las tendrás. He decidido contribuir yo a tu suerte. La primera de la familia, luego de mí, en hacer un matrimonio imprudente. Mereces todas las posibilidades de mantenerte por ti misma, en el caso de que tu marido se revele un bruto».

La muchacha pensó en el calmo tío, Lord Francis Weird, y la palabra *imprudente* le pareció totalmente fuera de lugar. Era inútil contradecir o replicar, o expresar perplejidad, por lo cual se quedó callada. Sabía que a veces la tía confundía un poco las cartas porque la realidad le quedaba chica y le gustaba interpretarla a su modo.

Su madre siempre había tenido una relación ambivalente con la hermana mayor: si Victoria hubiera tenido que decir lo que pensaba, habría podido decir que la señora Arden la soportaba solamente porque a la esposa de un Barón no se le podía cerrar la puerta en la cara, pero si no la hubiera respetado por ese buen matrimonio y su consiguiente riqueza, nunca habría aceptado de buen grado las extravagancias de la dama.

En cambio, tía Erinia, desde que había quedado viuda heredera de Lord Francis, había comenzado a frecuentar la casa Arden con una cierta espantosa regularidad: de sus largas visitas la tenían al corriente, mientras estaba en el colegio, las cartas de las hermanas menores, que le llegaban llenas de particulares inexplicablemente humorísticos. Esas cartas habían hecho de tía Erinia, a sus ojos, una especie de mito viviente. Ahora, vivir juntas y depender de ella por un periodo, era algo muy diferente.

De repente esas consideraciones fueron arrancadas de su mente cuando le llegó la última afirmación de Lady Weird: ¿su tía iba a contribuir con la dote?

La mujer hizo una mueca cuando se dio cuenta de que su sobrina había aferrado el sentido del discurso.

Mientras tanto, la doméstica con aire enérgico, había vuelto y había extirpado como un rayo las telas de los otros divanes, murmurando de mala manera algo del tipo *vorñorita*, que quizás debía ser «por favor señorita» pero que había salido volando con la misma rapidez que las telas.

Finalmente Vic pudo sentarse y simular una compostura de sentimientos y pensamientos, que, quedándose de pie, no alcanzaba a fingir.

«Es obvio que cada centavo que tendrás será sólo tuyo. No quiero que ese dandy te arrebate el dinero que mi marido se ganó honestamente con el juego».

Esa era una cosa que la joven no sabía, y otra vez su expresión resultó transparente, porque Lady Weird entrecerró los ojos para estudiarla.

«No pongas esa cara. No serás una de esas tontas que piensan que los títulos nobles significan por fuerza la posesión de grandes fortunas».

Victoria solo pudo negar con la cabeza.

13

La nota, colocada sobre una fuente de plata, le fue consignada mientras tomaban el té.

La cara de tía Irene asumió la expresión de un gato delante del que hubieran depositado un filet de pescado. Victoria tomó el pequeño envoltorio y rompió el sello de cera que lo cerraba.

Una segunda nota había sido entregada a su tía, que la había abierto, leído y dejado de lado en el tiempo que ella había empleado para alargar la mano y tomar la dirigida a Miss Victoria Arden.

«Mi querida Vic, te escribí lo antes posible, y no apenas termine ésta, redactaré otra dirigida a tu formidable tía para disculparme nuevamente en relación al estado en que encontraron mi persona y la casa. No soy digno de tu mano, pero espero con todo el corazón que puedas concederme una posibilidad para merecer y ganar tu afecto. Creo que es necesario que nos veamos cuanto antes para poder discutir juntos nuestro futuro: en lo inmediato, para hablar de vuestra visita a Hidden Brook, y a largo plazo, para la organización del matrimonio. La idea de que debutes, en vista de nuestra situación, me parece inapropiada. Tendremos que disuadir a tu tía en este sentido. En cambio, me siento inclinado a organizar una recepción para anunciar nuestro compromiso. Si mañana por la noche pueden honrarme con vuestra presencia para una comida informal, les estaré infinitamente agradecido».

Victoria levantó los ojos de la carta y encontró los de su tía Irene, encendidos con una luz alegre. «¿Qué te decía? Como pude prever, quiere evitar que debutes y va a colocar palos alrededor de su propiedad. Buena señal, si el joven te interesa. Imagino que tu carta contiene el mismo mensaje, aunque me parece mucho más larga. En mi nota había solamente una invitación para cenar mañana y el pedido de no dar más pasos hasta que no hayamos podido concertarlos juntos».

Victoria hubiera querido terminar de leer su correspondencia, pero Lady Weird monopolizó su atención. Para el día siguiente no tendrían tiempo de conseguir un nuevo guardarropa, ¿pero había esperanza de encontrar en su equipaje algo que pudiera andar bien?

La joven sonrió, pensando fugazmente que Jared quizás la había visto más a menudo en camión que en un vestido de noche, pero asintió.

No poseía un vestuario a la moda londinense, pero un par de vestidos podían ser considerados elegantes. Todos esos años en el colegio habían reducido su guardarropa a muchos vestidos de día, prácticos y lineares, y solamente a dos vestidos de tarde, que habían servido en raras ocasiones.

De las compañeras de Londres, Victoria había absorbido el mito de Bond Street y no veía la hora de arrojarse de cabeza entre las calles de la ciudad para hacer compras: se quedó muy mal cuando fue puesta al corriente por su tía de que cada prenda sería confeccionada por su costurera de confianza y que no sería necesario poner un pie fuera de la casa.

Cintas, sombreros, guantes y todos los otros accesorios serían seleccionados luego; por lo tanto, hasta que una tal madame Giselle no hubiera terminado los vestidos, Lady Weird no veía motivo para cansarse dando vueltas. La costurera francesa, que según lo que decía la tía, había vestido a gran parte de las señoras de París que *habían perdido la cabeza durante la Revolución*, fue convocada para la mañana siguiente. Por lo tanto, Victoria, con una cierta amargura, tuvo que dejar de lado el emocionante proyecto de visita a la ciudad.

Fue solamente cuando pudo retirarse por la noche, que terminó de leer la parte de la carta que le faltaba.

«Te escribo sinceramente, mi querida Victoria, que haré todo lo que esté en mi poder para hacerme perdonar. Pero no puedo más que desear ardientemente el momento en el que podré tenerte conmigo en Hidden Brook, donde se nos concederá, espero, comenzar de cero, y donde no deseo otra cosa que hacerte sentir en casa. Tuyo, etc.».

La joven tomó la misiva y se la llevó al pecho.

¿Era sincero?

Encontrarlo en esas condiciones en el momento de su llegada le había hecho mal.

Intuyó que en la casa había una mujer, o había estado poco tiempo antes, y que todas las esperanzas que Jared le había dado, se habían roto frente al pensamiento de que su vida en Londres había sido retomada sin cambios.

Paseando por la elegante habitación, aislada debido a la profusión de alfombras y pesados tapizados de brocado, Victoria se dio cuenta de que una pequeña parte de ella, o algo más, creía en el final feliz de los cuentos: esperaba que verdaderamente Jared quisiera cambiar por ella y con ella. ¿Se

realizaría ese sueño, o era mejor renunciar antes de que se volviera una fuente de sufrimiento?

Algunos días después, Jared paseaba nerviosamente en su estudio. Más a menudo de lo que quería los ojos iban al espacio de la biblioteca dejado libre por el volumen que Lady Weird le había sustraído prepotentemente.

Ante su inmensa sorpresa, la dama había reprogramado la invitación para la comida, aduciendo impostergables compromisos hasta el final de la semana.

Cómo esa mujer había organizado los días no podía imaginarlo, pero no le quedó más opción que aceptar la fecha propuesta por ella.

El fatídico día llegó, y Jared se encontraba en el más profundo estado de arrepentimiento y espera.

Había hecho enloquecer a la señora Barry modificando continuamente el menú, primero, temiendo no presentar a las invitadas platos lo bastante elegantes, luego, temiendo que fueran muy elegantes; luego tuvo miedo de que los alimentos elegidos fueran difíciles de encontrar frescos y eligió otros; finalmente aumentó y disminuyó el número de platos hasta que el ama de llaves lo alivió del deber de tomar decisiones, en las que no estaba calificado.

Con la frase «sabré ocuparme de lo que conviene servir a dos señoras de buen gusto» el ama de llaves quitó del medio al patrón.

Privado también de esta distracción, Jared tuvo mucho tiempo para pensar en su propia conducta y en todos los errores cometidos hasta el momento.

Redujo sus salidas a las estrictas de negocios; esquivó a todos los amigos y conocidos que querían sacarle algo de información sobre su vida privada, especialmente cuando descubrió que los diarios londinenses habían dado la noticia del compromiso.

Hasta ese momento, la unión entre él y Victoria todavía no había asumido una connotación pública: su problema de salud primero, y la locura rebelde que le había dado luego, le impidieron dar los pasos necesarios para oficializar el compromiso en la alta sociedad de Londres.

El carteo con Mr. Arden en relación a las cuestiones económicas había sido para él de escaso interés, y aceptó las condiciones sin pestañear. Ninguno de los dos manifestó deseos de encontrarse, y Jared, con la excusa de su salud, había mandado a Maters a Ashford para realizar los trámites necesarios.

En un primer momento se dijo que para las publicaciones había suficiente tiempo: una vez que llegara a Hidden Brook lo pediría al pastor de la pequeña parroquia dentro de la propiedad. En lo relacionado a Victoria, eran problemas de su familia.

No vio motivo para solicitar una licencia especial, ya que de los muros de Killmore Court no salió ninguna voz de escándalo en relación a los extraños acontecimientos que habían tenido lugar: todos estuvieron muy bien en hacer pasar el compromiso como una natural consecuencia de la unión de las dos familias, ya comprobada en las personas de Harriet y Roger.

Jared, hasta que no se encontró frente a Victoria y Lady Weird, había sido tomado por una especie de rebelión, como si su viejo y odioso yo, ese que no podía no tomar todo lo que le agradaba, de repente se hubiera sentido atrapado y próximo a la muerte. No podía encontrar otros términos para explicarse esa locura que lo había vuelto a conducir a su vieja y escuálida vida: el matrimonio con Vic, mejor dicho, el mismo compromiso, pondría fin al hombre que había sido. El libertino Jared Lennox tenía los minutos contados y algo lo había hecho desencadenar en forma inoportuna.

Pero volver a verla a ella fue como un despertar.

Jared, mientras esperaba nerviosamente la llegada de las dos invitadas para la tan esperada cena en la cual discutirían el futuro, volvió con la mente a cuando, sentado en el carruaje con su ayuda, había tenido la misma impresión de despertar de un sueño. En ese momento le pareció que los días en Killmore Court habían sido nada más que una pesadilla debida a la fiebre y a la indisposición; que la unión que había sentido con Victoria era fruto de su estado de salud, por ende, inexistente, falsa, engañosa. Sólo imaginación.

Ahora tenía otra vez esa sensación, pero por el contrario, estaba relacionada con toda su vida.

¿Cuál había sido el sueño? ¿Cuál era la realidad?

Tenía la impresión de que Victoria era la única persona real, la única mirada limpia en la turbia locura de hipocresía y falsedad de la cual se había rodeado hasta ese momento.

No tenía verdaderos amigos. No podía contar con su propia familia.

Cuando se vio en dificultad, la única persona a la cual se pudo dirigir había sido un hermano que lo detestaba. Quizás tener una esposa, tener al lado una mujer como Victoria, daría un sentido diferente a su vida, y Jared se dio cuenta de que lo deseaba, a pesar de que el sentimiento más fuerte, frente al cambio que lo esperaba, fuera el miedo.

No tuvo tiempo para seguir elucubrando, porque un decidido llamado interrumpió sus consideraciones.

Arregló el nudo de la cándida corbata, elaborado en el mejor estilo a la moda, alisó la blanda chaqueta de un gris oscuro, iluminada por dos hileras de

botones dorados y por el chaleco color marfil, y se aprestó a recibir a las señoras.

Lady Weird, en un primer, larguísimo instante, ocupó toda su atención y su vista. No era posible de otra manera, a causa del turbante de plumas que tenía: los colores eran los de las encendidas sedas hindúes, y las plumas eran tan abundantes que hacían difícil que pasara a través de la puerta. De repente la casa le pareció más pequeña.

La vestimenta también era de deslumbrantes sedas exóticas: dominaba el azul pavo real en el busto, mientras un encendido rojo lo hacía sobre la larga falda estilo imperio. Lo que decretaba la transformación de la mujer en un pavo real, era el bordado que atravesaba toda la falda; brillantes plumas doradas, que llegaban desde el ruedo hasta casi la rodilla.

La única palabra que le vino a Jared a la mente fue *horror*. Trató de no dar a conocer su opinión, inclinándose gallardamente y ocultando en el saludo su mirada perpleja. Visualizar a Victoria a su espalda, todavía oculta por todo ese brillante colorido, le fue imposible.

Lady Weird hizo un gracioso movimiento con la cabeza como saludo, y por un segundo todo fue un ondular rumoroso que le recordó a Jared ciertas tempestades del mar.

Finalmente apareció Victoria, cuando la dama y su plumaje se movieron de la puerta, dejando libre la visual.

El hombre tardó un momento en reconocer a su prometida. La Victoria que recordaba había sido sustituida por una joven mujer, elegante y a la última moda.

De la escolar, de la muchacha atropellada de Killmore Court, toda cabellos y camión, y de la jovencita vestida de viaje y con la expresión herida, no quedaba mucho más que los lineamientos del rostro.

Esos pocos días habían transformado a la pequeña Vic en una fascinante debutante londinense, mejor dicho, observó Jared descolocado, en algo más: las debutantes siempre le habían parecido todas iguales, una fila de muñequitas decoradas, de vestidos color pastel y de peinados improbables, vacías en la expresión y pobres en el diálogo.

La joven que tenía delante era *diferente*.

Diferente de su Victoria y de las otras jóvenes.

Transformada, elegante, refinada, Victoria lo descolocó por un momento, dejándolo sin palabras.

Cuando interceptó la expresión de él, Lady Weird emitió un sonido que podía ser una mueca o un resoplido, que tendría que significar satisfacción, pero que tuvo el efecto de hacerlo volver en sí.

No quería darle a esa arpía el gusto de mostrar ningún tipo de debilidad.

Pero al saludar a Victoria no pudo evitar manifestar admiración, y la mirada que le obsequió debió ser muy elocuente, porque la joven bajó los ojos incómoda.

Quizás no se sentía bien en esa vestimenta tan a la moda, pero si era así no lo demostraba. Su modo de moverse, y cada gesto que hacía eran seguros y fluidos, cual verdadera aristócrata, y Jared, experto en encuadrar el mundo femenino, no pudo no notarlo.

Llegado a ese punto, se esforzó en entablar una conversación, recordándose a sí mismo que era un hombre de mundo y no un muchachito siendo examinado. Estaba acostumbrado a recibir; los argumentos de conversación nunca le habían faltado y Lady Weird no era la primera noble con la cual se las tenía que ver, aunque fuera la más irritante que hubiera conocido.

Mientras esperaban que la señora Barry los invitara a pasar al salón comedor, el pobre Jared trató varias veces de interesar a la mujer en asuntos variados y seguros, desde el tiempo hasta los conocidos en común.

Sentada en el medio del diván, con el aire de una docente severa en medio de un examen, ella lo miraba con hostilidad, sin responder más que con monosílabos a cada intento de conversación. Su atención era toda hielo y toda para él, con una actitud felina que le hizo pensar que estaba frente a una fiera y que él era el alimento principal.

La sofisticada, álgida Victoria, no era de ninguna ayuda. De pie, al lado de la tía, como la última vez que se habían visto, no profería palabra.

La tensión era palpable y Jared comenzaba a no aguantar más. Encima, esa estúpida de la cocinera no se decidía a aliviarlo del problema haciendo anunciar la cena.

«¡Oh, qué diablos!» soltó finalmente, luego del décimo tentativo infructuoso de involucrar a las dos en un diálogo cualquiera. La dama rayaba en la mala educación y la joven parecía idiotizada.

«¿Algún problema, joven?» Lady Weird entrecerró los ojos. Y de pavo real que parecía, se volvió una leona.

Jared acarició la idea de desafiarla abiertamente de una vez por todas. Luego, cayó sobre el divancito frente a los cuatro ojos que lo miraban

fijamente.

«Ha ganado usted, señora. Me ha provocado otra vez un profundo malestar. Dígame solamente si tengo que esperar perennemente esta hostilidad de parte suya».

«Ninguna hostilidad. Esperaba solamente que dejara de decir tonterías». Miró alrededor aburrida. «No habrá otros invitados, imagino».

Jared sacudió la cabeza. Estaba otra vez enmudecido.

«No es delicado de su parte: otro caballero habría sido apropiado, pero ya que tenemos muchas cosas que discutir, lo dejaré pasar».

El pobre Mr. Lennox comprendió que con Lady Weird solamente podía jugar con las cartas sobre la mesa. Buenas o malas, las cosas debían ser dichas inmediatamente, dichas claras y dichas con conciencia.

«Muy bien. Cerciorados de que los diarios ya han dado la noticia del compromiso, la idea de un debut de Victoria está fuera de discusión».

La mujer sonrió. «Quizás. Con buena probabilidad».

Jared lo tomó como un sí. «Imagino que por ahora no tuvo tiempo de organizar una presentación en la corte. Lo dejaremos para después del matrimonio, confiando en la influencia de Roger, si Victoria lo desea. Pero creo más urgente y necesaria una pequeña fiesta para presentar a Victoria en sociedad y para hacer público el compromiso. Lamentablemente no tiene ni madre ni hermanas que se ocupen de los particulares, por lo tanto, tendrá que hablar conmigo».

La aristócrata asintió. Lentamente, a medida que Jared hablaba, los finos labios se estiraban en un pliegue satisfecho.

«Espero que sea razonable y me deje todas las incumbencias: sé por experiencia que ustedes, los hombres, son reacios a sentir hablar de preparativos» comentó seráfica la señora.

Jared, inútilmente, dirigió una mirada a Victoria, que se obstinaba en tener los ojos bajos y a estar en silencio. Comenzaba a preocuparse.

«En Ashford esperan una carta mía: ya que nada en esta situación está siguiendo los caminos normales del decoro, he querido tomarme el tiempo para evaluar personalmente la cuestión, como ambos saben. Pero Victoria, si bien no comprendo los motivos, ha manifestado el deseo de seguir adelante con los preparativos para el matrimonio».

Jared no dudaba de que había sido Lady Weird la que había contactado los diarios, habiéndose cerciorado de que para la sobrina, hechas las cuentas, ese

matrimonio no era algo tan malo. No pudo retener una sonrisa de triunfo, pero se cuidó bien de hacer conocer a la mujer sus propias observaciones.

Si algo había comprendido, era que para salir bien parado con Lady Weird, el único medio era dejarla ganar, o darle la impresión de haber ganado.

Pero cuando la cena fue anunciada, llegó lo peor.

La dama tenía intención de organizar el mayor evento mundano que Londres hubiera visto. Más que una fiesta de compromiso, sería el evento más grandioso que la alta sociedad pudiera imaginar. Tendrían que organizarlo en Vauxhall para seguir los proyectos descomunales de la aristócrata.

Jared se sentía sofocar. A pesar de ser un hombre de mundo, nunca había tenido una particular simpatía por la alta sociedad. El tipo de evento que Lady Weird proponía era exactamente de lo que había escapado como de la peste; además, con la fama que se había ganado, sabía que no entonaba con el tipo de personas que Lady Weird invitaría.

Acarició la idea de una fuga romántica a Gretna Green para escapar de ese desastre.

Victoria, mientras su tía enumeraba nombres y títulos, tenía la mirada fija en su plato, siempre silenciosa, y Jared sentía crecer la rabia por ese ostentoso desinterés.

«¡No!» soltó finalmente, cuando la Baronesa comenzó a lamentarse del hecho de que el tiempo previo al matrimonio no era suficiente para organizar todo: ni que hubieran fijado la fecha para la semana siguiente.

«Le concedo invitados en el número que crea posible alojar en esta casa, ni uno más».

Ante esas palabras, también Victoria alzó los ojos y Jared se habría puesto a aplaudir y bailar, si hubiera servido para hacerle cambiar el desinterés que manifestaba con esa mirada. Se retuvo y continuó, tratando de mantener la calma. «Festejaremos el compromiso con una cena privada, con íntimos y seleccionados amigos».

Lady Weird se inmovilizó y Jared recordó la regla: para ganar tenía que hacerla ganar a ella y ese movimiento impulsivo no había sido bueno.

«Le recuerdo» retrucó a su vez la señora, «que es hermano, y actualmente heredero de un Vizconde. Y Victoria es sobrina de un Barón. Si eso no bastara, que vuestra *reputación* lo requiere. Quiero que mi sobrina sea protegida de todas las maneras posibles de los chismes».

Jared suspiró frente a la mirada elocuente de la mujer. *Sinceridad*, se dijo. Por más difícil que fuera.

«Pienso que la ostentación sería más contraproducente que la discreción. Yo no le gusto a esa gente más de lo que le gusto a usted, milady. Seguir vuestra directiva no estaría bien para Victoria. Pero un grupo estrecho, seleccionado cuidadosamente, dará la relevancia justa al evento. Para todo lo demás tendrá que darnos tiempo».

Lady Weird estrechó los labios y los ojos en finísimas hendiduras, como si el rostro se hubiera acartonado de repente.

Luego de un tiempo indefinido, durante el cual la más rumorosa en la estancia fue la chimenea encendida, la mujer asintió y siguió comiendo. «Tendremos que mover a Lord y Lady Pálidos de Killmore Court» observó casi para sí misma.

Jared por poco no mojó el mantel con el vino que estaba bebiendo.

Victoria, a su vez, abrió mucho los ojos y retuvo difícilmente una carcajada.

«¡Como si no supiera que tú y tus hermanas me llaman tía Erinia!» murmuró la dama con pomposidad. «Y ustedes dos rueguen para no descubrir los sobrenombres que les puse».

El resto de la comida fue un monólogo del que Jared y Victoria participaron con monosílabos y movimientos de la cabeza, mientras Lady Erinia, como también Jared comenzó a llamarla para sí mismo, organizaba, como una verdadera déspota, su fiesta de compromiso.

Los monólogos de la mujer al menos permitieron a Jared observar a su joven novia, sintiendo una urgencia mayor por hablar con ella.

La ocasión se dio, increíblemente, justo gracias a Lady Weird, que luego de la comida, apenas pudo apropiarse del diván del salón, pareció entrar en una especie de estado de meditación que se demostró la antecámara de una pequeña siesta.

Se necesitó poco para que Jared llamase la atención de Victoria, sentada al lado de la matrona y absorta en sus pensamientos.

«Victoria, quisiera mostrarte una porcelana, me interesa tu opinión» inventó en el momento, preguntándose mientras tanto dónde encontrar una porcelana en el salón. Muchos de los adornos estaban ya en la casa cuando la compró, y no podía decirse que se interesara en ese tipo de objetos. Victoria, obediente, se levantó y lo siguió a un rincón de la estancia, en el cual, Jared, tomando de un aparador el primer objeto que encontró, lo pasó a ella, que lo observó perpleja.

«Me parece una porcelana italiana. Pero lo sabrás mejor que yo» dijo.

Jared miró la estatuilla, una delicadísima dama con vestimenta del setecientos. Decididamente no era de su gusto.

«Puede ser». Se acercó a la muchacha, luego de lanzar una mirada a la señora cuya cabeza colgaba. Victoria tenía la estatuilla entre las manos y él envolvió los finos dedos con los suyos, haciéndola gritar. «Dime cómo estás» le pidió.

Victoria, luego de un momento de confusión, alzó los ojos hacia él. El cuarto, iluminado por la luz dorada de la puesta de sol, ofrecía en ese lugar una leve penumbra que hacía a la joven bellísima y misteriosa.

No se le pasó por alto el rubor que le cubrió el rostro.

«Estoy muy bien, gracias. Hoy es el primer día que salgo de la casa de la tía: no ha querido poner un pie afuera hasta que mi guardarropa no estuvo listo. Hace días que la casa parece un mercado, entre costureras y modistas. La tía es... a la antigua, y no le gusta ir de compras».

«Te llevaré a ver la ciudad cuando quieras».

Victoria bajó los ojos. «Quisiera que todo esto terminara. Lo único que deseo es ir a Hidden Brook».

Había algo que la molestaba y Jared no podía comprender qué. Pero a cada intento por descubrirlo ella respondía con evasivas.

¿Podía ser la perspectiva de la fiesta de compromiso lo que la tenía preocupada? ¿Qué otra cosa podía haberla perturbado tanto? Jared no alcanzaba a comprender.

Estaban en el medio de la estación, cualquier otra joven habría estado más que feliz de encontrarse en Londres y hacer vida pública en ese periodo.

«Jared...» comenzó incierta Victoria, pero cambió idea y no siguió.

Había algo que la joven no quería decirle. No se necesitaba un experto en mujeres para entenderlo, pero Jared no pudo sacarle nada.

Un leve zumbido proveniente del diván indicó que la tía se había dormido completamente.

Jared sugirió a Victoria ir al pequeño jardín de la casa, al cual se accedía directamente desde el salón. Luego de alguna resistencia, ella consintió en salir algunos minutos.

Le parecía algo tonto que esa muchacha, con la cual en poco tiempo habría compartido la cama, se comportase con tanta timidez.

¿Dónde había terminado la aventurera jovencita que lo había conquistado?

Jared se puso rígido mientras apoyaba sobre sus hombros, un poco al descuido, el chal azul.

Eso de ser conquistado por ella era un descubrimiento deslumbrante.

Estaba dispuesto a admitir que sentía gratitud hacia Victoria, cierta afinidad de carácter, admiración por su espíritu aventurero, pero de ahí a decir que se sentía conquistado, había un abismo y su viejo yo se rebelaba con violencia a esa hipótesis.

Mientras silenciosamente salían afuera, el hombre se apuró a redimensionar su propio entusiasmo. Victoria le gustaba, lo atraía, pero nada más. Ya era mucho.

Ciertamente, le importaba: le despertaba un instinto de protección, pero ¿a qué caballero no le iba a despertar ese sentimiento una joven tan poco apreciada por sus afectos?

Sólo porque te reflejas en ella, le sugirió una vocecita interior que Jared sofocó enseguida.

Cuando la cabeza tomaba esos peligrosos caminos, él utilizaba el método infalible de concentrarse en algo *diferente*, pero en esa ocasión el efecto fue peor: concentrarse sobre las bellezas de la joven mujer que tenía a su lado era más que deletéreo, especialmente siendo consciente de haberse robado esos tan esperados minutos de soledad con ella y sabiendo, como poco rato antes se había recordado, que no faltaba mucho para que fuera suya.

El resultado fue que retiró el brazo que le había ofrecido para mostrarle con torpeza una estatua que decoraba el jardín. Se trataba de una copia romana de una estatua griega; un pequeño trozo de mármol que le había costado una fortuna.

Admirar la estatua era una buena excusa para haber salido, y sin embargo, quedarse a pocos pasos de la puerta, en forma de poder sentir los movimientos de Lady Weird y volver a entrar si era necesario.

En esos días se había imaginado muchas veces lo que le diría a Victoria si tenía la ocasión. Se había dicho que el tiempo no habría bastado para decirse todo lo que debían.

Ahora que el momento se presentaba, Jared estaba enmudecido por culpa de esos absurdos pensamientos románticos que nunca antes lo habían asaltado, y que ahora, con sumo horror por su parte, se asomaban con prepotencia a su mente.

La joven mujer volteaba continuamente para no perder de vista a la anciana pariente más allá de la puerta: estaba incómoda igual o más que él, tanto, que Jared casi se sentía propenso a hacerla entrar nuevamente; sin embargo la tarde era cálida, el verano ya estaba llegando y también en

Londres el clima se volvía más benévolo, haciendo querer pasar más tiempo afuera. A lo lejos se advertían los rumores de la ciudad; carruajes, voces, sonidos indistintos que superaban los muros de la casa.

«Tienes una casa espléndida» dijo Victoria con el tono que habría usado hacia un extraño.

«Podrás hacer todas las mejoras que desees». Se aclaró la voz nervioso. «Tenemos poco tiempo, Vic, no podemos perderlo hablando tonterías».

Ella apretó los labios y miró hacia otro lado.

De repente, Jared sintió que su corazón se paraba. Sabía que no podía ser más que él la causa de toda esa tristeza.

En un cierto sentido, mejor dicho en más de uno, la había traicionado, a ella y a sus expectativas. No era tan ingenua como para no haber entendido, y avalando las sospechas que ella podía haber alimentado, estaba la falta de contestación a las cartas que le había enviado. Él mismo habría difícilmente creído que ese largo silencio dependía de otra cosa más que de desinterés.

¿Qué le podía decir ahora? Ya le había hecho muchas promesas que no había mantenido. Era inútil hacer otras.

«Lo lamento. No te merezco, Vic» le dijo en tono neutro. «Ahora dime, con toda sinceridad: ¿has cambiado idea? ¿Quieres evitar el matrimonio? Si es eso, basta que lo digas y desharemos todo. Tu tía no espera otra cosa. Te llevará a París, o a Florencia, y cuando vuelvas todo habrá terminado. Yo sé cómo manejar el escándalo, sabes bien que es así».

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas y Jared no se lo esperaba. Por instinto habría extendido la mano para tomar una de las suyas, pero sabía que él era la causa de ese llanto y desistió.

Victoria no estalló en llanto. Parpadeando, reabsorbió las lágrimas y se recompuso.

Estaba luchando; Jared lo comprendió viéndola incapaz de quedarse quieta. La siguió mientras ella se adentraba en el jardín con pasos pequeños. La espera de una respuesta le pareció interminable.

«No quiero casarme con un hombre que no me quiere» susurró finalmente ella.

Había tanto dolor en ese susurro que Jared se odió profundamente. En dos pasos se le puso adelante.

«Victoria...» el viejo Jared, el libertino impenitente, se asustó por la violencia de la emoción que en ese momento lo sacudía. Si hubiera seguido su instinto, se habría puesto de rodillas, pero se dominó. ¿Qué podía decirle? Le

tomó una mano, un buen equilibrio entre el afecto que sentía y el peso que tenía en el corazón.

«No hay nada que vaya como debe ser, ¿verdad?» bromeó tristemente. «Hemos equivocado completamente el orden de las cosas. No recuerdo siquiera haberte pedido en matrimonio. Creo que es hora de hacerlo». Y diciendo estas palabras, tuvo la sensación de no poder respirar. Miedo, emoción, y algo que no supo definir, lo inundaron.

«No preparé un discurso, pero...»

Vic retiró su mano. «¡No me tomes el pelo, Jared!» exclamó picada.

«Soy muy serio».

Victoria entrecerró los labios, pero otra vez no habló, visiblemente atormentada por algo.

«¡No quiero esta farsa!» retomó agitada.

«Yo tampoco» admitió él. «Pero creo... que quiero nuestro matrimonio. No te sientas obligada por eso. Sé que estuve imperdonable, tienes todos los motivos para cerrar este estúpido tema y dejarme solo para arreglar el daño que he hecho».

Esta vez Victoria saltó y Jared notó el rayo que le atravesó la mirada.

«Creo que te quiero, Victoria, más de lo que soy capaz de decirte. Sería más simple si quisiera seducirte por una noche, sabría qué decir y qué hacer para convencerte, pero estamos hablando de toda la vida y no sé quién de nosotros está más asustado. Yo ciertamente lo estoy. Y honrado, si quieres ofrecerme tu mano».

Jared terminó con dificultad la última frase, le faltaba la voz. Justo a él, que siempre se vanagloriaba de lo fácil que le salían las palabras seductoras.

Cuando ella susurró un sí, casi inaudible, le pareció que nunca en su vida se había sentido tan aliviado. Tomó la mano que la joven le ofrecía, casi anticipando lo que habría sucedido en la iglesia en pocas semanas.

Victoria le hizo una trémula sonrisa, respondiendo a la que probablemente le iluminaba el rostro, por cuanto se esforzaba en no sentirse muy feliz.

Avergonzada, la mujer se le acercó y lo tomó desprevenido con un beso sobre la mejilla, fugaz y tímido como el de una niña, pero que le permitió aspirar por un segundo, su ya conocido perfume. Le impidió alejarse.

Esta vez tenía ambos brazos para retenerla: con uno le envolvió la cintura, mientras dejaba resbalar la otra mano sobre su nuca, encontrando la tibia piel debajo de los rizos que escapaban al elaborado peinado.

Le gustaba que fuera casi tan alta como él, le gustaba sentir contra él ese cuerpo menudo y flexible que se amoldaba tan bien al suyo.

El deseo lo atravesó, pero trató de que ella no se diera cuenta. No deseaba más que sellar ese momento con un beso, un pequeño, inocente, anticipo de lo que habrían compartido; pero haciendo eso sabía que se mentía a sí mismo, consciente de cuánto, la cercanía de Victoria encendía sus sentidos.

Quizás ella era consciente de ser tan seductora. La suya no era una belleza clásica, pero Jared se dio cuenta de que sentía nostalgia por la llama de sus cabellos; deseó poder liberarlos de las cintas y deslizar los dedos sobre ese oro fundido.

Iba a ser suya, se dio cuenta con alegría. Suya como nunca ninguna otra había sido.

Y él le pertenecería del mismo modo.

Deseaba saborear sus labios como nunca.

«¡Mr. Lennox! ¡Decoro! ¡Decoro!» graznó una voz desde la puerta del salón.

Victoria dio un salto para atrás, la cara roja y llena de vergüenza.

Lady Weird se había despertado, pero ambos estaban muy distraídos como para darse cuenta de sus movimientos y los había agarrado in flagrante. O casi, suspiró Jared desilusionado.

El sonido del bastón de paseo, un tamborilear que se volvió rumoroso en la grava del senderito, acompañó sus pasos aguerridos hacia la pareja.

«Para nosotras ha llegado el momento de retirarnos, Mr. Lennox» dijo, aferrando el brazo de él con una sonrisita. Era enérgica de forma sorprendente, notó Jared, literalmente arrastrado. «Espero que hayan aprovechado como se debe la ocasión. Mi sobrina está desaprovechada y nada como un beso bien puesto, ayuda a las muchachas de su edad a florecer».

«Pero, ¡tía!...» protestó la joven en cuestión, que los seguía a un paso de distancia.

«Lamentablemente ha sido muy oportuna, milady. Mucho, para que pudiera regar como corresponde la flor en cuestión».

Lady Weird resopló. «¿Entonces su fama no es merecida? Creía que iba a verme obligada tenerlos bajo vigilancia hasta el matrimonio, pero por lo que parece tendré que *dormir* más de lo que me agrada. ¡Qué juventud!»

En los días siguientes, Victoria, no obstante no hubiera sido regada como se debía por esos besos prescritos por la tía, tuvo manera de retomar color y vivacidad.

Mientras los preparativos para la fiesta de compromiso procedían, la joven mujer fue absorbida por un huracán tan importante de salidas y eventos, que superó sus expectativas.

Lady Weird no podía admitir, ahora que la sobrina tenía un guardarropa adecuado, que se perdiera tiempo, y movilizó a todos sus conocidos para que fuera recibida junto a ella en los salones importantes, también esos en los que el prometido no era bien aceptado.

Victoria descubrió con exactitud cuán famoso era Jared en los ambientes frecuentados por la tía: no se le decía explícitamente algo ofensivo, pero por las miradas, por los susurros, por ciertas veladas alusiones, le llegó la neta dimensión de los chismes relacionados con él, y que ahora la tocaban a ella aunque el patrocinio de Lady Weird la pusiera al reparo de lo peor.

Pero esos chismes no eran nada con respecto al peso que desde hacía unos días se había asentado en el corazón de la joven mujer.

Cuando vio nuevamente a Jared en Londres, Victoria venía de un periodo agotador, durante el cual, el postergado silencio de él le había hecho pensar que se había olvidado de ella.

En esos largos días en Killmore Court trató de repetirse a sí misma que no tenía motivo para sentirse desilusionada: después de todo, ¿no le había asegurado a Jared que estaba perfectamente consciente del rol marginal que tendría en su vida? Sin embargo, por un tiempo se hizo ilusiones de que el hombre quería cambiar por ella y esto había movido su corazón, que luego fue aplastado por una realidad diferente, delineada por el silencio de Jared que siguió a su partida y a sus cartas.

Llegó a Londres con la última lucecita de esperanza, pero ese encuentro, con la casa llena de perfume femenino y él a medio vestir, había apagado esa última lucecita. No obstante todo eso, su estúpido corazón había vuelto a esperar, gracias a su misiva, llena de arrepentimiento y de buenos propósitos.

Le había creído, recriminándose cada día por esa debilidad.

Los días siguientes a la llegada a Londres habían sido pesados, pero no era solamente el ir y venir de costureras y modistas lo que le hacía dura la jornada. El verdadero peso de su corazón había llegado de otro encuentro, del cual no quiso hablar ni con Jared ni con la tía Erinia.

Entre una prueba y la otra, una mañana le llegó una nota llena de palabras desesperadas, en la cual se le pedía un encuentro.

Había habido otro encuentro.

Victoria tuvo que mentirle a su tía para no darle explicaciones que habrían sido penosas y difíciles: se inventó que una de las docentes del colegio deseaba verla.

Quizás Lady Weird sospechó algo viendo a la señora elegante que se presentó en su casa, y con la cual Vic se retiró a un saloncito. Pero si sospechó, no pudo llegar a una verdad tan inconcebible; es decir, que una de las amantes de Jared hubiera tenido el descaro de presentarse a su puerta.

La señora Warren parecía diferente: no estaba agitada, sino resignada y seria al punto de sorprender a Victoria; declaró con dolor que había recurrido a ese encuentro luego de días de indecisión y tormentos.

A su decir, hubiera querido ahorrar a Victoria una visita tan incómoda y había dudado hasta último momento, pero luego, finalmente, venció su deseo de hacerle bien a una joven que se había demostrado tan buena como ella: Victoria tenía que saber qué tipo de hombre había elegido. Tenía el derecho de estar preparada, y la señora Warren, para recompensarla por la gentileza que tuvo con ella, se ocuparía de ese ingrato deber.

Victoria no pudo hacer menos que espiar el vestido de la mujer, para entender si entre los blandos pliegues se notaba la curva del embarazo. Las dudas volvieron a atormentarla con prepotencia.

La señora Warren observó por mucho tiempo a la muchacha, y con satisfacción se acarició el vientre. No dijo nada, pero su discurso hizo un giro dramático. Sobre su matrimonio pesaba la sombra del divorcio: escándalo detrás de escándalo. Luego de su intento de fuga con Jared el señor Warren no quería saber nada más con ella.

Las frases se hicieron cada vez más explícitas, y la causa de todos los problemas de la señora fue atribuida a Jared, el seductor que pasaba con ligereza de una mujer a la otra, satisfecho sólo con la conquista y nunca capaz de tomarse responsabilidades. Un hombre peligroso, cruel, sin moral alguna y listo para mentir sin pudor para mantener una apariencia de respetabilidad cuando le servía.

Al inicio, Victoria trató de no creer en esas pesadas acusaciones, arrepentida de haberse encontrado con la mujer, pero luego, frase tras frase, también la barrera de confianza que le había otorgado a su prometido, comenzó a agrietarse, dejando pasar entre las hendiduras la termita de la duda.

Victoria escuchó, sabiendo lo inútil que era tratar de combatir de alguna manera, y con gran sangre fría se mantuvo tranquila todo el encuentro sin dar señales de haber sido golpeada por todas esas acusaciones. Se limitó a agradecer a la señora Warren por la atención y la saludó con cortesía.

Todo lo que vino luego fue devastador. Por un lado, se arrepintió de no haber defendido a Jared (¿pero cómo defenderlo si todavía tenía delante de los ojos el estado en que se había presentado? ¿Cuando todavía tenía en la mente el perfume de la mujer con la cual, por poco, no se había hecho sorprender?), y por el otro, sentía que era ella la que tenía que ser defendida, consolada, tranquilizada.

Podía no querer creer en las acusaciones, pero no podía evitar sentirse contaminada.

Hablar con Lady Weird era imposible: no habría buscado la verdad, simplemente habría obligado a Victoria a romper el compromiso, mientras la joven seguía, contra toda lógica, queriendo ese matrimonio.

Ni siquiera ella entendía el por qué. Aunque tiraran fango sobre él, no podía no sentir por Jared esa extraña mezcla de sentimientos. Simpatía, solidaridad, una suerte de comprensión. Había una parte de ella, obstinada y resuelta, que había elegido defender hasta lo último al hombre.

¿Creía en el cuadro pintado por la señora Warren? Si. No podía hacer otra cosa. Y no. No podía ser verdad.

Desde ese horrible coloquio la muchacha no tuvo paz, constantemente combatida entre la lógica que le decía que la señora Warren tenía razón y que escapara de Jared y sus complicaciones, y su propio sentir, dominado por un instinto inexplicable que le sugería que confiara en él.

El gran y secreto dolor de Victoria era uno solo: ¿Jared la había usado a ella como a todas las demás? Mejor dicho, ¿la estaba usando más que a las demás, aceptando que ella le diera respetabilidad para poder continuar con una conducta todavía peor? ¿Pero no había sido ella misma la que le ofreció esa posibilidad en un plato de plata, mostrándose consciente de lo que incluía?

Entre una muestra de telas y una prueba de vestidos de día, entre un té con la tía y la redacción sin ganas de una carta a las hermanas, Victoria tuvo

tiempo de pensar todo y el contrario de todo, de atormentarse y de enojarse consigo misma, con Jared, con la señora Warren, con el mundo. Y con nadie.

Con todo eso en la cabeza, no había de qué sorprenderse si a la cena con Jared había llegado con los nervios a flor de piel, hasta el punto de parecer silenciosa y triste, incapaz de charlar con él las dudas que la atenazaban y le arruinaban la vida.

Entre todas, la que le envenenaba mayormente el ánimo, era la sospecha de que verdaderamente la señora Warren esperase un hijo de Jared, y que él negara su relación para librarse del escándalo que se habría desencadenado.

No le habría sido posible hablar del tema con él, ni siquiera con más tiempo a disposición y con un estado de ánimo menos agitado. Aunque fuera una muchacha moderna, no tenía la suficiente confianza para poder enfrentar libremente un argumento tan delicado: en todo caso, si Jared hubiera sido de verdad el simulador que la señora había descrito, no habría llegado a la verdad ni siquiera preguntando directamente.

Al final, Victoria llegó a la conclusión de que la verdadera pregunta era una sola: ¿estaba dispuesta igualmente a casarse con Jared a pesar de todas esas dudas?

Y la respuesta que se daba invariablemente era sí, pero Victoria decidió que la sinceridad hacia sí misma tenía que quedarse allí, y que era mejor no tratar de entender el por qué de toda esa determinación.

La cena en casa de Jared inauguró para la joven el inicio de su anómala, pero no por eso menos vertiginosa, Estación. Los compromisos tomados por la tía fueron tantos y tales, que desde ese momento en adelante Vic tuvo poquísimo tiempo para dedicar a sus propias elucubraciones, y eso le fue de gran ayuda.

Era una muchacha con espíritu: una vez guiada de forma justa, valorizada con afecto y atención, la alumna rebelde se transformó en un instante en una mujer interesante y rica de fascinación.

Con las voces que la habían precedido a Londres, por otra parte, habría sido interesante para la *alta sociedad* si se hubiera demostrado una virgencita plantada.

¿No era quizás, la cuñada de Lord Killmore? ¿Esa expulsada de los mejores colegios (en realidad había sido solamente uno, pero *la calumnia es un viento*) por sus indecibles travesuras? ¿Y no se había, quizás, unido, no obstante la oposición de los Killmore, a uno de los más conocidos libertinos de la ciudad? Bastaba agregar los últimos dos ingredientes, el patrimonio de

él, y la que se decía, era la dote de ella gracias a la intervención de Lady Weird, y se puede imaginar cuánto era esperada Victoria en la sociedad.

Ella y Jared habían sido por semanas fuente de charlas inextinguibles, y el hecho de que Lady Weird, estimada y temida aristócrata, hubiera tomado con seriedad el asunto, volvió todo mucho más interesante.

En los días que siguieron, Victoria tuvo modo de ver a Jared solo en raras ocasiones: desde el inicio, él puso en claro que no habría frecuentado mayormente la *alta sociedad* solo para mostrarse al lado de ellas. Tenía un círculo de amistades diferente y tampoco esas compañías le interesaban más, por lo cual prefería reducir al mínimo sus salidas.

Victoria se encontró catapultada al mundo de las debutantes, a pesar de no ser una de ellas. Las otras jóvenes de su edad, o un poco mayores, la miraban con curiosidad, algunas con acritud. De Lady Merrit, una chismosa amiga de la tía, pudo saber que algunas de las muchachas habían tratado en vano en muchas ocasiones, de obtener el lugar de la señora Lennox que en breve sería suyo: era más que lógico que la prometida de Jared, conocido, sí, como libertino, pero también como excelente partido, llamase la atención y la envidia de muchas señoras y señoritas.

Y esto explicaba, en parte, por qué Jared quería mantenerse lejos de esas miradas opresoras.

Si sobre las mujeres Victoria tenía un efecto negativo por su posición, sobre los hombres tenía el efecto contrario gracias a sus dotes.

Siempre se le había hecho notar que el suyo era un tipo de belleza diferente, no a la moda. Sus cabellos rojos habían sido definidos muy llamativos, su cuerpo alargado muy delgado como para gustar, pero su ingreso en los salones y en las salas de baile, fue igualmente acompañado por el éxito. Quien no era conquistado por su belleza, lo era por su ingenio.

Noche tras noche, Lady Weird vio a la sobrina triunfar en la sociedad gracias a su simpatía, a su cultura no escondida detrás de pudores hipócritas, y hasta a su incapacidad de observar las reglas. Increíblemente, todo lo que en la familia la había vuelto poco querida, para esos extraños, exigentes y selectivos, era, en cambio, fuente de apreciación.

Los jóvenes le zumbaban alrededor como abejas: si hubiera sido una debutante, se habría convertido en la estrella de la estación.

La muchacha saboreó por primera vez el gusto de la notoriedad, la emoción de sentirse deseada, y esto le dio la seguridad que le faltaba y que la volvió todavía más amable a los ojos de todos.

En breve, Victoria Arden fue acogida por la alta sociedad, y aprobada.

Jared se unió a ella y a la tía solamente un par de veces, en el teatro y en un concierto.

La repentina notoriedad de la prometida lo sorprendió. Parecía hasta orgulloso de ella y hacía lo apropiado para valorizarla ulteriormente.

Victoria, por su parte, se sentía casi borracha por toda esa vertiginosidad de bailes e invitaciones.

Durante el día la tía recibía solamente por la tarde, considerando las horas tempranas enemigas de su aspecto hasta la hora del almuerzo. Jared escribió varias veces a Vic, pero pudo verla solamente entre las hordas de nuevos amigos de ella.

La fiesta de compromiso había sido fijada de ahí a dos semanas, el tiempo suficiente para permitir a los famosos “invitados seleccionados” librarse de cualquier precedente compromiso. La curiosidad y la espera del evento organizado por Lady Weird para la sobrina estaban en el cielo, acrecentado por el hecho de que la aristócrata hacía muchos años que no habría su casa a invitados.

Obviamente, lord y Lady Killmore fueron los primeros en garantizar su presencia, ya que comenzaba a hacerse notar, por otro lado, la falta de parientes alrededor de la joven novia.

Los días volaron para Victoria, hasta el punto de hacerle olvidar la desagradable conversación con la señora Warren y las dudas que había nutrido, luego de ese encuentro, hacia el prometido. Para decir la verdad, Victoria había comenzado a perder de vista el motivo por el cual se encontraba en Londres: las abundantes diversiones y la escasa presencia de Jared a su lado habían vuelto el compromiso casi un evento lejano, inmerso en la niebla, ofuscado por las luces trémulas de las velas en los bailes, por los giros de las danzas con caballeros siempre nuevos y diferentes, por la exhibición de vestidos y sombreros. Y en efecto, también por la presencia inesperada de admiradores que halagaban mucho su amor propio.

Entre todos, particularmente insistente, hizo su aparición un joven que ella conocía desde hacía mucho tiempo, Mr. Fraser, vecino de casa de sus padres en Ashford. Hacía muchos años que no lo veía, y cuando se presentó, Victoria tuvo dificultad para reconocer en el agraciado dandy al gordito que recordaba.

Mr. Fraser se había ocupado, desde su primer encuentro en uno de los bailes, en retomar su antigua relación de vecino bajo los ojos complacidos de

Lady Weird, y en ausencia de Jared, que había faltado a cada uno de los bailes a los que había sido invitado.

Con la excusa de transmitir noticias frescas de la familia de Victoria, se había entretenido con las señoras por mucho rato, lo bastante como para ganarse un lugar cercano a Victoria en la mesa y una invitación a la recepción en su honor.

El día después, había una nota suya entre las dejadas esa mañana para Lady Weird y Miss Arden, en la que anunciaba una visita esa tarde.

A Victoria, Arthur Fraser nunca le había gustado particularmente, pero tenía que admitir que lo conocía desde que eran niños, cuando el único interés de él era criar caracoles, y que desde ese tiempo no había tenido muchas ocasiones de conocerlo mejor.

La tía Irene se había entusiasmado enseguida, de una forma que resaltaba todavía más la frialdad que dirigía hacia Jared.

Por eso, esa tarde, fue totalmente incómodo para la joven mujer encontrarse entre su prometido y el nuevo admirador, y la tía Erinia fue más afectuosa con éste último.

Jared, finalmente, había dejado la casa con una cierta anticipación y con aire bastante contrariado.

Desde esa tarde, Vic había visto a Mr. Fraser más a menudo que a él y cada vez con menor placer.

Llegó también el fatídico día de la recepción.

Victoria comenzó ese día con los nervios a flor de piel.

Desde la mañana temprano fue invadida por una vivaz anticipación. Lady Weird quería hacer parecer que no le importaba, pero su agitación era evidente igual que la del mayordomo y el ama de llaves, los cuales comparecían por turno para las preguntas más disparatadas con una frecuencia exasperante.

Por su parte, Victoria fue tomada por asalto por la doncella personal de su tía, que había recibido el encargo de prepararla para la ocasión y le hizo pasar las horas más penosas de su existencia, a furia de tirones de cabello y quejas: los rizos eran muy pronunciados, la cabellera indomable, no habría podido realizar el peinado *à la page* que madame había ordenado.

El resultado final, al contrario de lo que Victoria se había esperado luego de tantas horas de suplicio, fue un peinado de una sobriedad extraordinaria, que parecía copiada de una estatua griega. La dificultad de plasmar los rizos rebeldes en esa forma sería un secreto entre las dos mujeres.

Simple también era el vestido que la excéntrica Giselle, la costurera de la tía, había confeccionado para ella: tomó inspiración en la moda más reciente de París para un traje de muselina tan impalpable, que si debajo no hubiera habido varias enaguas, no hubiera quedado nada por adivinar.

Se eligió para ella un color marfil, con pequeñas decoraciones en amarillo azafranado. A Victoria no le gustaba particularmente tener el aspecto de una escultura de mármol, pero la tía había aprobado el efecto del conjunto y la muchacha fue enviada al ingreso para esperar a los invitados.

Para entretener la noche se contrató un cuarteto de arcos, que en ese momento estaba afinando los instrumentos en el salón grande, libre de todo tipo de muebles, donde se abrirían las danzas.

Los primeros en llegar fueron los Killmore. Desde hacía unos días se habían transferido a la ciudad para estar cerca de Victoria y Jared en esa ocasión. Su casa en Berkeley Square era usada por Roger como *pied-à-terre* cuando tenía que presenciar las sesiones del Parlamento, pero Harriet prefería esperar su regreso en la campiña y no se trasladaba casi nunca de Killmore Court; por tal motivo, la presencia de ambos en la ciudad, de por sí, constituía un pequeño evento.

En poco tiempo, por la puerta de la propiedad desfilaron los carruajes de los invitados, de los cuales descendían damas con vestidos tan preciosos que Victoria tuvo miedo de romperlos cuando las señoras se acercaban a saludarla.

Jared se presentó casi tarde, haciendo enojar a Lady Weird, que lo esperaba desde casi la hora del desayuno y le había enviado repetidas notas ordenándole llegar temprano.

Vic, en el ingreso del salón, advirtió su presencia antes de verlo. Un escalofrío, una emoción inexplicable la recorrieron y, mientras alzaba la cabeza de la enésima reverencia a la enésima aristócrata de mil apellidos, tuvo la impresión de que un nudo le subía a la garganta.

Al fondo de la escalera que conducía al primer piso, en la penumbra del atardecer, Jared la había estado observando, quién sabe por cuánto tiempo.

Solo cuando ella se dio cuenta de su presencia el caballero se adelantó. Impecable, con paso plácido y una sonrisa pícaro, llegó hasta su prometida, que se descubrió incapaz de decir nada.

Había elegido chaqueta y pantalones oscuros, en contraste con el chaleco de seda damascada blanca. La corbata nívea, anudada a la última moda, estaba

asegurada por una pequeña joya en oro y brillantes, un punto de luz que hacía el conjunto más refinado.

Se inclinó delante de ella y de Lady Weird con clase. Tía Erinia, con la misma clase, lo insultó por la tardanza.

Victoria se movió incómoda, haciendo resbalar el chal de seda clara que llevaba sobre los hombros. Jared no perdió la ocasión para ayudarla a colocarlo en su lugar y tocarle levemente el brazo desnudo con una caricia rápida que la hizo sentir un escalofrío de emoción.

La tía, observándolos con aire impasible, intimó a la joven mujer a hacerse acompañar por él al salón, algo que tendría que haber hecho ya desde hacía un tiempo.

Faltaban pocos invitados y ella misma se habría reunido con el resto en un momento.

Jared le ofreció el brazo y a ella le pareció que no podía respirar.

¿Qué le estaba pasando?

Jared se movía muy lentamente y Victoria se adecuó.

«Estás magnífica esta noche» le susurró.

El tono con el cual le dijo esas palabras era tan confidencial, tan seductor, que Victoria sintió el calor que le subía al rostro. «No puedo creer que...»

Pero ese momento de intimidad fue interrumpido bruscamente por Lord Killmore, que del otro lado del salón los había visto y se había puesto en camino hacia ellos.

15

Roger Killmore estaba complacido. Complacido de cómo Lady Weird había organizado la recepción, complacido de estar presente, complacido de los otros invitados tan importantes, complacido de la transformación de Victoria en esos días.

La mirada fría que dirigió a Jared, en cambio, mostró cuánto desaprobaba su comportamiento presente y pasado. Un segundo después, también ella, radiante y espléndida en un rico vestido de seda blanca y amarillo claro, llegó para arrastrar a la hermana hacia una tercera señora.

«Tendrías que haber estado más cerca de Victoria en estos días. Y llegar después que los invitados ha sido imperdonable» dijo a media voz Roger, de manera que solamente él lo escuchara.

«No llegué tarde» replicó pacificador Jared. «Al contrario, me quedé observando por un buen rato a los invitados que entraban, desde la calle».

Roger lanzó una mirada a Victoria, al lado de su esposa, en medio de un pequeño grupo de mujeres en el cual saltaba a la vista un solo hombre.

«Mr. Fraser sabe cómo gustarle a las señoras. Harriet quedó muy complacida por su cambio».

Jared, luego de una rápida mirada dirigió su vista hacia otro lado. «Un dandy sin consistencia».

Roger sonrió y se alisó los brillantes bigotes. «Al contrario, es muy *consistente*, una propiedad de siete mil esterlinas al año y varios intereses en la marina mercantil».

«¿Estás tratando de decirme algo?» soltó el otro, y a continuación sonrió a una señora que se había dado vuelta sintiendo el sonido áspero de su voz.

Roger empujó a su hermano hacia la ventana cercana a la orquesta, donde nadie podía sentirlos.

«Estoy tratando de ponerte en guardia. Me pareció entender que Victoria está interesada y tienes todas las razones: se ha transformado en una señora; ni yo mismo creía que pudiera volverse en este poco tiempo tan refinada y educada. Pero justamente por eso...»

Jared, que ya traía desde hacía días un mal humor por ese *dandy inconsistente*, frunció el ceño.

«¿Ahora la merezco menos?» replicó con los dientes apretados.

Roger lo enfocó. «Justamente por eso» retomó seco «ha llamado la atención de varios caballeros. Es verdad que están oficialmente comprometidos, pero debes estar atento. *Ella* todavía puede cambiar idea si recibe suficiente atención. Y si tiene un poco de cerebro, lo hará».

Jared miró con otros ojos la escena que tenía delante. Fraser reía de gusto en medio de esas señoras, quizás por algo que Victoria había dicho.

Se dio cuenta de que Lady Weird había movilizado a cada conocido posible para introducir a la sobrina en la aristocracia y aprovechar así esa breve estadía en Londres para hacerla sentir cómoda en la alta sociedad.

Había comprendido el intento de la mujer, aunque le pareció muy orquestado: Victoria era una muchacha sola, que no podía contar con la familia o las amistades. Si él se revelaba un bruto, por lo que parecía, al menos tendría a su alrededor el apoyo de la *aristocracia*, que le abriría todas las puertas posibles.

No pensó que la vieja mujer todavía tuviera la intención de librarse de él y de encontrar otro pretendiente para la joven.

Fraser, que ya le caía antipático, se volvió odioso, porque una cosa era admirar a Victoria, y otra era disputarla con el beneplácito de la familia.

«Veo que has entendido» agregó Roger, siguiendo la misma dirección de su mirada. Jared recibió, no sin maravillarse, una palmada sobre la espalda por parte del hermano. «Tener al lado a la mujer adecuada es un don que no hay que dejar pasar. Si has decidido, sé hombre».

El Vizconde se alejó con paso flemático, abandonándolo en las garras del ansia.

Otra vez se había equivocado dejando sola a Victoria en esas semanas. No se animó a acercarse a ella con toda esa gente que lo despreciaba, con razón o sin ella, y que siempre había evitado.

Desde hacía un tiempo, en efecto, sus relaciones eran menos nobles y más ligeras; la pequeña nobleza y los ricos burgueses que se movían al margen de la alta sociedad. No amaba el juego, ni la ostentación, por lo cual estaba excluido de la mayor parte de amistades que contaban. No tenía suficientes títulos como para ser considerado y era dueño de una reputación que lo dejaba fuera de los ambientes en los cuales Lady Weird tenía que introducir a la sobrina.

Si hubiera sido más astuto o menos orgulloso, se habría acercado a la dama con desenvoltura y habría hecho suyas esas compañías. En cambio, fuera

por temor a no ser aceptado, o por miedo a poner incómoda a Vic, se mantenía lejos, apareciendo en esas ocasiones en que se sentía seguro.

Otra vez sintió el ardiente deseo de cargar a la prometida en un carruaje, esa misma noche, inmediatamente, y llevarla a Hidden Brook.

Soñaba el lugar como si hubiera sido el Edén. Como si ahí le fuera concedido encontrar la inocencia primera; como si ahí pudiera convertirse en un Adán puro, y ella, la mujer que amaba, en una inocente y limpia Eva.

Y fue ese pensamiento el que le dio por primera vez la consciencia de estar enamorado de ella.

No pudo reaccionar. Miraba a Victoria, ésa que ahora asemejaba a una diosa griega inmortalizada por Fidias, y le volvió a la mente el recuerdo de ella, magnífica diosa pagana, refrigerio de sus fiebres. Y quizás, se dijo, la había amado ya en ese momento. Ya desde esa noche se había vuelto suyo.

No podía escapar de esa verdad increíble, ni lo quería: su viejo yo ya se había ido; su nuevo yo estaba subyugado por esa joven, extraordinaria mujer que había entrado en su vida por casualidad y por locura.

La mano se movió hacia el bolsillo. La chaqueta le restituyó al tacto la forma circular del anillo que custodiaba.

Lo había elegido para ella, una especie de resarcimiento por todos los inconvenientes que le había causado: una esmeralda de una tonalidad que le recordaba a sus ojos.

Había ido a elegir un anillo para el matrimonio, y había vuelto a casa, luego de haber gastado una fortuna, con dos joyas, el anillo que le daría durante la ceremonia, y ése, que inmediatamente lo había atraído.

Lo llevaba en el bolsillo desde hacía varios días, y no había encontrado todavía la ocasión de regalarlo a Victoria. A ese paso, tendría que pasárselo a Fraser, que lo usaría en su lugar.

Un ataque de rabia le dio la determinación que le faltaba, entonces, antes de que el invasivo joven se asegurase los mejores bailes a pesar de la fiesta de compromiso, se acercó al grupo y se colocó al lado de su prometida.

Apenas estuvo a su lado la sintió reaccionar. Jared se dio cuenta de que tanto ella como él, advertía esa extraña, increíble energía que los sacudía cuando estaban juntos. Si hubiera sido su esposa, si ya hubiera sido suya, se habría arriesgado a tocarla para recoger de ella las señales de la atracción que los atravesaba, pero las reglas imponían que entre ellos no hubiera contacto de ningún tipo.

Le habría bastado tener una de sus manos entre las de él, pensó absorto.

«Creo, mi querida, que podemos iniciar el baile. Tu tía está haciendo señas, por allá». Con aire triunfante, Jared llamó la atención de ella, socorrido por los eventos: en efecto, Lady Weird ya se estaba acercando lista para llamarles la atención.

Ya que eran los festejados, les tocaba a ellos abrir el baile, y los tiempos apretaban.

Las parejas de baile no eran muchas, solo cinco, por lo tanto, el espacio resultó más que suficiente para todos.

Jared sentía una especie de exaltación quitando a Victoria de las manos del dandy, finalmente autorizado, o casi, a pasar la mano sobre la espalda de ella, para conducirla al centro de la sala, donde los bailarines se moverían. Fue suficiente un leve toque para que ella levantase hacia él una mirada perdida, casi asustada, cargada de preguntas: era verdad que le bastaba poca cosa también a ella para turbarse, exultó para sus adentros el hombre. Q uiso apoderarse de esa boca medio abierta y rosada, pero Victoria ya se había alejado y estaba frente a él, compuesta y seria, para no perder el inicio de la danza.

Nunca había sido un amante del baile, pero en esa ocasión en la cual se le concedía un raro momento de intimidad con ella, bendijo su invención.

Los dos bailes que pudo compartir con la joven le parecieron un parpadeo. Intercambiaron pocos comentarios; Jared estaba inmerso en sus propios pensamientos como para poder hacerla partícipe.

Temía asustarla con la nueva euforia que sentía pensando en ellos dos juntos, en los proyectos que quería compartir con ella.

¿Pero cómo explicarle, cómo hablarle de esos sentimientos? Le parecía imposible.

Dos días después, así lo había establecido Lady Erinia, partirían en caravana hacia Hidden Brook, y luego de haber visto cómo la juventud londinense se movía alrededor de Vic, Jared no veía la hora.

Terminados los dos primeros bailes, Victoria fue absorbida por la tía que la llevó a hablar con una queridísima amiga. Jared no estaba obligado a seguirlas, por lo cual, no interesado en otros bailes, trató de buscar alguien con quien hablar en la espera de volver a tener para sí mismo a Victoria.

La sala se volvió sofocante, no obstante las ventanas abiertas a la noche londinense. Había todavía cuatro parejas bailando una *alemanda*, mientras alrededor se iban formado grupos de grandes amigos compenetrados en conversaciones privadas.

Como siempre, se sintió un pez fuera del agua.

¿Cómo habría podido darle a Victoria ese mundo, que parecía gustarle inmensamente, cuando él lo rechazaba cada día más?

Jared dejó el salón, sabiendo que en la planta de abajo había sido abierto el acceso al jardín. Frente a ése, el suyo, que ya se podía considerar un lujo en el centro de Londres, podía definirse un pañuelo de tierra.

Había un caminito con forma de X en cuyo centro descansaba una fuente de mármol, circundada por cuatro parterres triangulares, delimitados por arbustos tan bien organizados, que parecían suaves almohadones. Por ese caminito Jared alargó sus pasos.

Probablemente, en breve sería servida la cena, que, a falta de otra cosa, lo obligaría a sentarse junto a Lady Weird como invitado de honor: ya había aprendido a seguirle la corriente a la señora y no le prestaba atención, más que para tomarlo como una diversión a sus maldades gratuitas y a sus disparates de fanfarronería.

Las ventanas de todas las habitaciones que daban hacia el jardín estaban abiertas e iluminadas. Jared reconoció la sala de música del primer piso y uno de los salones de la planta baja, ése que también hacía de biblioteca y en el cual la aristócrata recibía a los amigos más íntimos.

Este último no tenía acceso directo al jardín, sino una amplia y aireada ventana.

Mientras el hombre paseaba entre los caminitos, se dio cuenta con estupor de que tenía una nota en el bolsillo externo. No recordaba haberla puesto, ni le venía en mente alguien que hubiera podido ponerla. Hubo un momento, en verdad, en el cual se encontró aplastado en medio de una pequeña multitud, pero no recordaba ni rostros ni particulares que pudieran ayudarlo a comprender la proveniencia.

Jared abrió la hoja plegada meticulosamente en forma de un cubito de papel, y se preguntó cómo no se había dado cuenta antes de haberlo recibido.

Curioso, se acercó a la ventana iluminada, la de la biblioteca, para leer, en un trazo confuso, una advertencia. Según el misterioso “amigo”, Victoria tenía un entendimiento con otro caballero. No decía mucho, pocos renglones para ponerlo en guardia de casarse con una mujer de apariencia angelical, pero de intenciones turbias. Una muchacha en cuyo pasado había manchas indelebles, graves al punto de haberla hecho expulsar de la escuela.

Jared estaba por arrugar el papel, casi seguro de que se trataba de una idea de Roger, aunque no estuviera en su estilo un chiste de tan pésimo gusto,

cuando de la salita a pocos pasos de él le llegó un movimiento.

Victoria, mientras el prometido rumiaba sus problemas en el jardincito de la tía descubriendo misteriosas notas en su poder, se veía en seria dificultad en el salón.

Si bien era la estrella de la noche, su carnet había sido tomado por asalto menos de lo que debía haber sido. Quizás por un tácito respeto a Jared, que había dirigido miradas turbias a cada caballero que se había acercado a ella, o quizás porque ella misma parecía menos dispuesta de lo acostumbrado a prestar atención a otros más que a su prometido, se había visto teniendo que dejar de bailar casi inmediatamente, luego de los dos bailes con Jared y uno con Mr. Fraser, que no había reconocido sus señales de fastidio.

El joven se había acercado mucho a ella en esas semanas, pero por motivos que solo él, Harriet y la pobre tía Erinia, obligada a presenciar cada visita suya, sabían.

Fraser, en efecto, como ya habían señalado las dos hermanas en un diálogo de un tiempo atrás, tenía solamente un interés en la mente: su granja.

Su amor por las ciencias agrarias era desmesurado. Su hacienda contaba con los mejores bovinos del condado, y, quizás, de toda Inglaterra. Vacas de carne, tan gordas que impresionaban; vacas de leche tan bien alimentadas que permitieron la apertura de un floreciente tambo en la granja; desde hacía poco tiempo, el nuevo orgullo de Mr. Fraser era el magnífico, opulento rebaño de ovejas recientemente llegado, no sin un importante gasto, desde Escocia, gracias a un audaz emprendimiento comercial.

Si piensan que mi descripción de sus actividades es exagerada y aburrida, es porque no escucharon, en cualquier recepción, sus largas disertaciones, que Victoria, como amiga de la infancia y como vecina de casa, había tenido que presenciar.

Si Jared hubiera prestado atención a los espesos diálogos entre él y la muchacha, se habría quedado más tranquilo, deponiendo para siempre cualquier tipo de celo. En cambio, obstinándose en mirarlos desde lejos fingiendo no estar celoso, se había perdido el aburrimiento mortal de sus conversaciones a base de vacas, forraje, lana y queso.

No era que a tales argumentos les faltara real interés: por el contrario. Pero para una jovencita crecida entre clásicos y novelas, bordados y piezas musicales, las enfermedades que amenazaban a los rebaños ingleses eran de escaso atractivo.

Esa noche, para no crear peligrosos precedentes, Mr. Fraser se había prodigado, como siempre, en entretener a la joven con sus propias actividades. Por otra parte, había llegado a Londres por negocios; era por pura casualidad que había encontrado a sus conocidos de Ashford: casi una señal del destino haber encontrado oídos tan bien dispuestos a compartir su interés por el campo. ¡Justo él, que dejaba tan pocas veces la granja! Había considerado a Victoria, primero, y a Harriet después, casi un ancla de salvación, un apéndice de su amada casa lejos de ella. Poco importaba que no viera a ninguna de las dos desde que ellas llevaban trenzas (para Victoria no había pasado mucho tiempo): las dos jóvenes mujeres le hacían pensar en Ashford; Ashford le hacía pensar en las vacas y las vacas le hacían pensar en... las vacas.

Y de vacas habló con Victoria también esa noche. Habló apenas la vio; habló durante el baile. Paró cuando la muchacha, buscando una vía de escape o una forma de disuadirlo, buscó refugio en otros conocidos.

Mr. Fraser era incansable, y cuando hablaba de su granja empleaba todo el ardor del que disponía.

Victoria, que comenzaba a sufrir del hecho de que Jared se mantenía alejado también en la única noche que habrían podido y debido transcurrir cerca, buscó cualquier excusa para distraer a Fraser. Esperando librarse de él le había presentado a un Barón, gran amigo de su tía, conocido a su vez en el grupo de amistades por sus numerosos intereses en materia agraria, particularmente en la cría. O al menos así le pareció...

Desgraciadamente tuvo razón, y se encontró entre dos caballeros que hablaban de ovejas, rebaños, lana y esquila, lenguas azules y otros horrores de las enfermedades ovinas.

El Barón era un verdadero pozo de ciencia y enumeraba morbos desagradables con la facilidad con la cual otros habrían hablado de perros y del tiempo. El joven Fraser estaba totalmente encantado con el nuevo conocido y se mantenía atento a lo que decía.

Todo parecía presagiar que Victoria habría podido dejarlos con su conversación, cuando los dos, fuertes en su alianza recién nacida, colocaron a la pobre en el medio y salieron en una verdadera y propia cruzada: convencer a Victoria de que propusiera a Jared la cría ovina en su propiedad, considerándolo de lejos como la mejor inversión para un caballero.

Ella, para hacerlos callar y tratar de escapar, prometió que tomaría seriamente en consideración el asunto, y que hablaría lo más pronto posible

con su prometido, pero por diez buenos minutos se tuvo que beber todas las ventajas de las ovejas y de su cría. Fraser estaba tan convencido con la idea de difundir la cría ovina en los condados del sur, que hasta propuso a Victoria venderles, una vez casados, algunas de sus preciosas ovejas escocesas.

Era una propuesta generosísima; una oferta a la cual no se podía decir que no: Victoria trató de escapar, pero al final fue obligada a empeñarse y asegurarles que hablaría con Jared inmediatamente.

El Barón demostró ser una verdadera calamidad: hasta tenía en su activo varios opúsculos sobre la cría ovina. El drama se originó cuando el anciano señor hizo saber al joven criador que Lady Weird había sido homenajeadada con toda la colección de manuales, y que justo en *esa* casa, en *ese* momento, en la biblioteca, a pocos pasos de ellos, se encontraba un pozo inextinguible de información preciosa para las nuevas actividades de la granja de Ashford.

Victoria fue invitada a buscar dichos manuales, y se le suplicó hacerlo inmediatamente, ya que Mr. Fraser partía a la mañana siguiente para Ashford, y, una vez enterado sobre el contenido de los volúmenes, se había dado cuenta de que no podría vivir sin verlos. Lady Weird, que pocos pasos más allá supervisaba el salón, escuchó el discurso y, probablemente para librarse de los libros (los que, francamente, en su casa no eran necesarios) insistió en regalarlos al joven.

Molesta, pero aguijoneada por varios frentes, Victoria fue obligada a ceder y a dirigirse a la planta baja para buscar los manuales.

A pesar de que no había muchos libros, en el saloncito la joven tardó bastante para identificar las obras solicitadas, también porque las indicaciones de la tía habían sido totalmente indefinidas.

El cuarto había nacido, según las intenciones de quien lo construyó, como una biblioteca; una boiserie ocupaba la parte ciega, lista para contener decenas y decenas de libros. Pero además de unos pocos volúmenes que Lady Weird había considerado de su gusto, sobre los estantes, en general, había baratijas de todo tipo. Solamente algunos habían sido ocupados por libros y estaban colocados en el más absoluto caos: en medio de esa confusión debían estar los tres volumencitos solicitados por Mr. Fraser, pero podían estar en cualquier parte, al lado de Shakespeare, o de Galileo, o... Victoria enrojeció al encontrar una novela que había hecho furor en el colegio y que le había parecido tan sucia que había desistido de su lectura luego de algunas páginas.

Mientras navegaba por los títulos de las obras, se sentía aliviada de encontrarse un rato sola. Estar tan en el centro de la atención la ponía nerviosa

y Mr. Fraser, particularmente, había sido sofocante esa noche: le agradaba esa pequeña tregua.

Ocupada como estaba en su búsqueda, saltó cuando sintió abrir la puerta del cuarto que había cerrado a su espalda, y volvió a saltar cuando se dio cuenta de que quien había entrado era Mr. Fraser, que evidentemente la había seguido.

«¡Mi querida Victoria, no podía esperar!» le dijo agitado, acercándose a ella y comenzando a buscar también en los estantes los libros, sin los cuales no podía más vivir. «Solamente usted puede comprender cuánto este asunto me ocupa el corazón».

«Claro...» replicó ella tratando de ser cortés. No le gustaba mucho la idea de encontrarse a solas con él, pero sabía que cuando Fraser se metía algo en la cabeza, especialmente en relación a su granja y a sus ovejas, era imparable.

«¡Nada me interesa más! Este viaje mío a Londres no ha hecho otra cosa que confirmar lo que, como habrá comprendido, es para mí una pasión sin fronteras». Tomó de un estante un libro que debía ser de la serie “ovejas del Barón”, porque Victoria pudo ver una ilustración que reflejaba un rebaño.

¿Qué le podía responder? «Esta pasión vuestra lo honra...» replicó para parecer neutra y esperando no haberlo instigado a nuevas disertaciones.

«Y honra a usted el haber tomado en consideración mi propuesta. Comprendo que no será fácil convencer a su prometido, pero si es necesario, puede contar con todo mi apoyo».

Victoria se sintió morir pensando que ese joven asfixiante aprovechaba la ocasión para recomenzar con el discurso del rebaño que tenía que ser llevado a toda costa a Hidden Brook. Y peor todavía, que acariciaba la idea de importunar también a Jared con las ovejas y los carneros.

«Oh, creo que Mr. Lennox comprenderá... pero será mejor que me ocupe yo cuando tenga la ocasión, en el campo».

«Claro. Respeto vuestra decisión: son cuestiones delicadas y deben ser afrontadas en el momento justo. Pero Mr. Lennox es un hombre de mundo, sabe cómo están las cosas: entenderá que la oferta será una excelente ocasión también para él».

Victoria retuvo una sonrisita, pensando en sí misma durante un paseo en la hermosa campiña de Hidden Brook, indicando a Jared un prado diciendo «¡allí haremos pacer nuestras nuevas ovejas!»

Mr. Fraser vio la ironía en el rostro de ella y recomenzó, más agitado, cerrando con un clic el volumen. «Usted no me tomó en serio. Después de

todos estos días en que no he hecho otra cosa que abrirle mi corazón y compartir con usted mis conocimientos más importantes, ¡algo que solamente los más modernos criadores saben!»

«¡Lo he tomado en serio!» protestó Victoria. «Pero usted comprenderá que este no es el mejor momento para ese tipo de cosas. ¡Es mi fiesta de compromiso!»

Mr. Fraser se inclinó ligeramente. «Perdóneme. Soy propenso a dejarme transportar por el entusiasmo. Yo...» le pasó entre las manos el volumen y comenzó a sacar los otros de los estantes. Victoria abrió mucho los ojos. «No veo la hora de que venga a Ashford. Nunca he encontrado otra mujer que haya podido comprender como usted. Deseo mostrarle mis establos, mis rebaños, los rediles... creo que sólo en ese momento podrá comprender plenamente mi orgullo».

«Sucederá dentro de poco tiempo, señor» respondió ella, sobre cuyos brazos él había colocado los libros del Barón. Probablemente luego de Hidden Brook tendría que volver a casa, aunque fuera solamente con el objeto de tomar sus cosas para llevar a su nuevo domicilio de esposa. La perspectiva de volver a ver a Fraser la aterrizzaba.

«Creo que ahora tiene que ir. No ha sido adecuado seguirme aquí. Si Mr. Lennox me hubiera buscado...» le hizo notar molesta, consciente del hecho de que estar sola con él en ese cuarto, aunque fuera con la puerta abierta y la servidumbre que pasaba afuera no era el máximo del decoro.

«Perdóneme otra vez, señorita Arden. Me olvido fácilmente de las buenas maneras...»

Por fuerza, pensó ácida ella, no le servían para entablar conversación con las vacas, con las que pasaba su tiempo.

El joven se fue, muy feliz con el botín de libros con el cual dejaría la casa y Londres.

Jared, que todavía estaba en el jardín, se había encontrado al lado de la ventana justo cuando los dos, con breve distancia la una del otro, habían entrado. Y se quedó allí afuera, al lado de la ventana del saloncito, por casi todo el tiempo de la conversación. Las pesadas cortinas, que le impidieron ver lo que sucedía dentro, también les impidieron a los dos darse cuenta de su presencia.

«¡Mi querida Victoria, no podía esperar!» había dicho la voz masculina, que inmediatamente Jared identificó como la de Fraser. «Solamente usted puede comprender cuánto este asunto me ocupa el corazón».

La voz que había respondido, aunque tuvo dudas, era la de “su” Victoria.

«Claro...»

El hombre, escondido en el jardín, trató de dominar los celos que se abrieron camino en él, especialmente teniendo en cuenta la maldita nota del bolsillo que ahora comenzaba a tener una nueva, siniestra, perspectiva.

«¡Nada me interesa más! Este viaje mío a Londres no ha hecho otra cosa que confirmar lo que, como habrá comprendido, es para mí una pasión sin fronteras».

Eran palabras inequívocas y Jared esperó ardientemente sentir resonar una cachetada y pasos apresurados; en cambio, la voz de ella, dulce como siempre, había replicado «Esta pasión vuestra lo honra...»

«Y honra a usted el haber tomado en consideración mi propuesta. Comprendo que no será fácil convencer a su prometido, pero si es necesario, puede contar con todo mi apoyo».

Jared se sintió morir. No era difícil comprender de qué estaban hablando.

«Oh, creo que Mr. Lennox comprenderá... pero será mejor que me ocupe yo cuando tenga la ocasión, en el campo».

«Claro. Respeto vuestra decisión: son cuestiones delicadas y deben ser afrontadas en el momento justo. Pero Mr. Lennox es un hombre de mundo, sabe cómo están las cosas: entenderá que la oferta será una excelente ocasión también para él».

Jared se alejó destruido. Entonces, Victoria esperaría a estar en Hidden Brook y luego rompería el compromiso, lista para ser esperada en Ashford por su enamorado secreto.

Tomó la nota que había arrugado y la volvió a leer. ¿Quién podía haber comprendido eso que él ignoraba? Podría haber sido cualquiera, hasta el mismo Mr. Fraser para facilitarle la tarea a Vic. Pero también Lady Weir con su mente retorcida podría haber tejido una idea de ese tipo.

Otra vez Jared sintió el hielo que le bajaba al alma. Se había engañado, se había dejado ir y se había equivocado: para hombres como él no podía haber redención ni amor. Para Vic, haber encontrado otro admirador era una fortuna, algo que él, amándola, no podía más que desearle. Amándola nunca habría tenido que esperar pasar su vida con ella. Porque ahora sabía una cosa del amor que jamás se había imaginado que fuera posible: ella siempre sería más importante que nada. Hasta que su propia felicidad.

16

La campiña jamás le pareció tan bella como durante el viaje hacia Hidden Brook.

Tenía la sensación de que nunca había visto prados tan verdes, árboles tan frondosos, campos tan bien cuidados, villas tan pintorescas.

Tampoco había visto un caballero a caballo tan elegante y seguro como Jared, que iba al lado del carruaje en el cual Victoria y su tía se estaban dirigiendo a la propiedad de Surrey.

Había deseado ese viaje más de lo que había querido ver Londres, y el entusiasmo con el cual había afrontado los preparativos ofuscó temporalmente la sensación de que Jared, por un motivo que le era oscuro, estaba de mal humor con ella.

Desde la fiesta de compromiso le pareció que volvía a alejarse y a tomar distancia, pero no comprendía por qué.

Decidió dejar de lado esa desagradable sensación, tratando de convencerse de que se trataba de la normal tensión debida al tener que frecuentar, aunque por poco tiempo, un ambiente que no le gustaba.

En Hidden Brook, se repetía Victoria, conocería de verdad al hombre con el que estaba por casarse. Con la excusa de observar el nuevo panorama, Vic tuvo al hombre bajo sus ojos en un tramo del viaje. Él se había mantenido casi siempre al lado del carruaje, espoleando de vez en cuando a su caballo a un galope nervioso.

El sombrero hacía sombra sobre el rostro sudado y algo tenso, pero Vic estaba segura de que ni una sola vez su mirada había buscado la de ella entre las cortinas que la reparaban.

Qué le había sucedido, ella no alcanzaba a comprender, pero aunque quisiera evitar conjeturas, su mente ya había armado una buena serie de explicaciones.

En muchas de esas estaba el nombre de la señora Warren.

¿Cómo preguntarle algo para librarse de su propia atormentada duda? ¿Cómo afrontar un argumento inconveniente como el embarazo de esa mujer? Ni siquiera si hubiera sido su esposa por años habría podido hablarle de ese asunto tan incómodo y espinoso. Había podido dominarse y no pensar tanto en ello, pero el continuo mal humor de Jared le hacía proponerse conjeturas cada

vez más catastróficas, facilitadas por el viaje, que no le ofrecía grandes distracciones.

Tía Erinia, en cambio, exhibía el mejor talante de su vida.

La dama había decidido que se quedarían un par de semanas en Surrey, luego quería volver a Londres con su sobrina para organizar el matrimonio, sin lugar a dudas en St. George, en Hanover Square, el primer sábado posible.

El proyecto ya había sido establecido, más allá de las preferencias de los prometidos: no a la mañana temprano, porque *ella* no habría estado presentable; solamente pocos invitados, sobre todo, temiendo que los señores Arden encontraran otras excusas para no hacerse ver; un pequeño, señorial, exótico y original refresco en su casa, y luego los esposos se irían a atender sus asuntos.

Victoria había sentido a la tía repetir hasta el cansancio sus ideas para la organización, pero no había tenido todavía manera de compartir con Jared la información.

¿Quizás tenía que escribirle? ¿Quizás la frialdad de él se debía al hecho de que el contacto entre ellos luego de la recepción había sido casi nulo? En esos dos días pudo mandarle pocos renglones, incapaz de ser menos formal por la incomodidad que sentía ante la idea de que en breve compartiría más tiempo con él. Increíblemente, Victoria se sentía casi tan emocionada como esa primera noche en la que se había metido a escondidas en el cuarto de Jared.

El solo hecho de pensar que quizás, entre los bosques de la propiedad él aprovecharía la ocasión para besarla, le hacía bullir la sangre hasta provocarle mareos.

Mientras la joven pasaba de una contemplación a la otra, de un pensamiento a otro, de una alegría a un tormento, la tía entonaba monocorde su lamento por el fuerte calor dentro del carruaje.

Se daba aire perezosamente con el abanico, por lo cual, las plumas, infaltables en su sombrero, ondulaban descompuestas, en parte agitadas por el movimiento del vehículo y en parte movidas por el aire. Una visual de mal de mar, que la muchacha trataba de esquivar evitando llevar sus ojos hacia la tía.

Victoria había esperado que se durmiera, en cambio fue la que lo pasó mejor: entre el balanceo, las preocupaciones y las quejas, fue Victoria la que se deslizó en un sueño agitado que duró hasta la primera parada, durante la cual tía Erinia pudo comer tanto pastel de carne que dejó perplejos a todos.

El formidable apetito fue acompañado por una formidable sed, aplacada por cerveza clara, especialidad servida en la posta de caballos.

Cuando Vic quiso hacer un tímido comentario sobre la pantagruélica comida, la señora estuvo totalmente de acuerdo. «Muy acertado, en un viaje es mejor no excederse con el vino, querida» confirmó.

Entre las extrañezas y las pequeñas manías de la anciana mujer y los silencios rencorosos de Jared, a Victoria le sirvió toda su sangre fría y su gran deseo de llegar a Hidden Brook para no caer en un estado de ansia durante esas interminables horas de viaje, entre caminos polvorientos y calor insoportable.

Solamente en los largos trayectos entre los bosques el calor daba a las mujeres un poco de tregua. Entre las frondas, el carruaje procedía con mayor dificultad, más lento debido a las roturas del camino, pero al menos la sombra les daba alivio.

«Siempre que no nos ataquen malvivientes» refunfuñaba Lady Weird. «Pero no te preocupes, querida: estoy armada y me encuentro en grado de defender a ambas».

Victoria comenzó a preocuparse pensando que tía Erinia tenía un arma, pero si conocía a la mujer, no podía dudar de que en efecto era capaz de usarla.

Había que esperar, en ese punto, que Jared no la hiciera enojar.

El viaje, que inició con las primeras luces del alba, duraría al menos hasta la tardecita: todo dependía de la resistencia de Lady Weird y de las paradas necesarias.

En la segunda parada Jared se despidió de las señoras. Creía que era inútil cansar al caballo manteniéndolo a un paso lento, cuando habría podido proceder hasta la propiedad para preparar su llegada.

Victoria estaba un poco desilusionada, pero trató de no hacerlo notar. No sabía bien siquiera ella qué era lo que había esperado: ¿que la subiera consigo sobre su caballo y la llevara como en los cuentos?

La joven había mirado con reverente terror, desde lejos, el pura sangre negro que Jared montaba. Desde una cierta distancia era bellissimo, brillante, veloz, pero no se le habría acercado por nada en el mundo. Su nombre, Black Devil, se adaptaba con precisión a la idea que se había hecho del animal, de tiro impredecible y carácter inquieto. La ponía incómoda y no podía más que admirar la capacidad de Jared en el dominarlo con dulce firmeza.

El hombre dejó la pequeña posta luego de haber ingerido rápidamente algo en menos de la mitad del tiempo que Lady Weird empleó en su metódica y lenta comida del viaje.

Victoria se vio obligada a un rápido, formal saludo, no pudiéndose mover de la mesa debido a la tía.

En Hidden Brook, se repitió por enésima vez, todo sería diferente. Mientras tanto, Jared se había ido, sin siquiera una sonrisa.

El resto del viaje fue todavía más aburrido.

La campiña, ahora que no estaba más la elegante figura de Jared fuera de la ventanilla, resplandecía menos, los campos eran menos interesantes. Los prados un desfile de matices de verde, los bosques largas teorías de troncos y ramas y hojas.

Tía Erinia se durmió. Se despertó.

Otra parada, algunos pasos sobre la grava polvorienta de un patio anónimo.

Victoria se sentía a pedazos. El carruaje no era incómodo, era su ánimo el que estaba alterado como nunca antes. Tenía la impresión de que algo oscuro se delineaba en el horizonte. Una vaga, incontrastable inquietud la atenazaba desde hacía unas horas, desde que Jared las había saludado. Cada vez más frío. Cada vez más distante.

La muchacha se sentía cansada, pero no solamente por el continuo balanceo del vehículo: se sentía agotada por la actitud incomprensible y lunática del hombre.

El movimiento del carruaje, en el último trayecto del viaje, con un sol bajo casi escondido entre los árboles, le confundió las ideas como si hubieran sido granos de arroz y de cebada encerrados en una caja.

Habían pasado también el pueblito de Farnham y desde hacía rato estaban viajando nuevamente en la campiña, hasta que el sendero comenzó a estrecharse.

Estaba cayendo el sol, cuando, por las vallas, se dio cuenta de que estaban entrando en una propiedad y, animada por la curiosidad, apartó las cortinitas para ver mejor.

El carruaje procedía por un camino de grava, circundado por una vegetación bastante rala, detrás de la cual se podían entrever amplias extensiones herbosas, probablemente campos cultivados.

Hidden Brook se le apareció tomándola casi por sorpresa, luego de una serie de curvas entre los árboles que rodeaban la casa.

No habían pasado un portón o muros; por lo que parecía, a delinear la propiedad era el bosquecito, una vez superado el cual, el sendero que conducía a la casa se ensanchaba y corría por un centenar de metros entre dos

amplias alas de color esmeralda de prado, encerradas en el abrazo seguro de los árboles.

Los prados no eran planos, daban la idea de estar posados sobre leves declives que movilizaban el terreno sin volverse enteramente colinas, levantando y bajando la tierra como ondulantes respiros.

Arbustos bien cuidados daban mayor movimiento al parque, recibiendo a las visitantes con el vivaz aroma de la lavanda y las rosas en plena floración.

La casa, a causa de las curvas del sendero, no se veía enseguida; apareció casi al final, escondida entre los árboles de la avenida y los setos que la protegían.

Establecida casi en una cuenca y rodeada por antiguos robles, Hidden Brook era diferente a todas las fantasías que Victoria había creado en su mente.

Había pensado en la casa de Jared, tan lujosa y moderna, en Killmore Court, casi un pequeño palacio, y los había unido, imaginando el hogar del hombre como una fortaleza de moda, una de esas propiedades de líneas austeras y de espíritu clásico, quizás con columnas y ruinas falsas diseminadas por el lugar. Hidden Brook no era así.

La casa daba, como primer pantallazo, la idea de que quien la construyó había cambiado de idea muchas veces, agregando o quitando trozos de casa como en los juegos de los niños: los techos no seguían una única línea, sino que se alternaban y se superponían, como las cimas puntiagudas de los montes, irguiéndose cada uno sobre un bloque diferente de la propiedad. La estructura principal estaba rodeada, en efecto, por otras más pequeñas, dispuestas sin aparente orden, un continuo de muros revocados, vigas de madera maciza, ventanitas alineadas. De un lado subía una trepadora, cubriendo de verde hasta el techo de uno de los bloques, dejando libres solamente las ventanas de los dos pisos.

Desde el patio en el cual se estaban deteniendo, no se podía apreciar nada de la estructura posterior, pero Victoria imaginó que el otro lado lucía un aspecto similar.

La joven mujer sentía que el corazón le galopaba enloquecido. Se había prometido que iba a amar Hidden Brook, pero esa casa, sobre todo, la maravillaba, así, sin oropeles, a excepción de su irregularidad. Bien podía ser la escena de una comedia de Shakespeare, o la ermita aislada de un hosco caballero de la campiña, pero a un hombre exuberante como Jared no se lo podía imaginar en un ambiente tan aislado, en una propiedad de aspecto

rústico y anticuado. Efectivamente, estaba bastante cerca de la ciudad para él, que se manejaba con el caballo; pero estaba igualmente aislada por varias millas de los centros habitados más cercanos.

Lady Weird se despertó de su última siesta antes de que el carruaje se detuviera en el patio delante del ingreso.

Con una mano enguantada apartó la cortina y miró hacia afuera. «¡Oh!» exclamó con aire admirado. «Una deliciosa casa isabelina. ¡Y qué bien cuidada! ¡Parece nueva! Una elección interesante, ¿no te parece?»

Vic no hizo a tiempo en responder, porque el lacayo ya estaba abriendo la puerta, justo mientras Jared, acompañado por dos personas, salía por la entrada de la construcción.

La joven hizo lo posible para descender con gracia del carruaje, pero estaba entumecida a causa de la inmovilidad y, queriendo mostrar seguridad y agilidad, casi se cae por no aceptar la ayuda del sirviente.

Jared todavía estaba lleno de polvo del viaje, pero Victoria notó que su rostro estaba distendido y satisfecho: le era difícil distinguir en él al dandy que había visto en la ciudad.

Curiosa, observó a las dos personas que lo acompañaban, y con las cuales Jared parecía divertirse mucho. Era una pareja de mediana edad, ella, pequeña y rechoncha con una cofia enorme y cándida; él, que alguna vez había sido muy alto, estaba delgado y encorvado. La joven se dio cuenta, con el corazón emocionado, que la carcajada de Jared que le llegaba nítida, tenía una alegría que no le conocía.

El lacayo de la tía, a su espalda, estaba tratando con mucha dificultad de extraer a la anciana del carruaje. Vic sabía muy bien cuán ágil era tía Erinia - una vez la había visto hacer un salto increíble porque le había parecido ver un ratón- pero se divertía haciendo agitar al pobre hombre.

Ignorar los gritos y los resoplidos provenientes del carruaje no era fácil, pero Victoria trataba de recomponerse para saludar al grupo que se le acercaba, e hizo un gran esfuerzo para mostrar una tranquilidad que le faltaba del todo.

«¡Mi espalda! ¡No puedo levantarme!» graznaba la tía todavía dentro del vehículo. «Madame, le suplico, ¡me estoy ahogando!» replicaba el pobre, probablemente agarrado con tenacidad por la tía.

Vic, por el rabillo del ojo, vio a Lady Weird pegada al cuello del hombre, que estaba tratando de extraerla sin resultado, tirando y resollando.

La muchacha se inclinó ante Jared y recibió de él un saludo igualmente formal.

Parecía que había desaparecido toda luz de su expresión.

Victoria lo estudió por un breve instante. Los rayos oblicuos de la puesta de sol hacían que sus cabellos parecieran del color del fuego; sus lineamientos estaban marcados por la luz, que volvía su belleza masculina todavía más terrible e insidiosa. Un velo de barba y la falta de corbata le daban un aire casi de corsario. Perdida en ese examen, le tomó un segundo comprender que él le estaba preguntado cómo había sido la segunda parte del viaje, y la falta de atención le impidió responder prontamente a la pregunta.

Murmuró algo enrojeciendo, mientras detrás de ella, Lady Weird salía del carruaje gruñendo contra el lacayo inepto.

Cuando la dama se puso al lado de la sobrina, Jared las presentó a los señores Cooke, que se ocupaban de la casa en los roles de mayordomo y ama de llaves, y que en su ausencia, dijo bromeando, «eran los verdaderos dueños de la propiedad».

La carcajada musical de la señora Cooke se interrumpió bruscamente y un rubor cubrió sus ya claras mejillas ante la exclamación de indignada sorpresa de Lady Weird: «¡Sería un pésimo propietario si fuera así!»

«Aquí, milady, no estamos en Londres» replicó gélido Jared. «Espero que mi hospitalidad les agrade de todos modos, pero les advierto que para mí Hidden Brook es, ante todo, una casa, una familia. Es un hogar donde recibe respeto quien respeta».

Victoria miró preocupada hacia la tía, que al contrario de lo que se esperaba, sonrió y asintió con aire de aprobación. «Decidiré la calidad de vuestra hospitalidad en base al té que me ofrezcan, mi querido muchacho».

Y ya que el té estaba listo acompañado por un abundante refresco, entre los dos fue establecida la tregua.

Victoria posó los pies en el ingreso de esa casa presa de un gran temblor.

Había soñado que Jared la conducía como una tromba a visitar cada rincón, que le mostraba cada secreto de la propiedad; en cambio, se comportó como si fueran huéspedes comunes, conduciéndolas al salón que había hecho preparar para ellas.

Lady Weird lo estaba monopolizando con su personal apreciación del viaje, más inventada que real, ya que había dormido casi todo el tiempo, de manera que Victoria tuvo el tiempo suficiente como para mirar alrededor felizmente ignorada.

El interior también le daba la idea de una estructura simple y antigua. Las paredes estaban terminadas en cal blanca, los techos en vigas de madera brillante. Los pisos, paneles de madera del mismo tipo de las vigas, muy diferente de lo que había visto en la casa londinense de Jared, tan *à la page* y refinado.

Hidden Brook hablaba de una vida diferente, de una persona diferente.

Pero, trató de recordarse a sí misma Victoria, era en Londres donde vivía más tiempo y, si no había entendido mal, esa propiedad consistía para él en un refugio temporal cuando la ciudad lo aburría.

El interior, no obstante el sol del crepúsculo penetrase con sus rayos por las ventanitas, era bastante oscuro, también gracias a los techos bajos, todos con las oscuras vigas a la vista.

Luego del calor sufrido en el viaje, encontraron el salón envuelto en una agradable penumbra y casi frío en relación al exterior. En el cuarto, como en el corredor, el candor de las paredes se alternaba con los oscuros colores de los paneles de madera que recubrían los muros hasta la mitad, en un agradable contraste que volvía el conjunto más acogedor e íntimo.

También aquí reinaba la simplicidad de unos pocos muebles esenciales: dos divanes y dos sillones, que parecían amontonados alrededor de la chimenea, una mesita, un par de aparadores. El lugar, del resto, no tenía adornos, pero no daba la impresión de ser pobre ni de estar vacío.

Un sillón, el más cercano a la chimenea, mostraba evidentes señales de uso y estaba acompañado por un escabel igualmente usado.

Tía Erinia se había acomodado de través sobre el diván más grande y ya estaba comiendo a cuatro manos un dulce que había tomado de la mesa, sobre la cual había un rico buffet. La señora Cooke estaba preparando el té, pero la mujer la despidió bruscamente diciendo que Victoria tenía que aprender a servirlo en forma decente.

Vic y el ama de llaves se miraron perdidas. La señora Cooke, que no conocía a tía Erinia, se quedó muda. Victoria le sonrió y sacudió la cabeza conciliadora, como pidiéndole paciencia. Cuando también Jared le hizo señas de que se fuera, la mujer se retiró.

Vic sustituyó a la mujer en la preparación que, por otra parte, sabía hacer muy bien, gracias a la práctica aprendida en el colegio, y dejó de buen grado el monopolio de la conversación a la tía, aprovechando de nuevo para mirar alrededor y observar a Jared.

«¿Esto qué es? ¿Una maldita casa antigua? Debe ser muy húmeda. ¿Por qué no me lo dijo, Mr. Lennox?» Un bufido y una mordida al pastelito. «Quisiera tener la vista al jardín y no a los establos. ¡Espero que no haya gallos cerca!» Otra mordida llevó el pastelito a mejor vida.

Jared estaba de pie, se había colocado detrás del sillón gastado y usaba el espaldar de apoyo para los brazos, como si estuviera asomado a una escena en la cual Lady Weird murmuraba y Victoria, silenciosa, servía el té.

«He pedido que le preparen la mejor habitación, Lady Weird. Lamentablemente el gallo existe, ya que la casa está muy cerca de la granja.»

«Mal. ¿Sabe que esas bestias cantan de noche? Si al menos tuvieran la vocecita baja de las lechuzas... Espero que lo haya educado bien.»

«Excelentemente. No canta nunca antes de las nueve de la mañana» bromeó Jared.

Victoria no podía entender; sin embargo, por lo que parecía, esas respuestas insolentes gustaban mucho a la tía, que luego de un tiempo siguió comiendo tranquila del plato que la sobrina le había preparado con todos sus dulces preferidos.

Victoria observaba a Jared, ocupado en esa lucha de frases con Lady Weird, y notó cuánto se divertía. Los dos la estaban ignorando, como si hubiera sido una camarera ocupada en servirlos, pero le parecía bien, porque así podía llenarse los ojos con su prometido sin ser notada.

No se dio cuenta siquiera de la desfachatez con la que lo estaba mirando, hasta que él, quizás por primera vez desde que habían entrado en la estancia, se dio vuelta y la miró a su vez.

Sin sombra de una sonrisa, por un instante la escrutó a los ojos, como si buscara en ella respuestas a quién sabe qué preguntas interiores, hasta que Victoria, sintiendo que enrojecía bajo ese examen, inclinó la cabeza apurándose en tomar la taza para darla a su tía.

Las manos le temblaban; casi volcó el líquido sobre el plato, pero pudo hacerlo llegar a la destinataria sin llamar, afortunadamente, su atención.

Jared no esperó que lo sirviera.

«Me sirvo solo, gracias» le dijo y, luego de haber puesto una gota de leche en la taza que Victoria había preparado, volvió a su lugar detrás del sillón.

La joven no veía la hora de encontrarse en su cuarto para poder acallar todas esas emociones y ordenar sus pensamientos. No sabía qué tipo de aversión Jared sentía por ella, pero por fuerza algo lo molestaba.

El deseo de soledad no encontró satisfacción, porque en la habitación que le había sido asignada encontró a la sirvienta que la tía le había cedido arreglando sus vestidos, llegados un poco antes que ellas en el carruaje que las había precedido.

La jovencita estaba entusiasmada con su promoción a doncella personal de Victoria y se prodigaba para parecer eficiente; y en efecto, lo era, y mucho, visto que Vic, desde que estaba en sus manos, no había lucido dos veces el mismo peinado. En ese aspecto, el entusiasmo de Halley era desmesurado y hasta irritante: fue despedida, no sin dificultad, luego de hacerse prometer que la dejaría ocuparse de ella para la cena con la máxima atención.

Sobre el lecho con dosel se habían colocado algunos vestidos, telas leves que Halley había probablemente querido extender para evitar que se arrugasen mucho en el baúl.

Esos vestidos hablaban de un mundo diferente a Hidden Brook, pensó Victoria. Las sedas, las muselinas transparentes, no parecían hechas para esa casa en concreto, tan rústica. Se habría visto mejor con un cómodo vestido de lino, con un bello delantal, libre de correr en los prados y de rodar por la hierba en los dulces declives del parque, con los cabellos libres al viento.

El cuarto era pequeño, el espacio justo para la cama, una pequeña cajonera, un armario macizo y de aspecto vetusto. Una puerta conducía a un cuarto de vestir, armado con un tocador y la jarra con el cuenco.

El piso de madera se quejó bajo sus pasos, mientras Vic se acercaba a la ventana para mirar afuera.

La habitación debería haber sido realizada en una de las agujas del techo, porque éste estaba inclinado, mientras la ventana, en posición central respecto a la puerta, parecía asomarse sobre otro techo más bajo.

Daba hacia atrás de la casa, sin embargo Victoria no encontró el acostumbrado jardín, sino un breve prado que se adentraba casi inmediatamente en el bosquecito, ensanchándose solamente hacia occidente, donde el manto de hierba era sustituido por una especie de patio en el cual surgían otros edificios formados por los establos y la granja.

Hidden Brook era eso, entonces, una gran casa que asemejaba a esas formaciones de hongos que se encontraban en los bosques; un montón de construcciones irregulares inmersas en un prado abierto con dificultad en el bosque, que parecía querer envolver la casa de un momento a otro.

Probablemente el arroyito que daba el nombre a la propiedad corría en medio de ese verdor y Victoria deseó ardientemente poder escabullirse para ir

a buscarlo.

Sabía cuán inapropiado, mal educado, inadecuado, era decidir hacer eso sin avisar. ¿Pero acaso tía Erinia no había sido también mal educada al insultar esa preciosa casa, pensando lo opuesto? Y Jared, que no se había dignado en ofrecer a su prometida la mínima atención, ¿había sido educado?

A través del acceso al cuarto de vestir, Victoria se vio reflejada en el espejo del tocador, con su traje de viaje y los cabellos aprisionados en un peinado tan apretado que casi le hacía doler la cabeza.

En un rato alguien entraría para traerle velas, Halley se presentaría para hacerla vestir para la noche o para la tarde, y ella no tenía ganas de ninguna de las dos cosas: quería salir a buscar el arroyo antes de que la oscuridad le impidiera hacerlo.

Arrancándose de la cabeza peinetas y horquillas, liberó la cabellera roja con gran alivio, tomó la cofia que había abandonado sobre el pequeño banco a los pies del lecho y, sin pensarlo otra vez, se aventuró en el corredor tortuoso de la casa, esperando no perderse.

Encontrar la escalera fue más fácil de lo previsto, y la emoción por esa pequeña aventura le dio la energía que el cansancio de las largas horas en el carruaje le había robado. En la planta baja, para su decepción, se chocó con la señora Cooke, que se movía con una gran bandeja en las manos, haciéndola casi caer.

Luego de haber vuelto a equilibrarse, la mujercita le sonrió. «¿Sale a dar un paseo, Miss Arden?» preguntó sin estupor.

Victoria tragó en seco, como cuando era sorprendida en una falta en la escuela, y bajó la mirada.

«Esperaba dar una vuelta alrededor de la casa antes de que llegue la oscuridad...»

«¡Pero claro!» replicó con tono hilarante la señora. «Este es el mejor momento para salir en el verano. ¿Desea que alguien la acompañe?»

Victoria sacudió rápidamente la cabeza y la otra le devolvió una señal de haber entendido. «El sendero es seguro, Miss. Además, estas son noches de luna, no hay nada que temer».

Victoria se encontró, bastante desconcertada, fuera de la casa con todas las indicaciones para moverse sin peligro, como si no hubiera nada de extraño en que una joven soltera se moviera por una propiedad que nunca había visto, sola y cerca de la noche.

De una forma o de la otra, ésa se parecía de forma impresionante a una de sus históricas aventuras, esas que se había jurado no volver a hacer. Y con esa nueva consciencia, feliz como hacía mucho no se sentía, se dirigió hacia el bosquecito con paso ligero.

Detrás, el sendero que se insinuaba en el bosque serpenteaba en el prado entre los arbustos que lo decoraban.

Con paso rápido, Victoria lo recorrió hasta que llegó al límite del bosque, que de cerca le pareció mucho más ralo y cuidado de lo que le había parecido desde la ventana.

El sol estaba muy bajo, inundaba el sotobosque insinuándose entre los troncos de los árboles con sus rayos dorados e invitantes: si no se alejaba mucho, habría tenido suficiente luz para un breve paseo. En todo caso, como le había asegurado la señora Cooke, el sendero estaba bien señalado, aún entre los árboles, y no corría el riesgo de perderse.

Vic dejó la crujiente grava del parque y posó con azoramiento sus escarpines sobre el suave terreno que era el camino en la selva.

El silencio era roto solamente por los sonidos de la naturaleza, el piar vivaz de los pájaros, el crujido de las frondas, el rumor seco producido por sus pasos cuando pasaba sobre ramas u hojas secas.

Victoria paraba la oreja, atenta a cualquier sonido que le indicara la dirección justa hacia el arroyo, y finalmente, luego de algunos minutos caminados en concentración, le llegó el murmullo del agua.

Aceleró el paso, hasta que entre las ramas se abrió un espacio más amplio y, sobre un lecho de piedras claras cubiertas de musgo, encontró el arroyo que tanto deseaba ver.

Victoria se paró, encantada, llevándose las manos al pecho por la emoción.

La sombra había invadido el pequeño claro que seguía la dirección del torrente.

El curso de agua en esa estación se reducía a una corriente burbujeante que saltaba entre las piedras y la vegetación.

El terreno, que más allá se mostraba polvoriento y seco, se le aparecía como un suave almohadón cubierto de hierba y flores.

Victoria había leído en varias ocasiones historias sobre hadas, y se había imaginado los lugares de su reino no muy diferente a ese colorido claro.

Si se quedaba lo suficiente a lo mejor se mostraban...

Y mientras la joven se disponía a gozar ese momento de intensa paz, el primero en mucho tiempo, se dio cuenta con estupor, que Hidden Brook le gustaba, mejor dicho, le parecía que le pertenecía. Esa casa, esos lugares, se le parecían. Quizás si Jared los amaba de verdad, un día habría podido amarla también a ella.

Jared, no bien se liberó de Lady Weird y de los asuntos más urgentes, no dudó y se dirigió al torrente, como hacía cada vez que llegaba a Hidden Brook.

Había un punto que amaba particularmente, un poco fuera del sendero, en el cual las rocas llenas de musgo le ofrecían un cómodo asiento, un refugio apartado y sugestivo, al cual solía acercarse cada vez que llegaba a la propiedad, especialmente cuando tenía preocupaciones que deseaba alejar.

Había ido allí también esa tarde, feliz de poder gozar el crepúsculo entre las frondas que tanto quería. Para él era un rito llegar al torrente hacia el atardecer, para degustar los últimos rayos del sol que se metían entre los troncos y ver las sombras descender sobre el bosquecito en una atmósfera mágica que siempre lo había hecho sentir partícipe de un encantamiento.

Era el lugar que hubiera querido hacer conocer a Victoria: antes de saber que para ella ese viaje significaba poder hablarle de su intención de romper el compromiso, había soñado muchas veces con tomarla de la mano y conducirla a descubrir sus lugares secretos.

Ahora se preguntaba cuánto tiempo esperaría ella antes de decirle toda la verdad.

Luego de la noche de la fiesta había pensado enfrentarla y ahorrarse el viaje, pero no pudo. La vez que se vieron le faltó coraje. Ahora, mientras gozaba de la frescura de la noche inminente inmerso en las sombras del bosque, le parecía que había prolongado una inútil agonía y trataba de convencerse de aprovechar la primera ocasión disponible para obligarla a hablar. Era incómodo, pero necesario.

Le parecía extraño que Lady Weird hubiera consentido en partir de todos modos, y más extraño le parecía que no estuviera al corriente de los proyectos de su sobrina, pero ya había renunciado a entender el modo de razonar de la mujer. Para decir la verdad, a él se le hacía accesible solamente razonando al revés de cualquier lógica.

Metido en estos nada agradables pensamientos, y bastante irritado por cómo estaba yendo su vida, advirtió con fastidio pasos que se acercaban. No le gustaba ser molestado en ese lugar, temía siempre que si lo hubieran encontrado una vez, habrían podido encontrarlo siempre, por lo cual, lo primero que hizo fue retirarse a la vegetación para no ser visto.

La sorpresa de ver el objeto de todas sus preocupaciones avanzar en la vegetación lo maravilló no poco. Victoria caminaba con atención, pero ya había llenado los escarpines de barro y el ruedo de la falda estaba manchado de hierba y tierra.

Tenía la cofia arrugada en una mano, dejándola colgar por la cinta, y se había soltado los cabellos, que volvieron a ser la nube roja que lo había impactado desde su primer encuentro.

Se maldijo a sí mismo y a todo lo que se le pasó por la cabeza en esos primeros instantes en los cuales la joven apareció a la vista.

Impidió a su corazón alegrarse de verla. Se la agarró con su propio cuerpo que reaccionaba contra su voluntad a la presencia de Victoria, la cual parecía bailar sobre la orilla de piedras del torrente para mantenerse en equilibrio.

Trató de colocar sobre la imagen de ella la de otras mujeres, más bellas, más sensuales, más disponibles, tratando de alejar de sí las emociones causadas por esa muchacha, pero más trataba de quitar su atención de ella, más notaba sus movimientos, sus expresiones, sus particulares. Ahora, un rizo que le caía sobre el rostro mientras se inclinaba un poco hacia adelante, luego, la fina y cándida mano que apretaba las cintas arrugadas.

Era cierto que lo había seguido, quizás con el objetivo de librarse inmediatamente de un peso diciéndole la verdad y rompiendo el compromiso. La frustración que sintió ante ese pensamiento le ganó y lo empujó a salir al descubierto.

«¿Qué diablos haces aquí?» exclamó, apareciendo iracundo desde los arbustos.

Fue muy brusco. Victoria, que ya se encontraba en una posición precaria, emitió un gritito de susto, comenzó a manotear con los brazos para mantenerse en equilibrio, doblando el cuerpo en un desesperado intento de mantenerse de pie. Jared saltó para tomarla, pero estaba muy lejos y la joven cayó pesadamente y con poca gracia al suelo, entre las rocas del torrente, con un grito de dolor.

El hombre acudió en su ayuda, incierto entre dejarse ir en una carcajada por la escena o preocuparse por ella, que en efecto se había quedado inmóvil, sentada con las piernas abiertas, en medio del agua.

La inmovilidad de ella hizo prevalecer la segunda opción.

«¿Te lastimaste? ¿Puedes levantarte?» le preguntó temeroso de tocarla.

Como toda respuesta, Victoria levantó la cofia mojada. Y estalló en un llanto irrefrenable.

Jared entró, por primera vez en su vida, en pánico. Se inclinó sobre ella, aterrorizado.

«Dime, ¿puedo levantarte? ¿Mueves las piernas?» No sabía ni siquiera lo que le estaba preguntando, pero seguía hablando sin parar, esperando obtener de ella aunque fuera media palabra para entender qué hacer.

La primera palabra que salió de la boquita de Vic fue un insulto dirigido a él, seguido por más lágrimas, luego, de repente, por una carcajada que se mezcló con el llanto.

La muchacha, en ese punto, rechazando con decisión cualquier ayuda de él, trató de ponerse de pie, pero el riesgo de un segundo resbalón sobre las piedras viscosas la obligó a apoyarse en Jared.

Tenía solamente que sostenerla y llevarla sana y salva a la hierba, se ordenó él, fingiendo no sentir ningún placer al sentirla entre los brazos, no haber deseado y soñado la cosquilla de esos rizos rebeldes sobre el rostro.

Apenas Victoria se encontró en terreno estable, Jared se alejó lo más rápido que pudo para huir de la influencia de esa bruja de cabellos rojos y de sus gracias.

En la caída, Victoria había logrado mojar también su cabellera roja y tenía las puntas enlodadas; su traje de viaje estaba reducido a un harapo, especialmente en la parte posterior, que había amortiguado la caída pero también había sufrido el ultraje de piedras y musgo.

Vic se miró desconsolada las manos; también Jared las miró. Estaban lastimadas y enrojecidas.

Sin pensar, las tomó entre las suyas para observar mejor y, una vez extraído el pañuelo, las limpió de la tierra que las ensuciaba.

«¿Cómo se te ocurrió seguirme?» le preguntó apaciguado.

Victoria retiró sus manos y las escondió detrás de la espalda, lanzándole una mirada severa. «¿Pero quién te seguía?» gruñó. «Mejor dicho, ¿por qué me asustaste así?» Jared vio que sus ojos se llenaban otra vez de lágrimas. «¿Pero qué te hice, se puede saber?» y otra vez sollozó como nunca Jared la había visto hacer.

No le quedó otra opción que hacer lo único que hubiera querido evitar con sus fuerzas, la tomó entre sus brazos y comenzó a consolarla como si fuera una niña. Pero más la abrazaba, más ella lloraba. Y más le faltaban las fuerzas para resistir a sus sentimientos por ella.

Se hubiera puesto a llorar también él. Ese vacío que se llevaba dentro desde siempre había sido llenado por ella, por su vitalidad, por su alegre

locura, y ahora, de frente a Victoria, se volvió frágil. Habría dado todo por ser amado por ella, tenía necesidad de su amor como del aire, pero sabía que lo que más deseaba era verla feliz. Y ese llanto le demostraba, en cambio, cuánto ella no lo fuera.

«¿Puedes decirme si estás herida?» le susurró, temiendo que el nudo que tenía en la garganta le alterase la voz.

«Me duele un lugar que nunca nombraría delante tuyo» respondió ella siempre entre sollozos.

Jared sintió sus labios curvarse en una sonrisa. «De acuerdo, creo que entendí lo mismo, en vista de la dinámica de tu caída» bromeó, y obtuvo el efecto esperado de calmar un poco ese llanto desconsolado.

«Tengo frío» le susurró, enterrando la cara en su chaqueta. Si hubiera sido un verdadero caballero la habría alejado, se habría sacado la chaqueta y se la habría entregado a ella, en cambio, ignoró el llamado de las buenas costumbres y siguió el del corazón, que lo llevó a envolverla en un abrazo más estrecho. Victoria temblaba, pero entre sus brazos se tranquilizó.

Quizás ese dandy de Ashford tendría a la álgida Victoria, reina de los salones y de los bailes, pensó con un poco de amargura Jared, pero nunca conocería a la joven salvaje. Esa loquita que vivía de aventuras y generosidad, de pasión pura y de arrebatos sería sólo suya, como lo era en ese momento. No podía pensar que sería de alguien más. Nadie la habría comprendido como él.

«Victoria, tengo que llevarte dentro, necesitas cuidados» le dijo con la muerte en el corazón. Ese segundo había terminado, era todo lo que tendría.

Sintió contra su pecho la cabeza de ella que decía “no”. No le quedó más que colocar la mejilla sobre la cabeza rizada, esperando, resignado, la ola de atracción que tendría que disfrazar.

Jared cerró los ojos, descubriendo un nuevo significado de dolor, que no hubiera creído nunca sentir.

«Te devuelvo tu libertad, Victoria». La voz le salió en un hilo, sin tono ni expresión.

La sintió temblar, luego, como se había esperado, ella se alejó de él, pero en lugar del feliz estupor que se esperaba encontrar en su rostro, vio solamente un dolor igual al que había sentido diciéndole esas palabras.

«Yo... verdaderamente no entiendo».

Los buenos propósitos que se había establecido, de esperar los tiempos de ella, de dejarla decidir cómo y cuándo comunicarle sus decisiones se habían

derrumbado: era una agonía insoportable tenerla cerca. Se sentía bastante generoso por dejarla libre de volar a los brazos de otro.

Si eso era el amor, era mil veces mejor no tener corazón, como había vivido hasta que esa muchachita había llegado a su vida.

«Tendría que habértelo dicho antes de partir. Sé que quieres romper el compromiso y para mí está bien».

Victoria, en la penumbra cada vez más oscura, tuvo un visible escalofrío. Estaba pálida y Jared temió que estuviera peor de lo que parecía. «Volvamos a la casa, hablaremos con calma cuando te recuperes de la caída».

«¡Si, quizás delante de una taza de té!» exclamó alterada. «Prefiero aquí, gracias. Al menos me sentiré libre de insultarte a gusto».

«¿Por qué tendrías que insultarme?» Jared creyó haber entendido. «Podrán quedarse todo lo que quieran, tú y tu tía. Me doy cuenta de que el viaje las ha cansado y...» ese tono conciliador estaba bastante lejos de lo que sentía, y en efecto, no soportó la farsa. «¿Qué otra cosa debo hacer? ¿No te parezco lo suficientemente agradecido por tus atenciones hacia mí? ¿Quieres que siga agradeciéndote? ¡Me parece que ya demostré mi reconocimiento! Ahora, ¡déjame por lo menos sentir un poco de irritación por el enésimo cambio en mi estado!»

Victoria se llevó las manos a las caderas. Escurriendo lodo, con el traje manchado, le pareció muy divertida, pero la tensión era tanta, que esta vez no le dieron ganas de reírse.

«¿Tú, irritado? Me advirtieron que eres despiadado, pero no creía que pudieras llegar a tanto. Rompes el compromiso y te irritas conmigo. ¡Ni que hubiéramos llegado a esto por mi culpa!» la rabia desapareció antes de que las últimas palabras le salieran de la boca y volvió el llanto, que ella escondió detrás de sus manos sucias y lastimadas.

Jared no entendía nada. «Yo no quiero romper el compromiso» puntualizó difícilmente, muy alterado por sus lágrimas como para poder fijar un pensamiento. «Te estoy dando la libertad de hacerlo. Sé que tú...»

Vic sacudió la cabeza sin responder y Jared comprendió que la muchacha había llegado al límite: el viaje, la caída... había sido un error hablar en ese momento. Para disculparse podía solamente alegar que perderla era un dolor muy grande para soportar por más tiempo en esa tortura hecha de esperas sin certezas.

Solo luego de algunos segundos comenzó a darse cuenta de que las reacciones de ella no correspondían para nada con las de una persona

aliviada.

Por primera vez la duda de haber cometido un disparate se abrió camino en él.

«Victoria ¿entendí mal? Tú... ¿quieres casarte conmigo?»

«¡Basta!» sollozó ella más fuerte.

Jared tomó coraje y le sacó las manos del rostro para mirarla. La cara de ella estaba surcada por las lágrimas y manchada de la tierra que se había transferido de sus palmas. Estaba horrible, y a él le pareció no haber visto nunca una mujer más bella, porque finalmente había entendido que estaba llorando por él.

«¿Es posible que me quieras? Háblame como si fuera una amiga, una hermana, una persona capaz de entenderte, y no le hables a este hombre estúpido que no deja de equivocarse: ¿de verdad quieres casarte con Jared Lennox?»

«Si».

Si un hombre podía tocar la felicidad, fue Jared cuando la oyó murmurar su respuesta.

Despreocupado de cualquier cosa que viniera antes o después de ese sí, la abrazó fuertemente y le besó el rostro, la frente, los labios, hasta que Victoria, furiosa, se deshizo de esas efusiones y, apenas pudo, lo empujó apuntando las palmas hacia él: un movimiento, a juzgar por la mueca que hizo, más doloroso que decidido.

« ¡Basta! ¡Seré una muchachita estúpida, pero no me puedes tomar el pelo de este modo!» se rebeló.

Jared, superada la momentánea euforia, se dio cuenta de que a ambos les servía aclarar las cosas y, con cierta relucencia, le contó que había escuchado su conversación con Mr. Fraser y, así, supo que había transcurrido los últimos dos días presa de celos hacia un rebaño de ovejas.

Trató de recordar lo que había sentido esa noche y le pareció imposible que los dos hubieran estado discutiendo de cría de ovejas en ese saloncito.

«Mr. Fraser no hace otra cosa que hablar de sus ovejas, Jared. ¿De verdad creíste que me estaba proponiendo matrimonio?» Victoria, incrédula, se había apoyado en su brazo, mientras él, de mala gana, la acompañaba hacia la casa. La noche avanzaba y ella estaba en malas condiciones como para seguir manteniéndola en el claro. Sin embargo, ambos, con un paso mucho más lento de lo normal, parecían poco dispuestos a volver.

Jared le mencionó la nota recibida que lo indujo a tergiversar lo que había oído, pero luego trató de cambiar el tema. Aunque habló de forma ligera, ahora que lo pensaba, la cuestión comenzaba a preocuparle. ¿Quién podía haberle mandado esa nota? ¿Y quién estaba interesado en separarlos?

Estaba más contento de haber dejado Londres y de estar lejos de todas esas miradas que sentía sobre él en la ciudad. Y estaba mucho más contento de que Victoria estuviera igualmente segura.

Cuando estuvieron casi fuera del bosquecito, Victoria se paró.

«¿Cómo hago para presentarme en este estado? ¿Qué pensarán?»

«Pensarán que fuiste incauta al caminar tan cerca del torrente. Vic, aquí no hay reglas que observar y no está tu familia: nadie te juzgará mal por algo así».

Sintió que la joven suspiraba un poco y gemía, alargando una mano hacia sus posaderas. Debería tener contusiones con la caída que había tenido entre las piedras.

«Si ya fuera tu marido me ocuparía yo mismo de tus heridas» le dijo malicioso, mientras el pensamiento de levantarle las faldas e inspeccionar las partes heridas le encendía inevitablemente todos los sentidos.

«¡No te lo permitiría nunca!» se escandalizó ella.

Jared no resistió, había una parte del viejo “yo” que había reprimido con dificultad y que Victoria tenía el poder de reavivar.

Las sombras de la tarde y los últimos árboles los escondían de la vista de la casa, en la cual ya se habían encendido las primeras luces. Amparándose en la oscuridad, miró a la muchacha y la envolvió en un abrazo.

«Me permitirás eso y otras cosas» le susurró con la voz vibrante de pasión. En un primer momento la sintió ponerse rígida, pero bastó un segundo para que Victoria se rindiera a su agarre.

Otra vez el cuerpo de ella se adhería al suyo, blando y perfecto; la vestimenta todavía húmeda le hacía advertir el calor de su piel y la curva de las caderas con mayor precisión. En silencio, en la penumbra, la miró persistentemente por largo tiempo, el rostro, los ojos, los labios. Esperó a sentir la respiración que se le aceleraba y sólo entonces descendió para tocar levemente la piel con los labios. Si antes se había dejado vencer por la euforia, esta vez estaba determinado a explorar cada emoción de ella. Con un toque ligero le besó nuevamente la frente, los ojos, descendiendo despacio por el rostro.

Por más que deseara ardientemente llegar a sus labios, ignoró la oferta de ella, que se acercaba también deseosa de un beso, y exultó cuando, luego de que los tocó ligeramente, la sintió exhalar un suspiro frustrado. Se adueño del cuello de la joven, caliente y vibrante, y finalmente abrió los labios para saborear la cándida piel.

Había en ella una pasión que le quitaba la respiración. Victoria se tomó de su cuello como si no pudiera mantener el equilibrio. Jared sabía que habría podido tenerla allí, inmediatamente. Si hubiera levantado las faldas arruinadas por la caída, habría encontrado su femineidad lista para acogerlo.

No quería hacerlo así. Por más que se quemara, por más se que quemaran ambos, había mucho por decir todavía, mucho por compartir antes de hacerla suya. Quería a Victoria, pero la quería toda, y quería que ella lo tuviera de la misma manera.

Volvió a sus labios y le dio ese beso que esperaba y en el cual se dejó ahogar.

Había declarado su falso amor a muchas mujeres, demasiadas.

Ahora, frente a ella, se sentía como un niño incapaz de decir nada, incapaz de declarar ese amor que para él lo era todo.

Quizás Victoria no lo habría rechazado, ¿pero con qué coraje podía decirle que la amaba luego de todo el mal que le había hecho?

No podía. Las palabras sin hechos habrían sido hojas en el viento, y Jared deseaba con todo su ser que fueran, para ellos, raíces. O eso, o nada. Sentía la intensa atracción que ejercía sobre ella, ¿pero cuándo había sucedido lo contrario? Vic, inesperada e inocente como era, había caído como tantas otras en la red de su fascinación. ¿Pero podría amar a un hombre indigno como él?

Jared ya se sentía inmensamente afortunado ante la idea de que todavía deseara casarse con él, pero de eso a pensar que fuera correspondido, había una gran diferencia.

Victoria necesitaba protección y él se la ofrecería; tenía necesidad de ser amada, y él estaba listo para hacerlo; tenía necesidad de ser apreciada, y nadie más que él estaba en condiciones de hacerlo. Quizás, con el tiempo, también ella le abriría su corazón.

Decirle esas palabras que habrían vuelto más simple su relación no le fue posible.

Luego del largo, intenso beso, ninguno de los dos tuvo la fuerza de hablar, hasta que Jared, un poco violento, le propuso volver a la casa, pero Vic, luego

de dar unos pasos, vaciló, obligándolo a tomarla en brazos para llevarla adentro.

«¡Moriré de vergüenza!» protestó débilmente ella, agarrada a sus hombros.
«Una excelente muerte».

La verdad era que le gustaba sostener ese peso leve, sentir sus brazos unidos alrededor de su cuello, pero cuando estuvieron cerca de la casa y la señora Cooke se precipitó afuera con una lámpara, presa de la agitación, Victoria lo intimó a bajarla.

«¡Estoy bien!» repitió varias veces a todas las preguntas poco concluyentes de la buena mujer. «Qué le había pasado, cómo se había reducido a ese estado, era necesario un médico, estaba herida...» Jared fue dejado atrás, mientras el ama de llaves se ocupaba de la joven herida.

Se sentó sobre un banco de piedra detrás de la casa, observando el prado iluminado por una láctea luz lunar, que daba a todo un aspecto quieto y algo tétrico.

Luego de un cierto tiempo el señor Cooke llegó a su lado, mandado por la esposa para actualizarlo sobre el estado de salud de la señorita. No era necesario un médico gracias a los cuidados de *su estupenda Alice*, pero tenía que haberse caído muy mal, a juzgar por las contusiones. Ahora, Miss Arden había sido lavada y llevada a la cama, mientras la señora *aterradora* (claro, Lady Weird), lo estaba esperando para cantarle las cuarenta sobre el modo en que su sobrina había quedado.

«¡Qué mujer ácida, señor!» comentó el hombre, mientras Jared se resignaba a entrar. «No lo envidio... ¡aunque por una esposa como la suya vale la pena algún pariente fastidioso!»

Jared lo sabía. Y muy bien.

Su larga, pero en resumen fructífera jornada, parecía que se iba a concluir en compañía de la anciana Baronesa, que, despatarrada sobre el diván, lo esperaba tomando una taza de té.

«¡Siéntese!» lo intimó apenas lo vio en el vano de la puerta, indicándole perentoria el sillón que él prefería.

Jared se lo tomó con calma y, luego de haber visto dónde había hecho llevar el té, se acercó a la mesita para servirse.

«Ahora deme su versión, que la de mi sobrina ya la tengo».

Jared explicó concisamente lo que había sucedido de muy buen talante como para ponerse a polemizar con la general al mando.

Lady Weird emitió un silbido rabioso. «Victoria está bien: va a tener que estar atenta a su *derrière* por algunos días, cojeará un poco, pero se recuperará. Quiero entender mejor qué sucedió el resto del tiempo en que estuvieron solos. Por favor, ¡sin particulares! A ella le brillaban demasiado los ojos, y de vuestro rostro no desaparece esa sonrisita. Lo conozco, ¿sabe? ¡El Barón y yo también fuimos jóvenes!» exclamó, subrayando las últimas palabras con un golpecito de su bastón de paseo, que tenía siempre cerca de su persona a pesar de que caminaba muy bien.

«Madame, el honor de su sobrina está intacto, se lo aseguro».

«¿Pero qué tipo de libertino es, se puede saber? ¿Victoria no le gusta? O bien... dígame... ¿su fama es fruto de un insensato desprestigio?»

Jared soltó una carcajada espontánea. Esa mujer comenzaba a gustarle.

«No, señora, pero temo que ese argumento no es adecuado para los oídos de una mujer como usted».

«¡Responda!» gruñó ella; luego depositó la taza sobre la mesita con delicadeza.

Mientras tanto, Jared se sirvió té y fue a acomodarse en el sillón.

«Muy bien: ¿quiere saber la verdad? Soy tan tonto que no puedo aprovecharme de mi futura esposa. Nunca tuve muchos escrúpulos con las esposas de otros, pero respeto demasiado a Victoria como para...»

«Entonces no es de su agrado» insistió ella impertérrita.

«¡No, maldición! ¿Dije eso?» exclamó Jared con una punta de exasperación. ¿Pero qué quería de él esa mujer? ¿Y si hubiera sido ella la que puso la nota en su bolsillo, aunque fuera para ver cómo habría reaccionado?

«Respeto, hijo, quiere decir todo y nada. Por como lo veo yo, puede decir que mi Vic va a ser tratada como una buena, honrada hermana, mientras su marido se va a buscar, justamente, las esposas de otros. ¡Y no se lo desearía ni siquiera a Lady Oddens, esa bruja!»

Jared apoyó la taza al lado de la chimenea con poca gracia.

«Respeto quiere decir respeto, Lady Weird».

La mujer se agitó sobre el diván, haciéndolo crujir. «Respeto» repitió imitándolo. «¡No está hablando con su padre, sino *conmigo!*»

Jared se puso de pie ofendido. «¡Y usted está hablando *conmigo*, madame!»

«Justamente: ¡un libertino impenitente que apenas retornó a Londres luego de haberse comprometido, volvió a frecuentar, quién sabe cuántas mujeres! ¿No es lógico pensar que ha tratado a su prometida como a las otras? Pero por

lo que parece es peor, ¡porque ni siquiera la considera al nivel de esas mujerzuelas que lo acogen en sus habitaciones!»

«¡Yo la amo!» exclamó enojado Jared, y si Lady Weird hubiera sido un hombre la habría desafiado a un duelo por todo lo que había dicho. Pero la señora, luego de esa exclamación tan vehemente, sonrió ampliamente y le extendió las manos.

«¡Buen muchacho! Ahora, una pregunta más simple: ¿Victoria lo sabe?»

Jared ignoró las manos extendidas de la señora y volvió a sentarse, derrotado. «No. No creo que lo haya entendido».

«Mal. A las muchachas hay que decirles estas cosas, especialmente si no están acostumbradas a los cumplidos». La anciana señora observó a Jared por un momento, el cual parecía triste e inmerso en sus pensamientos, y el silencio reinó en el cuarto por un cierto tiempo, hasta que el reloj del salón sonó una vez.

«¿Me quiere hacer creer que no es capaz de declararse? ¡Vamos, Mr. Lennox! Ya lo aceptó creyéndolo un ser despreciable. Estará feliz de saber que tiene un corazón». La dama se inclinó hacia adelante con aire escrutador. «¿No me va a decir que tiene miedo?»

Jared nunca habría pensado encontrarse en esa incómoda situación, arrinconado por una vieja mujer, que lo azuzaba para arrancarle confesiones sentimentales. Él, que de su propia ausencia de sentimientos había hecho su gloria, ahora estaba en ese salón temblando y consciente de que su futura felicidad dependía de una jovencita de la cual su corazón no podía separarse.

Miró de mala manera a la dama, decidido a no continuar con esa incómoda discusión.

Se levantó del sillón con más energía de la que se necesitaba. «Madame, permíteme, pero no tengo nada más que decirle. Creo que ya la aseguré lo suficiente con respecto a mis intenciones hacia Victoria».

Dicho esto, hizo ademán de retirarse, pero la mano huesuda de la señora le aferró la suya impidiéndole moverse. Una presión fuerte digna de un vigoroso trabajador.

«¡Jared!» dijo, en contraste con una nueva gentileza. «Podría sorprenderlo lo que piense Victoria. ¿Se le pasó por la cabeza que a lo mejor ella también lo ama?»

Un nudo le volvió a subir a la garganta y se liberó de la mano de la señora. Una sonrisa amarga le subió a los labios. «¿Amar a uno como yo? Estaría loca. Ya está loca por creer que nuestro matrimonio tiene una posibilidad, por

quererlo no obstante sepa quién soy. No, Victoria no me ama, quizás está fascinada, quizás es inconsciente, pero enamorada, no. ¡Dios no quiera que le suceda!» y con esas palabras duras y cargadas de dolor, se retiró, dejando a Lady Weird sin palabras.

A la mañana siguiente Victoria fue despertada por una serie de ruidos a los cuales no estaba acostumbrada. Al inicio, el silencio de la noche fue interrumpido por el canto de los pájaros y del gallo, luego fue el turno de las carcajadas que provenían de afuera, y finalmente, por pasos no del todo ligeros sobre el piso de madera del corredor.

La casa de su tía permanecía siempre silenciosa hasta tarde en la mañana y por un momento tuvo la impresión de estar en el colegio, sobre todo por los pasos apresurados, tan parecidos a los de sus compañeras cuando llegaban tarde a la lección y trataban de correr sin dar la impresión de ello porque estaba prohibido.

El gallo, como había predicho tía Erinia, comenzó a hacerse sentir mucho antes de que la luz aclarase el cielo, y los primeros cantos de los pájaros lo habían precedido, pero Vic, que pasó la noche atormentada por varios dolorcitos, agradeció casi con alivio esas primeras señales del nuevo día.

El dolor luego de la caída había ido empeorando como le anticipó la señora Cooke. «¡Mañana por la mañana le será difícil sentarse!» le había pronosticado. Y la joven no dudaba de que fuera verdad. También el tobillo, que al inicio no le provocó dolores, por la noche se hinchó un poco y le dolía bastante.

Su doncella Halley se había impresionado mucho por el accidente y trató de ser útil de alguna manera, pero había poco por hacer en vista de la naturaleza de las contusiones.

Victoria pasó la noche cavilando, no en la caída, sino en lo que sucedió luego. No terminaba de maravillarse pensando que Jared hubiera podido considerar que había una relación secreta entre ella y Mr. Fraser. ¡Arthur Fraser! La sola idea la hacía sonreír. En cambio, pensar en los besos de Jared le provocaba un efecto muy distinto, y quizás había sido más eso que los hematomas lo que la tuvo despierta en la noche.

Cuando Halley acudió a su llamada, se maravilló al ver que *su señorita*, luego de una jornada como la anterior, estuviera determinada a levantarse, pero Victoria estaba impaciente por volver a ver a Jared y hablar con él, por lo que no se dejó convencer de permanecer en la cama.

La desilusión vino cuando, abriendo las ventanas, el día se presentó gris y casi otoñal. Todo ese piar le había hecho imaginar una mañana radiante, en cambio, amenazaba lluvia y el aire se había vuelto bastante fresco.

La doméstica insistía para llevarle el desayuno a la cama, pero Victoria fue inamovible, tal como fue inamovible en el hecho de apurarla con un peinado cómodo en lugar de una de sus estrafalarias empresas para domar su cabellera.

En poco tiempo estaba lista y preparada para salir, dentro de los límites concedidos por sus cardenales e hinchazones. Un vestido de día en lino con flores, un suave rodete y listo.

Apoyándose un poco en Halley, un poco en las paredes, luego en el pasamano de la escalera, Victoria llegó, orgullosa de sí misma y de su determinación, a la sala donde se desayunaba, en la cual esperaba encontrar con todo su ser a Jared.

La sala era una habitación oblonga, con una amplia y poco decorada chimenea: algo más que una cavidad en el muro revestida de piedra blanca, en la cual había sido encendido un fuego debido al día oscuro.

Una larga mesa de madera, con enormes garras de león, ocupaba el centro de la estancia, y en la cabecera de la parte opuesta al ingreso, Vic vio, no sin sentir un golpe en el corazón, a Jared. Estaba ocupado, para su decepción, en una conversación con otro hombre que la muchacha reconoció como su ayuda Maters, si no recordaba mal, el cual le dirigió una mirada curiosa cuando la vio llegar.

Jared se levantó y fue a su encuentro. Victoria se preguntó cuándo dejaría de confundirse cada vez que lo veía.

Extrañamente también él le pareció agitado, como si no supiera qué decir o hacer. Y esa actitud incómoda le pareció más confusa que cuando se comportaba naturalmente. Él se recompuso enseguida y le preguntó en un cierto tono formal sobre su salud.

Le mostró las palmas de las manos a su pedido, las cuales estaban en mejores condiciones de lo que, a su decir, él se habría esperado. Le preguntó si deseaba más almohadones en la silla, algo que ella, enrojeciendo, tuvo que aceptar.

Maters tenía que estar al corriente de lo acontecido porque no se inmutó.

El joven fue invitado a comer con ellos, pero declinó la oferta diciendo que tenía muchas cosas por hacer y los dejó solos en la mesa con una sonriente señora Cooke que iba y venía, contenta de que su paciente ya estuviera lo

bastante repuesta como para comer sentada. Ella, dijo, no habría apostado un centavo en vista de la naturaleza de la... situación.

Victoria, cada vez más colorada, se arrepintió de haberse presentado, pero cuando Jared, despreocupado de la presencia de su ama de llaves, alargó una mano sobre la mesa para tomar la suya, todos sus temores desaparecieron en un instante.

«¿De verdad estás bien?» le preguntó casi en voz baja. Había algo diferente en él, pero Vic no alcanzaba a entender qué. Era una luz en su mirada, un pliegue diferente en su sonrisa. Quizás lo había visto así solo una vez, la noche del baile. Antes que Mr. Fraser, inoportuno, arruinase todo con sus ovejas.

«¿Sabes cabalgar, querida?» le preguntó en tono formal, mientras la señora Cooke le servía una humeante taza de café de una jarra de plata. Victoria enrojeció aún más.

«Sí, pero no... puedo».

Jared se puso a reír. «No hoy, por cierto. Pero te pregunto si serías capaz de recorrer a caballo la propiedad junto a mí apenas te recompongas, o si tendré que llevarte en una calesa; algo que detesto».

«Victoria sabe cabalgar como todas las señoras bien educadas, ¿no es verdad?»

El idilio se había acabado porque Lady Weird, que nunca se había hecho ver fuera de sus habitaciones antes del mediodía, esa mañana anticipó el octavo toque del reloj y estaba avanzando despacio en la sala, posando blandamente su bastón sobre la madera brillante.

«Soy una discreta amazona».

« ¡Y no irán ciertamente a hacer una recorrida en esos trastos que usan los jóvenes a la moda! Esos carros para dos personas... ¡indecentes!»

«No, madame, no llevaré a Victoria de paseo con el faetón: ni siquiera poseo uno. Quisiera, en cambio, llevarla a caballo. Acompañados, obviamente, de forma que haya alguien cerca que nos pueda ayudar si la señorita cayera en otros torrentes».

Lady Weird se sirvió una cantidad de comida impresionante. «Excelente. Los acompañaría yo misma si no tuviera absolutamente ganas de un aburrido paseo a través de estas tierras planas y siempre iguales. Mi propiedad en Cornualles es mucho más sugestiva en panoramas, lo verá usted cuando vengan a visitarme».

«Ciertamente» Jared parecía divertirse mucho. «Para la ocasión me procuraré un faetón».

« ¡Excelente idea, muchacho mío!» replicó entusiasta la tía.

Victoria tenía la impresión de asistir a un diálogo entre dos locos. Y en efecto, siguieron contradiciéndose mutuamente durante toda la comida con creciente satisfacción para ambos.

Jared, una vez que pusieron fin a la escaramuza con la tía, se ofreció a mostrar la casa y los alrededores a las dos mujeres, si Victoria se sentía en grado de caminar algo. Lady Weird declinó la oferta, aduciendo achaques que nunca había tenido, y Victoria, con el tobillo en malas condiciones, estaba por hacer lo mismo cuando se encontró entre las manos el bastón de la tía.

«¡Apóyate en esto, pégate a los hombros robustos de tu prometido y ve!» le ordenó la tía, tan perentoria, que no admitió réplicas. En un instante, la mujer se fue, rápida como una gacela y los dejó solos.

«Adoro a tu tía, ¿sabes?» dijo Jared riendo.

«Serías el primero» murmuró Vic. «A menudo la detestan todos».

«También a mí me sucede. Quizás por eso nos comprendemos bien».

Jared le ofreció su propio brazo. A la luz del día los ojos de él le parecieron del mismo gris tempestuoso de esa mañana, cambiantes como las nubes y luminosos como el cielo. Invitantes como granos de uva.

Se apoyó en su chaqueta, finísima y suave lana azul, y se puso en puntas de pie, esperando que él no se diera cuenta de su respiración ya agitada por esa momentánea e inocente cercanía; pero por la sonrisa cómplice que le dirigió, Victoria comprendió que él sabía. Habría tomado distancia, pero ese pie estúpido se negaba a llevar su peso y apoyarse le era necesario.

No le gustaba ser tan transparente con él. No le gustaba que él tuviera ese tipo de poder que le hacía perder el control. Sobre todo porque el terreno sobre el que la conducía, para ella inexplorado, para él no guardaba secretos.

Dejaron la sala juntos, en apariencia, una pareja compuesta y elegante, mientras en la joven se desencadenaba de nuevo una tempestad de sensaciones indomables.

Jared decidió por los dos que la llevaría afuera, antes de que el temporal que amenazaba desde el alba se desencadenara y les impidiera salir: para ver el interior tenían todo el tiempo.

A paso lento, para esperar a Victoria, se dirigieron hacia los establos y la granja, más allá del prado del parque.

Se había levantado el viento, que enseguida sacudió el vestido ligero de ella y le arrancó varios rizos del peinado.

«¡Siempre parezco una salvaje!» se lamentó.

«¿Y si te dijera que te prefiero así?» le preguntó, mirándola de esa forma que la confundía del todo.

¡Cuánto habría dado por creerle! Otra vez la asaltó una profunda tristeza. Sabía que Jared era un hombre experimentado, acostumbrado a mujeres más prácticas en el tema y provocadoras que ella. No tenía dudas sobre el hecho de que los sentimientos que él le demostraba fueran sólo gratitud y simpatía. Sabía que le gustaba: quizás igual que ella advertía esa afinidad de sentir que los acercaba, pero no se hacía ilusiones de que por su parte le hubiera ofrecido algo más profundo jamás.

Otra ráfaga de viento casi le arranca el chal.

«Hace tanto frío» observó, apretándose lo mejor que pudo en la prenda de lana que las ráfagas le arrojaban encima golpeándola. Sabía que ese frío venía de adentro, que no habría bastado un chal para calentarla.

El día anterior, entre sus brazos, soñó que había encontrado un fuego cerca del cual entibiarse, pero no quiso ni pudo ceñirse a esa esperanza: muchas veces, junto a Jared, se permitió soñar, pero la realidad desmintió y destruyó esas llamitas que se habían encendido en ella.

Ahora estaba segura de que Jared la quería bien a su modo, que estaba feliz de casarse con ella, pero también estaba segura de que nunca habría tenido algo más que el tibio afecto que un hombre como él podría reservar a una como ella.

¡Qué lejos estaba de la realidad! ¡Y cuán poco él imaginaba la naturaleza de los pensamientos de ella!

Si supiéramos leer en el corazón de las personas como las páginas de un libro, ¿cuán diferente sería la vida, cuántos dolores nos ahorraríamos a nosotros y a los que amamos?

¿Pero seríamos todavía capaces de amar? ¿O seríamos más bien capaces de odiar?

Ahora, Victoria se consumía en el frío invierno en el cual su alma se helaba y no sabía que a su lado había un hombre que deseaba solamente convertirse en su hogar. Y Jared, por su parte, era incapaz de expresar las únicas palabras que habrían hecho la felicidad de ambos, temeroso de la intensidad que tendrían, y más temeroso de no estar a la altura de su poder.

¿Pero quién puede decirse capaz de amar?

Caminando el uno al lado de la otra, en el aire eléctrico del temporal inminente, profundamente conscientes de la cercanía recíproca, los dos estaban tan lejanos como fuerte era el deseo de estar cerca; cada uno un obstáculo insalvable para la propia felicidad.

El chal de ella golpeaba como una bandera, listo para ser arrancado de las manos de la joven, que fatigosamente lo mantenía en su lugar. Jared lo recuperó casi por milagro con un gesto repentino, antes de que se le fuera con el viento. Cuando finalmente llegaron a los establos, los acogió el calor de los animales y el aire húmedo, cargado de los olores de la hierba y de las bestias. Fue con alivio que entraron, justo cuando las primeras gotas gruesas comenzaban a empapar el prado. Un segundo después, una lluvia tupida y tétrica inundaba el campo, mientras la tempestad atormentaba los cielos sobre la propiedad. En los corazones de ellos no se agitaba un menor huracán.

Los caballos en sus rediles estaban agitados a causa de los rayos y el mozo de cuadras se ocupaba de calmarlos. Jared se acercó a su semental Black Devil, que bufaba y coceaba. Victoria estaba aterrorizada con ese caballo, que le parecía enorme y peligroso, y cuando vio a Jared que se le acercaba con afectuosa seguridad, le dio un golpe al corazón. Se quedó encantada mirándolo, mientras con gestos sabios acariciaba el hocico del animal hablándole dulcemente hasta que las patadas se volvieron menos frenéticas y el gran animal comenzó a darle afectuosos golpes con la cabeza.

Jared parecía olvidado de todo, hasta de ella, mientras se ocupaba del corcel con el afecto que habría podido prodigar a un amigo.

Solamente cuando Black Devil se calmó del todo, el hombre pareció recordar a Victoria.

«¿Quieres acariciarlo?» le preguntó con una sonrisa orgullosa.

Ella, vigorosamente, dijo que no con la cabeza, provocando en el hombre una abierta carcajada que a sus ojos lo volvió todavía más fascinante.

«¿Estás segura de que sabes cabalgar? Dime la verdad, no tiene sentido que te pongas en peligro para parecer la heroína de una novela».

El comentario la hizo irritar. «¡Sé cabalgar!» exclamó picada. «Un poco, como amazona. Lo bastante como para hacer algún paseo en el parque, acompañada» De nuevo el rubor subió a sus mejillas, más por la consciencia de cómo él la miraba que por la admisión de sus propias incapacidades.

«Hazme entender: si te colocan sobre una silla puedes mantenerte sentada, mientras alguien lleva el caballo al paso de las riendas». El tono de Jared era

tan irónico que Vic con dificultad no se puso a reír de sí misma y tuvo que esforzarse para parecer dignamente ofendida.

«Precisamente».

Se le acercó para susurrarle persuasivo al oído, conduciéndola a un total y decisivo desorden. «Una con tu espíritu debería saber dominar un caballo bien plantada sobre la silla. Tendrías que sentir el animal entre tus muslos, obligarlo a correr como el viento, dejándote transportar por su ritmo y por el tuyo...»

Lo logró. Victoria, escuchando su voz persuasiva imaginó algo más que la escena de un paseo por el campo, y todo su cuerpo reaccionó a esa provocación con la languidez debida a una seducción bien lograda.

Pudo recuperar el control recordándose a sí misma que el hombre que tenía a su lado estaba más que acostumbrado a conquistar la atención de las señoras con estrategias de ese tipo, o peor.

«¿Me enseñarás tú? No veo la hora de cruzar Hyde Park sentada como un hombre, quién sabe, ¡a lo mejor con tus pantalones puestos!» replicó con toda la prontitud que le fue posible.

Jared le respondió con otra de sus carcajadas, a la cual se unió también ella, imaginando la cómica situación que apenas había descrito. ¿Qué diría tía Erinia si los escuchara? Comenzaba también ella a sentirse una digna heredera de las ideas estrafalarias de la excéntrica señora.

«En tal caso, creo que te gustará un pequeño regalo que tengo para ti» retomó Jared, empujándola hacia uno de los boxes en el cual el mozo de cuadras recién había terminado de ocuparse de una yegua de manto gris y de hocico pícaro.

Era mucho menos intimidante que Black Devil, mejor dicho, Victoria sintió una inmediata simpatía por la bestia, también por las dimensiones menos imponentes que el pura sangre de Jared.

«Esta es Farah. Es joven, pero es dócil e inteligente. Pienso que será una buena compañera para tus paseos en Hyde Park».

«¿Tú me compraste un caballo?» Victoria no se lo esperaba.

«Para visitar la propiedad quería que tuvieras un animal confiable y adecuado para ti».

Victoria no estaba acostumbrada a los regalos y sintió que las lágrimas le pinchaban los ojos.

Si no hubiera estado el mozo que los observaba con aire malicioso, le habría echado los brazos al cuello, pero se retuvo y agradeció educadamente,

mientras Jared le explicaba cómo acercarse para hacer amistad con la yegua.

«Tendrás tu silla de amazona y ningún pantalón» puntualizó.

El temporal había pasado y el mozo de cuadra salió, dejándolos momentáneamente solos. Victoria siguió con la mirada al muchacho que dejaba el establo y habría jurado haber notado fugazmente una señal de Jared para invitarlo a retirarse.

«Nos quedamos solos demasiado a menudo» observó, ya presa de un leve nerviosismo. «Tendríamos que salir y retomar el paseo».

En ese momento la puerta del establo fue golpeada por una violenta ráfaga y fuera recomenzó a llover con una cierta intensidad.

«El tiempo siempre ayuda a los libertinos cuando quieren seducir a una mujer» bromeó Jared, pero esa vez sus palabras cayeron en un incómodo silencio.

Tuvo que comprender el malestar de Victoria, porque se acercó al ingreso. Pero apenas abrió la puerta fue embestido por un violento aguacero que lo obligó a volver a entrar. La lluvia era tan impetuosa que en pocos segundos el retumbar de los rugidos del agua se hizo insoportable.

Vic, de pie, apoyada en una balaustrada de madera, comenzaba a sentirse cansada porque tenía que mantenerse en equilibrio sobre la pierna sana y la posición era incómoda.

Jared debió darse cuenta de que estaba agotada, porque buscó una silla y la invitó a sentarse, recibiendo una mirada torcida: el trasero no le consentía acomodarse sobre esa superficie dura.

«Prueba sobre la paja» le sugirió él, alejando con una patada la silla que le había ofrecido apenas comprendió sus dificultades.

« ¡Vamos, Jared! Ayer volví de un inocente paseo cubierta de lodo y en tus brazos. Hoy quisiera llevar a la casa mi dignidad intacta, mi vestido y mi honor. ¡La paja no!» exclamó ella. «Mejor me quedo coja».

«Como quieras» respondió él, sentándose sobre un montículo de paja con gran satisfacción.

Victoria siguió balanceándose sobre el pie sano, envidiosa de su prometido hasta la punta de los cabellos, quien parecía disfrutar a la grande sobre el asiento improvisado.

La señorita bien educada se negaba a darle la razón, pero la Victoria amante de las aventuras ardía por aprovechar la invitación.

«Me haría mal... no *solo* me duele el tobillo» le recordó, cada vez con menor convicción.

«Es bastante suave, créeme».

Con mucha vergüenza, debida a su intención de no arrugar, ensuciar o romper el vestido, a los varios dolorcitos que le solicitaban una cierta cautela al apoyar sus nalgas sobre cualquier superficie, Victoria se acomodó al lado de Jared, aspirando con satisfacción y voluptuosidad el perfume fresco y acre de la paja. Una carcajada feliz le surgió de la garganta, se sentía contenta como una niña.

«Deberías tratar de ayudarme a ser más seria, y en cambio... ¡míranos! ¿Cómo voy a hacer para volverme una señora elegante?»

«¿Te interesa tanto? Quiero decir, volverte como *ellos*». Jared se había recostado sobre un lado, apoyando un codo de la refinada chaqueta sobre el perfumado lecho y saliendo de su campo visual.

Victoria, rígidamente sentada, reflexionó un segundo sobre la pregunta. «Es lo que he hecho toda la vida. Hubiera querido ser como Harriet, como mi madre... no sé por qué motivo no me sale. Me habría gustado...» ¿Qué le habría gustado?, se preguntó de repente. ¿Ser como ellos? De las reglas siempre le importó muy poco, sin embargo, cuánto había sufrido descubriendo en sí misma la incapacidad de seguirlas, esa especie de impaciencia que se adueñaba de ella cuando, de repente, los límites le quedaban chicos.

«Equivocarme menos» susurró con una punta de amargura.

«¿Equivocarte menos o ser más amada?» la pregunta de Jared, a quemarropa, la obligó a volverse para mirarlo a la cara. Él la estaba mirando con atención y su mirada carecía de la ironía que siempre la hacía brillar con una luz maliciosa. Era tan extraño y tan increíblemente bello sentirse ser mirada así. Le parecía casi estar envuelta por el mismo abrazo que le había regalado en el bosque, solo que, esta vez era solamente su corazón el que se entibiaba.

No tenía la más mínima idea de lo que significaba sentirse amado, pero intuyó que lo que sentía gracias a esa mirada era lo más cercano a esa sensación. Le sonrió, pero no pudo cancelar la vaga tristeza que ese discurso le provocaba.

«No es fácil responder. Quizás no es tan diferente».

«Lo es. ¡Y cómo!» fue la respuesta de él, que se sentó nuevamente y de repente estaba demasiado cerca. «He conocido a personas indignas que eran objeto de la más incondicional veneración. ¿Qué medida de juicio te parece válida, Victoria? Yo...» bajó los ojos, como si una lucha interior lo estuviera aplastando, pero volvió a fijarse en los de ella y Victoria perdió la

respiración, robada por el viento impetuoso de la tempestad que se agitaba dentro de él. «Quizás tienes razón, ¿sabes? Yo también estoy profundamente equivocado. Siempre lo estuve. Entiendo lo que quieres decir».

La lluvia, que había golpeado con prepotencia el techo de madera del establo, enmudeció, provocando un silencio ensordecedor. La mano de Jared estuvo sobre la de ella. «¿Era esto de lo que hablabas, verdad, cuando te propusiste como mi prometida? Tú piensas que, estando los dos equivocados, juntos seremos perfectos. Sí, yo también lo pensaría si...» se aclaró la voz. «Si no pensara que tú *no estás* equivocada». Se levantó de un salto tan fluido que Vic habría dicho que vio los músculos moverse debajo de la vestimenta. Le ofreció la mano para ayudarla a levantarse a su vez. «Coraje, querida: no querrás que mi mozo de cuadra piense que nos hemos puesto a rodar juntos sobre el pajar». Era nuevamente él; había vuelto la desapegada ironía.

Vic se sintió un poco desilusionada pensando que Jared, probablemente con cualquier otra mujer no habría dudado en aprovechar de una ocasión similar. Se preguntaba qué era lo que había querido decir con esas frases crípticas. Nadie la confundía como él. Nada la confundía como su situación. Era tan grande su deseo de ser amada por Jared que terminaba sofocando cualquier espiral de esperanza en ese sentido.

Aceptó la mano y se levantó, apenas a tiempo para la vuelta del mozo, muy alegre con ese tiempo extravagante. El temporal había desaparecido y ya algunos rayos de sol muy caliente se abrían camino entre las nubes.

Fuera del establo el panorama había cambiado completamente. El cielo hacia el sur estaba todavía cargado de nubes negras, pero anchas pinceladas de un azul cargado se abrían sobre la casa.

El prado, empapado de lluvia, era de un verde intenso, vuelto brillante por los rayos de sol que se liberaban entre las nubes de lluvia.

También la hiedra que trepaba sobre la casa mostraba vívidos colores, mientras las hojas se balanceaban perezosamente para deshacerse del agua. En la granja frente a ellos había un gran movimiento de gente que reorganizaba y controlaba los daños del imprevisto temporal.

«Hidden Brook» le presentó Jared con un amplio movimiento de la mano. «¿Qué dices?»

Victoria estaba encantada, enmudecida con el espectáculo. «Me pregunto cómo puedes preferir Londres» le respondió.

Jared asintió. «En efecto, no prefiero Londres». Le sonrió, pasándole un brazo alrededor de la cintura. Victoria no tuvo la fuerza ni la rapidez para

alejarse, evitando esa actitud escandalosa en un lugar donde toda esa gente habría podido verlos. «No temas. Nadie gritará que es un escándalo» le dijo él, intuyendo sus pensamientos. «Estamos a pocas semanas del matrimonio y me conocen: les llamaría la atención si por el contrario no me comportara como un canalla contigo».

Dicho eso, aumentó la presión alrededor de la cintura y la alzó lo suficiente como para alcanzar sus labios con un beso. Fue rapidísimo, tanto, que Vic no pudo reaccionar de ninguna manera. Y también rápido, casi imperceptible, fue lo que le susurró sobre los labios. «Te amo».

Tan veloz, que le pareció haberlo soñado.

La depositó, cuidando de no hacerle daño al tobillo, y como si nada, le ofreció el brazo, invitándola a volver porque iba a haber mucho lodo sobre el sendero para continuar más allá con el paseo.

Victoria, confundida y demasiado feliz como para atreverse a ser feliz, se dejó conducir dócilmente a través del prado. Los zapatos iban a tener que ser tirados, pero la joven sentía muy poco el efecto de la hierba mojada sobre los pies y sobre el ruedo de la falda, de lo cual no se preocupaba ya. Apoyada al brazo de Jared se sentía en condiciones de llegar al fin del mundo.

19

«¡Victoria Arden! Por el amor de Dios: ¡estamos aquí hace sólo dos días y ya has arruinado dos vestidos! ¿Cómo terminará a este paso?»

Lady Weird, caminando rápida, acompañada por el golpecito de su bastón, los había alcanzado en el ingreso, no dejándoles siquiera el tiempo de entrar.

Tenía que haberlos visto desde las ventanas del saloncito, que la mujer había elegido como su lugar preferido.

En todo el trayecto Jared no pudo decirle una palabra a Victoria. Si ella hubiera hecho un comentario sobre lo sucedido, probablemente él hubiera negado todo.

Cómo se le había ocurrido declararse de esa estúpida forma, no lo sabía ni siquiera él, pero más lo pensaba, más quería desaparecer.

¡El gran seductor! En cuestiones sentimentales, ahora lo sabía, era peor que un niño, o mejor dicho, así se sentía.

Tuvo ocasiones de oro para declararse y las había desaprovechado.

«Se mojó por la lluvia, tía» respondía pacientemente la muchacha, como si no le importara nada de la llamada de atención o del vestido, que en efecto no tenía un buen aspecto.

La anciana mujer se dirigió a Jared luego de haber enviado a la sobrina a limpiarse y cambiarse. «¡Y usted! Ahora basta: los seguiré como un sabueso. Quiero que llegue al matrimonio con su ajuar. ¡Si seguimos así vamos a tener que hacer todo de nuevo!»

Dicho esto, se fue rápida y ligera como una jovencita.

Jared se quedó solo, con la señora Cooke que lo miraba desde el fondo en penumbra del corredor, en silencio. Ante su mirada, la mujer se retiró haciendo una mueca y sin decir nada. A pesar de que todavía era temprano, el hombre sintió la necesidad de algo fuerte para soportar el resto del día, pero se limitó a ir al encuentro de su difícil invitada en el salón y a hacerse llevar el diario que todavía no había leído.

Luego del primer impacto con la propiedad y el tiempo loco de la campaña inglesa, Jared no tuvo otras ocasiones de arruinar los vestidos de Victoria, exactamente como Lady Erinia había prometido.

Él se dio cuenta de que la vieja señora había sido más que seria en sus amenazas, y luego de esa inicial libertad que les había concedido, se pegó

como una buena chaperona a su sobrina y no les dio respiro a ninguno de los dos. La casa fue recorrida en su presencia, con la señora Cooke como guía, con el señor Cooke como acompañante para responder a las preguntas técnicas de carpintería, tema en el cual Jared descubrió que la dama era una entendedora.

Ese día y el siguiente, Jared no tuvo una sola ocasión para descubrir si Victoria había sentido o no sus palabras, ni para adivinar los sentimientos de ella luego de esos breves interludios que habían tenido.

Sabía que tenía todo el tiempo, que debía tener paciencia, pero esa situación era totalmente nueva también para él.

Siempre había sido un experto en el arte de la seducción, en las miradas, en los toques al pasar, en los juegos de las notas intercambiadas bajo las miradas de consortes ignorantes, hasta en esos pequeños trucos que las mujeres usaban para atraer la atención masculina, desde un movimiento del abanico, hasta recoger un pañuelo. Sabía captar las señales lanzadas por una señora disponible con una precisión que a veces lo asustaba. Victoria, en cambio, era difícil de interpretar, quizás porque estaba tan confundida como él.

No obstante la tuviera bajo vigilancia con una cierta aprensión, la joven no le permitió entrever lo que pensaba. Los ojos siempre bajos o dirigidos hacia la tía, o perdidos en quién sabe qué reflexiones, escapaban a los suyos, creando en Jared una creciente frustración. Si hubiera sido más astuto, habría esperado a tener el tiempo suficiente para una declaración adecuada, o al menos tener el coraje. De ese modo, no le quedó otra cosa que atormentarse en la duda.

En el arco de ese día el clima empeoró nuevamente y, luego de un cuidadoso recorrido por la casa, no les quedó otra cosa que transcurrir el tiempo en el salón, donde Jared se tuvo que adaptar a interminables partidos de cartas con tía Erinia, mientras Victoria se ocultaba detrás de bordados y lecturas.

El segundo día trajo buen tiempo y una Lady Weird en plena forma, más que deseosa de visitar la propiedad. Jared descubrió casi una nueva sutil, letal, forma de tortura: un larguísimo paseo a caballo con la que, ya, él consideraba su suegra con pleno título.

Victoria, gracias a su problema, no podía siquiera pensar en subir a un caballo, por lo cual, la pequeña Farah y su nueva silla fueron inauguradas por la anciana señora, que dio pruebas de haber sido en sus tiempos una probada

amazona y de ser todavía capaz de montar, aunque los años le hubieran quitado en parte la agilidad de antaño.

«Estoy vieja, pero no decrepita» comentó ácida a las tímidas felicitaciones de Jared, que no se había esperado ciertamente hacer su esperada cabalgata con Lady Weird. «Y sé muy bien que esperaba una compañía bastante diferente».

«¿Señora, habría comprado este caballo a mi prometida si hubiera pensado que tenía que dar un paseo con usted?» masculló.

«No tenía que permitir que la señorita cayera en el torrente, mi querido muchacho».

Y Jared tuvo que mostrar la propiedad a la señora con mucha meticulosidad durante toda la tarde, mientras la pobre Victoria se quedaba en la casa sola, con su trasero dolorido.

La llegada de Maters desde Londres obligó a Jared a ocuparse de sus negocios con cierta anticipación respecto a sus previsiones.

El joven ayuda, que en ese periodo galopaba en su lugar ocupándose de negocios y cuestiones burocráticas, había llevado consigo varios documentos que Jared tenía que examinar con una cierta urgencia.

Todo parecía ponerse en su contra, además, porque cuando él tuvo que retirarse a su estudio para trabajar, Maters cayó en la red de Lady Erinia, la cual estaba decidida a descubrir todas las facetas de las actividades de Jared para, a su decir, *la seguridad de Victoria*. Todos sabían muy bien que era una entrometida.

Sintiendo una punzada de celos, Jared dejó al joven sentado al lado de Victoria, aunque no le envidiaba la situación en la que la aristócrata lo estaba poniendo.

Los negocios de Jared, ironía de la suerte, estaban por primera vez en dificultad. Por lo que parecía, las amenazas del señor Warren se estaban concretando: ese hombre había prometido arruinarlo y parecía tener la intención de hacerlo.

Hasta ese momento Jared no había dado gran importancia a los tentativos del hombre de desacreditarlo entre varias personas con las cuales hacía negocios, pero ahora se estaban agregando cuestiones jurídicas que podían conducir, sin equivocación, a maniobras del hombre, y que le traerían dolores de cabeza.

Nada que pudiera dañarlo de manera efectiva, pero de todas formas, asuntos fastidiosos que le robarían tiempo, dinero y atención: solamente

comprender con exactitud los hechos y entender cómo le convenía moverse le requirió horas de aislamiento en su pequeño estudio.

Así, en los días siguientes, fue obligado a desatender a sus invitadas, lamentándolo y sintiéndose decepcionado.

Jared había construido el estudio en uno de los bajo techos de la casa, no teniendo en cuenta que en el verano habría sido una de las habitaciones más calientes. Le gustaba la idea de la biblioteca que se acuñaba entre las vigas de roble, pero sobre todo quería para sí mismo ese panorama amplio de la campiña ondulada y verde que la ventanita le ofrecía.

En esa casa dio vuelta cualquier tipo de sensatez en la disposición de los cuartos, decidiendo según sus deseos. Pero el calor en esos días era tal, que lo obligó a eliminar, al menos, el peso de la chaqueta y del chaleco para no sofocarse.

Luego de haber vuelto a enviar Maters a Londres con varias cartas y comunicaciones a sus abogados, Jared esperaba no tener que anticipar su vuelta a la ciudad. El día después todos participarían de la función dominical, durante la cual se leerían las publicaciones. Todo el pueblo de Lowhills, anexo a la propiedad de Jared y sede de la parroquia, esperaba desde hacía días el evento para ver a Victoria, que en breve sería la señora de esas tierras.

La curiosidad hacia la futura esposa del patrón era tal que, cuando hizo el recorrido por la propiedad con Lady Weird, en el pueblo se había creado un verdadero alboroto, pero viendo a la acompañante, todos se retiraron bastante desilusionados. En resumen, a Jared no le gustaba la idea de partir antes de haber hecho conocer a Victoria el pueblo, pero el tobillo le había dado más problemas de lo previsto y la visita había sido postergada.

En verdad, ahora la joven se encontraba mucho mejor y Jared esperaba tener forma de acompañarla a pasear próximamente. Claro que tenía intención de hacerlo antes de volver a la ciudad por culpa de Warren.

Jared, en mangas de camisa, sentado ante el escritorio de pesada madera de nogal, por un segundo alzó los ojos de los documentos sobre los que estaba trabajando.

Solo Victoria podía hacerse daño en el trasero el primer día en Hidden Brook.

Solo él podía enloquecer por una mujer tan torpe y loca.

Se dio cuenta de que estaba sonriendo, nuevamente perdido en pensamientos sobre ella. También había caído la primera vez que se vieron, y

en esa ocasión le había concedido una visión de sus piernas que nunca olvidó no obstante la fiebre y los eventos de esa noche increíble.

Para decir la verdad, Jared se reprendía por pensar mucho en su prometida y en sus gracias, y quizás era por eso que en los últimos tiempos había ofrecido un costado débil a sus enemigos, descuidando sus intereses. De todas las mujeres que había tenido, ninguna se había adueñado como ella de sus pensamientos.

Un leve golpe en la puerta cerrada llamó su atención. Había perdido la noción del tiempo y había llegado la hora de prepararse para la cena. Pensando que el que golpeaba era Maters o el señor Cooke que le querían avisar, exclamó un distraído «Adelante» y volvió a mirar los papeles, como cuando de muchachito se distraía de los deberes y quería dar la impresión de haber estado, en cambio, concentradísimo.

Levantó los ojos cuando se dio cuenta de que luego del ingreso de la persona había seguido el silencio. Victoria estaba parada, incierta, en la entrada.

Impulsivamente Jared se levantó y la invitó a entrar, dándose cuenta luego de un momento de que estaba en camisa. Habría podido ponerse inmediatamente la chaqueta, excusándose con ella, pero le pareció interesante estudiar su reacción a esa falta, y decidió hacer de cuenta que no pasaba nada.

Su cuarto, se justificó la joven, estaba sobre el mismo piso, justo frente al estudio, y ella estaba yendo a cambiarse cuando le vino a la mente que Jared debería estar todavía allí y había pensado saludarlo.

«Hiciste bien en llamarme, de otra manera habría podido llegar tarde a la cena».

Jared, reaccionando al tono titubeante de la muchacha, usó modos casuales, como los de, pensó, un marido con la esposa. Se levantó, encontrando la situación terriblemente intrigante.

«Tendrías que ponerte la chaqueta» le sugirió Victoria incómoda de forma visible.

«Ya me viste en condiciones peores» objetó él y, siguiendo el mismo impulso de antes, en cambio de colocarse la prenda, se colocó detrás de ella para cerrar la puerta.

«No...» tartamudeó ella.

«No es prudente. Pero hace tres días que voy de paseo con tu tía o estoy encerrado aquí trabajando. Me merezco algunos minutos a solas contigo».

«Halley me debe estar esperando en el cuarto».

«Esperará».

Jared se descubrió impaciente, excitado por la circunstancia y la reticencia de ella. No quería asustarla, pero tampoco quería dejar pasar ese momento mágico sin sacarle provecho. Con paso lento e indolente se le puso delante. Victoria retrocedió un paso, pero solo uno. Y no quitó ni por un instante los ojos de los de él. Le gustaba ver su figurita recortarse en el arco de luz que entraba en la estancia.

En ese estudio nunca había entrado una mujer, a excepción de la señora Cooke. Nunca había llevado a ninguna de sus amantes a Hidden Brook: las mujeres que había llevado como invitadas en las raras ocasiones en las cuales había admitido extraños en la casa, habían sido las esposas de amigos con los cuales cazaba; señoras que jamás habría acorralado, según su código de honor.

No obstante, su fama de libertino se había difundido también allí, aunque nunca hubiera menoscabado el afecto y la estima de sus subalternos y arrendatarios en la propiedad.

Jared notó también, con cierta satisfacción, que ella no protestó cuando él cerró la puerta; esta observación lo llevó a acercarse ulteriormente, dejando entre ellos poco más que el espacio para un beso.

«Dime, ¿cómo estás?» le pidió con falsa displicencia.

Su voz salió incierta, señal de que en resumen estaba disfrutando de la inesperada cercanía. «Mejor. Mañana no será un problema ir a la iglesia».

«Me da gusto».

Un poco más cerca, y la obligó a alzar el rostro para mirarlo, o mejor dicho, para poder ver de cerca su cara, las mejillas sombreadas por las pestañas, los labios entrecerrados, en espera. Era increíblemente excitante sentirla tan cerca, sin tenerla entre sus brazos, casi sin tocarla.

«Jared...»

Él no entendió si se trataba de una súplica para que se detuviera o siguiera adelante.

Ella lo empujó hacia atrás, gentil, pero segura. Otra vez había un velo de tristeza que le oscurecía la mirada.

El hombre se alejó de mala gana, pero obediente. «Tienes que decirme algo, es por eso que estás aquí» comprendió. Cruzó los brazos y no se le escapó la mirada incómoda de ella cuando la abertura de la camisa, abierta hasta el pecho, se abrió más a causa del gesto.

«No sé por dónde comenzar...»

«Por lo primero que te venga a la mente».

«El otro día. Luego de la tempestad».

«Si» Jared volvió a acercarse con un pequeño paso. Era una especie de danza, y comenzaba a comprender los pasos.

Victoria bajó la cabeza, con serias dificultades para proseguir el discurso. El hombre se sintió culpable porque no podía acercarse a ella con las palabras. Pero se acordó de que era muy bueno en los hechos.

«Victoria, mírame» la intimó. Vic levantó los ojos titubeante y él pudo finalmente envolverla en sus brazos, manifestándole la pasión que lo atravesaba.

«La tempestad recién ha comenzado» le susurró antes de apoderarse de sus labios en un beso urgente y ardiente de deseo al cual ella respondió con el mismo ardor.

Cuando su mano, leve y dudosa, le tocó brevemente la piel del pecho al descubierto, le pareció que no podría resistir más para hacerla suya, pero pasos en el suelo de madera del corredor y la llamada inesperada de alguien que golpeaba los interrumpió inmediatamente.

«¿Quién es?» preguntó jadeante, paralizándose, incapaz sin embargo de dejar ir a Victoria.

«Señor, es tarde...» la voz de la señora Cooke traicionaba cierta perplejidad frente a la puerta cerrada y a la falta de invitación para entrar.

«Si, gracias. Diga a Jack que me espere. Tengo algunas cosas urgentes de qué ocuparme». Victoria, entre sus brazos, tenía el terror en los ojos y Jared se llevó un dedo a los labios, indicándole que no hiciera ruido. Eso que para él era muy divertido, para ella era un verdadero drama.

«Muy bien, señor. Disculpe». La señora Cooke no había creído lo que dijo, pero al diablo con todos: ¿qué cambiaba si él y Victoria se conocían íntimamente antes de que el pastor hubiera decretado su unión? ¿No había querido llevarla allí para eso?

Pero la joven mujer se había recuperado del encantamiento de su beso y se deshizo del abrazo, llevándose las manos al pecho alterado y dándole la espalda. Los pasos de la señora Cooke se alejaron.

«No tenía que haberte buscado».

Esa frase lo hirió. Irritado, la hizo volverse hacia él, solo para ver los ojos de esmeraldas tristes y agitados como el mar en la tempestad.

«Tendrías que haberlo hecho antes» la contradijo. «¡Maldición, Victoria! ¿No entiendes que nosotros no fuimos hechos para sus malditas reglas?»

«Probablemente tú no. Y quizás yo tampoco, pero el punto no es ese...» exhaló un suspiro frustrado. «No hay necesidad de que trates de seducirme, Jared. Comportándote así me haces mal».

«No soy bueno con las palabras» se justificó él, presa del remordimiento.

«No, no lo eres» confirmó ella con una leve sonrisa que le alivió un poco el ánimo. Luego se humedeció los labios como si buscara todavía el sabor de sus besos, y Jared tuvo que obligarse a no mirarla. «Y yo menos que tú. Tiene razón la tía en no dejarnos solos. ¿Sabes en qué líos nos meteríamos?»

«Victoria, te recuerdo nuevamente que ya nos metimos en líos, de lo contrario no estaríamos aquí hablando. Y personalmente, en este momento, ¡no sé lo que daría para comprometerte verdaderamente como se debe!»

Victoria, en lugar de regañarlo, se largó a reír.

En efecto, para ser una frase dicha por un consumado libertino, tenía algo de cómico.

«No tendrías que hacer un gran trabajo» admitió ella enrojeciendo y mirando hacia otro lado.

Jared le dio un golpecito en la mejilla. «Lo sé. Pero por primera vez en mi vida hay algo que quiero más que el cuerpo de una mujer. Y es su corazón. Esperaré la bendición de ese estúpido pastor, la bendición de esa bruja de tu tía, cualquier otra bendición que me sirva, pero no me contentaré con nada menos. Y...» Jared ya estaba comprometido, lo mismo daba que las cosas estuvieran claras de una vez y para siempre. «Si, Miss Arden: le he declarado mi amor, hace unos días, luego del temporal. Ahora, haga lo que quiera».

Victoria agrandó los ojos y se iluminó de pura felicidad un segundo antes de echarle los brazos al cuello y besarlo con tal ímpetu que respondió por ella sobre lo que iba a hacer de esa declaración, y que puso a prueba las rectas intenciones de Jared de no aprovecharse de sus encantos antes del matrimonio.

El hombre se sentía en el séptimo cielo. Si hubiera tenido puesta la chaqueta, finalmente habría podido dar a la joven el anillo que tenía consigo desde hacía semanas, pero le molestaba interrumpir las efusiones tan entusiastas de ella para ir a buscar en los bolsillos, y así, postergó otra vez la entrega. A esa altura, sería el anillo de matrimonio si seguía postergando el regalo, pero en resumen, no era tan importante que se lo colocara antes.

De mala gana tuvo que dejarla ir: Victoria temía que de un momento a otro su doncella saliera a buscarla, y para evitar problemas, dejó el estudio de Jared, que a su vez, un momento después, llegó a su antecámara para prepararse.

Esa noche la cena fue bastante movida.

Antes de que Jared y sus invitadas se sentaran a la mesa, Maters regresó de Londres con las últimas novedades de los abogados encargados de seguir la cuestión abierta con Warren.

Aunque estaba interesado en ocuparse, Mr. Lennox despidió al ayuda para que pudiera refrescarse y lo invitó a reunirse con él luego de la cena para tener un veloz esclarecimiento ya esa noche.

Lady Weird había entendido que algo no andaba bien: ese continuo ir y venir de su joven ayuda no la convencía, así como no la convencían las explicaciones vagas de Jared. Las dos cosas, unidas, desencadenaron a la perspicaz señora, que comenzó un interrogatorio a todos los efectos.

¿Victoria estaba por casarse con un desposeído? ¿Se había jugado todo a los caballos?

«Lo entiendo, sabes, muchacho mío: también el Barón una vez estuvo cerca. Pero si son deudas de juego se resuelve. ¡Basta jugar mejor!»

Jared estaba cada vez más fascinado con el perenne sin sentido de Lady Erinia. Le parecía ver a Victoria de vieja, y la cosa le gustaba mucho.

«No soy un jugador» le aclaró de una vez por todas, provocando una gran desilusión en la señora. «Se trata de cuestiones legales. Pero confío en que no harán mella en el estilo de vida que podré ofrecer a mi esposa».

«Tengo excelentes abogados. Dos verdaderos filibusteros».

Y Jared se preguntó, sin poner voz a su duda, si no tenía que entenderlo en sentido literal.

Maters se reunió con ellos un momento antes de que las señoras se retiraran al salón, mientras el grupo estaba discutiendo cómo se moverían al día siguiente para ir a la parroquia de Lowhills.

Jared tenía dificultad en convencer a tía Erinia para ir en el carruaje con Victoria, en lugar de a pie. No quería ser obligado a caminar con ella, pero la dama era inamovible; así, cuando las dos señoras se retiraron, además de la preocupación por los abogados, el pobre tenía también la de la perspectiva de más de una milla del brazo de la terrible mujer. El único consuelo eran los ojos estrellados de Victoria, que cada vez que los dirigía a él, eran un concentrado de promesas sin igual.

El porto que bebió con Maters no fue presagio de buenas noticias: la información de las causas en las que estaba involucrado debían haber llegado a sus socios de negocios, porque según algunas indiscreciones, muchos de

ellos estaban por vender, con el riesgo de que el valor de las acciones se derrumbara.

Jared comenzó a preocuparse seriamente por los problemas que Warren le estaba procurando, pero frente a Maters se mostró optimista. No quería hacer ver ninguna debilidad, ni siquiera delante del joven que había sido, también, su confidente. Si había llegado donde estaba, lo debía también a sus capacidades de mostrar seguridad, de no ofrecer a nadie la ocasión de ver sus puntos débiles. Las mujeres y el arte habían sido sus únicas debilidades conocidas y Warren no habría podido cambiar las cosas.

Minimizando y bromeando, despidió al joven, visiblemente cansado por el viaje, y se reunió con las señoras en el salón, con la esperanza, al menos, de convencer a Lady Weird de ir con Victoria en el carruaje al día siguiente.

20

La mañana siguiente surgió bajo los mejores auspicios de buen tiempo.

El sol estaba tan caliente, desde las primeras horas de la mañana, que cuando Lady Weird se presentó acicalada de la cabeza a los pies para ir a la iglesia, Jared le ofreció una mirada muy perpleja.

Las plumas sobre su tocado, que no era un sombrero, ni un turbante, ni algo que Inglaterra hubiera visto antes, ondeaban amenazadoras con cada paso suyo, casi escondiendo su rostro. El vestido de seda azul, más adecuado para una debutante que para una mujer de su edad, con el polvo del camino y con el lodo que todavía en algunos tramos a la sombra llenaba el sendero, se vería reducido a un harapo.

«Yo con usted vestida así no voy a ninguna parte» sentenció Jared. «Me culpará por haberle arruinado el vestido también a usted y no: ¡ni siquiera pienso hacer todo ese camino con sus lamentos sobre cuán lodoso y estrecho y curvo es el sendero!»

La dama se enfurruñó. «¡No pedí vuestra opinión!»

«No, en efecto. No es una opinión, sino un dato concreto. Mejor voy en el carruaje yo también, o a caballo, o con el arado... todo con tal de no acompañarla. Y ahora, desherede a Victoria, si quiere. No cedo».

«De acuerdo, ganó usted, pero sólo porque ya había decidido subir al carruaje y mandar a Victoria a pie con usted. No ha dado dos pasos y tiene necesidad de moverse un poco. El carruaje lo usaremos todos a la vuelta».

Tía Erinia había dado otro golpe, pensaba Jared, recuperando en parte el buen humor por el conveniente cambio que había obtenido. Pero lamentablemente para él ese estado de gracia estaba destinado a durar poco: ya había ordenado el carruaje para Lady Weird y estaba esperando a Victoria y a su doncella para partir a pie, cuando de la curva del sendero, entre los árboles, apareció, trotando despacio, un caballero dirigido hacia la casa.

«¿Esperabas amigos?» preguntó Victoria. Estaba deliciosa esa mañana, en un vestido de lino de un azul cargado, simple y sin adornos. Su doncella había renunciado a construir torres con los cabellos y demasiados rizos escapaban del sombrerito de paja.

Jared, si no hubiera estado deseoso de dar unos pasos con ella, le habría desaconsejado fuertemente ir a pie, pero Vic estaba muy bella y él muy

enamorado como para usar el sentido común. Y el sentido común desapareció del todo cuando Jared se dio cuenta de la identidad del hombre que se estaba acercando.

«¿Mr. Fraser?» exclamaron en coro los dos cuando se dieron cuenta de que se trataba de él.

El joven desmontó de la silla, y, fresco y pimpante, se acercó a ellos para estrechar la mano a Jared y hacer una reverencia entusiasta a la muchacha.

«¡Señorita Arden, es un esplendor!» exclamó absorto. «Mr. Lennox, ¡qué lugar estupendo! ¡Una propiedad maravillosa!»

«Gracias» dijeron, otra vez al unísono, los dos cada vez más sorprendidos.

«¿Le puedo preguntar por el motivo de su... sorpresa?» preguntó Jared, controlando el reloj de bolsillo. No quería ser poco cortés, pero se estaba haciendo tarde.

«No podía resistirme más al deseo de volver a ver a Victoria» dijo cándidamente, extendiendo la mano hacia la joven. Jared tuvo la impresión de que de sus ojos estaba por salir una llamarada para incinerar al hombre. «¿Le habló de nuestro proyecto, verdad?» siguió él con alegría.

«¡Mr. Fraser!» esta vez Victoria estaba pálida, pero Jared, que había encuadrado al tipo, no se dejó confundir por los extraños modos del hombre.

«¿Las ovejas, señor?» preguntó con calma. «Miss Arden me ha contado. Pero hemos tenido escasa ocasión para profundizar el tema».

«¡Mal! ¡Malísimo!» soltó Fraser contrariado. «Y al mismo tiempo: ¡excelente! Justo estaba pasando por estos lugares y pensé: *¿la querida Victoria habrá explicado bien a Mr. Lennox?* No por desconfianza hacia usted, mi queridísima» dijo, con una pequeña inclinación dirigida a la muchacha. «¡Sino por la importancia de la cuestión!»

«Lástima que estamos concurriendo a la función dominical en el pueblo» exclamó Jared con aire tan contrito que arrancó una furtiva sonrisa a Victoria. «Nos estamos moviendo a pie, por lo cual tenemos que irnos. Pero en la casa encontrará todavía a Lady Weird». Jared sonrió sardónico, pensando en la sorpresa que le estaba mandando a la señora en cuestión. «Si desea, puede seguirnos con ella en el carruaje. Vaya a refrescarse un momento a la casa. Hablaremos con comodidad al retorno».

Y, tomando del brazo a Vic, estaba comenzando a caminar. Fraser apareció del otro lado de la joven, que se encontró en medio de ellos. «¿Pero por qué esperar? Puedo ir con ustedes a pie. Justamente vengo de Lowhills: bajé en la posada. Será un placer caminar con ustedes y explicarles bien lo que tengo en

mente para vuestra propiedad. No veo la hora de visitarla junto a ustedes y ver en persona si el proyecto es factible».

Y así tuvieron que hacer.

Fueron ovejas y ovejas y ovejas toda la milla hasta la iglesia.

Cuando llegaron, Victoria, que se había quedado prácticamente muda todo el tiempo, estaba en peligro de una crisis histérica debido a las carcajadas que tuvo que retener, entre las afirmaciones de Fraser y las respuestas que Jared le ofrecía al vuelo.

Este imprevisto no arruinó tanto la función, como el hecho de que tía Erinia no se hizo ver.

Jared comenzó a advertir la preocupación de Victoria luego de que todos ingresaron, pero él también comenzó a sentirse incómodo cuando la dama no se presentó ni siquiera con la tardanza que una como ella podía desear para ser notada mejor.

Irritado, más que preocupado, consintió al deseo de Victoria de volver enseguida en lugar de quedarse a saludar a la gente que desde hacía días deseaba conocerla.

Nunca la había visto tan agitada, y luego de haber saludado rápidamente al pastor explicando la situación, acompañados por el impertérrito Mr. Fraser, volvieron hacia atrás sus pasos.

«No puede ser más que un pequeño contratiempo» decía Fraser para hacerla sentir mejor.

«Tu tía se habrá puesto a escribir cartas y perdió la noción del tiempo...» hipotizó Jared, frenando a Victoria, que aceleraba el paso sin prestar atención a su tobillo todavía débil.

Llegaron velozmente al punto en el cual el sendero hacia la casa se abría del camino principal, donde entre curvas y arbustos, la visibilidad era más escasa.

«¡Oh, mi Dios!» gritó Victoria luego de la curva, viendo el carruaje parado en medio del sendero, con el cochero sobre la tierra a pocos pasos de los caballos.

Los dos hombres le ordenaron que no se moviera y corrieron hacia el carruaje. Mr. Fraser empuñaba una pistola extraída, quién sabe de dónde.

Jared se dirigió a su hombre tirado en el suelo, mientras Fraser se acercó al vehículo, cuya puerta estaba abierta de par en par. «¡No hay nadie!» gritó, otorgando un efímero alivio al corazón de los otros dos.

El cochero estaba desmayado y tenía un gran chichón en la frente. Jared lo socorrió, pero el hombre no se encontraba en condiciones de decir nada por el momento.

Victoria, incapaz de quedarse lejos de la escena, se acercó, y de la pequeña bolsita que llevaba consigo, extrajo un frasquito de sales que ayudó a Jared para volver en sí al cochero.

«¿Dónde está mi tía?» preguntaba repetidamente la joven, mirando alrededor perdida. Lágrimas silenciosas descendían por su rostro. «¿Qué sucedió?»

Fraser estaba inspeccionando los alrededores con la pistola en la mano, pero se unió a ellos cuando el cochero comenzó a volver en sí.

«Lady Weird no está, pero sobre el sendero hay huellas de otro carruaje».

Mientras tanto, el cochero recuperaba el habla.

Pudo contar que, justo en ese lugar, cruzaron un carruaje parado sobre el camino. El conductor le pidió que bajara para ayudarlo a desbloquear una rueda y luego de eso no recordaba nada más.

«No parece el accionar de bandidos» observó Fraser.

«Era un buen carruaje, a pesar de no tener insignias». El cochero, todavía acostado en la tierra, hacía lo posible para recordar particulares, desesperado por no haber podido proteger a *la señora*. Estaba tan agitado que se puso a llorar y Jared tuvo que consolarlo mientras razonaba febrilmente para entender qué había sucedido a tía Erinia.

Un rapto. La única hipótesis plausible era esa, pero se le helaba la sangre pensando en el momento que estaba pasando la lunática dama. Era mejor que pensar en una agresión con un mal final, y esa hipótesis todavía no se podía descartar.

«Tenemos que volver enseguida a Hidden Brook a llamar refuerzos» decidió.

Dar vuelta el carruaje sobre el estrecho sendero era imposible, por lo cual, con dolor en el alma, dejó a Fraser para custodiar a Victoria y desató uno de los caballos para dirigirse más velozmente a la propiedad.

Habría preferido quedarse a proteger a su prometida, aterrorizado con la idea de que en los alrededores todavía hubiera malvivientes, pero sabía lo poco probable que era. En todo caso, el criador parecía saber de armas, y eso lo confortó algo. Además, Victoria estaba visiblemente trastornada y no quería que se quedase mucho tiempo en ese sendero.

Luego de un tiempo que le pareció interminable, pudo llevar a sus hombres al lugar de la agresión.

El cochero herido fue llevado a casa y comenzó la búsqueda.

Efectivamente, había huellas de un carruaje que iban en la dirección opuesta de Lowhills, hacia Frensham. Por lo tanto, tenía que haber pasado por el pueblo.

Jared mandó a Lowhills a uno de sus hombres a pedir información, pero el pasaje debería haber sido realizado durante la función, por lo tanto, habría pocos testigos sobre el camino principal.

El hombre sentía que su rabia se incrementaba. Habría matado con sus manos al responsable de ese rapto. No quería pensar que a tía Erinia podía sucederle algo irreparable.

Victoria, luego de ese primer momento, no había vuelto a llorar, pero era inamovible: no quería volver a la casa, tenía que quedarse donde se realizaba la búsqueda.

A Jared se le hizo difícil convencerla para que volviera, pero pudo hacerlo sólo, y con cierto malestar, cuando Mr. Fraser lo apoyó decididamente.

La joven fue escoltada a Hidden Brook, mientras los hombres peinaban la zona y trataban de seguir la pista dejada por el carruaje de los secuestradores. El vehículo había sido lanzado a alta velocidad, al menos hasta el pueblo más cercano, pero no podía tener una excesiva ventaja sobre hombres a caballo, por lo cual había esperanza de encontrarlo antes de que pudiera hacer perder sus huellas.

Las autoridades más cercanas estaban en Farnham: tenían que arreglarse solos.

Jared tuvo que admitir que la presencia de Fraser era providencial, porque el joven se mostró como un excelente organizador, gracias, también, a una especie de calma innata que daba cierta seguridad a todos. Jared, en ese frente, con dificultad se había obligado a no tomar su corcel para salir solo en busca de los raptos.

Pero cuando se aseguró de que Victoria estaba a salvo, nada le impidió seguir su propio impulso y, armado también, se puso en camino.

Había muchas preguntas sin respuesta y todas se agolparon en su mente durante la cabalgata al galope que lo estaba llevando hacia la búsqueda del vehículo. Podía ser obra de criminales desconocidos, quizás deseando ganarse

algún dinero raptando a una aristócrata, pero no podía excluir que se tratara de algo más personal.

En ese caso, ¿quién podía ser? ¿Y por qué?

La primera persona en la que pensó fue en Warren, lo bastante loco como para orquestar algo como eso en su intención de arruinarlo.

Un grito lo sacó de sus cavilaciones. Frenó, dándose cuenta de que estaba siendo seguido por otro jinete. Fraser lo estaba alcanzando a la carrera, con un galope tan veloz, que Jared tuvo que maravillarse otra vez por los recursos del hombre.

«¿Dónde piensa ir solo?» jadeó el hombre cuando llegó junto a Jared, como si hubiera corrido él en lugar del caballo.

«Mis hombres me preceden» observó Lennox.

«Nunca solos en estos casos. Separar una oveja del rebaño es el primer paso para pelarla, ¿no?»

«¿Puede evitar compararme con una oveja?» replicó molesto Jared volviendo a trotar.

«¿Piensa que este rapto podría haber sido organizado contra usted?» prosiguió Fraser, ignorándolo.

«Estaba pensándolo ahora. Tengo bastantes enemigos como para que sea posible».

«Entonces reflexione, y podremos salvar a Lady Weird en un santiamén. Marido celoso, deudas de juego, adversarios en los negocios... tenga en cuenta que también Lady Weird tiene sus enemigos. No es una mujer que se guarda sus opiniones».

«Quizás es más probable» reflexionó en voz alta Jared. «Golpearme a mí es fácil, ¿por qué poner en la mira a una mujer anciana? ¡Sería una acción cobarde!»

Fraser rió. «Entonces, ¿vuestros enemigos son todos caballeros? ¿Nadie consideraría usar vuestros afectos para hacerle daño?»

Esa frase hizo sonar una campana de alarma en Jared. ¿Y si hubiera sido Victoria la víctima elegida y no Lady Weird?

En ese caso, un rapto podía tener sentido si el objetivo era desestabilizar a Jared.

«Comienza a sospechar algo, ¿verdad?» preguntó Fraser. «Es siempre así, también con los animales: somos nosotros los que tenemos que comprender cómo acudir sus necesidades para obtener el máximo. Comprenda y luego actúe».

Jared tuvo que compartir sus sospechas sobre Warren. ¿Podía un loco como él maquinar el rapto de Victoria? ¿Y qué habría hecho? Y ahora, ¿Qué haría con Lady Weird?

Fraser se reveló un tipo bastante despierto, aunque no hubiera razonamiento que, por una u otra cosa, no estuviera ligado a sus amados animales.

«Creo que podemos agradecer a la buena suerte si Victoria no está en manos de su adversario. No se atreverán a hacer daño a Lady Weird. ¡Al menos, no el que habría sufrido Miss Arden!»

Ese era el único consuelo para Jared. Que fuera Warren o cualquier otro el responsable del rapto, los riesgos que habría corrido Victoria respecto a su tía eran peores.

Una maldición se le escapó de los labios cuando se dio cuenta de que en efecto, Vic habría podido estar en el carruaje en lugar de tía Erinia: el cambio de planes había surgido a último momento. Entonces, quien hubiera organizado esa agresión tenía que tener informantes en la casa, justo entre las personas de las cuales él se fiaba ciegamente. Las mismas que ahora custodiaban a su prometida.

«No tema. Victoria está segura: quien quiera que sea el cómplice o la cómplice de esta situación, no se atreverá a actuar ahora que toda la casa está en alarma. Recuerde la gravedad de la situación, ¡han secuestrado a una Baronesa!»

Jared estaba contento de tener a Fraser a su lado, de otra manera habría dado vuelta el caballo y hubiera dejado a tía Erinia librada a su destino para asegurarse la incolumidad de la muchacha.

Siguieron hasta el primer cruce, donde probablemente los hombres de Jared se habían separado.

«Ahora le toca a usted hacer algunas deducciones» comentó Arthur Fraser. «Si conoce en algo al sospechoso Warren, a lo mejor alcanza a hacerse una idea de dónde puede haber llevado a la señora. Para una acción tan organizada debe haber tenido un plan. No se hace desaparecer un carruaje en la nada, por lo tanto, podría tener, qué sé yo... un lugar seguro donde llevarla. No compro nunca nuevos animales si no tengo lugar en los establos o en las majadas».

Jared lo fulminó con la mirada, pero no le vino nada a la mente.

En ese momento, uno de los hombres de Jared sobre un pony no ensillado estaba volviendo para avisar que su grupo había perdido las huellas.

Cada minuto que pasaba era crucial. Jared desmontó y miró alrededor. La campiña ofrecía varios refugios a un grupo que quisiera esconderse, y lo más sabio, arriesgando un acto de ese tipo en pleno día, era encontrar un escondite y esperar la oscuridad antes de hacer cualquier cosa.

No habrían ido de pueblo en pueblo con un carruaje que, aunque no tuviera insignias, no habría pasado inobservado. Probablemente, si querían desaparecer, tenían que meterse entre los caminitos de un pueblo, dejando lo antes posible los del campo. Entonces, tenían que ir hacia Farnham.

«No tenemos que razonar como si el rapto hubiera sido organizado para la pobre Baronesa» sugirió Fraser, desmontando a su vez y alcanzándolo en su inspección de la campiña. Bajó la voz. «Si hubieran querido hacerle daño a Victoria...»

Jared estaba pensando la misma cosa. Si hubieran querido a Victoria, se habrían parado mucho antes. Entonces, tenía que haber un lugar en las cercanías donde esconderse esperando huir, o donde abandonar a la dama una vez que se dieran cuenta del error.

«La vieja granja de los Turner se quemó hace dos años y está abandonada. Un lugar perfecto» dijo.

La construcción se encontraba a pocas millas de allí, a lo largo de uno de los senderos que se abrían entre campos y bosques. Podía ser un lugar perfecto, pero había que estar experimentado en el lugar para conocerlo.

Otra vez, Jared se dejó vencer por la dolorosa sospecha de haber sido traicionado, aunque todavía no podía comprender quién quería hacerle algo de ese tipo.

«¡Vamos!» exclamó dirigiéndose a Fraser, mientras ordenaba al otro hombre que reuniera refuerzos en el caso de que los necesitaran.

Los dos, nuevamente al galope, partieron en búsqueda de la granja, esperando ardientemente que fuera el camino adecuado.

El carruaje había partido de Hidden Brook un momento después que el grupo a pie. La intención de Lady Weird era superarlos y llegar antes que ellos, luego de haberlos llenado de polvo.

El proyecto la había puesto particularmente de buen humor y se había apurado a desayunar.

Lo que no se esperaba era que el carruaje, luego de las dos primeras curvas del sendero, se detuviera.

«¿Qué sucede?» preguntó, tratando de mirar hacia afuera, y vio entre las cortinas del vidrio, un segundo carruaje atravesado en el camino.

«Dicen que están bloqueados» le explicó el cochero. «De todas formas, no pasamos».

«¿Pero de dónde diablos salieron estos?» exclamó contrariada Lady Erinia, inmediatamente sospechosa. No había encontrado alma viva en ninguno de sus paseos con Jared, a excepción de algún carro: un carruaje como ese, elegante pero sin insignias, estaba totalmente fuera de lugar, especialmente porque, además de cuatro hombres, todos vestidos bastante pobremente, no veía a nadie. ¿Era posible que esas cuatro bestias no hubieran podido liberar una rueda?

«¡Cochero!» gritó la dama, «¡no vaya!» pero el sirviente ya estaba muy lejos como para sentirla.

La mano de tía Erinia fue al bolsito de raso en el cual, con sumo fastidio, no había podido hacer entrar la pistola del marido que llevaba a menudo consigo en sus viajes. ¿Desde cuándo, había pensado, una señora es agredida yendo a la iglesia?

Su gemido frustrado se transformó en un grito de sorpresa mientras la portezuela era abierta de par en par desde afuera y la luz inundaba el espacio, mostrándole a uno de los desconocidos que, contrariamente a ella, se presentó empuñando un arma e intimándola a bajar.

«¡Soy solo una pobre vieja! ¡Les daré todo lo que quieran!» dijo con voz temblorosa.

«¡Baja!» fue la descortés respuesta, mientras el hombre, con una mano le aferraba de mala manera el brazo para hacerla salir.

Tía Erinia gimió, pero obedeció, fingiendo no poder mantenerse de pie. «Mi bastón, por favor...»

El hombre se le rió en la cara y la empujó con poca educación hacia el otro carruaje listo para partir, y que un segundo después se alejó, dejando al cochero de Jared exánime en el sendero.

Dentro del receptáculo había dos malvivientes, mientras los otros se sentaban en la caja.

Uno se apresuró a atar las muñecas de la anciana señora, mientras ella suplicaba para saber qué querían hacerle.

Ninguna de las preguntas de Lady Weird encontró respuesta, ni sus súplicas piedad.

Si no quería que la amordazaran, la amenazaron, era mejor que se callara, y la señora, flexible como nunca en su vida, obedeció.

El viaje fue veloz y más breve de lo previsto.

Luego de muchas sacudidas debido al camino en mal estado y a la excesiva velocidad del carruaje, los caballos se detuvieron y la dama fue dejada sola en el interior. Mirando hacia afuera, vio que el lugar era un viejo edificio arruinado, dentro del cual había sido conducido el carruaje.

Los cuatro se pusieron a hablar, señal de que en poco más su destino habría sido decidido. Cuatro hombres eran mucho, también para ella, sobre todo con los pocos medios que tenía a disposición y con las manos atadas.

¿Qué habría hecho el Barón en su lugar?

Se habría comportado bien esperando el momento adecuado para escapar, pero el Barón no había llegado a su venerable edad de cincuenta años, y tuvo en la vida mucha ocasión para mantenerse ágil, mientras ella, desde que había quedado viuda, había tenido pocas oportunidades de mantenerse en forma, además de algunas cabalgatas.

El bolsito estaba todavía en sus manos, pero atada como estaba, no podía hacer mucho. Se resignó a esperar, y luego de un tiempo interminable sus raptos se hicieron vivos, haciéndola descender del carruaje.

Lady Weird rápidamente simuló un desmayo y los obligó a hacerla sentar sobre una silla tambaleante que había quedado en la casa, así, mientras manipulaban para sostenerla, ella pudo intentar comprender particulares sobre ellos y sobre el lugar al cual la habían conducido. La primera cosa que notó fue que ahora había tres de ellos que le hacían guardia.

Ninguna lágrima o lamento sirvió para convencerlos de que le liberaran las manos; los tres hombres, que escondían el rostro detrás de sucios y harapientos pañuelos eran inamovibles y, para su fastidio, muy lacónicos: no pudo arrancarles más que pocas palabras, que no le ofrecieron ninguna indicación útil.

El brazalete de turquesas brillaba todavía en su muñeca, entre los harapos que habían usado para atarla; entonces, no se trataba de un robo. El secuestro había sido organizado con un cierto cuidado, pero no para robarle. ¿Entonces, qué querían?

En poco tiempo llegó a la misma conclusión que Jared, debía haber sido secuestrada en lugar de Victoria, y con mucha probabilidad el cuarto hombre había partido para instruirse una vez entendido el error. Quien hubiera orquestado el plan no se encontraba muy lejos; pero, además de la satisfacción por sus capacidades investigativas, todas esas conjeturas no aportaban nada para ayudarla a escapar.

Podía solamente esperar que Jared ya estuviera sobre las huellas de esos cerdos y que fuera lo bastante despierto como para encontrar su escondite, que a primera vista le parecía una de las tantas casas derruidas perdidas en medio de la nada de la campiña. Era improbable que ese dandy fuera *tan* despierto como para adivinar la situación.

Tenía que encontrar el modo de escapar antes de que volviera el cuarto secuestrador, pero habría preferido tener de su lado la oscuridad y no ese hermoso día de sol esplendoroso. Aunque esperar el crepúsculo podía significar que llegase muerta.

Lady Weird se esforzó con todas sus energías hasta que verdaderas, auténticas lágrimas, bajaron por su rostro.

Y comenzó la actuación.

«Les ruego, estoy enferma... no puedo quedarme mucho tiempo sin...» y un chillido desesperado acompañado por sollozos tan realistas que Sarah Siddons la hubiera envidiado.

Uno de los tres se le acercó.

«¿Qué tiene?»

Más lágrimas. Cuánto habían reído ella y su marido cuando Lilian Smith, una actriz que frecuentaba con mucha asiduidad la casa de un íntimo amigo de ellos, enseñó a las señoras algunos trucos de su trabajo. ¡Qué años maravillosos esos!

Lágrimas, lágrimas, pensando en ese marido perdido tan tempranamente.

«Tengo que retirarme, ¡le suplico!»

«No puede».

Estúpidos idiotas en no pensar que para raptar a una mujer hay que procurarse una cómplice mujer. Pero a lo mejor el secuestro de Victoria debía durar muy poco... la aristócrata tuvo un escalofrío pensando en lo que le habrían hecho esos monstruos a la muchacha.

«*Podría ponerme* muy mal. Ya sucedió» gimió.

«Si se pone mal nos ocuparemos» gritó otro al que se le había acercado.

«Aflojen al menos esta cuerda. Soy solo una vieja enferma, ¿qué quieren que haga? ¿No ve que tengo las manos moradas? Podría ser vuestra madre...» y otra vez las lágrimas.

El secuestrador que se le había acercado era el anillo débil. Lo había entendido enseguida.

Las súplicas siguieron hasta que lo convenció de que aflojara las ligaduras de los pulsos.

Fue lo suficiente como para permitir a Lady Weird llevar la mano al bolsito, en el cual había metido, con un veloz movimiento, la empuñadura de su bastón de paseo: uno de los regalos de su marido, el bastón contenía un pequeño y manejable estilete, que se extraía junto al mango en hueso. Rápida como un rayo, cuando la habían sacado del carruaje, había podido llevarse consigo el arma, contando con el hecho de que esos maravillosos vestidos sin forma, bendita Emma Hamilton que los había importado de Francia, no solo enmascaraban su línea ya no perfecta, sino que también podían ayudar a esconder algo más.

No obstante la envidiable sangre fría que demostró en ese aspecto, como en tantos otros de la vida, la mujer comenzaba a temblar, temiendo no estar a la altura de la situación. Dudaba de que luego de un tentativo de fuga, si la atrapaban, hubieran sido gentiles. Pero en todo caso, esperar a que su jefe decidiera cómo matarla era todavía menos aconsejable, por lo tanto, le quedaba solamente la acción.

Más lágrimas y gemidos prepararon el camino para un desmayo de consumada actriz.

Los tres se acercaron, esta vez verdaderamente preocupados.

«¿Se habrá muerto?»

«¿Qué decimos?» «¿Qué hacemos?»

Un grito laceró el aire, y uno de los tres se dobló sangrando.

Había sido tan veloz en atacarle la pantorrilla que por un largo, precioso instante, ninguno de los tres entendió lo que había sucedido, el tiempo justo que el herido empleó en caer a tierra con la mano sobre la pierna que comenzaba a sangrar, mientras los otros dos se distraían para auxiliar al cómplice. Un empujón dado al que tenía delante y listo, una corrida enloquecida hacia la salida, gritando a voz en cuello.

«Haz que no me disparen» rogó para sí misma la señora, alzando esa maldita falda que le impedía los movimientos, corriendo como si el demonio en persona la siguiera, a una velocidad que la sorprendió también a ella.

Viéndose a sí misma desde afuera, como en esas pesadillas en las cuales a pesar de correr no se puede escapar, Lady Weird llegó a los espacios abiertos del campo, empuñando el estilete ensangrentado y seguida a un paso por los dos secuestradores que quedaban.

La iban a alcanzar, lo sabía.

Cayó.

Un golpe de pistola resonó, un trueno que hizo vibrar el aire perfumado de la campiña.

Lady Weird, supina en el prado, esperó que las manos de los energúmenos la aferraran, o todavía más probablemente, pensó que un segundo golpe de arma de fuego habría sido el próximo y último sonido que habría sentido.

Ninguna de las dos cosas sucedió.

Por un segundo pensó que estaba muerta y encontró la cuestión decepcionante; luego, en vista de que no sucedía nada, la dama levantó la cabeza y vio delante suyo cuatro pies calzados con botas llenas de polvo pero de excelente calidad. Miró más hacia arriba y exultó, encontrando las piernas de Jared y de Mr. Fraser, ambos armados, que apuntaban a los agresores.

Esta vez las lágrimas fueron verdaderas. Por más fuerte que fuera, la edad comenzaba a debilitar su espíritu y Lady Erinia se sentía profundamente agradecida por haber sido salvada, por estar todavía con vida, por llevarse a casa el honor de haber combatido y de haber derribado a uno de los tres agresores. Y haber sido salvada mientras se estaba fugando, demostrando ser todavía fuerte como antaño, o casi.

Jared la ayudó a levantarse, preguntándole si estaba bien, mientras Fraser se ocupaba de los dos secuestradores ayudado por la llegada de otros hombres de Hidden Brook.

La anciana mujer miró descorazonada su vestido arruinado por manchas de hierba y la sangre del hombre que había herido.

«No es mía» aseguró a Jared, asustado por las manchas púrpuras en la falda. «¡Pero verdaderamente aquí no pasa un día sin que una señora destruya sus vestidos! ¿Estás de acuerdo con mi costurera, muchacho? Siempre se lamenta de que no compro bastantes vestidos, ¡esa vieja jacobina!»

Sonrió agradecida al hombre, feliz cada segundo que pasaba de haber llevado a casa, como habría dicho el Barón, su propia robusta piel. También Jared parecía muy feliz de verla sana y salva, por lo cual le concedió uno de sus rarísimos abrazos. ¡Ah, cuánto le faltaban los brazos vigorosos de un hombre! ¡Cuánto le faltaba ese canalla de Barón!

A fin de cuentas, estaba contenta de que Victoria se quedara con ese libertino por marido.

Había tomado un tiempo para volverlo a colocar sobre el camino justo, pero estaba convencida de dos cosas: de que era mucho menos escandaloso de lo que lo habían pintado, y de que estaba enamorado de su sobrina.

Si la primera hablaba poco a su favor, la segunda compensaba cualquier falta.

Apoyándose en los hombros vigorosos de él (y probando la musculatura torneada, tal y cual como la del Barón cuando lo había conocido), la anciana señora se dejó conducir hasta el camino principal, lejos de ese lugar tan cargado de malos recuerdos.

Jared, luego de haberla entregado a las confiables manos de uno de los suyos, volvió a la granja quemada, donde Fraser y otros dos de sus hombres habían reducido a los tres secuestradores.

Entonces la mujer se acordó del cuarto hombre y avisó a sus salvadores.

Jared volvió, mientras detrás de él venían los otros con los secuestradores atados. Ya sabía de la presencia de un cuarto hombre y estaba apurado por despejar la escena con la esperanza de poder capturar también a ése: el único de ellos que sabía quién era el mandante.

«Son unos pobres» comentó Jared disgustado y tenso. «Se arruinaron por unas monedas».

Lady Weird, que ya había recuperado su espíritu, lo llevó aparte para contarle lo poco que pudo comprender durante su breve prisión. Ambos estuvieron de acuerdo en la urgencia de volver con Victoria, verdadero objetivo de los malvivientes, y de descubrir quién había podido pensar en tal cosa.

Jared estaba dividido entre el deseo de proteger personalmente a Victoria y la necesidad de ocuparse de capturar al cuarto hombre del grupo.

Mr. Fraser puso fin a todas sus dudas tomando en sus manos la situación.

«Lleve a casa a su tía, Lennox» le sugirió con una palmada en el hombro. «Yo me ocupo con sus hombres de juntar a todas las ovejas en el redil. Ese tipo volverá con las órdenes del mandante, no tiene que encontrarlos en el camino».

Jared aceptó, ya confiado totalmente en las capacidades de Fraser, y tomó a Lady Erinia, deseosa como nunca de volver a ver Hidden Brook y una buena taza de té.

«¿Milady...» le preguntó mientras la hacía subir a su propio caballo. «¿Cómo logró herir a ese hombre?»

Solo entonces Lady Weird se acordó de que había perdido el precioso mango del bastón y volvió al prado para recuperarlo. Lo mostró a Jared, que agrandó los ojos.

«¿Lleva con usted un bastón armado?» preguntó examinando la cabeza de perro en hueso que en otros momentos había visto como un simple mango, y que ahora se revelaba una parte del siniestro estilete sucio de sangre.

«Siempre. Un regalo de mi marido» fue la réplica satisfecha. «Si hubiera tenido mi pistola no se habría enterado nunca».

«¿También tiene una pistola...?»

Lady Weird comenzaba a molestarse por la pérdida de tiempo.

«¡Pero claro que sí!»

Jared parecía más maravillado de eso que del hecho de que se hubiera casi liberado por sí misma. Suspiró, sintiéndose en el deber de darle una breve explicación. «Cuando en Francia comenzaron a saltar cabezas, el Barón y yo estábamos por los alrededores y, dada la actividad de mi marido, ya teníamos algunos problemas por nuestra cuenta» por la mente de la anciana mujer pasaron las imágenes de fugas rocambolescas entre faldas abultadas, miriñaques incomodísimos levantados en forma indecente durante cabalgatas apresuradas para escapar de tal o cual perseguidor. Sonrió. «Digamos que mi difunto marido siempre ha insistido para que estuviera en condiciones de defenderme sola».

Jared la alzó sobre la silla de montar con un nuevo, divertido respeto. «Podría haberlo dicho. Hubiéramos esperado su regreso cómodamente en casa, bebiendo un té».

«Efectivamente, estaba por reunirme con ustedes» comentó alegre ella, dejándose subir al caballo.

¡Ah, buenos tiempos pasados! Pensó para sí. Y por un instante, agarrándose del joven hombre, se imaginó estar junto a su marido, perdido pocos años antes por una fiebre pulmonar. Un nuevo suspiro pensando en todo lo que la vida le había dado, y en todo lo que le había quitado, otorgándole a ese hombre al cual nadie hubiera confiado siquiera la pluma de un sombrero, y que a ella, en cambio, le había regalado el mundo.

«Corra hacia Victoria» intimó a Jared con un nudo en la garganta. «¡Terminemos con este asunto lo antes posible!»

21

Mr. Fraser hizo apostar los hombres de Jared alrededor de la casa quemada luego de haber inmovilizado a los tres prisioneros en el carruaje usado para el rapto.

Los perros pastores estaban listos para reunir el rebaño disperso apenas la oveja perdida se hiciera viva y, dejando el camino principal, se metiera en la trampa dentro de la casa.

Existía el riesgo de que el hombre estuviera armado y lo suficientemente escaso de escrúpulos como para disparar, no obstante la inferioridad en la cual se habría encontrado: los otros tres habían asegurado haber sido pagados por él, que tenía el encargo personal por parte del mandante, de *arruinar* a la señorita.

Arthur Fraser tuvo que controlarse para no golpear a esos tres por los términos que usaban con respecto a Victoria y Lady Weird. Para no hablar de la tranquilidad con la cual describían sus intenciones hacia la joven mujer.

Fue un desastre cuando se dieron cuenta de que la persona dentro del carruaje no era la correcta. No siendo muy despiertos, y presa de la agitación del momento (eran *caballeros*, ¡nunca habían hecho algo de ese tipo!), habían secuestrado a la señora, salvo por el detalle de no saber qué hacer con ella.

Sin instrucciones, no se animaron a dejarla en libertad y la habían llevado al lugar acordado con el jefe.

Probablemente, pensaba Fraser, la habrían liberado igualmente: matar a una Baronesa habría empeorado su situación... a menos que su jefe hubiera elegido no dejar huellas. En todo caso, el joven criador temblaba de rabia y cólera por lo sucedido, feliz también de haber podido ayudar. Sentía un sincero afecto por Victoria; había sido la única en no mostrarse insufrible ante sus discursos sobre la cría de ganado, y se sentía agradecido con ella, ya que hizo su estadía en la ciudad menos pesada de lo previsto. Pensar que alguien quisiera hacerle daño a esa criatura adorable lo hacía enojar.

Mientras reflexionaba esto, escondido en un arbusto al lado de la casa arruinada, Fraser extrañaba su amada propiedad en Ashford y los ritmos tranquilos de su vida en el campo, aunque tenía que admitir que en la acción se las arreglaba bastante bien.

Por otra parte, ¡criar ganado no era ciertamente un trabajo fácil como podía parecer a ojos profanos!

Sus elucubraciones pararon allí, con el sonido de pezuñas de caballo que se acercaban rápidamente.

Para su estupor, vio que los jinetes eran dos. Y uno de ellos era mujer.

Victoria fue acompañada por la señora Cooke al saloncito, donde se le llevó una bandeja con té y algunos *scones*. No tenía voluntad para comer, demasiado en ansia por la suerte de su tía. Jared había ordenado al señor Cooke que no la perdiera de vista en ningún caso, y el hombre se había plantado en la puerta del salón para vigilar a la muchacha y el ingreso.

«Todo va a estar bien, señorita. Mr. Lennox sabe lo que hace y habrá al menos diez hombres detrás de las huellas de ese maldito carruaje. Quiero decir...»

Victoria asintió, pero siguió caminando de un lado para otro de la estancia atormentándose las manos. Habría querido poder comerse las uñas como antaño, pero su tía se hubiera enojado muchísimo. Pensar en ella la hizo soltar el llanto. Podía ser que no la volviera a ver y ya consideraba a tía Erinia toda su familia, hablando en términos afectivos.

Victoria se sentó, se levantó, se volvió a sentar. Abrió las ventanas para hacer entrar aire. Las cerró nuevamente.

Sentía que se ahogaba y tenía la impresión de que el tiempo no pasaba nunca.

La señora Cooke le preguntó si quería su bordado, o si tenía que mandarle a Halley para hacerle compañía, pero Victoria rechazó ambas ofertas. Halley, emotiva como era, lloraría, y le tocaría a ella consolarla; con respecto al bordado, le parecía una locura sentarse con una aguja en la mano como si nada sucediera.

Decidió salir al jardín. Quizás caminando o visualizando los establos podría serenarse un poco.

El señor Cooke la siguió, no obstante Victoria insistiera para que se uniera a los otros en la búsqueda de su tía.

Habría dado cualquier cosa por tener noticias, pero al mismo tiempo tenía terror de ver llegar a alguien: recibir sólo noticias, equivalía a decir que iban a ser malas.

Mientras Victoria se atormentaba de esa forma, del camino llegó uno de los hombres de Jared a gran carrera, el cual, habiéndolos visto a su vez, se acercó a ellos en lugar de frenar el caballo delante de la casa.

Victoria lo reconoció enseguida: era Maters, el ayuda de Jared. Estaba tan agitado que Vic temió que le estaba por dar la noticia tan temida; en cambio, éste desmontó de su silla y se dirigió jadeante a Cooke.

«¿Mr. Lennox todavía no volvió?»

«No...» respondió el otro confundido.

«Tiene que ir con él. Me mandó a llamar a los hombres restantes. Tome mi caballo y vaya. Me quedo con la señorita esperando a que él vuelva».

Cooke sacudió la cabeza. «Soy el único hombre que hay aquí. ¿Qué pasó?»

«Saben dónde está la señora y quieren rescatarla. Vaya, necesitan a todos».

«¿Por qué mandarlo a usted? Ya estaba yo con Miss Arden».

«Porque usted todavía no sabe que la señorita está en peligro: era a ella a quien querían y podrían intentar algo todavía. Además, sirven más armas».

Cooke miró a Victoria. «Entre en la casa, ahora».

Maters le pasó las riendas del corcel. «Vaya. Mr. Lennox lo espera».

Cooke se hizo dar las indicaciones y partió para alcanzar a Jared mientras Maters se quedaba con Victoria.

Apenas el hombre estuvo fuera de su visión, se dirigió a ella con una sonrisa. «Venga conmigo a los establos, señorita».

Victoria tuvo un escalofrío. «Cooke nos aconsejó volver a la casa» respondió.

La sonrisa de Maters permaneció inalterada, casi cristalizada, mientras sus ojos inesperadamente se volvían duros. «Iremos a los establos, efectivamente. Allí no hay nadie».

Victoria tuvo un sobresalto, comprendiendo que había un quinto hombre y que estaba allí con ella.

No le dio el tiempo para gritar llamando la atención de la señora Cooke o de quien hubiera permanecido en la granja, porque la aferró con seguridad de un brazo, mostrándole la brillante hoja de un puñal que traía consigo.

«No tengo intención de matarla; será devuelta a Lennox lo antes posible» le dijo, arrastrándola.

«¿Pero qué le hice?» preguntó ella, tratando de no dejarse vencer por el miedo. El establo era el lugar donde ella y Jared se habían encontrado solo pocos días antes; le parecía una terrible ironía que ese hombre la estuviera conduciendo hacia allí. Todo estaba silencioso: los caballos habían sido sacados y el mozo de cuadras había salido con los otros hombres. Maters, apenas estuvo seguro de no ser visto por la gente de la casa, la empujó bruscamente dentro del establo y cerró el gran portón a su espalda.

Victoria retrocedió.

«Cree que es una criaturita inocente, ¿verdad? Pobre niña», bromeó irónico. Era un hombre agradable, notó ella, pero su mirada tan fría lo volvió desagradable. ¿Cómo no se dio cuenta antes? Porque nunca lo había mirado bien, siempre muy pendiente de Jared. ¡Si hubiera prestado atención antes! Pero nunca habría pensado que justo el hombre de confianza de Jared pudiera traicionarlo de esa manera. Victoria esperó poder hacerlo hablar para ganar tiempo.

«No es mucho más grande que yo».

«Quizás soy joven, pero ciertamente no tan ingenuo como usted. Usted ha sido la ruina de mi patrón con su ridículo candor».

La muchacha encontró un punto de apoyo. «¿Cómo puede decir algo por el estilo?»

Mientras tanto, Maters había ganado terreno y Vic pudo evaluar con consternación que las ventanitas estaban demasiado altas como para ser una vía de fuga. Pero el joven no había cerrado la puerta del establo. Quizás, si pudiera engañarlo...

«Lennox era un ejemplo para mí. ¡Tendría que haber visto las mujeres que lo buscaban! Cada día una diferente, cada día emociones siempre más fuertes. ¡No entiendo cómo pudo haber dejado una vida de ese tipo por una niñita como usted!»

Se acercó, haciendo brillar la hoja apuntada amenazadoramente hacia ella, y la joven retrocedió. «¿Está enojado conmigo *sólo* por eso?»

Una luz de esperanza le llegó observando que el hombre vacilaba. Si hubiera querido dañarla ya lo habría hecho, en cambio, todavía no se decidía ni a hierirla ni a agredirla. Era poco, pero era algo.

«Ha sido su ruina. Y es su culpa si ahora se encuentra en dificultad. Las causas, los socios que venden las acciones: *todo* es por su culpa».

«No entiendo cómo es posible».

Maters avanzó y Victoria se encontró bloqueada por el montón de heno sobre el cual se había sentado con Jared. El pánico comenzó a subir, porque no se necesitaba ser una mujer entendida para comprender que si la inmovilizaba todo se habría acabado allí. Se movió de lado, hacia los boxes, pero temía que igual iba a poder arrinconarla.

Hablar.

Tenía que hacerlo hablar mientras encontraba un modo para salir de esa situación, no podía ceder al miedo sin intentar siquiera salvarse.

Solo sabía que nunca le daría, en ningún caso, la satisfacción de dejarse ver vencida.

«Ese estúpido del señor Warren, ¿se acuerda de él?» se burló. «Está moviendo montañas y aplanando valles para destruir a mi patrón. No puede perdonarle haberlo puesto en ridículo».

«Jared no tuvo nada que ver con la señora Warren» Victoria sintió que su voz temblaba. La incertidumbre sobre la relación entre Jared y esa mujer, la sospecha de embarazo del cual Jared podía ser responsable, todavía eran preguntas sin resolver en su cabeza. Cuántas veces, en esos días, quiso preguntarle lo que había sucedido y no encontró el coraje.

Maters se paró, con una sonrisa sarcástica en los labios. «No, Mr. Lennox no tuvo nada que ver con ella, pero yo sí. ¿Quién cree que me mandó aquí?»

Arthur Fraser no podía creer a sus propios ojos: al lado del secuestrador había una señora vestida de forma elegante, que ciertamente no podía ser una nueva cómplice, una mujer pagada igual que los otros para el secuestro.

Juntos, descendieron de las sillas y se dirigieron hacia la abertura entre las paredes quemadas de la casa.

Fraser, recuperado de su sorpresa, dio la señal, y en pocos minutos se desencadenó el pandemonio. Fueron lanzados algunos disparos por parte de los secuestradores y de los hombres de Jared, pero al final, Arthur y los otros ganaron, sin más heridos además del acuchillado por tía Erinia.

Llegados a ese momento, la curiosidad le ganó. ¿Quién era esa mujer, y por qué se encontraba allí? ¿Era posible que fuera la verdadera responsable de todo?

Trató de obtener una respuesta de todas las formas posibles, pero ni ella ni su compañero abrieron la boca, y, mudos como estaban, los hombres de Hidden Brook los condujeron a la propiedad, donde los encerrarían hasta la llegada de las autoridades de Farnham.

Jared, que también estaba volviendo a Hidden Brook, cruzó a Cooke que estaba yendo a buscarlo.

«Yo no he mandado a Maters a llamarte» replicó el hombre, presa de angustiantes sospechas cuando Cooke le explicó de la llegada de su ayuda de cámara y las instrucciones que le dio. «Tendría que estar en Londres».

No dijeron nada más. Dejó a Lady Weird con Cooke y partió a un galope desesperado hacia la casa. Desde ese momento en adelante, para él fue sólo el rumor de las pezuñas del caballo y el latido enloquecido de su corazón, mientras azuzaba a Black Devil casi haciéndolo volar sobre el camino.

Victoria sintió que se desmayaba. ¿Cómo era posible? «¿La señora Warren organizó todo esto? ¿Y usted? ¿Cómo pudo traicionar a Jared de esta manera?»

«Susan fue humillada y cruelmente decepcionada por Lennox. Ya debería saber usted qué tipo de conducta tenía con las señoras. Fui enviado más de una vez para hablar con su marido intentando calmarlo, hacerle guardar las armas, hasta que entendí todo: era ella la que fomentaba su rabia. Era una de sus magníficas, sutiles venganzas».

«¡Jared nunca la tocó!»

«¡Jared no supo con quien se metía!» replicó casi gritando él.

Victoria finalmente comprendió la última verdad que le faltaba. «Lo sedujo también a usted. ¡No pudo tenerlo a él... y se apropió de usted!»

El joven vaciló en la dureza que ostentaba. Quizás no había visto la cuestión bajo esa perspectiva. Por una fracción de segundo casi le dio pena, porque el que hacía la figura del monigote era, después de todo, él.

«Nos amamos. Cuando todo esto termine nos iremos de aquí. A Europa, o quizás a América».

«No iré a ningún lugar, en cambio. Lo está usando, como está usando a su marido».

«¡Habla de cosas que no puede entender!» gritó él, blandiendo la hoja. Victoria enmudeció temiendo haber exagerado.

«¿Cómo puede la mujer que lo ama pedirle que... me haga daño?» preguntó más sosegada. «Yo nunca podría pedirle a Jared algo así, ni siquiera por venganza contra mi mayor enemiga. ¡No dejaría que mi compañero aprisionara a otra con mi consentimiento!»

«Susan es una persona que sabe lo que quiere, los medios para lograrlo no son importantes. En eso somos muy similares». Dio un paso hacia adelante y Victoria advirtió el peligro cuando notó que en su mirada brillaba una luz que nunca le había visto. Lascivia, crueldad. Lo vio como no lo había visto antes, un hombre joven, corrupto y corruptor, arrastrado por esa mujer al abismo de las peores pasiones. Comprendió, aterrorizada, que nada lo detendría, que sobre él se había engañado.

Pudo ver una horquilla detrás del hombre, pero poder alcanzarla iba a ser una utopía, porque si se hubiera acercado, habría sido el final.

De repente Victoria recuperó la lucidez. Tenía delante solo dos posibilidades, ya que Maters estaba armado y determinado, más fuerte que ella bajo todo punto de vista: o aceptar su propio destino, esperando salvar al menos la vida, o luchar, arriesgando todo para salvar el honor y su persona.

Comprendió que de elecciones tenía solamente una y cerró los ojos, esperando encontrar todo el coraje que le servía para superar ese momento.

Cuando los volvió a abrir, sólo un instante después, Maters estaba más cerca, lo bastante como para pasarle un brazo alrededor de la cintura. Vic quiso rebelarse, pero el joven levantó rápidamente el puñal, apuntándolo contra su garganta sin incertidumbre.

«Acuéstate» le ordenó.

La muchacha no pudo focalizar lo que le producía sentir ese frío metal contra la piel. Le parecía estar casi insensible, como si se tratara de un extraño sueño y nada fuera verdaderamente real. Maters no era real, no era real que podía estar a un paso de la muerte.

«Sáqueme esta arma de encima» le ordenó categórica, mirándolo a los ojos con una firmeza que desconocía en sí misma. Jared habría hecho lo mismo, se dijo, esperando que pensar en él le diera toda la fuerza que comenzaba a faltarle. «Haré lo que desee, pero no me lastime».

Si en Maters había algo de humanidad, esa oferta podía significar la salvación para Victoria.

El joven sopesó sus palabras y presionó todavía más el arma. «Ya tengo su vida en mis manos. Puedo tomar lo que quiero, *como* quiero».

Victoria tragó saliva y esperó ser convincente. ¿No había leído también ella algunas buenas novelas? «Puede hacer todo lo que quiera, señor» exhaló, tratando de parecer seductora y no aterrorizada. Necesitó un acto sobrehumano de voluntad, pero alargó una mano hasta la que tenía el puñal, empujándolo despacio, pero con decisión, lejos de sí. Fijó sus ojos en los de él, esperando parecer igualmente decidida. Se había dejado convencer fácilmente por una mujer loca y peligrosa, podría engañarlo también ella: ¿no había sido llamada de la misma manera más de una vez en el colegio?

«En algo se equivoca: en mi inocencia. ¿Cree que un hombre como Jared no ha tomado todavía lo que ya considera suyo?»

Maters rió. «¿Sin vanagloriarse conmigo? No le creo».

Victoria, a su vez, fingiéndose muy divertida, replicó con vivacidad. «Está hablando de su futura esposa, no de una cualquiera». Pasó una mano sobre la manga de él, tratando de parecer seductora. Temía parecerse más a madame de Tourville que a la marquesa de Merteuil. «Y sabe que no estamos hablando de un hombre común. ¿No cree que haya querido *instruirme* para no aburrirse conmigo?»

Maters estaba sorprendido y divertido, pero no lo suficiente como para bajar la guardia. «Eso no cambia nada».

Victoria tragó y rezó para que la frase le saliera bien. «Le estoy solamente diciendo que podría ser más colaboradora de lo que imagina. Y que podría reservarle alguna sorpresa placentera».

La hoja volvió a pincharle la garganta. «No le creo».

«Tengo tanto miedo» susurró, y eso era verdad, una gran verdad. *Piensa en Valmont*, se ordenó Victoria. Piensa en la seducción. «Tengo tanto miedo de usted que haría cualquier cosa para salvarme. ¿Esto puede creerlo?»

La presión del puñal disminuyó y sobre la cara trastornada de Maters apareció una sonrisa maligna, pero interesada. «Es una condenada bruja de cabellos rojos. ¿Sabe qué clase de mujeres se tiñen el cabello para tenerlo como los suyos?»

Victoria sintió que su corazón martillaba tan fuerte que casi le embotaba los oídos. «Yo no debo teñir nada».

Se movió, esperando que Maters, curioso y excitado por esa maniobra, la dejara hacer. Fuera del establo le pareció sentir rumores, rezaba con todas sus fuerzas para que alguien se hubiera dado cuenta de su ausencia y la estuviera buscando. El tiempo transcurría alterado en ese establo que no olía más a paja y lluvia, y que le hería la nariz con el olor de los caballos y el sudor de Maters.

Fue lentamente hacia el montón de paja, al lado del cual se paró, tratando de parecer invitante. Se llevó las manos al escote del vestido para liberarlo del pañuelo que lo cerraba.

Maters bajó la guardia, curioso por sus intenciones.

Un segundo después tenía una horquilla apuntada contra el estómago.

«¡Déjame pasar!» gritó Victoria, esperando que alguien afuera la sintiera.

Maters parecía más divertido que asustado: ella tenía una horquilla, pero él todavía tenía un puñal, y Victoria estaba arrinconada en un lugar sin salida.

«Las niñas como tú no deben jugar con objetos peligrosos» le dijo, pero se mantuvo a distancia, con suma satisfacción para ella, que tiró un golpe para ver su reacción. Maters, como era previsible, saltó para atrás.

«¡Las señoras como yo no deben ser provocadas!» ladró ella, esperando con todo el corazón parecer mala y determinada. El joven no cayó, y luego de un veloz amague, se acercó repentinamente para tratar de desarmarla, pero Victoria, con la fuerza de la desesperación se movió rápida como él y blandió la improvisada arma, a pesar de que no se atrevió a golpearlo en el abdomen.

Un golpe seco hacia abajo y la horquilla se clavó verticalmente en el suelo del establo. Y sobre el pie del hombre.

Un grito agudo, Maters que se doblaba en dos.

La puerta del establo que se abría de par en par, justo a tiempo para que Victoria terminara en los brazos de Jared, que estaba entrando con la pistola en la mano.

«¡Si te tocó lo mato!» exclamó Jared fuera de sí.

«No, no» tartamudeó ella, dejándose ir finalmente en un llanto liberador. Jared tuvo que abandonarla por un momento. Vic lo siguió con la mirada mientras llegaba hasta donde estaba el joven herido, lo desarmaba, y con poca gracia le liberaba el pie de la horquilla, para luego derribarlo de un puñetazo en medio del rostro.

Victoria lo miró levantar al hombre atontado y dolorido casi como si fuera un juguete, atarlo con gesto rabioso y tirarlo en uno de los boxes de los caballos como si se tratara de una bolsa.

Luego dio la espalda a todo, volvió donde estaba Victoria, y con enorme alivio la joven pudo arrojarle entre sus brazos, segura. Se quedaron así por largo tiempo, hasta que ella se calmó y Jared estuvo seguro de su integridad.

Victoria trató de encaminarse, pero sintió que la levantaban en brazos. Se sentía agotada y no le disgustó dejarse acunar por él, que la llevó así hasta el ingreso de la casa, donde la señora Cooke, que los había visto venir, acorrió para saber lo que había sucedido. En ese momento llegó su marido, llevando consigo sobre el caballo a Lady Weird.

Jared la puso de pie, imaginando que Victoria quería abrazar a su tía, y las dos mujeres pudieron finalmente reencontrarse luego de esa horrible jornada, dejando aflorar todas las emociones de esas horas trágicas, que por suerte habían terminado en la mejor de las maneras.

Bajo la tutela de los Cooke el grupo pudo encontrar confort en el salón, donde Vic y Lady Weird pudieron contarse las terribles experiencias bebiendo una fortalecedora taza de té. Victoria, luego de haber escuchado el resumen de las aventuras de la tía, que agregó bastantes particulares para exaltar su propio heroísmo, dio una rápida relación de lo que le había sucedido a ella.

El estupor de ambas, y todo el desprecio de la aristócrata, iba al hecho de que la responsable de tantos sufrimientos fuera una mujer. En toda su larga vida, Lady Erinia nunca había conocido una mujer capaz de pensar en una venganza tan cruel debido al rechazo de un hombre.

Vic, luego de las primeras aclaraciones, lentamente se puso a cavilar. Pensaba en cómo, para salvarse, pudo recurrir a esas lecturas prohibidas a las cuales había tenido acceso en el colegio, en cómo justamente su enemiga, la calculadora señora Warren, no era muy diferente a la protagonista del libro que contribuyó a su salvación, *Les liaisons dangereuse*.

También en las mujeres podía celarse la más dura crueldad, pensó, y respecto a la de los hombres le pareció mucho más grave, no porque estuviera convencida de que una mujer tuviera que ser un ángel de pureza por fuerza, sino porque en la naturaleza femenina había ya tanto espacio para el sufrimiento que le parecía absurdo poder agregar o infligir más

Victoria se dejó ir sobre el divancito, quizás cayendo en un sueño luego de todas esas emociones, perdida en razonamientos cada vez más confusos, tanto, que no se dio cuenta de nada cuando Jared, una vez que volvieron los primeros hombres de la granja, dejó la casa para reunirse con Fraser y ocuparse, junto a él, de todas las cuestiones pertinentes para consignar los responsables a las autoridades.

Solo un tiempo después de que él se fue Vic despertó del estupor que la había sorprendido, y se dio cuenta de que Jared casi no había abierto la boca desde que habían vuelto a la casa; se había puesto a un lado, dejando que ella y la tía hablaran libremente y casi se olvidaran de él.

Victoria no se había olvidado de él ni por un instante. Advirtió su presencia, triste y enojada, detrás suyo. Advirtió cada movimiento, y todas las veces esperó que se sentara a su lado, la abrazara y la consolara.

En cambio, se había quedado sobre una silla en un rincón de la estancia, sin decir una palabra, como si estuviera esperando el momento para poder irse de allí, esperando que el cansancio la venciera para desaparecer.

Una parte de ella se resintió por ese comportamiento extraño y distante, hasta que comprendió la verdad. Jared se sentía responsable por esas agresiones.

Jared volvió bastante tarde, cuando las señoras ya se habían retirado.

Arthur retornó a la hostería luego de haber ayudado a resolver todas las cuestiones. Había sido enviado un hombre a Farnham y al día siguiente toda esa maldita cuestión estaría resuelta.

La señora Warren había solicitado la intervención del médico del pueblo, presa de una crisis histérica que la había reducido a condiciones penosas. La dejaron en Lowhills, esperando ver qué iba a ser de ella.

No dio explicaciones. No pudieron preguntarle. Parecía haber sido vencida por la locura.

Jared estaba destruido, no obstante los tentativos de Fraser por levantarle el ánimo, explicándole algo muy confuso sobre los rebaños y las manadas, para hacerle ver que no debía sentirse responsable por lo que había sucedido. No lo escuchó, a pesar de todo lo agradecido que se sentía hacia ese joven que se había vuelto precioso para ellos en ese asunto tan delicado.

Rechazó el alimento que la señora Cooke le separó y fue a refugiarse en su estudio, despidiendo también al sirviente. Quería estar solo, reflexionar y sentirse mal a sus anchas sin testigos.

Una vez en el estudio se acercó a la pared empleada como biblioteca y, moviendo una palanca colocada debajo de un estante, accionó la puerta secreta que era la misma biblioteca.

De secreto había muy poco, en realidad: el cuartito adyacente era un saloncito que Jared había destinado para su uso personal, a su vez bien cargado de libros, al cual se retiraba cuando no quería ser molestado por nadie.

Densas alfombras cubrían el suelo de madera y toda la decoración estaba constituida por un sillón con su escabel y una mesita sobre la cual había una pila de libros seleccionados por Jared para su lectura.

Sobre una pared había un aparador de líneas austeras, en el cual la señora Cooke se ocupaba de dejar una selección de botellas de licor, una jarra de agua siempre fresca y un par de vasos, en caso de que Jared deseara servirse sin llamar a nadie.

Esa noche contaba con un buen Brandy, que lo esperaba en una de las botellas, esperando poder anestesiar un poco sus inquietudes con alcohol.

Arrojó a un rincón las botas y se liberó con alivio de la chaqueta, luego de haber abierto de par en par la única ventanita del pequeño ambiente sofocado por el calor de la jornada estival.

La fresca brisa nocturna que entró estaba perfumada de flores, hierba y humedad del bosque.

«Jared...»

Se dio vuelta y la vio. En la sombra, la figura envuelta en el camisón blanco era inconfundible.

El hombre sonrió. Aunque hubiera decidido abandonarse a la desesperación, verla a ella le daba alegría. Siempre.

«¿Victoria? Creía que estabas durmiendo».

Ella entró, mirando alrededor curiosa. Llevaba una trenza medio armada, de la cual escapaban algunos rizos de cabello rojo. Tenía los pies desnudos que se asomaban debajo de la larga prenda de cándido lino. Se había colocado sobre los hombros su chal turquesa preferido y lo tenía apretado en el pecho.

La sonrisa de Jared se ensanchó pensando que esa muchacha no dejaba de sorprenderlo. «Creía que iba a volver a verte en camisón solo luego del matrimonio. Es un vicio el tuyo».

«No podía dormir con todo lo que sucedió hoy. Tu estudio está delante de mi cuarto, ¿recuerdas?»

No era una explicación, pero en la lógica de Victoria tenía que serlo, porque no agregó nada más.

Por un momento, ninguno de los dos habló. Jared, delante de la ventana, la observó moverse por su antro personal y secreto como un cachorro que explora un nuevo ambiente. Levantó las botellas y olió el contenido, inspeccionó los libros sobre la mesita. Finalmente se acercó a él para mirarlo con los brazos cruzados a la trémula luz de la vela.

Jared sintió que el tumulto que lo había llevado a retirarse a ese lugar volvía a su espíritu, desvió la mirada de ella y se alejó para dejarse caer sobre el viejo sillón.

«Ambos estamos cansados, Vic. Vuelve a la cama». Quería quedarse solo, y quizás, por qué no, abandonarse por una vez también él a un llanto.

No soportaba más el peso de su pasado.

No soportaba el pensamiento de que Victoria y hasta su tía hubieran tenido que pagar por sus culpas, por su conducta, por su ligereza.

Dudaba, sobre todo luego de lo que había sucedido, de que para él fuera posible cambiar vida, que pudiera servir para algo.

Maters, en su delirio, no había hecho otra cosa que repetírselo: la culpa de Jared no era haber sido un libertino, sino haber traicionado, con ese patético cambio, su verdadera naturaleza.

Casi olvidado de la presencia de Victoria, apoyó la cabeza entre las manos. ¿Qué futuro podría darle a su esposa? Sería siempre el del escándalo; Victoria terminaría en boca de todos como la novia secuestrada por la amante celosa, y poco importaba que la verdad fuera diferente, que él en ese caso fuera inocente: la noticia esa vez se difundiría apenas las autoridades de Farnham hubieran dado a conocer los acontecimientos a los periodistas.

No habría salida para ellos. Nunca.

Al final había logrado arrastrarla al lodo consigo.

El toque gentil de Victoria lo trajo al presente. Se había sentado sobre el escabel frente a él y colocado las manos sobre sus rodillas. ¿Cuánto tiempo había estado sentada allí?

«Jared, háblame...» le suplicó.

«Habría sido mejor que no nos hubiéramos encontrado nunca» comentó amargado.

«Habría sido mejor que nos hubiéramos encontrado antes. Antes de que te buscaras a ti mismo en mil mujeres. Antes de que yo te buscara en cada aventura y en cada página de los libros».

Jared se quedó enmudecido, dejó que los dedos frescos de ella subieran para acariciarle el rostro ardiente por la agitación. Ese toque benéfico era el mismo de algunas semanas antes, un toque que no podía olvidar.

«Nosotros no somos dos soledades que buscan reparo la una en la otra. Somos dos almas que se encontraron».

Le tomó la muñeca, sintiéndose afiebrado como cuando la había conocido, pero no era la fiebre física la que lo consumía esta vez. «¿Y si te equivocas, en cambio? Si fuéramos solamente dos desesperados, no amados, no apreciados, incomprendidos, que tienen necesidad de una ilusión para no hundirse? ¿Y si yo fuera sólo esto?»

Victoria se levantó y se inclinó sobre él, tomándole el rostro entre sus manos. «Yo te amo» le dijo, «pero esto no cambia lo que sientes. Tú y yo hemos siempre equivocado todo, hemos buscado las respuestas fuera de nosotros, pero no estaban allí. La soledad está dentro tuyo y todo el amor del mundo no podrá liberarte si tú no quieres».

Jared se dejó naufragar en los ojos de ella, verdes profundidades que parecían invitarlo al descanso. Se sentía tan cansado, tan amargado como para

desear con toda su alma una tregua en esa áspera batalla contra sí mismo, pero no podía no pensar en lo que Victoria había arriesgado por su causa. ¿Cómo podía no odiarlo, y cómo podía tener todavía deseos de estar a su lado, y para más, ser la que lo consolaba?

Luego, su corazón se emocionó al comprender lo que ella le había dicho.

«¿Tú me amas?» La pregunta le salió tan sorprendida que Victoria se puso a reír, pero luego de un momento la carcajada se le murió en la garganta mientras sus ojos buscaron refugio entre los pliegues del camisón.

«Como si no lo supieras...» murmuró.

Jared le tocó ligeramente una mejilla con el dorso de la mano. «Soy el hombre más estúpido y más afortunado de este mundo».

Sentía que no se la merecía, mucho menos su amor, pero tenía necesidad de ella como del aire que respiraba. Sabía que aprendería a amarse a través de los ojos limpios de Victoria; que, como había sido desde que la conoció, ella sería siempre su cura contra el mal que le envenenaba el alma y el corazón. El bálsamo para las heridas que la vida le había infligido.

La vio sonreír, iluminándose toda. «Si, lo eres».

La atrajo, haciéndola sentar sobre sus rodillas y liberó la cabellera de la cinta que la aprisionaba en esa ridícula trenza.

Un momento después estaba envuelto en la cortina de rizos rojos, como aquella primera noche. Le parecía increíble haber robado el corazón de ese duende rebelde, de haber encontrado y conquistado a la única mujer capaz de transformarlo en un verdadero hombre.

«Tengo que estar atento, o mis intenciones de esperar hasta el matrimonio vacilarán» le susurró, tocándole apenas los labios con los suyos. Y en efecto, le parecía que nunca antes se le hubiera hecho tan difícil controlar su pasión.

Victoria, sensual como nunca antes, lo empujó.

«Podríamos ser marido y mujer en un par de semanas» le recordó, y con un beso sobre sus labios, ligero y fugaz, se fue de la estancia dejándolo insatisfecho, feliz y luchando consigo mismo como nunca en su vida.

«¡Y yo les digo que se casarán en Londres, en la iglesia de Saint George a principios de octubre!»

Lady Weird acompañó la orden con un golpe de su bastón, que a la luz de los últimos acontecimientos, le pareció a Jared todavía más siniestro.

Estaban reunidos alrededor de la mesa del desayuno, dos días después de los infaustos sucesos.

El día anterior Jared lo había transcurrido en viaje para y desde Farnham, ocupado en cosas menos agradables.

El señor Warren había sido llamado y se presentó, quedando sin palabras al descubrir la trama y las traiciones de la esposa. Un hombre destruido, que se deshizo en disculpas, lleno de vergüenza por sí mismo y por lo que su familia había causado.

La mujer no volvió a hablar luego de la crisis histérica y el médico no escondió las dudas que tenía sobre su salud mental, por las terribles cosas que había sido capaz de tramar, como por su comportamiento insano.

Cuando pasó lo peor y la situación concluyó, Jared volvió con Fraser a Hidden Brook, donde esperarían a los investigadores en los días siguientes para dar testimonio.

Fraser aceptó ser huésped en la propiedad, con cierto terror por parte de Victoria, que era su interlocutora preferida en cuestiones de cría de ganado, convencido como estaba de que ella manifestaba un verdadero interés por las ovejas.

Lo peor había pasado: ahora en Hidden Brook reinaba una cansada, sorprendida paz. O al menos así fue hasta que Jared disparó la bala de cañón con respecto al matrimonio.

«Nos casaremos aquí, en Lowhills, en dos semanas. Ya preparé una misiva para los Arden y otra para mi hermano: serán enviadas hoy mismo».

«No tiene un testigo, ¡Bedford no se moverá nunca con una anticipación tan breve!»

«Mr. Fraser ha aceptado el encargo. El matrimonio será válido igualmente, aunque falte el Duque».

Lady Erinia se jugó la carta de las lágrimas, pero como ya se había vanagloriado de su propia capacidad para llorar cuando quería, no se conmovió nadie. El bastón golpeó varias veces el suelo, los pañuelos fueron sacudidos, los desmayos simulados; una vez que comprendió que cada tentativo caía en el amplio vientre de la determinación de Jared sin surtir efecto, pasó a amenazas e intimidaciones.

Cuando fue invitada a decidir con plena autonomía el menú del refresco que se ofrecería o a dejar la casa en ese momento, tía Erinia capituló, refunfuñando irritada que su sobrina no tenía un vestido adecuado para el matrimonio y que una ceremonia tan mal organizada era escandalosa.

A Victoria no le importaba; a Jared tampoco: los dos deseaban casarse lo antes posible para cerrar con el evento su movido y ajetreado compromiso.

Lady Erinia se consideraba ofendidísima por ese preaviso tan breve y los acusó de haberlo organizado a escondidas solamente para hacerle un desprecio, cuando ella había pensado el mejor matrimonio que la alta sociedad pudiera ofrecer; Jared se dio cuenta de que la dama había comprendido muy bien sus motivaciones, pero que no podía hacer otra cosa que contradecirlos.

Era mejor, en todo caso, responderle y replicarle a ella, que monopolizaba sus atenciones, que estar cavilando sobre el secuestro y la dramática jornada, sobre todo porque la llegada de los investigadores que interrogaron a las dos señoras trajo nuevo desorden y nuevas sombras al rostro de Victoria.

Había algo que no había tenido todavía el coraje de decir a Jared. O mejor, dos, y hablar con el policía de Farnham le había restituido plenamente el recuerdo de la agresión en el establo.

Volver con la mente a los hechos le quitó mucho entusiasmo por el inminente matrimonio, del cual, de todas formas, había tomado el control total tía Erinia, ayudada por la señora Cooke, que se revelaba de acuerdo con la señora: ambas nutrían el deseo no muy secreto de festejar en grande el matrimonio, y la última estaba decidida a no hacer un papelón de la hospitalidad de Hidden Brook. El gran salón comedor no se usaba nunca y las dos mujeres no veían la hora de abrirlo y de ponerle las manos encima.

Victoria se había encerrado en sí misma, pero el único en darse cuenta fue Jared, que cada noche se retiraba a su estudio esperando que ella se reuniera con él en el secreto de la oscuridad, pero que no veía hacerse realidad su deseo. La joven, a pesar de ser consciente de que él estaba esperando allí, no encontró el coraje para dar ese paso hacia él.

Tía Erinia había sido inamovible. Más o menos como un general que imparte órdenes al ejército, o como la naturaleza cuando se trata de aplicar las leyes de la física.

Aunque la señora Cooke había asegurado que en la casa habría lugar para todos, la aristócrata había decidido que ninguno de los parientes se merecía quedarse en Hidden Brook y los desvió a todos a la pequeña hostería de Lowhills, a la cual se habría retirado también ella, para dejar a los jóvenes esposos la plena posesión de los cuartos patronales. A la mañana siguiente del matrimonio se dirigiría, junto a los Arden y a Mr. Fraser, hacia Ashford, donde se dedicaría con el mismo éxito obtenido en Victoria, a colocar a sus otras dos sobrinas. La estación estaba llegando a su fin y para ella no valía la pena

volver a Londres, por lo cual se dedicaría a las sobrinas, en el campo, con alma y cuerpo.

Ya que todos consideraron que *ese* era un castigo adecuado para los Arden, nadie les hizo notar las faltas cometidas en relación a su segunda hija durante esos largos meses.

De Killmore Court pudo asistir solamente Roger: Harriet tenía algunos problemas de salud y no había podido afrontar el viaje, pero esperaba en la ancestral propiedad a los nuevos esposos no apenas decidieran transcurrir allí algunas semanas.

Victoria recibió de su hermana una breve carta de calurosas felicitaciones y un golpecito cariñoso en la mejilla de parte de su cuñado. Junto a las pocas, obligadas efusiones de la madre y de las hermanas, ése fue el máximo afecto que su familia demostró.

El matrimonio, no obstante los parientes deplorables, fue una deliciosa, conmovedora ceremonia. La iglesia de Lowhills era una diminuta parroquia de campo y, como había previsto Jared, toda la pequeña comunidad había concurrido para honrar a los esposos y para curiosear los elegantísimos invitados londinenses.

En esa ocasión, tía Erinia exhibió el turbante y el vestido más excéntricos de su colección, un arcoíris de sedas hindúes que indignó visiblemente a la moderada Mrs. Arden, vestida de gris para el evento.

Pero como podía esperarse, la atención de todos, y en particular del esposo, fue para Victoria. Tía Erinia, maravillando no poco a la jovencita, extrajo de su baúl un vestido de encaje y seda color marfil que había hecho confeccionar a escondidas, y el velo que fuera suyo cuando se casó con el Barón. Cómo era que la dama había llevado consigo ese equipo, Victoria trató de no imaginarlo, aunque retuvo oportuno el celo de la tía. Frente a tal tempestividad prefirió no preguntar, y la señora prefirió no decir nada, pero el resultado fue el de una esposa tan bella que tampoco habría desentonado en Saint George.

Halley entrelazó sus cabellos con cintas y flores, haciendo de ella una novia más bella.

Todos, incluida la difícil Mrs. Arden, fueron encantados por ella y, al final de la ceremonia, también por el anillo de brillantes que resplandecía en su dedo.

Pero ninguno como Jared, que a decir de todos, no podía quitar los ojos de su flamante esposa.

También Victoria se sentía orgullosa de sí misma, y, algo que nunca había sucedido antes, bella.

Esa noche, por primera vez desde que habían llegado a Hidden Brook, se encontró con la casa toda para ella y para el que se había convertido en su marido.

Era extraño no sentir el eco del bastón de tía Erinia por quién sabe qué capricho, o las carcajadas de Mr. Fraser, tan atronadoras que atravesaban la casa en cualquier lugar que él se encontrara.

Halley, como toda la servidumbre, estaba de mejor humor y más atrevida de lo acostumbrado.

Jared, en cambio, había desaparecido.

La doncella empleó casi más tiempo en prepararla para la noche que para el matrimonio, no terminando nunca de cepillar y entrelazar los rizos de su patrona.

Victoria comenzaba a sentirse nerviosa, o mejor, agregó nerviosismo al nerviosismo, especialmente porque, más tiempo estaba sola, más tiempo tenía para pensar, más los pensamientos se confundían, agitados, aterradores.

Caminó de acá para allá, leyó algunas páginas: Jared no aparecía.

Al final, incapaz de esperar más, resolvió ir ella misma a buscarlo y, luego de haberse colocado sobre la espalda el chal de costumbre, descalza como siempre, siguió a su instinto y se escabulló al estudio, donde encontró la puerta entrecerrada y una leve luminosidad le indicó que no se había equivocado.

Jared estaba en el cuartito pequeño, sentado sobre su sillón, inmerso en la lectura, al menos aparentemente, porque no bien ella llegó en puntas de pie a la puerta, lo vio cerrar el libro y volverse con una sonrisa.

«Creía que no ibas a llegar nunca» le dijo.

«Creía que debía esperar a mi marido» replicó ella, mirándolo con admiración, mientras se levantaba para irle al encuentro con la blanca camisa abierta sobre el pecho y los adherentes pantalones oscuros.

«¿De verdad pensaste que te iba a buscar yo? No, Victoria, entre nosotros las cosas son diferentes: la cazadora eres tú» le dijo, tomándole una mano y conduciéndola al cuarto. Le ofreció una bebida, pero le parecía que ya se había excedido con el vino durante el largo refresco, y la rechazó.

«¿Y ahora qué sucede?» preguntó con una risita nerviosa. «No era así que imaginaba...»

Jared levantó los brazos. «Creo que tendrías que seducirme. Yo acostumbro a hacer eso».

Victoria fue traspasada por un escalofrío: por un segundo volvió a ver a Maters, volvió a oír su propia voz resonando en el establo, su torpe, desesperado tentativo de seducirlo para no volverse su víctima. Retrocedió sin querer, buscando refugio con la mirada en la noche fuera de la ventana, donde un cielo bordado de estrellas se suspendía sobre las suaves curvas de la campiña inmersa en la sombra. El chal parecía muy ligero como para impedirle temblar.

«¿Qué sucede, Victoria?» la voz de Jared era gentil, preocupada. Le agradeció porque no trató de tocarla. Hacía días que sabía que iban a llegar a ese punto antes o después: el momento había llegado, pero la voz no le salía.

Lo sintió suspirar; con el rabillo del ojo lo vio colocarse a su lado para mirar afuera. «¿Quieres que te deje sola esta noche?»

«Tendré más frío. No quiero tener más frío. Y no quiero tener más miedo».

Sintió sobre su persona la mirada de él, intensa, por un breve instante. «Vic, puedes decirme cualquier cosa, lo sabes. Pero debes decirme la verdad. Yo entenderé. ¿Maters te lastimó?»

Victoria entendió que Jared sospechaba de su silencio e imaginó el tormento que estaba viviendo desde ese maldito día. Se apoyó en él, deseosa de tranquilizarlo y ser tranquilizada.

«No, no tuvo el tiempo, pero hay algo que debo decirte. Yo... le mentí».

Advirtió la confusión de él. «¿Mentiste a Maters?»

No se atrevía a mirarlo a la cara, presa de la vergüenza. «Es que, en la escuela aprendí algunas cosas».

«¿Qué me estás diciendo, Vic?» ahora su tono estaba sinceramente confundido y ella se sintió acalorada por la equivocación.

«Libros, Jared, libros... novelas. Ilustraciones. E historias de las muchachas más grandes que habían leído ciertas cosas...»

«Ah. Libros» repitió aliviado él. «Historias e ilustraciones» el tono divertido la hizo irritar un poco, pero su incapacidad para llegar al punto merecía la burla con la cual estaba siendo tratada. En efecto, la explicación le estaba saliendo más cómica que dramática y a su vez sonrió de sí misma.

«Le hice creer a Maters que estaba dispuesta a seguirlo y que lo sabía hacer gracias a tus lecciones. Él cayó y pude defenderme cuando se distrajo».

A esa explicación sin pausas, siguió un momento de silencio.

«No puedo más que estar agradecido a tu instrucción, entonces. A tus compañeras, a sus libros y a tu...» se le escapó una sonrisita divertida, «experiencia».

Ella lo miró, no esperándose una respuesta de ese tipo. «Creía que te ibas a enojar».

«¿Y por qué? Estoy feliz y agradecido porque estás a salvo: quizás, si no hubieras hecho eso yo no habría llegado a tiempo. Amor mío, soy el último hombre que se escandalizaría sabiendo que su esposa tiene cierta curiosidad. Al contrario, debo decir que encuentro bastante intrigante la idea».

Victoria se pasó una mano sobre la frente, fastidiada hasta de las cosquillas de sus cabellos sobre el rostro.

«Hay algo más, ¿verdad?» se dio cuenta él, y la joven bajó la mirada.

Esa era, quizás, la parte más difícil, pero tenía que saber.

«¿Qué pasará con la señora Warren y su niño?»

«¿Qué niño?» Jared estaba más que sorprendido por la pregunta.

Victoria enrojeció. «Me vino a ver para sembrar descontento y trató de hacerme creer que el hijo que espera es tuyo».

«Vic, esa loca no espera ningún hijo. ¿Cómo se te ocurrió una idea tan extraña? No creo que tenga la edad. En todo caso, sería imposible que yo fuera el responsable: nunca tuve nada que ver con ella de ninguna manera».

Entonces Victoria le contó sucintamente la sospecha del embarazo desde los días en que Susan Warren se había presentado en Killmore Court, con las palabras del mayordomo, convencido de que la *señora* estaba esperando: tan convencido que la convenció a ella. Y luego, la intención de la mujer en atribuir el embarazo a Jared.

Al final de su explicación, Jared prorrumpió en una sonora carcajada.

«¿No se te ocurrió que el mayordomo *no hablara* de la señora Warren?»

«¿Y de quién podía hablar, disculpa?» Finalmente Victoria tuvo una iluminación y, totalmente avergonzada, se llevó las manos a los labios. «¿Mi hermana?!»

«Tus amigas no te han adoctrinado en forma completa, por lo que veo: ¿no tienes dudas sobre la causa de todos los malestares de la pobre Harriet?»

Victoria volvió a pensar en todos esos aburridos discursos de la hermana acerca de su estado de salud. Con no poco remordimiento, se dio cuenta de que, si la hubiera escuchado con mayor atención, quizás habría podido entender ese mensaje que el pudor le impidió revelar explícitamente.

«Pronto iremos a verlos y te harás perdonar» le prometió.

Le tomó una mano, y Victoria se dio cuenta del calor placentero de la suya en contacto con su fría piel. Le besó la punta de los dedos con una lentitud y una voluptuosidad que le quitaron la respiración.

«Tengo curiosidad» prosiguió él, sin dejar de besarla, por el contrario, subiendo de los dedos a la palma y luego al pulso, tocando ligeramente con los labios y la punta de la lengua las zonas cálidas y sensibles por las cuales corría la sangre. «¿Tengo que preguntar o descubrir por mi cuenta otros particulares de tu preparación?» Victoria se sintió enrojecer, no sabiendo si lo que la trastornaba más eran los besos o el doble sentido de sus palabras.

«Puedo decirte» comenzó con un hilo en la voz mientras sentía su propia respiración cada vez más rápida, «que debes a esas lecturas mi visita a tu cuarto en Killmore Court. Tenía tanta curiosidad por ver cómo era realmente un libertino. ¿Quién sabe lo que imaginaba?» habló rápidamente, presa de un nerviosismo incontenible. Lo vio sonreír, burlón.

«¿Qué imaginabas?» le susurró, acercándose a su oreja. El escalofrío, esta vez, fue de pura excitación, y Victoria casi vaciló. Estar cerca de él esa noche era una cosa tremendamente seria. Ella lo sabía, su cuerpo lo sabía, sus sentidos, alertas y preparados, lo sabían.

Cada sonido, cada perfume, cada contacto, amplificaban y acrecentaban su anticipación. Su piel era sensible hasta a la tela del camisón.

Incómoda, sintió necesidad de aire, de alejarse de él y de la atracción que ejercía.

Se había esperado que esa noche, luego de haberse reunido con ella en su cuarto, la besara, la acariciara en el lecho. Ciertamente no se había esperado de él eso que Mrs. Arden se había dedicado a explicarle de forma rápida y veloz unos momentos antes de dirigirse a la iglesia (poco había faltado para que Victoria se le riera en la cara a su madre), pero ni siquiera esa extraña forma de seducción, hecha de palabras y sutiles contactos, en una habitación en la cual no había siquiera un lugar para sentarse.

Jared la dejó ir, siguiéndola con la mirada. Tenía tanto poder sobre ella que la confundía sólo con mirarla.

«¡Oh, Jared!» soltó, «¡no esperarás de verdad que sea yo la que te seduzca! ¡No sabría por dónde empezar!»

Jared estaba extremadamente divertido.

«Lo sabes, y cómo»

Se movió hacia ella, mirándola a los ojos de una forma casi hipnótica. «Ya lo hiciste decenas de veces. Ya lo estás haciendo». Estaba tan cerca que advertía el calor de su piel. Dejó que le deshiciera la cinta que ataba el cabello y lo liberara de su restricción. «Sabes tan bien como yo que cuando

pongas fin a este juego, arderemos. Y este juego te gusta tanto como me gusta a mí».

«Quizás» admitió ella en un susurro. «O quizás la verdad es que... yo ya estoy quemándome» y con esas palabras le ofreció los labios, poniendo fin a todas las escaramuzas, y descubriendo cuánto la realidad superaba a las expectativas.

Jared no dejó de besarla cuando la tomó entre sus brazos, ni cuando la levantó para conducirla al cuarto. No dejó de hacerlo cuando la apoyó en el lecho y, naturalmente, para ellos ese fue solo el inicio.

Lo que ninguno de los dos se esperaba, y que superó todas sus expectativas, fue la inesperada, totalizadora sensación de que junto a sus cuerpos, también las almas se entrecruzaban y se unían indisolublemente.

Entre ellos no hubo solo besos y caricias, o la exaltación de un recíproco, excitante descubrimiento. No fue solo la piel contra la piel, la apabulladora necesidad de estar uno en la otra, la impresión de que todo a su alrededor paraba para dar lugar a la percepción de la recíproca presencia.

Fueron sus espíritus, libres y salvajes, los que encontraron perfecta unión, bailaron al unísono, sincronizados, y alzaron vuelo hacia las más puras cimas del placer, fundiéndose en un abrazo todavía más profundo y verdadero.

Esa noche, Victoria comprendió, con lo que se podría definir un exultante estupor, lo que significaba haberse casado con un libertino; el cual, por su parte, estuvo muy feliz de colmar las lagunas dejadas en la preparación escolar de la esposa.

En toda su carrera de estudiante Vic había acumulado más picardías que conocimiento, pero de una cosa no dudó nunca: conquistar a Jared fue la mejor aventura de su vida.

Epílogo

A la mañana siguiente Victoria se despertó bastante tarde y bastante dolorida. Hay que decir, en honor a la verdad, que su humor era excelente, aunque pensando en la noche anterior vagos rubores le encendieron el rostro.

A su lado había esperado encontrar a Jared, y se desilusionó un poco al ver que el lugar estaba vacío, pero al alargar la mano sobre la almohada, advirtió la inesperada consistencia de hojas. Se sentó y encontró, apoyada sobre la funda, en lugar de la cabeza de su marido, una rosa. Alrededor del tallo habían colocado una cinta que retenía un anillo con una magnífica esmeralda.

Victoria vio una nota sobre la cual Jared había colocado el regalo. «A la señora de Hidden Brook y de mi corazón».

En ese momento, del patio le llegaron extraños sonidos y voces. Reconoció la carcajada atronadora de Mr. Fraser y la, para ella tan seductora, de Jared. Curiosa, se levantó y se asomó.

En el jardín los dos hombres estaban hablando entre ellos, y, cuando ella apareció, alzaron la mirada y se quitaron el sombrero.

«¡Llegaron unos regalos de matrimonio!» exclamó contento Jared.

Fue entonces que Vic las vio.

En el parque, un poco más allá, pacían tranquilas la hierba verde de Hidden Brook.

Cuatro cándidas, opulentas ovejas.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Esta es una historia ligera, sin pretensiones. Pero, como dice Wilde, *la vida es demasiado importante como para tomársela en serio*: me apropio de este pensamiento y lo llevo a mis páginas, quizás hasta demasiado consciente de cuán profunda es la dramaticidad de la vida.

Cuando comencé este libro, hace un año, tenía intención de escribir un cuento breve, un *divertissement*, antes de retomar la saga que tenía en la cabeza. No creía que las páginas se iban a multiplicar así, que estos personajes tomarían vuelo, creciendo e imponiéndose a mi imaginación. Tía Erinia, por ejemplo, no estaba prevista: llegó sola, golpeando su bastón en el suelo cada vez que trataba de ignorarla.

Arthur Fraser debía ser solamente una figura pasajera, pero gracias a Lisa Molaro se adjudicó hasta las líneas finales. El primer agradecimiento va, entonces (de parte mía y de Arthur, al cual le importa mucho) a Lisa, por haber visto en el joven de Ashford la potencialidad escondida que todavía no veía.

Gracias, Lisa, por tu preciosa amistad.

Gracias a Altea Gardini por la paciencia que tiene para soportarme cuando me vuelvo absurda. Es decir, siempre.

Gracias a Francesca Resta por el apoyo gráfico en la elaboración de la tapa.

Esta vez, querido lector, no te aburro con notas históricas, sino que cierro dedicándote los últimos renglones y el agradecimiento más sentido por haber dado vida a mis personajes a través de la lectura; dándoles lugar, página tras página, en tu imaginación. Como sabes, ellos viven de esto, y junto a ellos, un poco yo también. Gracias por habernos permitido convivir un trayecto de tu recorrido, por haber decidido cruzar tu camino con el nuestro.

Antonia

BIOGRAFÍA

Antonia Romagnoli nació en Plasencia (Italia) en 1973. Frecuentó el Liceo Clásico y se recibió en Ciencias y Tecnologías Alimentarias. Colaboró por algunos años con el cotidiano “La Cronaca di Piacenza” y ahora se dedica a la familia y a la escritura, ocupándose como aficionada de gráfica web.

Finalista en el Premio Galassia 2006, comenzó con algunos cuentos fantásticos en revistas y antologías. En 2008 publicó en Edizioni l’Età dell’Acquario “Il segreto dell’Alchimista”, primer volumen de la saga de las Tierras, finalista en el Premio Italia 2009. El segundo episodio de la saga, “I Signori delle Colline”, salió en febrero de 2009. “Triagrion”, el tercer y último episodio de la saga, salió en 2010 con Edizioni Domino. Ha participado en numerosas antologías con cuentos de diferentes géneros.

Para Edizioni Domino se encargó, junto a la editora Solange Mela, de la colección Pergamene per la Scuola, en la cual publicó “La Stella Incantata” y “Il mago pasticcione e le lettere dell’alfabeto”, cuentos dedicados a los niños de primer grado de la escuela primaria.

En agosto de 2015 salió, para Rapsodia Edizioni, la nueva edición de “Il mago pasticcione e le lettere dell’alfabeto”. A partir de septiembre de 2015 salieron las segundas ediciones, en formato digital, de “Il segreto dell’Alchimista” y de los otros episodios de la saga de las Tierras. Los libros son editados por Delos en la colección Odissea Digital Fantasy.

En el mismo periodo, en exclusiva con Amazon, salieron la novela fantasy humorística “La magica terra di Slupp” y la recolección de cuentos humorísticos “Le fiabe sfatate”.

En diciembre de 2015 publicó la novela histórica “La dama in grigio”, ambientada en época Regency. Administra el blog “Il salotto di Miss Darcy”, en el cual recoge artículos de carácter histórico y literario.

www.antoniaromagnoli.it

de la misma autora en e-book en Amazon:

La dama in grigio (Regency)

La saga delle Terre (fantasy)

Il segreto dell’Alchimista

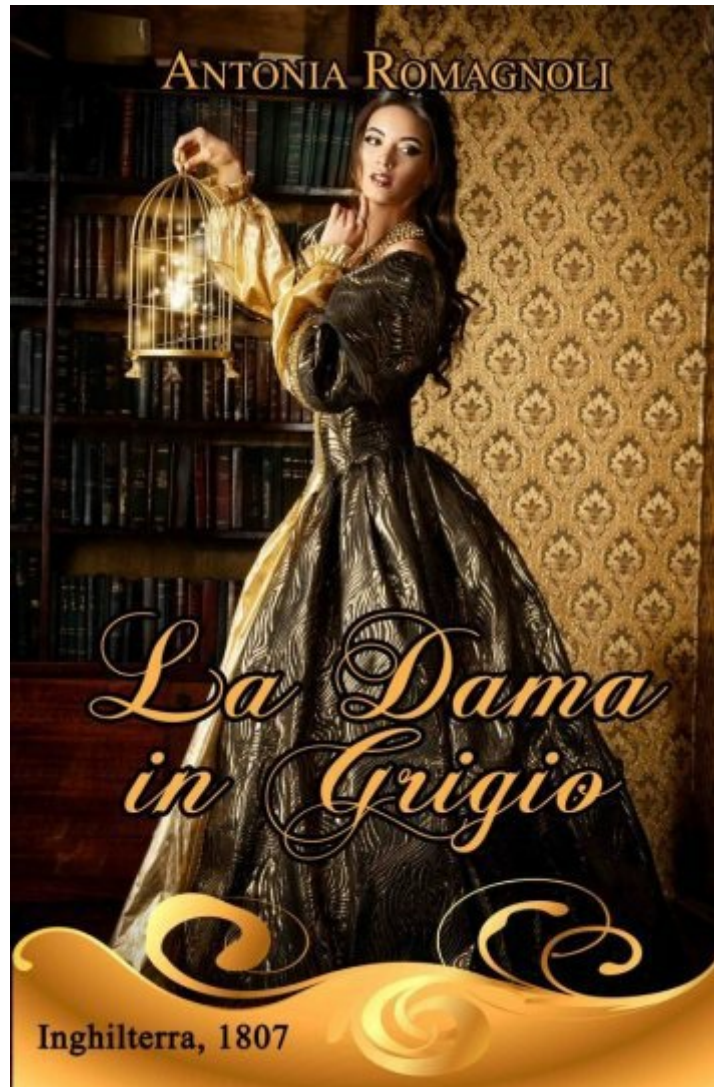
I signori delle Colline

Triagrion

La magica terra di Slupp (fantasy humorístico)

Le fiabe sfatate (cuentos humorísticos)

LA DAMA DE GRIS



Inghilterra, 1807

Luego de haber rechazado a un desagradable pretendiente, Joanne es enviada por su padre a casa de una tía, con la esperanza de que el exilio la convenza de aceptar la propuesta.

Pero en Trerice Joanne encuentra aliados inesperados: primero la tía, y luego el dueño de la propiedad en la cual la mujer vive. Sir Russel, en efecto, está ligado al hermano de ella por una antigua deuda de amistad y, confabulado con éste último, alberga en la antigua propiedad de su familia a un grupo de importantes huéspedes: la excusa es la de una experiencia sensacional en una villa infestada de conocidos fantasmas; el objetivo es el de permitirle a Joanne encontrar rápidamente un mejor prometido para escapar del padre y de su anciano socio.

Lo que comienza como una tranquila estadía se vuelve algo movido: Trerice Manor, en efecto, parece haber elegido a la joven mujer como punto central de las propias manifestaciones sobrenaturales.

Joanne tendrá que hacer malabarismos en su caza de marido, entre los fenómenos misteriosos de la propiedad y sus propios escabrosos secretos y la creciente atracción que siente hacia Sir Russel, distante y atrayente caballero determinado a quedarse soltero para toda la vida.

En e-book y papel en Amazon

<https://www.amazon.it/dama-grigio-Antonia-Romagnoli-ebook/dp/B0192AVO6U>

Primer capítulo

El aliento era lo peor.

Joanne trataba desesperadamente de no inhalar el aire emanado por su pretendiente, pero más ella se alejaba, más él se acercaba, tratando de colocarse delante de su rostro.

La mano del hombre aferraba firmemente la suya, casi clavándole las garras de dedos finos y fríos, que a pesar de estar pegajosos, no le daban tregua.

Joanne estaba atrapada entre el divancito de chintz y el admirador arrodillado, sintiéndose cercana a estallar en una carcajada histérica o en un llanto abundante, sabiendo bien que por su crianza no podría hacer ni una ni otra cosa.

Ni siquiera en su peor pesadilla se hubiera imaginado en esa posición absurda, escuchando la propuesta de matrimonio de Jeremy Meddows, socio de negocios de su padre y más anciano que ella en al menos veinte años.

“Mi querida adorada Joanne, la he visto crecer, la he visto volverse cada día más bella, y ahora que ha alcanzado la mayoría de edad, no tengo ya escrúpulos en declararle mis más ardientes sentimientos y la devoción que desde hace tiempo nutro por usted...”

¿Estaba realmente diciendo esas tonterías? Se preguntó la joven mujer. ¿Y realmente pensaba que ella podía creerlas?

“Ya tengo el consenso de su padre, que se mostró más que contento ante mi intención de casarme con usted lo antes posible. Dígame, mi amada, que es también su deseo, y hará de mí el hombre más feliz de la tierra.”

La pausa que siguió a esas palabras le infundió la duda de que Mr. Meddows estaba esperando una respuesta.

La cara alargada del hombre se acercó más y Joanne notó con mayor claridad las arrugas que la surcaban, el aspecto arbustivo de las cejas grises y la similitud a cáscaras secas de limón de los labios pálidos y finos.

La muchacha tuvo la impresión de que la voz no podía salir de su boca reseca y tuvo que tragar varias veces, buscando desesperadamente la frase justa con la que responder a la afectada solicitud de mano.

“Señor” comenzó tímidamente con un hilo de voz, “le estoy muy agradecida por el honor que me hace... con sentimientos tan nobles, pero lamento verme obligada a rechazar vuestra propuesta. No me siento todavía lista para el matrimonio y creo que nuestra diferencia de edad es un obstáculo para la felicidad de ambos.”

No tuvo tiempo de alegrarse por su diplomacia, que Jeremy comenzó a reírse en su cara, haciendo trizas cada tentativo suyo por escapar de las emisiones fétidas de su boca.

“¡Tonterías, muchacha mía!” exclamó con un tono menos adorador que el precedente. “No se haga tanto la preciosa y acepte. Su padre ya ha comenzado a redactar el contrato de matrimonio y tengo un permiso listo para que nos casemos en un mes. La cuestión, en la práctica, ya está lista. Pensaba que lo sabía.”

Joanne agrandó los ojos, desconcertada por esa afirmación.

“¿Ya está lista?”

Jeremy levantó los hombros huesudos. “¿Marcus no se lo dijo?”

No, su padre se había cuidado bien de anticiparle algo, sabiendo que Joanne habría hecho de todo para evitar esa desagradable propuesta.

La joven se levantó de un salto del divancito, golpeando sin mucha gracia al hombre todavía arrodillado, el cual, en el límite de lo posible, se apresuró a ponerse de pie.

“Dudo que sin mi consentimiento se pueda considerar ya aceptado un compromiso. Más aún teniendo en cuenta que, como usted mismo ha observado, he llegado a la mayoría de edad. Y no tengo ninguna intención de aceptarlo, señor. ¡Ni ahora ni nunca!”

Dicho eso, con la voz cada vez más rota, Joanne escapó del saloncito, donde su anciano pretendiente se quedó, inmóvil y con la boca abierta.

En la mente de la muchacha resonaba un continuo “oh mi Dios”, durante el veloz trayecto a través del corredor, las escaleras, la galería y finalmente su cuarto; el único lugar en el que podía refugiarse. Allí, estaba segura, Jeremy no se atrevería a seguirla.

Con la espalda apoyada en la puerta cerrada, Joanne trató de calmar el latido acelerado del corazón.

Su primera propuesta de matrimonio. Por parte de la persona que más la disgustaba en el mundo. Casi tenía ganas de vomitar, también debido al aliento irrespirable del hombre.

¿Cómo podía su padre consentir una unión tan grotesca? Quizás no había entendido bien...

Faltaba tan poco para la Temporada. Esas semanas debían ser las más bellas de su vida, en cambio se había visto en la situación más absurda y desagradable que se pudiera pensar. Ante todo, Joanne no podía comprender el consenso de su padre, que también tenía título, y no había ocultado el desprecio que sentía por su socio, un simple burgués enriquecido. Ahora, en cambio, parecía hasta favorable a unir su propio nombre al de Meddows. Sacrificando a su propia hija.

Pero, ¿por qué?

El estudio del padre de Joanne, Lord Hemsworth, era una habitación poco acogedora aunque los muebles fueran finos y de buena calidad. El lugar se encontraba en la parte más antigua de la casa, en la cual las ventanas parecían pequeñas heridas y daban poca luz a los ambientes; los muros, de gruesas piedras, mantenían constantemente el aire fresco y húmedo no obstante la chimenea encendida todo el año.

A Lord Hemsworth, sin embargo, ese cuarto le gustaba más que cualquier otro de la casa, porque sentado detrás del grandísimo escritorio en ese ambiente opresor, daba la impresión de ser un gran señor del pasado, un orgulloso y noble propietario. Y como tal se comportaba, esperando dominar la voluntad de cualquiera que fuera recibido en su estudio.

Por este motivo Joanne no estuvo particularmente contenta cuando, alrededor de una hora después de la desastrosa propuesta de matrimonio, el mayordomo se reunió con ella en su refugio para comunicarle que Lord Hemsworth la estaba esperando para hablarle.

La joven se esforzó en relajarse, pero temía lo peor de ese coloquio.

En el espejo oval del tocador se reflejó una imagen desencajada. Los cabellos oscuros y levemente crespos escapaban a las horquillas y caían despeinados alrededor del rostro, que había asumido un pálido espectral. Con

gestos apurados deshizo los mechones, haciéndolos recaer en los hombros, y los recogió en un simple nudo en la nuca. Se pellizcó las mejillas para hacer volver el color y alisó el vestido, que en la apresurada fuga, y el posterior arrojarse sobre el lecho, se había arrugado.

Joanne no asumió el aspecto de la Lady que era, pero obtuvo un resultado similar al de una persona: su padre no admitiría nada menos, y no era el caso de empeorar aquello que se presentaba como la peor reprimenda de su vida.

Cuando entró en el estudio le pareció más oscuro de lo habitual. Había un candelabro encendido sobre el escritorio, pero además de eso, la habitación estaba en penumbras.

Detrás del pesado mueble en madera de nogal, la silueta de su padre sobresalía amenazadora. Era un hombre de figura rechoncha, siempre vestido según la moda de algunos años antes, con chaquetas coloridas y pantalones a la rodilla. La peluca blanca que enmarcaba la cabeza redonda le daba el aspecto de un juez hosco; también la mirada, torva y oscura, agregaba ulterior gravedad al conjunto.

Joanne dio un paso hacia atrás involuntariamente, encogiendo los hombros cuando la voz del hombre tronó en el aire.

“¡Entra y cierra la puerta!” le ordenó, pero no esperó a que ella siguiera sus órdenes antes de proseguir. “¿Qué diablos tienes en la cabeza, muchacha?” gritó, levantándose del sillón rojo de ira. Era indudable a qué se refería.

Joanne, por segunda vez en pocas horas, sintió la garganta reseca. Luego pensó en el aliento fétido de Mr. Meddows y la respuesta le surgió espontánea.

“¡No habrá pensado de verdad que yo pudiera aceptar a ese hombre como marido!” soltó, levantando el mentón.

“No sólo lo pensé, sino que además lo harás” replicó Lord Hemsworth, pasando a un tono casi inaudible, como el silbido de una serpiente. “Siempre has sabido que tu deber es el de contraer un buen matrimonio por el bien de la familia, y ésta es una oportunidad perfecta e inesperada.”

Joanne no podía creer en esas palabras.

“Empleé mucho tiempo en calmar a Jerry y en convencerlo de que te dé un poco de tiempo. Estaba muy alterado por tu reacción, cosa de la cual te excusarás apenas sea posible” prosiguió su padre, la voz vibrante de ira.

Joanne tuvo un escalofrío, mitad debido al frío de la estancia y mitad al pensamiento de volver a ver en privado al desagradable pretendiente.

El padre, maravillándola, le dirigió una sonrisa y se le acercó para ponerle un brazo alrededor de los hombros. Hemsworth siempre había sido

avaro en gestos y afecto, y ése, en particular, le dio a Joanne la sensación de estar más en una trampa que protegida.

Empujándola gentilmente la condujo al lado de la chimenea, en la cual se consumían las brasas de un fuego casi apagado.

“Mira, hijita, tú sabes la importancia de la compañía naval para los ingresos de nuestra familia, y sin la contribución de Jeremy, no sería lo que es ahora. Un matrimonio tuyo con él tendría la misma trascendencia para los Hemsworth que una unión con un joven noble. Mejor dicho, mayor, porque nos aseguraría el soporte constante de su conspicuo patrimonio. Si tu hermano entra en la política como le dije, tendremos necesidad de mayores ingresos para sostenerlo. Tendrá que vivir en Londres, mantener un cierto tenor de vida... que, como sabes, no está exactamente a nuestro alcance.”

Joanne escuchaba ese largo discurso donde comenzaba su rol. Su deber. ¿Su padre quería sacrificarla a ella por la carrera de George?

¿Por qué no buscarle una esposa rica a él, entonces?

Pero la respuesta era lógica: George no tenía intención alguna de someterse a la voluntad del padre y estaba alargando los estudios, justamente para retardar su vuelta a casa y a sus responsabilidades.

Por un momento la joven sintió una punzada de envidia, pero inmediatamente se arrepintió. Su hermano lo era todo para ella, el único motivo por el cual no se había desmoronado luego de la muerte de la madre, cuando él todavía era niño. Lo había criado con inmenso afecto y, si George había escapado de la vida opresora de casa Hemsworth, había sido gracias a ella, que siempre lo empujó a seguir sus propios sueños.

La voz de Lord Hemsworth la volvió bruscamente a la realidad. “las ventajas económicas de tu unión con Jeremy Meddows son muy claras. Tendrías una vida de señora, con un mínimo sacrificio.”

Joanne lo miró extrañada. ¿Su padre había dicho que pasar la vida con un ser repugnante era un pequeño sacrificio frente a casas, vestidos y carruajes?

“¡Usted sabe bien cuán odioso me resulta ese hombre!” prorrumpió. “Mi respuesta es no. No puede obligarme, y Mr. Meddows tendrá que aceptar mi decisión. Supongo que ya tiene bien clara mi posición.”

Lord Hemsworth volvió a adquirir una expresión hosca. “Oh, sí. Me costó no poco convencerlo de que tu actitud ha sido dictada por la inexperiencia y que debe tener un poco de paciencia. Pero tú te casarás con él.”

Joanne retuvo con dificultad las lágrimas. Su padre tenía algo en mente y ella había aprendido a temer esa actitud de calma aparente. Significaba que se

estaba preparando para dar el golpe. Pero esta vez ella tenía todavía una carta para jugar.

“Hablemos nuevamente luego de la Temporada. Si en Londres no encuentro un partido igualmente adecuado, reconsideraré esta propuesta. Es mi primer Temporada, después de todo, no puede saber todavía si soy capaz de ganarme la estima de alguien más adecuado para mí... al menos en edad.” Lo miró esperanzada, sin embargo, el rostro del barón no cambió mínimamente.

“No habrá ninguna Temporada, Joanne. Considero que tú ya has recibido la mejor propuesta posible y no tengo intención de gastar un solo centavo para adornarte y mantenerte en la capital a costa de fiestas y bailes.”

La joven sintió que la tierra desaparecía bajo sus pies. Había soñado por años ese momento, y ahora su único deseo se desvanecía para siempre. Lord Hemsworth postergaba el debut de su hija con tantas excusas, que Joanne había casi perdido las esperanzas y justo ahora que los baúles estaban casi listos, le caía ese rayo.

“¡No puede!” exhaló con el corazón lleno.

Lord Hemsworth sonrió con aire desenvuelto, como si no hubiera hecho caso al dolor de la hija. “Puedo, mi querida. Mejor dicho, debo. Tu Temporada ya era, antes de esta providencial propuesta, un peso excesivo para nuestras finanzas. Usaré con mayor provecho ese dinero. Sabes que no eres una gran belleza, francamente, tenía muchas dudas sobre tu éxito en la sociedad.”

Joanne comprendió el significado de la palabra desesperación. La Temporada era su ocasión para escapar de Hemsworth Manor. Ahora sabía que nunca lo podría hacer. Sin embargo, algo se disparó en ella, una rebelión que le hizo tragar las lágrimas y reaccionar con firmeza.

“En todo caso”, dijo lentamente, “no me casaré con Mr. Meddows. Puede encerrarme en mi cuarto, quitarme la comida y el agua, pero no cederé.”

Lord Hemsworth no perdió su sardónica sonrisa. “Me esperaba esta respuesta. Te conozco bastante, ¿sabes? Eres mi hija, en el fondo. Mi error ha sido permitirte meter demasiado la cabeza en los libros, te has hecho una idea totalmente equivocada del mundo y de la vida. Es mi deber corregir este error. Ya que tu equipaje está listo, no haré otra cosa que cambiar tu meta, irás a Cornualles, de tu tía, y te quedarás allí hasta que recuperes el juicio.”

La joven mujer se quedó petrificada. En Cornualles vivía la única hermana de su madre, de la cual tenía solo un vago recuerdo. Pero conocía bien su suerte: Lord Hemsworth había prohibido a su esposa mantener cualquier

relación con ella, culpable de haberse casado con un humilde religioso yendo contra la voluntad de la familia. ¿Ese alejamiento podía significar que ella también estaba por ser desterrada?

“Será una solución temporal” precisó Lord Hemsworth, adivinando la consternación de la hija. “Quiero que tú comprendas plenamente el significado de un buen matrimonio como el que te ha sido propuesto. La hermana de tu madre ha desafiado a todos y todo por *amor*” subrayó con desprecio la palabra, “y obtuvo una viudez pobre y solitaria: compartiendo un tiempo con ella su triste existencia, estoy seguro de que escucharás consejos más adecuados.”

“Pero ella...” Joanne descubría sólo en ese momento la muerte del tío, que ni siquiera había conocido.

“La carta que anuncia tu llegada ha sido enviada hace un momento, con una pequeña suma de dinero por el problema. Sé por fuentes bien informadas que la pobrecita está en condiciones de indigencia, y alguna vez, para honrar la memoria de tu pobre madre, le he enviado algo de ayuda.”

Entonces todo estaba ya decidido, aún antes de ese coloquio. La Temporada se esfumó y Joanne estaba por ser enviada a lo de una tía que ni siquiera conocía, no obstante la confusión que sentía, se preguntó por el contenido de la carta. ¿Un chantaje a la tía? ¿Ayuda económica a cambio de su capitulación para casarse con Meddows?

“Jeremy está dispuesto a esperar hasta el final del verano” prosiguió Lord Hemsworth. “No es que tenga otras mujeres en la lista a las cuales pedir la mano, sin embargo tiene su dignidad, aunque se embobó tanto contigo que está dispuesto a tomarte aunque tengas una dote ridícula. No podía esperar nada mejor, y no será un capricho tuyo el que arruine todo.” Había algo de burlón en el tono del hombre, y Joanne comprendió que su padre veía esa infeliz unión como una especie de regalo del cielo.

Sin incomodidades, y sin gastos, se libraba de la hija y fortalecía con la parentela su acuerdo económico con el riquísimo socio. De frente a estas razones tan obvias, cualquier queja de Joanne le podía parecer, justamente, sólo un capricho. La única circunstancia positiva era que Mr. Meddows había sido tan descuidado como para esperar a que la joven cumpliera su mayoría de edad, porque si solo se hubiera declarado algunos meses antes, Joanne se encontraría casada por la fuerza sin poder hacer nada. Esa pequeña ventaja, ahora, se volvió la razón de todas sus esperanzas: compartir la pobreza de la

tía era preferible a compartir el lecho y la vida con un viejo que olía mal, y Joanne estaba dispuesta a hacer esa elección, también definitivamente.

Esa nueva consciencia la volvió determinada a no mostrar capitulaciones.

“Terminaré el equipaje lo más pronto posible”, y con una inclinación de la cabeza, se retiró.

... continúa

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

Agradecimientos

Biografía

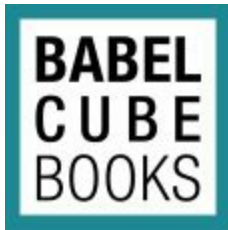
La dama de gris

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com